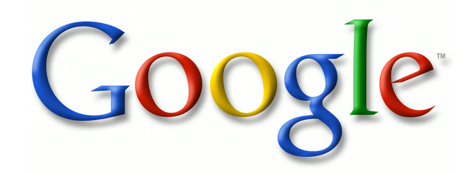
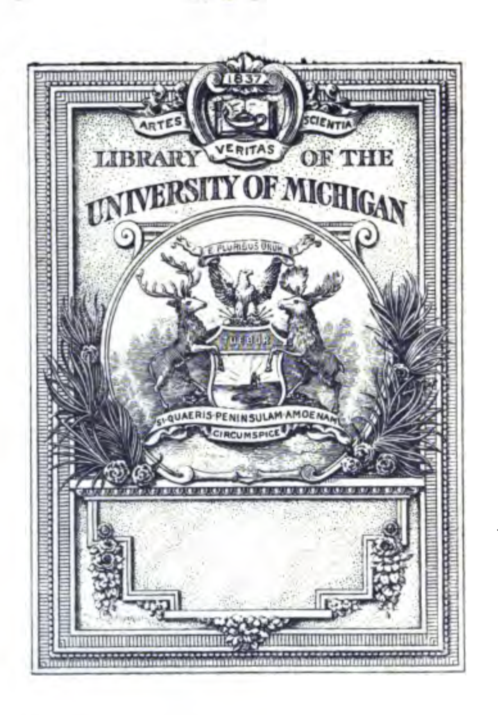





1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

FORTUNATA Y JACINTA

FORTUNATA

Y

JACINTA

(DOS HISTORIAS DE CASADAS)

POR

B. PÉREZ GALDÓS

PARTE SEGUNDA



MADRID
Imprenta de LA GUIRNALDA
calle de las Pozas, núm. 12

1887

OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

I.—**Doña Perfecta** (6.ª *edición*). 2 pesetas.
II.—**Gloria** (dos tomos) (6.ª *edición*). 4 pesetas.
III.—**Marianela** (5.ª *edición*). 2 pesetas.
IV.—**La familia de León Roch** (tres tomos) (4.ª *edición*). 6 pesetas.
V.—**La Desheredada** (un tomo en 4.º), 8 pesetas.
VI.—**El Amigo Manso** (un tomo en 8.º), 3 pesetas. (2.ª *edición*).
VII.—**El Doctor Centeno** (dos tomos), 6 ptas. 2.ª (*edición*).
VIII.—**Tormento** (un tomo en 8.º), 3,50 pesetas.
IX.—**La de Bringas** (un tomo en 8.º), 3 ptas.
X.—**Lo Prohibido** (dos tomos en 8.º), 6 ptas.

EPISODIOS NACIONALES

PRIMERA SERIE

I.—*Trafalgar* (6.ª edición.)
II.—*La corte de Carlos IV* (4.ª edición.)
III.—*El 19 de Marzo y el 2 de Mayo* (4.ª edición.)
IV.—*Bailén* (4.ª edición.)
V.—*Napoleón en Chamartín* (5.ª edición)
VI.—*Zaragoza* (4.ª edición.)
VII.—*Gerona* (4.ª edición.)
VIII.—*Cadiz* (4.ª edición.)
IX.—*Juán Martín el Empecinado* (4.ª edición.)
X.—*La batalla de los Arapiles* (4.ª edición.)

SEGUNDA SÉRIE.

I.—*El equipaje del Rey José* (3.ª edición.)
II.—*Memorias de un Cortesano de* 1815 (3.ª edición.)
III.—*La segunda casaca* (Id.)
IV.—*El Grande Oriente* (3.ª)
V.—*7 de Julio* (3.ª edición.)
VI.—*Los cien mil hijos de San Luis* (3.ª edición)
VII.—*El Terror de* 1824 (Id)
VIII.—*Un voluntario realista*
IX.—*Los Apostólicos* (3.ª edición.)
X.—*Un faccioso más y algunos frailes menos* (3.ª edic.)

PRECIO DE CADA TOMO
DOS PESETAS EN TODA ESPAÑA

LA FONTANA DE ORO
(1820-1823)
3.ª ed. notablemente corregida
Un vol. en 8.º *de* 400 *pág.* 2 *pt.*

EL AUDAZ
HISTORIA DE UN RADICAL DE ANTAÑO
(1804)
3.ª ed. notablemente corregida
Un volumen en 8.º 2 *ptas.*

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la Administración de *La Guirnalda* y *Episodios Nacionales*, calle del Barco, núm. 2 duplicado. Madrid.

PARTE SEGUNDA

I

Maximiliano Rubín.

I

La venerable tienda de tirador de oro que desde inmemorial tiempo estuvo en los soportales de Platerías, entre las calles de la Caza y San Felipe Neri, desapareció, si no estoy equivocado, en los primeros días de la revolución del 68. En una misma fecha cayeron, pues, dos cosas seculares, el trono aquél y la tienda aquélla, que si no era tan antigua como la Monarquía española, éralo más que los Borbones, pues su fundación databa de 1640, como lo decía un letrero muy mal pintado en la anaquelería. Dicho establecimiento sólo tenía una puerta, y encima de ella este breve rótulo: *Rubín*.

Federico Ruíz, que tuvo años há la manía de escribir artículos sobre los *Oscuros pero indudables vestigios de la raza israelita en la moderna España* (con los cuales artículos le hicieron un

folletito los editores de la Revista que los publicó gratis, sostenía que el apellido de Rubín era judío y fué usado por algunos conversos que permanecieron aquí después de la expulsión. «En la calle de Milaneses, en la de Mesón de Paños y en Platerías se albergaban diferentes familias de *ex-deicidas*, cuyos últimos vástagos han llegado hasta nosotros, ya sin carácter *fisonómico ni etnográfico*». Así lo decía el fecundo publicista, y dedicaba medio artículo á demostrar que el verdadero apellido de los Rubín era *Rubén*. Como nadie le contradecía, dábase él á probar cuanto le daba la gana, con esa buena fe y ese honrado entusiasmo que ponen algunos sabios del día en ciertos trabajos de erudición que el público no lee y que los editores no pagan. Bastante hacen con publicarlos. No quisiera equivocarme; pero me parece que todo aquel judaismo de mi amigo era pura fluxión de su acatarrado cerebro, el cual eliminaba aquellas enfadosas materias como otras muchas, según el tiempo y las circunstancias. Y me consta que D. Nicolás Rubín, último poseedor de la mencionada tienda, era cristiano viejo, y ni siquiera se le pasaba por la cabeza que sus antecesores hubieran sido fariseos con rabo ó sayones narigudos de los que salen en los pasos de Semana Santa.

La muerte de este D. Nicolás Rubín y el acabamiento de la tienda fueron simultáneos.

Tiempo hacía que las deudas socavaban la casa, y se sostenía apuntalada por las consideraciones personales que los acreedores tenían á su dueño. El motivo de la ruina, según opinión de todos los amigos de la familia, fué la mala conducta de la esposa de Nicolás Rubín, mujer desarreglada y escandalosa, que vivía con un lujo impropio de su clase, y dió mucho que hablar por sus devaneos y trapisondas. Diversas é inexplicables alternativas hubo en aquel matrimonio, que tan pronto estaba unido como disuelto de hecho, y el marido pasaba de las violencias más bárbaras á las tolerancias más vergonzosas. Cinco veces la echó de su casa y otras tantas volvió á admitirla, después de pagarle todas sus trampas. Cuentan que Maximiliana Llorente era una mujer bella y deseosa de agradar, de esas que no caben en la estrechéz vulgar de una tienda. Se la llevó Dios en 1867, y al año siguiente pasó á mejor vida el pobre Nicolás Rubín, de una rotura de varisis, no dejando á sus hijos más herencia que la detestable reputación doméstica y comercial, y un pasivo enorme que difícilmente pudo ser pagado con las existencias de la tienda. Los acreedores arramblaron por todo, hasta por la anaquelería, que sólo sirvió para leña. Era contemporánea del Conde-Duque de Olivares.

Los hijos de aquel infortunado comerciante eran tres. Fijarse bien en sus nombres y en la

edad que tenían cuando acaeció la muerte del padre.

Juan Pablo, de veintiocho años.

Nicolás, de veinticinco.

Maximiliano, de diezinueve.

Ninguno de los tres se parecía á los otros dos ni en el semblante ni en la complexión, y sólo con muy buena voluntad se les encontraba el aire de familia. De esta heterogeneidad de las tres caras vino sin duda la maliciosa versión de que los tales eran hijos de diferentes padres. Podía ser calumnia, podía no serlo; pero debe decirse para que el lector vaya formando juicio. Algo tenían de común, ahora que recuerdo, y era que todos padecían de fuertes y molestísimas jaquecas. Juan Pablo era guapo, simpático y muy bien plantado, de buena estatura, ameno y fácil en el decir, de inteligencia flexible y despierta. Nicolás era desgarbado, vulgarote, la cara encendida y agujereada como un cedazo á causa de la viruela, y tan peludo, que le salían mechones por la naríz y por las orejas. Maximiliano era raquítico, de naturaleza pobre y linfática, absolutamente privado de gracias personales. Como que había nacido de siete meses y luégo me le criaron con biberon y con una cabra.

Cuando murió el padre de estos tres mozos, Nicolás, ó sea el peludo (para que se les vaya distinguiendo), se fué á vivir á Toledo con su

tío D. Mateo Zacarías Llorente, capellán de *Doncellas Nobles*, el cual le metió en el Seminario y le hizo sacerdote; Juan Pablo y Maximiliano se fueron á vivir con su tía paterna doña Guadalupe Rubín, viuda de Jáuregui, conocida vulgarmente por *Doña Lupe la de los pavos*, la cual vivió primero en el barrio de Salamanca y después en Chamberí, señora de tales circunstancias, que bien merece toda la atención que le voy á consagrar más adelante. En un pueblo de la Alcarria tenían los hermanos Rubín una tía materna, viuda, sin hijos y rica; mas como estaba vendiendo vidas, la herencia de esta señora no era más que una esperanza remota.

No había más remedio que trabajar, y Juan Pablo empezó á buscarse la vida. Odiaba de tal modo las tiendas de tiradores de oro, que cuando pasaba por alguna, parecía que le entraba la jaqueca. Metióse en un negocio de pescado, uniéndose á cierto individuo que lo recibía en comisión para venderlo al por mayor por seretas de fresco y barriles de escabeche en la misma estación ó en la plaza de la Cebada; pero en los primeros meses surgieron tales desavenencias con el socio, que Juan Pablo abandonó la pesca y se dedicó á viajante de comercio. Durante un par de años estuvo rodando por los ferrocarriles con sus cajas de muestras. De Barcelona hasta Huelva, y desde Pontevedra á

Almería no le quedó rincón que no visitase, deteniéndose en Madrid todo el tiempo que podía. Trabajó en sombreros de fieltro, en calzado de Soldevilla, y derramó por toda la Península, como se esparce sobre el papel la arenilla de una salvadera, diferentes artículos de comercio. En otra temporada corrió chocolates, pañuelos y chales *galería*, conservas, devocionarios y hasta palillos de dientes. Por su diligencia, su honradéz y por la puntualidad con que remitía los fondos recaudados, sus comitentes le apreciaban mucho. Pero no se sabe cómo se las componía, que siempre estaba *más pobre que las ratas*, y se lamentaba con amanerado pesimismo de su pícara suerte. Todas sus ganancias se le iban *por entre los dedos*, frecuentando mucho los cafés en sus ratos de descanso, convidando sin tasa á los amigos y dándose la mejor vida posible en las poblaciones que visitaba. A los funestos resultados de este sistema llamaba él *haber nacido con mala sombra*. La misma heterogeneidad y muchedumbre de artículos que corría mermó pronto los resultados de sus viajes y algunas casas empezaron á retirarle su confianza, y el aburrido viajante, siempre de mal temple y echando maldiciones y ternos contra los mercachifles, aspiraba á un cambio de vida y á ocupación más lucrativa y noble.

Día memorable fué para Juan Pablo aquél

en que tropezó con un cierto amigote de la infancia, camarada suyo en San Isidro. El amigo era diputado de los que llamaban *cimbros*, y Juan Pablo, que era hombre de mucha labia, le encareció tanto su aburrimiento de la vida comercial y lo bien dispuesto que estaba para la administrativa, que el otro se lo creyó, y hágote empleado. Rubín fué al mes siguiente inspector de policía en no sé qué provincia. Pero su infame estrella se la había jurado: á los tres meses cambió la situación política, y mi Rubín cesante. Había tomado el gusto á la carne de nómina, y ya no podía ser más que empleado ó pretendiente. No sé que hay en ello, pero es lo cierto que hasta la cesantía parece que es un goce amargo para ciertas naturalezas, porque las emociones del pretender las vigorizan y entonan, y por eso hay muchos que el día que les colocan se mueren. La irritabilidad les ha dado vida y la sedación brusca les mata. Juan Pablo sentía increibles deleites en ir al café, hablar mal del Gobierno, anticipar nombramientos, darse una vuelta por los ministerios, acechar al protector en las esquinas de Gobernación ó á la salida del Congreso, dar el salto del tigre y caerle encima cuando le veía venir. Por fin salió la credencial. Pero, ¡qué demonio! siempre la condenada suerte persiguiéndole, porque todos los empleos que le daban eran de lo más antipático que imaginarse puede.

Cuando no era algo de la policía secreta, era cosa de cárceles ó presidios.

Entretanto cuidaba de su hermano pequeño, por quien sentía un cariño que se confundía con la lástima, á causa de las continuas enfermedades que el pobre chico padecía. Pasados los veinte años, se vigorizó un poco, aunque siempre tenía sus arrechuchos; y viéndole más entonado, Juan Pablo determinó darle una carrera para que no se malograse como él se malogró, por falta de una dirección fija desde la edad en que se plantea el porvenir de los hombres. Achacaba el mayor de los Rubín su desgracia á la disparidad entre sus aptitudes innatas y los medios de exteriorizarse. "¡Oh, si mi padre me hubiera dado una carrera!—pensaba,—yo sería hoy algo en el mundo...

No tardó en recibir un nuevo golpe, pues cuando soñaba con un ascenso le limpiaron otra vez el comedero. Y hé aquí á mi hombre paseándose por Madrid con las manos en los bolsillos, ó viendo correr tontamente las horas en este y el otro café, hablando de la situación ¡siempre de la situación, de la guerra y de lo infames, indecentes y mamarrachos que son los políticos españoles! ¡Duro en ellos! Así se desahogan los espíritus alborotados y tempestuosos. Y por aquella vez no había esperanzas para Juan Pablo, porque los *suyos*, los que él llamaba con tanto énfasis los *míos*, estaban por los sue-

los, y había lo que llaman *racha* en las regiones burocráticas. A veces exploraba el mísero cesante su conciencia, y se asombraba de no encontrar en ella nada en qué fundar terminantemente su filiación política. Porque ideas fijas... Dios las diera; había leído muy poco y nutría su entendimiento de lo que en los cafés escuchaba y de lo que los periódicos le decían. No sabía fijamente si era liberal ó no, y con el mayor desparpajo del mundo llamaba *doctrinario* á cualquiera sin saber lo que la palabra significaba. Tan pronto sentía en su espíritu, sin saber por qué ni por qué no, frenético entusiasmo por los derechos del hombre; tan pronto se le inundaba el alma de gozo oyendo decir que el Gobierno iba á dar mucho estacazo y á pasarse los tales derechos por las narices.

En tal situación, presentóse inopinadamente en Madrid Nicolás Rubín, el curita peludo, que también tenía sus pretensiones de ingresar no sé si en el clero castrense ó en el catedral, y ambos hermanos celebraron unos coloquios muy reservados, paseando solos por las afueras. De resultas de esto, Juan Pablo apareció un día en el café con cierta animación, mucho desenfado en sus juicios políticos, dándolas de profeta y expresando más altaneramente que nunca su desprecio de la situación dominante. A los que de esta manera se conducen, se les mira en los cafés con un poquillo de respeto y

aun con cierta envidia, suponiéndoles conocedores de secretos de Estado ó de alguna intriga muy gorda. "El amigo Rubín—dijo, en ausencia de él D. Basilio Andrés de la Caña, que era uno de los puntos fijos en la mesa,—me parece á mí que no juega limpio con nosotros. Si le van á colocar que lo diga de una vez. ¿Qué tenemos, viene *la federal* ó qué? *¡Misterios! ¡Meditemos!...* ¿O es que le lleva cuentos á don Práxedes? Bueno, señores, que se los lleve. No me importa el espionaje."

Esto pasaba á fines de 1872. De pronto Rubín dijo que iba al extranjero á reanudar sus trabajos de viajante de comercio. Desapareció de Madrid, y al cabo de meses se susurró en la tertulia del café que estaba en la facción, y que D. Carlos le había nombrado algo como contador ó intendente en su Cuartel Real. Súpose más tarde que había ido á Inglaterra á comprar fusiles, que hizo un alijo cerca de Guetaria, que vino disfrazado á Madrid y pasó á la Mancha y Andalucía en el verano del 73, cuando la Península, ardiendo por los cuatro costados, era una inmensa pira á la cual cada español había llevado su tea y el Gobierno soplaba.

II

Juan Pablo, que siempre se había equivocado en lo referente á sí mismo y andaba por caminos torcidos, acertó al disponer que su hermano pequeño siguiese la carrera de Farmacia. Muchas personas que no hacen más que disparates, poseen esta perspicacia del consejo y de la dirección de los demás, y no dando pié con bola en los destinos propios, ven claro en los del prójimo. En tal decisión tuvo además bastante parte un grande amigo del difunto Nicolás Rubín y de toda la familia (el farmacéutico Samaniego, dueño de la acreditada botica de la calle del Ave María), prometiendo tomar bajo sus auspicios á Maximiliano, llevársele de mancebo ó practicante con la mira de que, andando el tiempo, se quedase al frente del establecimiento.

Empezó Maximiliano sus estudios el 69, y su hermano y su tía le ponderaban lo bonita que era la Farmacia y lo mucho que con ella se ganaba, por ser muy caros los medicamentos y muy baratas las primeras materias: agua del pozo, ceniza del fogón, tierra de los tiestos, etcétera... El pobre chico, que era muy dócil, con todo se mostraba conforme. Lo que es entusiasmo, hablando en plata, no lo tenía por esta carrera ni por otra alguna; no se había

despertado en él ningún afán grande ni esa curiosidad sedienta de que sale la sabiduría. Era tan endeble que la mayor parte del año estaba enfermo, y su entendimiento no veía nunca claro en los senos de la ciencia, ni se apoderaba de una idea sino después de echarle muchas lazadas como si la amarrara. Usaba de su escasa memoria como de un ave de cetrería para cazar las ideas; pero el halcón se le marchaba á lo mejor, dejándole con la boca abierta y mirando al cielo.

Fueron penosísimos los primeros pasos en la carrera. La pereza y la debilidad le retenían en el lecho por las mañanas más tiempo del regular, y la pobre doña Lupe pasaba la pena negra para sacarle de las sábanas. Levantábase ella muy temprano, y se ponía á dar golpes con el almiréz junto á la misma cabeza del durmiente, que las más de las veces no se daba por entendido de tal estruendo. Luégo le hacía cosquillas, acostaba al gato con él, le retiraba las sábanas con la debida precaución para que no se enfriase. El sueño se cebaba de tal modo en aquel cuerpo, por las exigencias de la reparación orgánica, que el despertar del estudiante era obra de romanos y una de las cosas en que más energía y constancia desplegaba doña Lupe.

El muchacho estudiaba y quería cumplir con su deber; pero no podía ir más allá de sus

alcances. Doña Lupe le ayudaba á estudiar las lecciones, animábale en sus desfallecimientos, y cuando le veía apurado y temeroso por la proximidad de los exámenes, se ponia la mantilla y se iba á hablar con los profesores. Tales cosas les decía, que el chico pasaba, aunque con malas notas. Como no estuviese enfermo, asistía puntualmente á clase, y era de los que traían mayor trajín de notas, apuntes y cuadernos. Entraba en el áula cargado con aquel fardo, y no perdía sílaba de lo que el profesor decía.

Era de cuerpo pequeño y no bien conformado, tan endeble que parecía que se lo iba á llevar el viento, la cabeza chata, el pelo lacio y ralo. Cuando estaban juntos él y su hermano Nicolás, á cualquiera que les viese se le ocurriría proponer al segundo que otorgase al primero los pelos que le sobraban. Nicolás se había llevado todo el cabello de la familia, y por esta usurpación pilosa, la cabeza de Maximiliano anunciaba que tendría calva antes de los treinta años. Su piel era lustrosa, fina, cutis de niño con transparencias de mujer desmedrada y clorótica. Tenía el hueso de la naríz hundido y chafado, como si fuera de sustancia blanda y hubiese recibido un golpe, resultando de esto no sólo fealdad sino obstrucciones de respiración nasal, que eran sin duda la causa de que tuviera siempre la boca abierta. Su dentadura había salido con tanta desigualdad que cada

pieza estaba, como si dijéramos, donde le daba la gana. Y menos mal si aquellos condenados huesos no le molestaran nunca; ¡pero si tenía el pobrecito cada dolor de muelas que le hacía poner el grito más allá del Cielo! Padecía también de corizas y las empalmaba, de modo que resultaba un coriza crónico, con la pituitaria echando fuego y destilando sin cesar. Como ya iba aprendiendo el oficio, se administraba el ioduro de potasio en todas las formas posibles, y andaba siempre con un canuto en la boca aspirando brea, demonios ó no sé qué.

Dígase lo que se quiera, Rubín no tenía ilusión ninguna con la Farmacia. Mas no estaba vacía de aspiraciones altas el alma de aquel joven, tan desfavorecido por la Naturaleza que física y moralmente parecía hecho de sobras. A los dos ó tres años de carrera, aquel molusco empezó á sentir vibraciones de hombre, y aquel ciego de nacimiento empezó á entrever las fases grandes y gloriosas del astro de la vida. Vivía doña Lupe en aquella parte del barrio de Salamanca que llamaban *Pajaritos*. Maximiliano veía desde la ventana de su tercer piso á los alumnos de Estado Mayor, cuando la Escuela estaba en el 40 antiguo de la calle de Serrano; y no hay idea de la admiración que le causaban aquellos jóvenes, ni del arrobamiento que le producía la franja azul en el pantalón, el ros, la levita con las hojas de roble bordadas en el

cuello, y la espada... ¡tan chicos algunos y ya con espada! Algunas noches, Maximiliano soñaba que tenía su tizona, bigote y uniforme, y hablaba dormido. Despierto deliraba también, figurándose haber crecido una cuarta, tener las piernas derechas y el cuerpo no tan caído para adelante, imaginándose que se le arreglaba la naríz, que le brotaba el pelo y que se le ponía un empaque marcial como el del más pintado. ¡Qué suerte tan negra! Si él no fuera tan desgarbado de cuerpo y le hubieran puesto á estudiar aquella carrera, ¡cuánto se habría aplicado! Seguramente, á fuerza de sobar los libros, le habría salido el talento, como se saca lumbre á la madera frotándola mucho.

Los sábados por la tarde, cuando los alumnos iban al ejercicio con su fusil al hombro, Maximiliano se iba tras ellos para verles maniobrar, y la fascinación de este espectáculo durábale hasta el lunes. En la clase misma, que por la placidéz del local y la monotonía de la lección convidaba á la somnolencia, se ponía á jugar con la fantasía y á provocar y encender la ilusión. El resultado era un completo éxtasis, y al través de la explicación sobre las propiedades terapéuticas de las tinturas madres, veía á los alumnos militares en su estudio táctico de campo, como se puede ver un paisaje al través de una vidriera de colores.

Los chicos de la clase de Botánica se entre-

tenían en ponerse motes semejantes á las nomenclaturas de Linneo. A un tal Anacleto que se las tiraba de muy fino y muy señorito, le llamaban *Anacletus obsequiosissimus;* á Encinas, que era de muy corta estatura, le llamaban *Quercus gigantea.* Olmedo era muy abandonado y le caía admirablemente el *Ulmus sylvestris.* Narciso Puerta era feo, sucio y mal oliente. Pusiéronle *Pseudo-Narcissus odoripherus.* A otro que era muy pobre y gozaba de un empleito, le pusieron *Christophorus oficinalis* y por último, á Maximiliano Rubín, que era feísimo, desmañado y de muy cortos alcances, se le llamó durante toda la carrera *Rubinius vulgaris.*

Al entrar el año de 1874, tenía Maximiliano veinticinco y no representaba aún más de veinte. Carecía de bigote, pero no de granos que le salían en diferentes puntos de la cara. A los veintitres años tuvo una fiebre nerviosa que puso en peligro su vida; pero cuando salió de ella parecía un poco más fuerte; ya no era su respiración tan fatigosa ni sus corizas tan tenaces, y hasta los condenados raigones de sus muelas parecían más civilizados. No usaba ya el ioduro tan á pasto ni el canuto de brea, y sólo las jaquecas persistían, como esos amigos machacones cuya visita periódica causa espanto. Juan Pablo estaba entonces en el Cuartel Real, y doña Lupe dejaba á Maximiliano en libertad, porque le creía inaccesible á los vicios

por razón de su pobreza física, de su natural apático y de la timidéz que era el resultado de aquellas desventajas. Y además de libertad, dábale su tía algún dinero para sus placeres de mozo, segura de que no había de gastarlo sino con mucho pulso. Inclinábase el chico á economizar, y tenía una hucha de barro en la cual iba metiendo las monedas de plata y algún centén de oro que le daban sus hermanos cuando venían á Madrid. En la ropa era muy mirado, y gustaba de hacerse trajes baratos y de moda, que cuidaba como á las niñas de sus ojos. De esto le sobrevino alguna presunción, y gracias á ella su figura no parecía tan mala como era realmente. Tenía su buena capa de embozos colorados; por la noche se liaba en ella, metíase en el tranvía y se iba á dar una vuelta hasta las once, rara vez hasta las doce. Por aquel tiempo se mudó doña Lupe á Chamberí, buscando siempre casas baratas, y Maximiliano fué perdiendo poco á poco la ilusión de los alumnos de Estado Mayor.

Su timidéz, lejos de disminuir con los años, parecía que aumentaba. Creía que todos se burlaban de él considerándole insignificante y para poco. Exajeraba sin duda su inferioridad, y su desaliento le hacía huir del trato social. Cuando le era forzoso ir á alguna visita, la casa en que debía entrar imponíale miedo, aun vista por fuera, y estaba dando vueltas por la calle

antes de decidirse á penetrar en ella. Temía encontrar á álguien que le mirara con malicia, y pensaba lo que había de decir, aconteciendo las más de las veces que no decía nada. Ciertas personas le infundían un respeto que casi casi era pánico, y al verlas venir por la calle se pasaba á la otra acera. Estas personas no le habían hecho daño alguno; al contrario, eran amigos de su padre, ó de doña Lupe ó de Juan Pablo. Cuando iba al café con los amigos, estaba muy bien si no había más que dos ó tres. En este caso hasta se le soltaba la lengua y se ponía á hablar sobre cualquier asunto. Pero como se reunieran seis ú ocho personas, enmudecía, incapáz de tener una opinión sobre nada. Si se veía obligado á expresarse, ó porque se querían *quedar con él* ó porque sin malicia le preguntaban algo, ya estaba mi hombre como la grana y tartamudeando.

Por esto le gustaba más, cuando el tiempo no era muy frío, vagar por las calles, embozadito en su pañosa, viendo escaparates y la gente que iba y venía, parándose en los corros en que cantaba un ciego, y mirando por las ventanas de los cafés. En estas excursiones podía muy bien emplear dos horas sin cansarse, y desde que se daba cuerda y cogía impulso, el cerebro se le iba calentando, calentando hasta llegar á una presión altísima en que el joven errante se figuraba estar persiguiendo aventuras y ser muy

otro de lo que era. La calle con su bullicio y la diversidad de cosas que en ella se ven, ofrecía gran incentivo á aquella imaginación, que al desarrollarse tarde, solía desplegar los bríos de que dan muestras algunos enfermos graves. Al principio no le llamaban la atención las mujeres que encontraba; pero al poco tiempo empezó á distinguir las guapas de las que no lo eran, y se iba en seguimiento de alguna, por puro éxtasis de aventura, hasta que encontraba otra mejor y la seguía también. Pronto supo distinguir de *clases*, es decir, llegó á tener tan buen ojo, que conocía al instante las que eran honradas y las que no. Su amigo *Ulmus sylvestris*, que á veces le acompañaba, indújole á romper la reserva que su encogimiento le imponía, y Maximiliano conoció á algunas que había visto más de una vez y que le habían parecido muy guapetonas. Pero su alma permanecía serena en medio de sus tentativas viciosas: las mismas con quienes pasó ratos agradables le repugnaban después, y como las viera venir por la calle, les huía el bulto.

Agradábale más vagar solo que en compañía de Olmedo, porque éste le distraía, y el goce de Maximiliano consistía en pensar é imaginar libremente y á sus anchas, figurándose realidades y volando sin tropiezo por los espacios de lo posible, aunque fuera improbable. Andar, andar y soñar al compás de las piernas, como

si su alma repitiera una música cuyo ritmo marcaban los pasos, era lo que á él le deleitaba. Y como encontrara mujeres bonitas, solas, en parejas ó en grupos, bien con toquilla á la cabeza ó con manto, gozaba mucho en afirmarse á sí mismo que *aquellas eran honradas*, y en seguirlas hasta ver á dónde iban. "¡Una honrada! ¡Que me quiera una honrada!„ Tal era su ilusión... Pero no había que pensar en tal cosa. Sólo de pensar que le dirigía la palabra á una honrada, le temblaban las carnes. ¡Si cuando iba á su casa y estaban en ella Rufinita Torquemada ó la señora de Samaniego con su hija Olimpia, se metía él en la cocina por no verse obligado á saludarlas...!

III

De esta manera aquel misántropo llegó á vivir más con la visión interna que con la externa. El que antes era como una ostra había venido á ser algo como un poeta. Vivía dos existencias, la del pan y la de las quimeras. Esta la hacía á veces tan espléndida y tan alta, que cuando caía de ella á la del pan, estaba todo molido y maltrecho. Tenía Maximiliano momentos en que se llegaba á convencer de que era otro, esto siempre de noche y en la soledad vagabunda de sus paseos. Bien era oficial de ejército y tenía una cuarta más de alto, nariz

aguileña, mucha fuerza muscular y una cabeza... una cabeza que no le dolía nunca; ó bien un paisano pudiente y muy galán, que hablaba por los codos sin turbarse nunca, capáz de echarle una flor á la mujer más arisca, y que estaba en sociedad de mujeres como el pez en el agua. Pues como dije, se iba calentando de tal modo los sesos, que se lo llegaba á creer. Y si aquello le durara, sería tan loco como cualquiera de los que están en Leganés. La suerte suya era que aquello se pasaba, como pasaría una jaqueca; pero la alucinación recobraba su imperio durante el sueño, y allí eran los disparates y el teje maneje de unas aventuras generalmente muy tiernas, muy por lo fino, con abnegaciones, sacrificios, heroismos y otros fenómenos sublimes del alma. Al despertar, en ese momento en que los juicios de la realidad se confunden con las imágenes mentirosas del sueño y hay en el cerebro un crepúsculo, una discusión vaga entre lo que es verdad y lo que no lo es, el engaño persistía un rato, y Maximiliano hacía por retenerlo, volviendo á cerrar los ojos y atrayendo las imágenes que se dispersaban. Verdaderamente—decía él,—¿por qué ha de ser una cosa más real que la otra? ¿Por qué no ha de ser sueño lo del día y vida efectiva lo de la noche? Es cuestión de nombres y de que diéramos en llamar *dormir* á lo que llamamos *despertar*, y *acostarse* al *levantarse*... ¿Qué

razón hay para que no diga yo ahora mientras me visto: "Maximiliano, ahora te estás echando á dormir. Vas á pasar mala noche, con pesadilla y todo, ó sea con clase de *Materia farmacéutica animal*"...?

El tal *Ulmus sylvestris* era un chico simpático, buen mozo, alegre y de cabeza un tanto ligera. De todos los compañeros de *Rubinius vulgaris*, aquél era el que más le quería, y Maximiliano le pagaba con un cariño que tenía algo de respeto. Llevaba Olmedo una vida muy poco ejemplar, mudando cada mes de casa de huéspedes, pasándose las noches en lugares pecaminosos, y haciendo todos los disparates estudiantiles, como si fueran un programa que había que cumplir sin remedio. Ultimamente vivía con una tal Feliciana, graciosa y muy corrida, dándose importancia con ello, como si el *entretener* mujeres fuese una carrera en que había que matricularse para ganar título de hombre hecho y derecho. Dábale él lo poco que tenía, y ella afanaba por su lado para ir viviendo, un día con estrecheces, otro con rumbo y siempre con la mayor despreocupación. Tomaba él en serio este género de vida, y cuando tenía dinero, invitaba á sus amigos á *tomar un bacalao* en su *hotel*, dándose unos aires de hombre de mundo y de pillín, con cierta imitación mala del desgaire parisiense que conocía por las novelas de Paul de Kock. Feliciana era de

Valencia, y ponía muy bien el arroz; pero el servicio de la mesa y la mesa misma tenían que ver. Y Olmedo lo hacía todo tan al vivo y tan con arreglo á programa, que se emborrachaba sin gustarle el vino, cantaba flamenco sin saberlo cantar, destrozaba la guitarra y hacía todos los desatinos que, á su parecer, constituían el rito de perdido; pues á él se le antojó ser perdido, como otros son masones ó caballeros cruzados, por el prurito de desempeñar papeles y de tener una significación. Si existiera el uniforme de perdido, Olmedo se lo hubiera puesto con verdadero entusiasmo, y sentía que no hubiese un distintivo cualquiera, cinta, plumacho ó galón, para salir con él, diciendo tácitamente: "Vean ustedes lo perdulario que soy." Y en el fondo era un infelíz. Aquello no era más que una prolongación viciosa de la *edad del pavo.*

Maximiliano no iba nunca á las francachelas de su amigo, aunque éste le convidaba siempre. Pero se informaba de la salud de Feliciana, como si fuera una señora, y Olmedo también tomaba esto en serio, diciendo: "La tengo un poquillo delicada. Hoy le he dicho á Orfila que se pase por casa." Este Orfila era un estudiantillo de último año de Medicina, que se llamaba lo mismo que el célebre doctor, y curaba, es decir, recetaba á los amigos y á las amigas de los amigos.

Un día, al salir de clase, dijo Olmedo á Rubín: "Vete por casa si quieres ver una mujer... hasta allí. Es una amiga de Feliciana, que se ha ido á nuestro *hotel* unos días mientras encuentra colocación.

—¿Es honrada?—preguntó Rubín, mostrando en su tono la importancia que daba á la honradéz.

—¡Honrada! ¡qué narices!—exclamó el perdis riendo.—¿Pero tú crees que hay alguna mujer que sea... lo que se llama honrada?

Esto lo dijo con aplomo filosófico, el sombrero inclinado sobre la sien derecha como distintivo de sus ideas acerca de la depravación humana. Ya no había mujeres honradas: lo decía un conocedor profundo de la sociedad y del vicio. El escepticismo de Olmedo era signo de infancia, un desorden de transición fisiológica, algo como una segunda dentición. Todo se reduce á echar muchas babas, y luégo ya viene el hombre con otras ideas y otra manera de ser.

"¡Con que no es honrada!...—apuntó Maximiliano, que habría deseado que todas las hembras lo fueran.

—¿Qué ha de ser, hombre?... ¡Buena púa está! Llegó á Madrid no hace mucho tiempo con un barbián... creo que tratante en fusiles. ¡Traían un tren, chico!... La ví una noche... Te juro que daba el puro opio. Parecía del propio París... Pero yo no sé lo qué pasó, ¡narices!

Aquel señor no jugaba limpio, y una mañana se largó dejando un pico muy grande en la casa de huéspedes, y otro pico no sé dónde, y picos y picos... Total, que la pobre tuvo que empeñar todos sus trapos y se quedó con lo puesto, nada más que con lo puesto, cuando lo tiene puesto se entiende. Feliciana se la encontró no sé dónde hecha un mar de lágrimas, y le dijo: "vente á mi casa." ¡Allí está! Hace sus saliditas, ojo al Cristo, para lo cual Feliciana le presta su ropa. No te creas; es una chica muy buena. ¡Tiene un ángel...!

Por la noche fué Maximiliano al *hotel* de Feliciana, tercer piso en la calle de Pelayo, y al entrar, lo primero que vió... Es que junto á la puerta de entrada había un cuartito pequeño, que era donde moraba la huéspeda, y ésta salía de su escondrijo cuando Rubín entraba. Feliciana había salido á abrir con el quinqué en la mano, porque lo llevaba para la sala, y á la luz vivísima del petróleo sin pantalla, encaró Maximiliano con la más extraordinaria hermosura que hasta entonces habían visto sus ojos. Ella le miró á él como á una cosa rara, y él á ella como á sobrenatural aparición.

Pasó Rubín á la salita, y dejando su capa, se sentó en un sillón de hule cuyos muelles asesinaban la parte del cuerpo que sobre ellos caía. Olmedo quería que su amigo jugase con él á la siete y media; pero como Maximiliano

se negase á ello, empezó á hacer solitarios. Puso Feliciana sobre la luz una pantalla de figurines vestidos con pegotes de trapo, y después se echó con indolencia en la butaca, abrigándose con su mantón alfombrado.

"Fortunata—gritó llamando á su amiga, que daba vueltas por toda la casa como si buscara alguna cosa.—¿Qué se te ha perdido?

—Chica, mi toquilla azul.

—¿Vas á salir ya?

—Sí: ¿qué hora es?

Rubín se alegró de aquella ocasión que se le presentaba de prestar un servicio á mujer tan hermosa, y sacando su reloj con mucha solemnidad, dijo: "Las nueve menos siete minutos... y medio.„ No podía decirse la hora con exactitud más escrupulosa.

"Ya ves—dijo Feliciana.—tienes tiempo... Hasta las diez. Con que salgas de aquí á las diez menos cuarto... ¿Pero esa toquilla?... Mírala, mírala en esa silla junto á la cómoda.

—¡Ay! hija... si llega á ser perro me muerde.

Se la puso, envolviéndose la cabeza, echando miradas á un espejo de marco negro que sobre la cómoda estaba, y después se sentó en una silla á hacer tiempo. Entonces Maximiliano la miró mejor. No se hartaba de mirarla, y una obstrucción singular se le fijó en el pecho, cortándole la respiración. ¿Y qué decir? Porque había que decir algo. El pobre joven se sentía

delante de aquella hermosura más cortado que en la visita de más campanillas.

"Bien puedes abrigarte—indicó Feliciana á su amiga; y Rubín vió el cielo abierto, porque pudo decir en tono de sentencia filosófica:

—Sí, está la noche fresquecita.

—Llévate el llavín...—añadió Feliciana.—Ya sabes que el sereno se llama Paco. Suele estar en la taberna.

La otra no desplegaba sus labios. Parecía que estaba de muy mal humor. Maximiliano contemplaba como un bobo aquellos ojos, aquel entrecejo incomparable y aquella naríz perfecta, y habría dado algo de mucho precio porque ella se hubiese dignado mirarle de otra manera que como se mira á los bichos raros. "¡Qué lástima que no sea honrada!—pensaba.—Y quién sabe si lo será; quiero decir—que conserve la honradéz del alma en medio de..."

Estaba muy fija en él la idea aquella de las dos honradeces, en algunos casos armonizadas, en otros no. Habló Fortunata poco y vulgar; todo lo que dijo fué de lo menos digno de pasar á la historia: que hacía mucho frío, que se le había descosido un mitón, que aquel llavín parecía la *maza de Fraga*, que al volver á casa entraría en la botica á comprar unas pastillas para la tos.

Maximiliano estaba encantado, y no atreviéndose á desplegar los labios, daba su asen-

timiento con una sonrisa, sin quitar los extáticos ojos de aquel semblante que le parecía angelical. Y cuanto ella dijo lo oyó como si fuera una sarta de conceptos ingeniosísimos. "Si es un ángel!... No ha dicho ni una palabra malsonante... ¡Y qué metal de voz! No he oído en mi vida música tan grata... ¿Cómo será el decir esta mujer un *te quiero*, diciéndolo con verdad y con alma?„ Esta idea produjo en la mente de Rubín sacudidas que le duraron mediano rato. Le corrió un frío por el espinazo y vínole cierto picor á la naríz como cuando se ha bebido gaseosa.

Cansado de hacer solitarios, Olmedo se puso á contar cuentos indecentes, lo que á Maximiliano le pareció muy mal. Otras noches había oído anécdotas parecidas y se había reído; pero aquella noche se ponía de todos colores deseando que á su condenado amigo se le secara la boca. "¡Qué desvergüenza contar aquellas marranadas delante de personas... de personas decentes, sí señor!„ Estaba Rubín tan desconcertado como si las dos mujeres allí presentes fuesen remilgadas damas ó alumnas de un colegio monjil; pero su timidéz le impedía mandar callar á Olmedo. Fortunata no se reía tampoco de aquellos estúpidos chistes; pero más bien parecía indiferente que indignada de oirlos. Estaba distraida pensando en sus cosas. ¿Qué cosas serían aquéllas? Diera Maximiliano

por saberlas... su hucha con todo lo que contenía. Al acordarse de su tesoro tuvo otra sacudida, y se removió en el asiento lastimándose mucho con el duro contacto de aquellos mal llamados muelles.

"Pero el cuento más salado ¡narices!—dijo Olmedo,—es el del panadero.—¿Lo sabes tú? Cuando aquel obispo fué á la visita pastoral y se acostó en la cama del cura... Vereis...

Fortunata se levantó para marcharse. Ocurrióle á Maximiliano salir detrás de ella para ver adónde iba. (Era la manera especial suya de hacer la corte. En su espíritu soñador existía la vaga creencia de que aquellos seguimientos entrañaban una comunicación misteriosa, quizás magnética. Seguir, mirando de lejos, era un lenguaje ó telegrafía *sui generis*, y la persona seguida, aunque no volviese la vista atrás, debía de conocer en sí los efectos del fluído de atracción.) Salió Fortunata despidiéndose muy friamente, y á los dos minutos se despidió también Maximiliano con ánimo de alcanzarla todavía en el portal. Pero aquel condenado *Ulmus sylvestris* le entretuvo á la fuerza, cogiéndole una mano y apretándosela con bárbaros alardes de vigor muscular, para reirse con los chillidos de dolor que daba el pobre *Rubinius vulgaris*. "¡Qué asno eres!—exclamaba éste, retirando al fin su mano magullada, con los dedos pegados unos á otros.—¡Vaya unas gra-

cias!... Esto y contar porquerías es tu fuerte. Mejor te pusieras á estudiar.

—*Niño del mérito*, *papos-castos*, ¿quieres hacer el favor de tocarme las narices?

—No te hagas ordinario,—dijo Rubín con bondad.—Si no lo eres, si aunque quieras parecerlo no lo puedes conseguir.

Esto lastimó el amor propio de Olmedo más que si su amigo le hubiera llenado de insultos, porque todo lo llevaba con paciencia menos que se le rebajase un pelo de la graduación de perdis que se había dado. Le supo tan mal la indulgencia de Rubín, que salió tras él hasta la puerta, diciéndole entre otras tonterías: "¡Valiente hipócrita estás tú... narices! Estos silfidones, á lo mejor la pegan.

IV

Maximiliano bajó la escalera como la baja uno cuando tiene ocho años y se le ha caído el juguete de la ventana al patio. Llegó sin aliento al portal, y allí dudó si debía tomar á la derecha ó á la izquierda de la calle. El corazón le dijo que fuera hacia la calle de San Marcos. Apretó el paso pensando que Fortunata no debía de andar muy á prisa y que la alcanzaría pronto. "¿Será aquélla?„ Creyó ver la toquilla azul; pero al acercarse notó que no era la nube de su cielo. Cuando veía una mujer *que*

pudiera ser ella, acortaba el paso por no aproximarse demasiado, pues acercándose mucho no eran tan misteriosos los encantos del seguimiento. Anduvo calles y más calles, retrocedió, dió vueltas á esta y la otra manzana, y la *dama nocturna* no parecía. Mayor desconsuelo no sintió en su vida. Si la encontrara era capáz hasta de hablarle y decirle algún amoroso atrevimiento. Se agitó tanto en aquel paseo vagabundo, que á las once ya no se podía tener en pié, y se arrimaba á las paredes para descansar un rato. Irse á su casa sin encontrarla y darse un buen trote con ella... á distancia de treinta pasos, dábale mucha tristeza. Pero al fin se hizo tan tarde y estaba tan fatigado, que no tuvo más remedio que coger el tranvía de Chamberí y retirarse. Llegó y se acostó, deseando apagar la luz para pensar sobre la almohada. Su espíritu estaba abatidísimo. Asaltáronle pensamientos tristes, y sintió ganas de llorar. Apenas durmió aquella noche, y por la mañana hizo propósito de ir al *hotel* de Feliciana en cuanto saliera de clase.

Hízolo como lo pensó, y aquel día pudo vencer un poco su timidéz. Feliciana le ayudaba, estimulándole con maña, y así logró Rubín decir á la otra algunas cosas que por disimulo de sus sentimientos quiso que fueran maliciosas. "Tardecillo vino usted anoche. A las once no había vuelto usted todavía.„ Y por este esti-

lo otras frases vulgares que Fortunata oía con indiferencia y que contestaba de un modo desdeñoso. Maximiliano reservaba las purezas de su alma para ocasión más oportuna, y con felíz instinto había determinado iniciarse como uno de tantos, como un cualquiera que no quería más que divertirse un rato. Dejóles solos la tunanta de Feliciana, y Rubín se acobardó al principio; pero de repente se rehizo. No era ya el mismo hombre. La fe que llenaba su alma, aquella pasión nacida en la inocencia y que se desarrolló en una noche como árbol milagroso que surge de la tierra cargado de fruto, le removía y le transfiguraba. Hasta la maldita timidéz quedaba reducida á un fenómeno puramente externo. Miró sin pestañear á Fortunata, y cogiéndole una mano, le dijo con voz temblorosa: "Si usted me quiere querer, yo... la querré más que á mi vida."

Fortunata le miró también á él, sorprendida. Le parecía imposible que el *bicho raro* se expresase así... Vió en sus ojos una lealtad y una honradéz que la dejaron pasmada. Después reflexionó un instante, tratando de apoyarse en un juicio pesimista. Se habían burlado tanto de ella, que lo que estaba viendo no podía ser sino una nueva burla. Aquel era, sin duda, más pillo y más embustero que los demás. Consecuencia de tales ideas fué la sonora carcajada que soltó la mujer aquella ante la faz compungida de un

hombre que era todo espíritu. Pero él no se desconcertó, y la circunstancia de verse escuchado con atención, dábale un valor desconocido. ¡Animo! "Si usted me quiere, yo la adoraré, yo la idolatraré á usted..."

Revelaba la tal mujer un gran escepticismo, y lo que hacía la muy pícara era tomar á risa la pasión del joven.

"¿Y si lo probara?—dijo Maximiliano con seriedad que le dió, ¡parece mentira! un tornasol de hermosura;—¿si le probara á usted de un modo que no dejase lugar á dudas...?

—¿Qué?

—¡Que la idolatraré!... no, que ya la estoy idolatrando.

—¡*Tié* gracia!... ¡Idolatrando! ¡já, já!—repitió la otra, y devolvía la palabra como se devuelve una pelota en el juego.

Maximiliano no insistió en emplear vocablos muy expresivos. Comprendió que lo ridículo se le venía encima. No dijo más que: "Bueno, seremos amigos... Me contento con eso por hoy. Yo soy un infelíz, quiero decir, soy bueno. Hasta ahora no he querido á ninguna mujer."

Fortunata le miraba y, francamente, no podía acostumbrarse á aquella naríz chafada, á aquella boca tan sin gracia, al endeble cuerpo que parecía se iba á deshacer de un soplo. ¡Que siempre se enamoraran de ella tipos así! Obligada á disimular y á hacer ciertos papeles, aun-

que en verdad no los hacía muy bien, siguió la conversación en aquel terreno.

"Esta noche quiero hablar con usted—dijo Rubín categóricamente.—Vendré á las ocho y media. ¿Me da usted palabra de no salir... ó de esperarme para salir conmigo?"

Dióle ella la palabra que con tanta necesidad le pedía el joven, y así concluyó la entrevista. Rubín se fué corriendo á su casa.

¡Qué chico! Si parecía otro. El mismo notaba que algo se había abierto dentro de sí, como arca sellada que se rompe, soltando un mundo de cosas, antes comprimidas y ahogadas. Era la crisis, que en otros es larga ó poco acentuada, y allí fué violenta y explosiva. ¡Si hasta se figuraba que era saludable...! ¡Si hasta le parecía que tenía talento...! Como que aquella tarde se le ocurrieron pensamientos magníficos y juicios de una originalidad sorprendente. Había formado de sí mismo un concepto poco favorable como hombre de inteligencia; pero ya, por efecto del súbito amor, creíase capáz de dar quince y raya á más de cuatro. La modestia cedió el puesto á un cierto orgullo que tomaba posesión de su alma... "Pero ¿y si no me quiere?—pensaba desanimándose y cayendo á tierra con las alas rotas.—Es que me tendrá que querer... No es el primer caso... Cuando me conozca..."

Al mismo tiempo la apatía y la pereza quedaban vencidas... Andábanle por dentro co-

mezones y pruritos nuevos, un deseo de hacer algo, y de probar su voluntad en actos grandes y difíciles... Iba por la calle sin ver á nadie, tropezando con los transeuntes, y á poco se estrella contra un árbol del paseo de Luchana. Al entrar en la calle de Raimundo Lulio vió á su tía en el balcón tomando el sol. Verla y sentir un miedo muy grande, pero muy grande, fué todo uno. "¡Si mi tía lo sabe...!„ Pero del miedo salió al instante la reacción de valor, y apretó los puños debajo de la capa, los apretó tanto que le dolieron los dedos. "Si mi tía se opone, que se oponga y que se vaya á los demonios.„ Nunca, ni aun con el pensamiento, había hablado Maximiliano de doña Lupe con tan poco respeto. Pero los antiguos moldes estaban rotos. Todo el mundo y toda la existencia anteriores á aquel estado novísimo se hundían ó se disipaban como las tinieblas al salir el sol. Ya no había tía, ni hermanos, ni familia, ni nada, y quien quiera que se le atravesase en su camino era declarado enemigo. Maximiliano tuvo tal acceso de coraje, que hasta se ofreció á su mente con caracteres odiosos la imagen de doña Lupe, de su segunda madre. Al subir las escaleras de la casa se serenó, pensando que su tía no sabía nada, y si lo sabía, que lo supiera, ¡ea!... "¡Qué carácter estoy echando!—se dijo al meterse en su cuarto.

Cerró cuidadosamente la puerta y cogió la

hucha. Su primer impulso fué estrellarla contra el suelo y romperla para sacar el dinero; y ya la tenía en la mano para consumar tan antieconómico propósito, cuando le asaltaron temores de que su tía oyera el ruído y entrase y le armara un cisco. Acordóse de lo orgullosa que estaba doña Lupe de la hucha de su sobrino. Cuando iban visitas á la casa la enseñaba como una cosa rara, sonándola y dando á probar el peso, para que todos se pasmaran de lo arregladito y previsor que era el niño. "Esto se llama formalidad. Hay pocos chicos que sean así...„

Maximiliano discurrió que para realizar su deseo, necesitaba comprar otra hucha de barro exactamente igual á aquella y llenarla de cuartos para que sonara y pesara... Se estuvo riendo á solas un rato, pensando en el chasco que le iba á dar á su tía... ¡él, que no había cometido nunca una travesura...! lo único que había hecho, años atrás, era robarle á su tía botones para coleccionarlos. ¡Instintos de coleccionista, que son variantes de la avaricia! Alguna vez llegó hasta cortarle los botones de los vestidos; pero con un solfeo que le dieron no le quedaron ganas de repetirlo. Fuera de esto, nada; siempre había sido la misma mansedumbre, y tan económico que su tía le amaba más quizás por la virtud del ahorro que por las otras.

"Pues señor; manos á la obra. En la cacharrería del paseo de Santa Engracia hay huchas

exactamente iguales. Compraré una; miraré bien esta para tomarle bien las medidas.„

Estaba Maximiliano con la hucha en la mano mirándola por arriba y por abajo, como si la fuera á retratar, cuando se abrió la puerta y entró una chiquilla como de doce años, delgada y espigadita, los brazos arremangados, muy atusada de flequillo y sortijillas, con un delantal que le llegaba á los piés. Lo mismo fué verla Maximiliano, que se turbó cual si le hubieran sorprendido en un acto vergonzoso.

"¿Qué buscas tú aquí, chiquilla sin vergüenza?

Por toda contestación, la rapaza le enseñó medio palmo de lengua, plegando los ojos y haciendo unas muecas de careta fea de lo más estrafalario y grotesco que se puede imaginar.

—Sí, bonita te pones... Lárgate de aquí, ó verás...

Era la criada de la casa. Doña Lupe odiaba las mujeronas, y siempre tomaba á su servicio niñas para educarlas y amoldarlas á su gusto y costumbres. Llamábanla Papitos no sé por qué. Era más viva que la pólvora, activa y trabajadora cuando quería, holgazana y mañosa algunos días. Tenía el cuerpo esbelto, las manos ásperas del trabajo y el agua fría, la cara diablesca, con unos ojos reventones de que sacaba mucho partido para hacer reir á la gente, la boca hocicuda y graciosa, con un juego de labios y

unos dientes blanquísimos que eran como de encargo para producir las muecas más extravagantes. Los dos dientes centrales superiores eran enormes, y se le veían siempre, porque ni cuando estaba de morros cerraba completamente la boca.

Oída la conminación que le hizo Maximiliano, Papitos se desvergonzó más. Ella las gastaba así. Cuanto más la amenazaban más pesadita se ponía. Volvió á echar fuera una cantidad increible de lengua, y luégo se puso á decir en voz baja: "Feo, feo..." hasta treinta ó cuarenta veces. Esta apreciación, que no era contraria á la verdad ni mucho menos, nunca había inspirado á Rubín más que desprecio; pero en aquella ocasión le indignó tanto, vamos... que de buena gana le hubiera cortado á Papitos toda aquella lenguaza que sacaba.

"Si no te largas, de la patada que te doy...!

Fué trás ella; pero Papitos se puso en salvo. Parecía que volaba. Desde el fondo del pasillo, en la puerta de la cocina, repetía sus burlas, haciendo con las manos gestos de mico. Volvió él á su cuarto muy incomodado y á poco entró ella otra vez.

"¿Qué buscas aquí?

—Vengo *á por* la lámpara para aviarla...

El motivo de haber dicho esto la chiquilla con relativo juicio y serenidad, fué que se oye-

ron los pasos de doña Lupe, y su voz temerosa: "Mira, Papitos, que voy allá...

—Tía, venga usted... Está de jarana...

—¡Acusón!—le dijo por lo bajo la chicuela al coger la lámpara,—feón.

—La culpa la tienes tú—añadió severamente doña Lupe, en la puerta,—porque te pones á jugar con ella, le ríes las gracias, y ya ves. Cuando quieres que te respete, no puede ser. Es muy mal criada.

La tía y el sobrino hablaron un instante.

"¿También vendrás tarde esta noche? Mira que las noches están muy frías. Estas heladas son crueles. Tú no estás para valentías.

—No, si no siento nada. Nunca he estado mejor—dijo Rubín, sintiendo que la timidéz le ganaba otra vez.

—No hagamos simplezas... Hace un frío horrible. ¡Qué año tan malo! Creerás que anoche no pude entrar en calor hasta la madrugada? Y eso que me eché encima cuatro mantas. ¡Qué atrocidad! Como que estamos entre las *Cátedras de Roma* y *Antioquía*, que es, según decía mi Jáuregui, el peor tiempo de Madrid.

V

—¿Va usted esta noche á casa de doña Silvia?—preguntóle Rubín.

—Eso pienso. Si tú sales me dejarás allá, y luégo irás á buscarme á las once en punto.

Esto contrariaba á Maximiliano, porque le tasaba el tiempo; pero no dijo nada.

—Y esta tarde, ¿sale usted?—preguntó luégo deseando que su tía saliese antes de comer, para verificar, mientras ella estuviese fuera, la sustitución de las huchas.

—Puede que me llegue un ratito á casa de Paca Morejón.

"Yo la acompañaré á usted... Tengo que ir á ver á Narciso para que me preste unos apuntes. La dejaré á usted en la calle de la Habana.

Doña Lupe fué á la cocina y le armó una gran chillería á Papitos porque había dejado quemar el principio. Pero la chica estaba muy acostumbrada á todo, y se quedaba tan fresca. Como que acabadita de oirse llamar con las denominaciones más injuriosas y de recibir un pellizco que le atenazaba la carne, poníase detrás de su ama á hacer visajes y á sacar la lengua, mientras se rascaba el brazo dolorido.

"Si creerás tú que no te estoy viendo, bribona—decía doña Lupe sin volverse, entre risueña y enojada. Y no se podía pasar sin ella. Necesitaba tener una criatura á quien reprender y enseñar por los procedimientos suyos.

Púsose la mantilla doña Lupe, y tía y sobrino salieron. La primera se quedó en la calle de Arango, y el segundo se fué á comprar la

hucha y tornó á su casa. Había llegado la ocasión de consumar el atentado, y el que durante la premeditación se mostraba tan valeroso, cuando se aproximaba el instante crítico sentía vivísima inquietud. Empezó por asegurarse de la curiosidad de Papitos, echando la llave á la puerta después de encender la luz; pero ¿cómo asegurarse de su propia conciencia que se le alborotaba, pintándole la falta proyectada como nefando delito? Comparó las dos huchas, observando con satisfacción que eran exactamente iguales en volumen y en el color del barro. No era posible que nadie advirtiese la sustitución. Manos á la obra. Lo primero era romper la primitiva para coger el oro y la plata, pasando á la nueva la calderilla, con más dos pesetas en *perros* que al objeto había cambiado en la tienda de comestibles. Romper la olla sin hacer ruído era cosa imposible. Permaneció un rato sentado en una silla junto á la cama, con las dos huchas sobre ésta, acariciando suavemente la que iba á ser víctima. Su mirada vagaba alrededor de la luz, cazando una idea. La luz iluminaba la mesilla cubierta de hule negro, sobre el cual estaban los libros de estudio, forrados con periódicos y muy bien ordenados por doña Lupe; dos ó tres frascos de sustancias medicinales, el tintero y varios números de *La Correspondencia*. La mirada del joven revoloteó por la estrecha cavidad del cuarto, como si si-

guiera las curvas del vuelo de una mosca, y fué de la mesa á la percha en que pendían aquellos moldes de sí mismo, su ropa, el chaqué que reproducía su cuerpo y los pantalones que eran sus propias piernas colgadas como para que se estiraran. Miró después la cómoda, el baul y las botas que sobre él estaban, sus propios piés cortados, pero dispuestos á andar. Un movimiento de alegría y la animación de la cara indicaron que Maximiliano había atrapado la idea. Bien lo decía él: con aquellas cosas se había vuelto de repente hombre de talento. Levantóse, y cogiendo una bota salió y fué á la cocina, donde estaba Papitos cantando.

"Chiquilla, ¿me das la mano del almiréz? Esta bota tiene un clavo tremendo, pero tremendo, que me ha dejado cojo.

Papitos cogió la mano del almiréz, haciendo el ademán de machacar al señorito la cabeza.

"Vamos, niña, estate quieta. Mira que le cuento todo á la tía. Me encargó que tuviera cuidado contigo, y que si te movías de la cocina, te diera dos coscorrones.

Papitos se puso á picar la escarola, sin dejar de hacer visajes.

"Y yo le diré — replicó,—yo le diré lo que hace... el muy trapisondista...

Maximiliano se extremeció.

"Tonta, ¿qué es lo que yo hago?...—dijo sorteando su turbación.

—Encerrarse en su cuarto, *¡ay olé! ¡ay olé!...* para que nadie le vea; pero yo le he visto por el agujero de la llave... *¡ay olé! ¡ay olé!...*

—¿Qué?

—Escribiéndole cartas á la novia.

—Mentira... ¿yo...? Quita allá, enredadora...

Volvió á su cuarto, llevando la mano del almiréz, y echada otra vez la llave, tapó el agujero con un pañuelo.

"Ella no mirará; pero por si se le ocurre...

El tiempo apremiaba y doña Lupe podía venir. Cuando cogió la hucha llena, el corazón le palpitaba y su respiración era difícil. Dábale compasión de la víctima, y para evitar su enternecimiento, que podría frustrar el acto, hizo lo que los criminales que se arrojan frenéticos á dar el primer golpe para perder el miedo y acallar la conciencia, impidiéndose el volver atrás. Cogió la hucha y con febril mano le atizó un porrazo. La víctima exhaló un gemido seco. Se había cascado, pero no estaba rota aún. Como este primer golpe fué dado sobre el suelo, le pareció á Maximiliano que había retumbado mucho, y entonces puso sobre la cama el cacharro herido. Su azoramiento era tal que casi le pega á la hucha vacía en vez de hacerlo á la llena; pero se serenó, diciendo: "¡Qué tonto soy! Si esto es mío, ¿por qué no he de disponer de ello cuando me dé la gana?" Y leña, más leña... La infeliz víctima, aquel antiguo y leal amigo,

modelo de honradéz y fidelidad, gimió á los fieros golpes, abriéndose al fin en tres ó cuatro pedazos. Sobre la cama se esparcieron las tripas de oro, plata y cobre. Entre la plata, que era lo que más abundaba, brillaban los centenes como las pepitas amarillas de un melón entre la pulpa blanca. Con mano trémula, el asesino lo recogió todo menos la calderilla, y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Los cascos esparcidos semejaban pedazos de un cráneo, y el polvillo rojo del barro cocido que ensuciaba la colcha blanca parecióle al criminal manchas de sangre. Antes de pensar en borrar las huellas del estropicio, pensó en poner los cuartos en la hucha nueva, operación verificada con tanta precipitación que las piezas se atragantaban en la boca y algunas no querían pasar. Como que la boca era un poquitín más estrecha que la de la muerta. Después metió el cobre de las dos pesetas que había cambiado.

No había tiempo que perder. Sentía pasos. ¿Subiría ya doña Lupe? No, no era ella; pero pronto vendría y era forzoso despachar. Aquellos cascos, ¿dónde los echaría? Hé aquí un problema que le puso los pelos de punta al asesino. Lo mejor era envolver aquellos despojos sangrientos en un pañuelo y tirarlos en medio de la calle cuando saliera. ¿Y la sangre? Limpió la colcha como pudo, soplando el polvo. Después advirtió que su mano derecha y el

puño de la camisa conservaban algunas señales, y se ocupó en borrarlas cuidadosamente. También la mano del almiréz necesitó de un buen limpión. ¿Tendría algo en la ropa? Se miró bien de piés á cabeza. No había nada, absolutamente nada. Como todos los matadores en igual caso, fué escrupuloso en el examen; pero á estos desgraciados se les olvida siempre algo, y donde menos lo piensan se conserva el dato acusador que ilumina á la justicia.

Lo que desconcertó á Rubín cuando creyó concluída su faena, fué la aprensión de advertir que la hucha nueva no se parecía nada á la sacrificada. ¿Cómo antes del crimen las vió tan iguales que parecían una misma? Error de los sentidos. También podía ser error la diferencia que después del crimen notaba. ¿Se equivocó antes ó se equivocaba después? En la enorme turbación de su ánimo no podía decidir nada. "Pero si, basta tener ojos—decía,—para conocer que esta hucha no es aquella... En ésta el barro es más recocho, de color más oscuro, y tiene por aquí una mancha negra... Á la simple vista se ve que no es la misma... Dios nos asista. ¿A ver el peso?... Pues el peso me parece que es menor en ésta... No, más bien mayor, mucho mayor... ¡Fatalidad!

Quedóse parado un largo rato mirando á la luz y viendo en ella á doña Lupe en el acto de coger la hucha falsa y decir: "Pero esta hucha...

no sé... me parece... no es la misma„ Dando un gran suspiro, envolvió rápidamente en un pañuelo los destrozados restos de la víctima, y los guardó en la cómoda hasta el momento de salir. Puso la nueva hucha en el sitio de costumbre, que era el cajón alto de la cómoda, abrió la puerta, quitando el pañuelo que tapaba el agujero de la llave, y después de llevar á la cocina el instrumento alevoso, volvió á su cuarto con idea de contar el dinero... Pero si era suyo, ¿á qué tanto miedo y zozobra? Él no había robado nada á nadie, y sin embargo, estaba como los ladrones. Más derecho era referir á su tía lo que le pasaba, que no andar con tapujos. Sí, pues buena se pondría doña Lupe si él le contara su aventura y el empleo que daba á sus ahorros! Valía más callar, y adelante.

No pudo entretenerse en contar su tesoro, porque entró doña Lupe, dirigiéndose inmediatamente á la cocina. Maximiliano se paseaba en su cuarto esperando que le llamasen á comer, y hacía cálculos mentales sobre aquella desconocida suma que tanto le pesaba. "Mucho debe de ser, pero mucho—calculaba;—porque en tal tiempo eché un dobloncito de cuatro, y en cual tiempo otro. Y cuando tomé la medicina aquella que sabía tan mal, me dió mi tía dos duritos, y cada vez que había que tomar purga un durito ó medio durito. Lo que es monedas de á cinco, puede que pasen de quince.„

Sintió que le renacía el valor. Pero cuando le llamaron á comer, y fué al comedor y se encaró con su tía, pensó que ésta le iba á conocer en la cara lo que había hecho. Mirábale ella lo mismo que el día infausto en que le robara los botones arrancándolos de la ropa... Y al sobrinito se le alborotó la conciencia, haciéndole ver peligros donde no los había. "Me parece—cavilaba, tragando la sopa,—que la colcha no ha quedado muy limpia... Caspitina, se me olvidó una cosa; pero una cosa muy importante... ver si habían caído pedacitos de barro en alguna parte. Ahora recuerdo que oí *tín*, como si un casquillo saltara en el momento del golpe y fuera á chocar disparado con el frasco de ioduro. En el suelo quizás... ¡y mi tía barre todos los días!... ¡Cómo me mira! Si sospechará algo... Lo que ahora me faltaba era que mi tía hubiese pasado por la tienda al volver de casa de las de Morejón, y le hubiera dicho el tendero: "Aquí estuvo su sobrino á cambiar dos pesetas en calderilla.„

El mirar escrutador de doña Lupe no tenía nada de particular. Acostumbraba ella estudiarle la cara, para ver cómo andaba de salud, y el tal semblante era un libro en que la buena señora había aprendido más Medicina que Farmacia su sobrino en los textos impresos.

"Me parece que tú no andas bien...—le dijo. —Cuando entré te sentí toser... Estas heladas...

Por Dios, ten mucho cuidado; no tengamos aquí otra como la del año pasado, que empalmaste cuatro catarros y por poco pierdes el curso. No olvides de liarte el pañuelo de seda en la cabeza, de noche, cuando te acuestes; y yo que tú empezaría á tomar el agua de brea... No hagas ascos. Es bueno curarse en salud. Por sí ó por no, mañana te traigo las pastillas de Tolu.

Con esto se tranquilizó el joven comprendiendo que las miradas no eran más que la inspección médica de todos los días. Comieron y se prepararon para salir. El criminal se embozó bien en la capa y apagó la luz de su cuarto para coger los restos de la víctima y sacarlos ocultamente. Como las monedas que en el bolsillo del pantalón llevaba no eran paja, se denunciaban sonando una contra otra. Por evitar este ruído importuno, Maximiliano se metió un pañuelo en aquel bolsillo, atarugándolo bien para que las piezas de plata y oro no chistasen, y así fué en efecto, pues en todo el trayecto desde Chamberí hasta la casa de Torquemada el oído de doña Lupe, que siempre se afinaba con el rumor de dinero como el oído de los gatos con los pasos de ratón, y hasta parecía que entiesaba las orejas, no percibió nada, absolutamente nada. El sobrinito, cuando creía que las monedas se movían, atarugaba el bolsillo como quien ataca un arma. Creeríase que le había salido un tumor en la pierna!...

II

Afanes y contratiempos de un redentor.

I

Grande fué el asombro de Fortunata aquella noche cuando vió que Maximiliano sacaba puñados de monedas diferentes, y contaba con rapidéz la suma, apartando el oro de la plata. A la sorpresa un tanto alegre de la joven, siguió pronto sospecha de que su improvisado amigo hubiese adquirido aquel caudal por medios no muy limpios. Creyó ver en él un hijo de familia que, arrastrado de la pasión y cegado por la tontería, se había incautado de la caja paterna. Esta idea la mortificó mucho, haciéndole ver la cruel insistencia con que su destino la maltrataba. Desde que fué lanzada á los azares de aquella vida, se había visto siempre unida á hombres groseros, perversos ó tramposos, *lo peor de cada casa.*

No dejó entrever á Maximiliano sus sospechas sobre la procedencia del dinero, que, viniera de donde viniese, no podía ser mal recibido, y poco á poco se fué tranquilizando al ver que el apreciable muchacho hacía alarde de po-

seer ideas económicas enteramente contrarias á las de sus predecesores. "Esto,—dijo mostrándole un grupito de monedas de oro,—es para que desempeñes la ropa que te sea más necesaria... Los trajes de lujo, el abrigo de terciopelo, el sombrero y las alhajas se sacarán más adelante, y se renovará el préstamo para que no se pierdan. Olvídate por ahora de todo lo que es pura ostentación. Acabóse el barullo. Se gastará nada más que lo que se tenga, para no hacer ni una trampa, pero ni una sola trampa. Fíjate bien." Esta sensatéz era cosa nueva para Fortunata, y empezó á corregir algo sus primeras ideas acerca de su amante y á considerarle mejor que los demás. En los días siguientes Olmedo confirmó esta buena opinión, hablándole con vivos encarecimientos de la formalidad de aquel chico y de lo muy arregladito que era.

Quedó convenido entre Fortunata y su protector tomar un cuarto que estaba desalquilado en la misma casa. Rubín insistió mucho en la modestia y baratura de los muebles que se habían de poner, porque... (para que se vea si era juicioso) "conviene empezar por poco." Después se vería, y el humilde hogar iría creciendo y embelleciéndose gradualmente. Aceptaba ella todo sin entusiasmo ni ilusión alguna, más bien *por probar*. Maximiliano le era poco simpático; pero en sus palabras y en sus acciones había visto desde el primer momento la

persona decente, novedad grande para ella. Vivir con una persona decente despertaba un poco su curiosidad. Dos días estuvo ocupada en instalarse. Los muebles se los alquiló una vecina que había levantado casa, y Rubín atendió á todo con tal tino, que Fortunata se pasmaba de sus admirables dotes administrativas, pues no tenía ni idea remota de aquel ingenioso modo de defender una peseta, ni sabía cómo se recorta un gasto para reducirlo de seis á cinco, con otras artes financieras que el excelente chico había aprendido de doña Lupe.

Tratando de medir el cariño que sentía por su amiga, Maximiliano hallaba pálida é inexpresiva la palabra querer, teniendo que recurrir á las novelas y á la poesía en busca del verbo amar, tan usado en los ejercicios gramáticales como olvidado en el lenguaje corriente. Y aun aquel verbo le parecía desabrido para expresar la dulzura y ardor de su cariño. Adorar, idolatrar y otros cumplían mejor su oficio de dar á conocer la pasión exaltada de un joven enclenque de cuerpo y robusto de espíritu.

Cuando el enamorado se iba á su casa, llevaba en sí la impresión de Fortunata transfigurada. Porque no ha habido princesa de cuento oriental ni dama del teatro romántico que se ofreciera á la mente de un caballero con atributos más ideales ni con rasgos más puros y nobles. Dos Fortunatas existían entonces, una

la de carne y hueso, otra la que Maximiliano llevaba estampada en su mente. De tal modo se sutilizaron los sentimientos del joven Rubín con aquel extraordinario amor, que éste le inspiraba no sólo las buenas acciones, el entusiasmo y la abnegación, sino también la delicadeza llevada hasta la castidad. Su naturaleza pobre no tenía exigencias; su espíritu las tenía grandes, y éstas eran las que más le apremiaban. Todo lo que en el alma humana puede existir de noble y hermoso brotó en la suya, como los chorros de lava en el volcán activo. Soñaba con redenciones y regeneraciones, con lavaduras de manchas y con sacar del pasado negro de su amada una vida de méritos. El generoso galán veía los más sublimes problemas morales en la frente de aquella infelíz mujer, y resolverlos en sentido del bien parecíale la más grande empresa de la voluntad humana. Porque su loco entusiasmo le impulsaba á la salvación social y moral de su ídolo, y á poner en esta obra grandiosa todas las energías que alborotaban su alma. Las peripecias vergonzosas de la vida de ella no le desalentaban, y hasta medía con gozo la hondura del abismo del cual iba á sacar á su amiga; y la había de sacar pura ó purificada. En aquellas confidencias que ambos tenían, creía Maximiliano advertir en la pecadora un cierto fondo de rectitud y menos corrupción de lo que á primera vista pare-

cía. ¿Se equivocaría en esto? Á veces lo sospechaba; pero su buena fe triunfaba al instante de esta sospecha. Lo que sí podía sostener sin miedo á equivocarse era que Fortunata tenía vivos deseos de mejorar su personalidad, es decir, de adecentarse y pulirse. Su ignorancia era, como puede suponerse, completa. Leía muy mal y á trompicones, y no sabía escribir.

Lo esencial del saber, lo que saben los niños y los paletos, ella lo ignoraba, como lo ignoran otras mujeres de su clase y aun de clase superior. Maximiliano se reía de aquella incultura rasa, tomando en serio la tarea de irla corrigiendo poco á poco. Y ella no disimulaba su barbarie; por el contrario, manifestaba con graciosa sinceridad sus ardientes deseos de adquirir ciertas ideas y de aprender palabras finas y decentes. Cada instante estaba preguntando el significado de tal ó cual palabra, é informándose de mil cosas comunes. No sabía lo que es el Norte y el Sur. Esto le sonaba á cosa de viento; pero nada más. Creía que un senador es algo del Ayuntamiento. Tenía sobre la imprenta ideas muy extrañas, creyendo que los autores mismos ponían en las páginas aquellas letras tan iguales. No había leído jamás libro ninguno, ni siquiera novela. Pensaba que Europa es un pueblo y que Inglaterra es un país de acreedores. Respecto del sol, la luna y todo lo demás del firmamento, sus nociones pertene-

cían al orden de los pueblos primitivos. Confesó un día que no sabía quién fué Colón. Creía que era un general, así como O'Donnell ó Prim. En lo religioso no estaba más aventajada que en lo histórico. La poca doctrina cristiana que aprendió se le había olvidado. Comprendía á la Virgen, á Jesucristo y á San Pedro; les tenía por muy buenas personas, pero nada más. Respecto á la inmortalidad y á la redención, sus ideas eran muy confusas. Sabía que arrepintiéndose uno, bien arrepentido, se salva; eso no tenía duda, y por más que dijeran, nada que se relacionase con el amor era pecado.

Sus defectos de pronunciación eran atroces. No había fuerza humana que le hiciera decir *fragmento*, *magnífico*, *enigma* y otras palabras usuales. Se esforzaba en vencer esta dificultad, riendo y machacando en ella; pero no lo conseguía. Las *eses* finales se le convertían en *jotas*, sin que ella misma lo notase ni evitarlo pudiera, y se comía muchas sílabas. Si supiera ella qué bonita boca se le ponía al comérselas, no intentara enmendar su graciosa incorrección. Pero Maximiliano se había erigido en maestro, con rigores de dómine é ínfulas de académico. No la dejaba vivir, y estaba en acecho de los solecismos para caer sobre ellos como el gato sobre el ratón. "No se dice *diferiencia*, sino diferencia. No se dice *Jacometrenzo*, ni *Espiritui Santo*, ni *indilugencias*. Además *escamón* y

escamarse son palabras muy feas, y llamar *tiologías* á todo lo que no se entiende es una barbaridad. Repetir á cada instante *pa chasco* es costumbre ordinaria," etc...

Lo mejorcito que aquella mujer tenía era su ingenuidad. Repetidas veces sacó Maximiliano á relucir el caso de la deshonra de ella, por ser muy importante este punto en el plan de regeneración. El inspirado y entusiasta mancebo hacía hincapié en lo malos que son los señoritos y en la necesidad de una ley á la inglesa que proteja á las muchachas inocentes contra los seductores. Fortunata no entendía palotada de estas leyes. Lo único que sostenía era que el tal Juanito Santa Cruz era el único hombre á quien había querido de verdad, y que le amaba siempre. ¿Por qué decir otra cosa? Reconociendo el otro con caballeresca lealtad que esta consecuencia era laudable, sentía en su alma punzada de celos, que trastornaba por un instante sus planes de redención.

"¿Y le quieres tanto, que si le vieras en algún peligro le salvarías?

—Claro que sí... me lo puedes creer. Si le viera en un peligro, le sacaría en bien, aunque me perdiera yo. No sé decir más que lo que me sale de *entre mí.* Si no es verdad esto, que no llegue á la noche con salud.

Se puso tan guapa al hacer esta declaración, que Rubín la miró mucho antes de decir:

"No, no jures; no necesitas jurarlo. Te creo. Dí otra cosa. Y si ahora entrara por esa puerta y te dijera: "Fortunata, ven„ ¿irías?

Fortunata miró á la puerta. Rubín tragaba saliva y buscaba en el sitio donde tenemos el bigote algo que retorcer, y encontrando sólo unos pelos muy ténues, los martirizaba cruelmente.

"Eso... según...—dijo ella plegando su entrecejo.—Me iría ó no me iría...

II

Maximiliano quería saberlo todo. Era como el buen médico que le pide al enfermo las noticias más insignificantes del mal que padece y de su historia para saber cómo ha de curarle. Fortunata no ocultaba nada, eso bueno tenía, y el doctor amante se encontraba á veces con más quizás de lo necesario para la prodigiosa cura. ¡Y qué horrorizado se quedaba oyendo contar lo mal que se portó el seductor de aquella hermosura! El honradísimo aprendíz de farmacéutico no comprendia que pudieran existir hombres tan malos, y las penas todas del infierno parecíanle pocas para castigarles. Criminal más perverso que los asesinos y ladrones era, según él, el señorito seductor de doncella pobre, que le hacía creer que se iba á casar con ella, y después la dejaba plantada

en medio del arroyo con su chiquillo ó con las vísperas. ¿Por cuánto haría esto él, Maximiliano Rubín?... El tal Juanito Santa Cruz era, pues, el hombre más infame, más execrable y vil que se podía imaginar. Pero la misma ofendida no extremaba mucho, como parecía natural, los anatemas contra el seductor, por cuya razón tuvo Maximiliano que redoblar su furia contra él, llamándole mónstruo y otras cosas muy malas. Fortunata veíase forzada á repetirlo; pero no había medio de que pronunciara la palabra *mónstruo*. Se le atravesaba como otras muchas, y al fin, después de mil tentativas que parecían náuseas, la soltaba de entre sus bonitísimos dientes y labios, como si la escupiera.

Prefería contar particularidades de su infancia. Su difunto padre poseía un cajón en la plazuela, y era hombre honrado. Su madre tenía, como Segunda, su tía paterna, el tráfico de huevos. Llamábanla á ella desde niña la *Pitusa*, porque fué muy raquítica y encanijada hasta los doce años; pero de repente dió un gran estirón y se hizo mujer de talla y de garbo. Sus padres se murieron cuando ella tenía doce años... Oía estas cosas Maximiliano con mucho placer. Pero con todo, mandábala que fuese al grano, á las cosas graves, como lo referente al hijo que había tenido. Cuando parte de esta historia fué contada, al joven le faltó poco para que se le saltaran las lágrimas. La

tierna criatura sin más amparo que su madre pobre, la aflicción de ésta al verse abandonada, eran en verdad un cuadro tristísimo que partía el corazón. ¿Por qué no le citó ante los tribunales? Es lo que debía haber hecho. A estos tunantes hay que tratarles á la baqueta. Otra cosa. ¿Por qué no se le ocurrió darle un escándalo, ir á la casa con el crío en brazos y presentarse á doña Bárbara y á D. Baldomero y contarles allí bien clarito la gracia que había hecho su hijo?... Pero no, esto no hubiera sido muy conforme con la dignidad. Más valía despreciarle, dejándole entregado á su conciencia, sí, á su conciencia, que buen jaleo le había de armar tarde ó temprano.

Fortunata, al oir esto, fijaba sus ojos en el suelo, repitiendo como una máquina aquello de que lo mejor era el desprecio. Sí, despreciarle, repetía el otro, pues era ignominia solicitar su protección. Aunque le dieran lo que le dieran, no era capáz Fortunata de decir *ignominia.* Maximiliano insistió en que había sido una gran falta pedir amparo al mismo Juanito Santa Cruz, á aquel infame, cuando volvió ella á Madrid y le cayó su niño enfermo.

"Pero, tontín, si no es por él, no hubiéramos tenido con qué enterrarle—dijo Fortunata saliendo á la defensa de su propio verdugo.

—Primero le dejo yo insepulto, que recurrir... La dignidad, hija, es antes que todo. Fíjate

bien en esto. Lo que quiero saber ahora es qué sujeto era ese con quien te uniste después, el que te sacó de Madrid y te llevó de pueblo en pueblo como los trastos de una feria.

—Era un hombre traicionero y malo—dijo Fortunata con desgana, como si el recuerdo de aquella parte de su vida le fuera muy desagradable.—Me fuí con él porque me ví perdida, y no tenía á dónde volverme. Era hermano de un vecino nuestro en la Cava de San Miguel. Primeramente tuvo un cajón de casquería en la plaza, y después puso tienda de quincalla. Iba á todas las ferias con un sin fin de arcas llenas de baratijas, y armaba tiendas. Le llamaban *Juárez el negro* por tener la color muy morena. Viéndome tan mal, me ofreció el oro y el moro, y que iba á hacer y á acontecer. Mi tía me echó de la casa y mi tío se desapareció. Yo estaba enferma, y Juárez me dijo que si me iba con él, me llevaría á baños. Decía que ganaba montes y montones en las romerías, y que yo iba á estar como una reina. No se podía casar conmigo porque era casado, pero en cuantito que se muriera su mujer, que era una borrachona, cumpliría, sí señor, cumpliría conmigo.

Y siguió relatando con rapidéz aquella página fea, deseando concluirla pronto. Lo del señorito Santa Cruz, siendo tan desastroso, lo refería con prolijidad y aun con cierta amarga complacencia; pero lo de *Juárez el negro* salía

de sus labios como una confesión forzada ó testimonio ante los tribunales, de esos que van quemando la boca á medida que salen. ¡Cuánto le pesó ponerse en manos de aquel hombre! Era un perdido, un charrán, una mala persona. Hubiérase resistido á seguirle, si no le empujaran á ello los parientes con quienes vivía, los cuales no tenían maldita gana de mantenerle el pico. Pronto vió que todo lo que ofrecía *Juárez el negro* era conversación. No ganaba un cuarto; con el mundo entero armaba camorra, y todo el veneno que iba amasando en su maldecida alma, por la mala suerte, lo descargaba sobre su querida... En fin, vida más arrastrada no la había pasado ella nunca ni esperaba volverla á pasar... Con el dinero que Juanito Santa Cruz les dió, cuando estuvieron en Madrid y se murió el niñito, hubiera podido el muy bestia de Juárez arreglar su comercio; pero ¿qué hizo? Beber y más beber. El vinazo y el aguardientazo le remataron. Una mañana despertó ella oyéndole dar unos grandes gruñidos... así como si le estuvieran apretando el tragadero. ¿Qué era? Que se estaba muriendo. Saltó espantada de la cama, y llamó á los vecinos. No hubo tiempo de *suministrarle* y sólo le cogió la Unción. Esto pasaba en Lérida. Á los dos días, vendió sus cuatro trastos y con los cuartos que pudo juntar plantóse en Barcelona. Había hecho juramento de no volver á

tratar con animales. Libertad, libertad y libertad era lo que le pedían el cuerpo y el alma.

La verdad ante todo. ¿Para qué decir una cosa por otra? La franqueza es una virtud cuando no se tienen otras, y la franqueza obligaba á Fortunata á declarar que en la primera temporada de anarquía moral se había divertido algo, olvidando sus penas como las olvidan los borrachos. Su éxito fué grande, y su falta de educación ayudaba á cegarla. Llegó á creer que encenegándose mucho se vengaba de los que la habían perdido, y solía pensar que si el pícaro Santa Cruz la veía hecha un brazo de mar, tan elegantona y triunfante, se le antojaría quererla otra vez. ¡Pero sí, para él estaba...! Contó á renglón seguido tantas cosas, que Maximiliano se sintió lastimado. Tuvo precisión de *echar un velo*, como dicen los retóricos, sobre aquella parte de la historia de su amada. El velo tenía que ser muy denso porque la franqueza de Fortunata arrojaba luz vivísima sobre los sucesos referidos, y su pintoresco lenguaje los hacía reverberar... Dió ella entonces algunos cortes á su relación, comiéndose no ya las letras sino párrafos y capítulos enteros, y hé aquí en sustancia lo que dijo: Torrellas, el célebre paisajista catalán, era tan celoso que no la dejaba vivir. Inventaba mil tormentos armándole trampas para ver si caía ó no caía. Tan odioso llegó á serle aquel hombre, que al fin se dejó

ella caer. Metióse adrede en la trampa, conociéndola, por gusto de jugarle una partida al muy majadero, porque así se vengaba de las muchas que le habían jugado á ella. Y nada más... Total, que por poco la mata el condenado pintor de árboles... Lo que más quemaba á éste era que la infidelidad había sido con un íntimo amigo suyo, pintor también, autor del cuadro de David mirando á... Fortunata no se acordaba del nombre, pero era una que estaba bañándose... A ninguno de los dos artistas quería ella; por ninguno de los dos hubiera dado dos cuartos, si se compraran con dinero. Más que ellos valían sus cuadros. Desde que engañó al primero con el segundo, se le puso en la cabeza la idea de pegársela á los dos con otro, y la satisfacción de este deseo se la proporcionó un empleado joven, pobre y algo simpático que se parecía mucho á Juanito Santa Cruz.

Otro velo... Maximiliano se vió precisado á echar otro velo... "Cállate, hazme el favor de callarte„ le dijo, pensando que, según iba saliendo la historia, necesitaba lo menos una pieza de tul. Pero ella siguió narrando. Pues como iba diciendo, el tal joven salió también un buen punto. Una mañana, mientras ella dormía, le empeñó todas sus alhajas, para jugar. Y aquí paz... Vino después un viejo que le daba mucho dinero y la llevó á París donde se engalanó y

afinó extraordinariamente su gusto para vestirse. ¡Viejo más cuco!... Había sido general carcunda en la otra guerra, y trataba mucho con gente de sotana. Era muy vicioso y le daba muchas jaquecas con *tantismas* incumbencias como tenía. Un día se quemó ella y le plantó en la calle. Sucesor, Camps, que le puso casa con gran rumbo. Parecía hombre muy rico; pero luégo resultó que era un trampa-larga. Antes de venir á Madrid le dió á ella olor de chubasco, y á poco de estar aquí vió que se venía la tempestad encima. Camps traía recomendaciones para el director del Tesoro, y quiso cobrar unos pagarés falsos de fusiles que se suponían comprados por el Gobierno. Una noche entró en casa muy enfurruñado, trincó una maleta pequeña, llenóla de ropa, pidió á Fortunata todo el dinero que tenía y dijo que iba al Escorial. Escorial fué, que no ha vuelto á parecer. Lo demás bien lo sabía Maximiliano... El sucesor de Camps había sido él, y ya se le conocía en cierto resplandor de sus ojos el orgullo que la herencia le produjera. Porque bien claro lo había dicho Fortunata. ¡Gracias á Dios que encontraba en su camino una persona decente!

Sentíase Maximiliano poseedor de una fuerza redentora, hermana de las fuerzas creadoras de la Naturaleza. Ya vería el mundo la irradiación de bondad y de verdad que él iba á arrojar sobre aquella infelíz víctima del hom-

bre! Desde que la conoció y sintió que el Cielo se le metía en su alma, todo en él fué idealismo, nobleza y buenas acciones. ¡Qué diferencia entre él y los perdularios en cuyas manos estuvo antes aquella pobrecita! Por mucho que se rebuscara en la vida de Rubín, no se encontrarían más que dolores de cabeza y otras molestias físicas; pero á ver, que le sacaran algún acto ignominioso, ni siquiera una falta.

III

Una de las cosas á que Maximiliano daba más importancia para poner en ejecución su plan redentorista era que Fortunata le amara, porque sin esto la sublime obra iba á tener sus dificultades. Si Fortunata se prendaba de él, aunque se prendara por lo moral, que es la menor cantidad de amor posible, no era tan difícil que él la convirtiera al bien por la atracción de su alma. De esta necesidad de amor previo emanaba la insistencia con que Maximiliano le preguntaba á su ídolo si le quería ya algo, si le iba queriendo. Algunas veces contestaba ella que sí con esa facilidad mecánica y rutinaria de los niños aplicados que se saben la lección; otras veces, más sincera y reflexiva, respondía que el cariño no depende de la voluntad ni menos de la razón, y por esto acontece que una mujer, que no tiene pelo de tonta, se enamorisca de

cualquier pelagatos, y da calabazas á las personas decentes. Aseguraba estar muy agradecida á Maximiliano por lo bien que se había portado con ella, y de aquella gratitud saldría, con el trato, el querer. Según Rubín, el orden natural de las cosas en el mundo espiritual establece que el amor nazca del agradecimiento, aunque también nace de otros padres. El corazón le decía, como él dice las cosas, á la calladita, que Fortunata le había de querer de firme; y esperaba con paciencia el cumplimiento de esta dulce profecía. Sin embargo, no las tenía todas consigo, porque como se dan casos de que salga fallido lo que el corazón anuncia, pasaba el pobre chico horas de verdadera angustia, y á solas en su casa, se metía en unos cálculos muy hondos para averiguar el estado de los sentimientos de su querida. Rápidamente pasaba de la duda más cruel á las afirmaciones terminantes. Tan pronto pensaba que no le quería ni pizca, como que le empezaba á querer, y todo era discutir y analizar palabras, gestos y actos de ella, interpretándolos de una manera ó de otra. "¿Por qué me dijo tal ó cual cosa? ¿Qué querría expresar con aquella reticencia?... Y aquella carcajadita, ¿qué significaba?... Ayer, cuando me abrió la puerta, no me dijo nada... Pero cuando me marché díjome que me abrigara bien.

La casa estaba en una de las muchas rinco-

nadas de la antigua calle de San Antón. En el portal había una relojería entre cristales, quedando tan poco espacio para la entrada, que los gordos tenían que pasar de medio lado; en el piso bajo y tienda una bollería que inundaba la casa de emanaciones de canela y azúcar. En el piso principal radicaba una casa de préstamos con farolón á la calle, y en ciertos días había en los balcones ventilación de capas empeñadas. Más arriba los pisos estaban divididos en viviendas estrechas y de poco precio. Había derecha, izquierda y dos interiores. Los vecinos eran de dos clases: mujeres sueltas, ó familias que tenían su comercio en el próximo mercado de San Antón. Hueveras y verduleras poblaban aquellos reducidos aposentos, echando sus hijos á la escalera para que jugasen. En uno de los segundos exteriores vivía Feliciana, y Fortunata en un tercero interior. Lo alquiló Rubín por encontrarlo tan á mano, con intención de tomar vivienda mejor cuando variaran las circunstancias.

Pasaba Maximiliano allí todo el tiempo de que podía disponer. Por la noche estaba hasta las doce y á veces hasta la una, no faltando ni aun cuando se veía acometido de sus terribles jaquecas. La sorpresa y confusión que á doña Lupe causaba esto no hay para qué decirlas, y no se satisfacía con las explicaciones que su sobrinito daba. "Aquí hay gato encerrado—decía

la astuta señora,—ó en términos más claros, *gata encerrada.*

Cuando Maximiliano iba con jaqueca á la casa de su amante, ésta le cuidaba casi tan bien como la propia doña Lupe, y hacía los imposibles por conseguir que no metieran bulla los chicos de la huevera. Esto lo agradecía tanto el enfermo que se le aumentara el amor, si fuera capáz de aumento lo que ya era tan grande. Observó con satisfacción que Fortunata salía á la calle lo menos posible. Por la mañana bajaba á hacer su compra, con su cesto al brazo, y al cuarto de hora volvía. Ella misma se hacía la comida y limpiaba la casa, en cuyas operaciones se le iba casi todo el día. No recibía visitas de mujeres de conducta dudosa, y la suya era extrictamente ajustada á las prácticas de una vida regular. "Tiene la honradéz en la médula de los huesos — decía Maximiliano rebosando alegría.—Le gusta tanto trabajar, que cuando tiene hecha una cosa la desbarata y la vuelve á hacer por no estar ociosa. El trabajo es el fundamento de la virtud. Lo que digo, esta mujer ha sido mala á la fuerza.

En medio de estos dulcísimos ensueños de su alma arrebatada, sentía Maximiliano unos saetazos que le hacían volver sobresaltado á la realidad. Era como la feróz picada de un mosquito cuando estamos empezando á dormirnos dulcemente... Por mucho que se estirase el di-

nero sacado de la hucha, al fin se tenía que concluir, porque todo es finito en este mundo, y el metálico precisamente es una de las cosas más finitas que se pueden imaginar... ¡María Santísima! cuando el temido momento llegase... cuando la última peseta del último duro fuera cambiada...! Si el mosquito le picaba á Maximiliano cuando estaba en su cama dormido ó preparándose á ello, incorporábase tan desvelado cual si fueran las doce del día, ó se ponía á dar vueltas en el lecho y á calentarlo con el ardor de su febril zozobra. A veces invocaba al Cielo con íntimo fervor de oración. Esperaba que la obra generosa que había emprendido pesase mucho en las recónditas intenciones de la Providencia para que Esta le sacase del atolladero en que los amantes iban á caer. El no era un granuja; ella se estaba portando bien, y con su conducta echaba velos y más velos sobre lo pasado. Si la Providencia no tenía en cuenta estas circunstancias, ¿de qué le valía á uno portarse bien y ser un modelo de orden y buena fé? Esto es claro como el agua. Fortunata pensaba lo mismo, cuando él le confiaba sus temores. Tenía que ser así, ó todo lo que se habla de la Providencia es patraña. Pronto diré cómo se salieron con la suya, con lo cual se demostró que tenían allá arriba, en los mismos cielos, alguna entidad de peso que les protegía. Bien ganada se tenían esta pro-

tección, porque él, enaltecido por su cariño, ella, aspirando á la honradéz y ensayándose en practicarla, eran dos seres que valían cualquier dinero, ó en otros términos, dignos de que se les facilitaran los medios de continuar su campaña virtuosa.

IV

La única visita que recibían era la de Feliciana y Olmedo. Ni una ni otro agradaban mucho á Maximiliano: ella por ser ordinaria y de sentimientos innobles, incapáz de apetecer la honradéz como estado permanente; él por ser muy atropellado, muy hablador, muy amigo de contar cuentos sucios y de decir palabras indecentes. Entraba siempre con el sombrero echado atrás, afectando una grosería de maneras que no tenía, imitando los modales y hasta el andar de los borrachos, arrastrando las palabras, pero absteniéndose de beber con disculpa de mal de estómago, en realidad porque se mareaba y embrutecía á la segunda copa. En confianza dijo Maximiliano á Fortunata que debían mudarse de casa para no tener vecinos tan contrarios al método de personas decentes que se habían impuesto.

De todo lo que el enamorado pensaba hacer para la redención de su querida, nada le parecía tan urgente como enseñarla á escribir y á leer

bien. Todas las mañanas la tenía media hora haciendo palotes. Fortunata deseaba aprender; pero ni con la paciencia ni con la atención sostenida se desarrollaban sus talentos caligráficos. Estaban ya muy duros aquellos dedos para tales primores. El hábito del trabajo en su infancia había dado robustéz á sus manos, que eran bonitas, aunque bastas, cual manos de obrera. No tenía pulso para escribir, se manchaba de tinta los dedos y sudaba mucho, poniéndose sofocada y haciendo con los labios una graciosa trompeta en el momento de trazar el palote.

"Nada de hociquitos, hija de mi alma; eso es muy feo—le decía el profesor acariciándole la cabeza.—No agarrotes los dedos... Si es cosa sencillísima, y lo más fácil...

Ya se ve, para él era fácil; pero ella, que en su vida las había visto más gordas, hallaba en la escritura una dificultad invencible. Decía con tristeza que no aprendería jamás, y se lamentaba de que en su niñéz no la hubieran puesto á la escuela. La lectura la cansaba también y la aburría soberanamente, porque después de estarse un mediano rato sacando las sílabas como quien saca el agua de un pozo, resultaba que no entendía ni jota de lo que el texto decía. Arrojaba con desprecio el libro ó periódico, diciendo que ya no estaba la Magdalena para tafetanes.

Si en el orden literario no mostraba ningu-

na aplicación, en lo tocante al arte social no sólo era aplicadísima, sino que revelaba aptitudes notables. Las lecciones que Maximiliano le daba referentes á cosas de urbanidad y á conocimientos rudimentarios de los que exige la buena educación eran tan provechosas, que le bastaban á veces indicaciones leves para asimilarse una idea ó un conjunto de ideas. "Aunque te estorbe lo negro—le decía él,—me parece que tú tienes talento." En poco tiempo le enseñó todas las fórmulas que se usan en una visita de cumplido, cómo se saluda al entrar y al despedirse, cómo se ofrece la casa y otras muchas particularidades del trato fino. Y también aprendió cosas tan importantes como la sucesión de los meses del año, que no sabía, y cuál tiene treinta y cuál treinta y un días. Aunque parezca mentira, este es uno de los rasgos característicos de la ignorancia española, más en las ciudades que en las aldeas, y más en las mujeres que en los hombres. Gustaba mucho de los trabajos domésticos, y no se cansaba nunca. Sus músculos eran de acero, y su sangre fogosa se avenía mal con la quietud. Como pudiera, más se cuidaba de prolongar los trabajos que de abreviarlos. Planchar y lavar le agradaba en extremo, y entregábase á estas faenas con delicia y ardor, desarrollando sin cansarse la fuerza de sus puños. Tenía las carnes duras y apretadas, y la robustéz se com-

binaba en ella con la agilidad, la gracia con la rudeza para componer la más hermosa figura de salvaje que se pudiera imaginar. Su cuerpo no necesitaba corsé para ser esbeltísimo. Vestido enorgullecía á las modistas; desnudo ó á medio vestir, cuando andaba por aquella casa tendiendo ropa en el balcón, limpiando los muebles ó cargando los colchones cual si fueran cojines, para sacarlos al aire, parecía una figura de otros tiempos; al menos, así lo pensaba Rubín, que sólo había visto belleza semejante en pinturas de amazonas ó cosa tal. Otras veces le parecía mujer de la Biblia, la Betsabée aquella del baño, la Rebeca ó la Samaritana, señoras que había visto en una obra ilustrada, y que, con ser tan barbianas, todavía se quedaban dos dedos más abajo de la sana hermosura y de la gallardía de su amiga.

En los comienzos de aquella vida, Maximiliano abandonó mucho sus estudios; pero cuando fué metodizando su amor, la conciencia de la misión moral que se proponía cumplir le estimuló al estudio, para hacerse pronto hombre de carrera. Y era muy particular lo que le ocurría. Se notaba más despierto, más perspicáz para comprender, más curioso de los secretos de la ciencia, y le interesaba ya lo que antes le aburriera. En sus meditaciones, solía decir que *le había entrado talento*, como si dijese que le había entrado calentura. Indudablemente no

era ya el mismo. En media hora se aprendía una lección que antes le llevaba dos horas y al fin no la sabía. Creció su admiración al observarse en clase contestando con relativa facilidad á las preguntas del profesor y al notar que se le ocurrían apreciaciones muy juiciosas; y el profesor y los alumnos se pasmaban de que *Rubinius vulgaris* se hubiese despabilado como por ensalmo. Al propio tiempo hallaba vivo placer en ciertas lecturas extrañas á la Farmacia, y que antes le cautivaban poco. Algunos de sus compañeros solían llevar al aula, para leer á escondidas, obras literarias de las más famosas. Rubín no fué nunca aficionado á introducir de contrabando en clase, entre las páginas de la *Farmacia químico-orgánica*, el *Werther* de Goëthe ó los dramas de Shakespeare. Pero después de aquella sacudida que el amor le dió, entróle tal gusto por las grandes creaciones literarias, que se embebecía leyéndolas. Devoró el *Fausto* y los poemas de Heine, con la particularidad de que la lengua francesa, que antes le estorbaba, se le hizo pronto fácil. En fin, que mi hombre había pasado una gran crisis. El cataclismo amoroso varió su configuración interna. Considerábase como si hubiera estado durmiendo hasta el momento en que su destino le puso delante la mujer aquella y el problema de la redención.

"Cuando yo era tonto—decía sin ocultarse

á sí mismo el desprecio con que se miraba en aquella época que bien podría llamarse antediluviana,—cuando yo era tonto, éralo por carecer de un objeto en la vida. Porque eso son los tontos, personas que no tienen misión alguna.

Fortunata no tenía criada. Decía que ella se bastaba y se sobraba para todos los quehaceres de casa tan reducida. Muchas tardes, mientras estaba en la cocina, Maximiliano estudiaba sus lecciones, tendido en el sofá de la sala. Si no fuera porque el espectro de la hucha se le solía aparecer de vez en cuando anunciándole el acabamiento del dinero extraído de ella, ¡cuán felíz habría sido el pobre chico! A pesar de esto, la dicha le embargaba. Entrábale una embriaguéz de amor que le hacía ver todas las cosas teñidas de optimismo. No había dificultades, no había peligros ni tropiezos. El dinero ya vendría de alguna parte. Fortunata era buena, y bien claros estaban ya sus propósitos de decencia. Todo iba á pedir de boca, y lo que faltaba era concluir la carrera y... Al llegar aquí, un pensamiento que desde el principio de aquellos amores tenía muy guardadito, porque no quería manifestarlo sino en sazón oportuna, se le vino á los labios. No pudo retener más tiempo aquel secreto que se le salía con empuje, y si no lo decía reventaba, sí, reventaba; porque aquel pensamiento era todo su amor, todo su espíritu, la expresión de todo lo nuevo

y sublime que en él había, y no se puede encerrar cosa tan grande en la estrechéz de la discreción. Entró la pecadora en la sala, que hacía también las veces de comedor, á poner la mesa, operación en extremo sencilla y que quedaba hecha en cinco minutos. Maximiliano se abalanzó á su querida con aquella especie de vértigo de respeto que le entraba en ocasiones, y besándole castamente un brazo que medio desnudo traía, cogiéndole después la mano basta y estrechándola contra su corazón, le dijo:

"Fortunata, yo me caso contigo.

Ella se echó á reir con incredulidad; pero Rubín repitió el *me caso contigo* tan solemnemente, que Fortunata lo empezó á creer. "Hace tiempo—añadió él,—que lo había pensado... Lo pensé cuando te conocí, hace un mes... Pero me pareció bien no decirte nada hasta no tratarte un poco... Ó me caso contigo ó me muero. Este es el dilema.

—*Tié* gracia... ¿Y qué quiere decir *dilema*?

—Pues esto: que ó me caso ó me muero. Has de ser mía ante Dios y los hombres. ¿No quieres ser honrada? Pues con el deseo de serlo y un nombre, ya está hecha la honradéz. Me he propuesto hacer de tí una persona decente y lo serás, lo serás si tú quieres...

Inclinóse para coger los libros que se habían caído al suelo. Fortunata salió para traer lo que en la mesa faltaba, y al entrar le dijo:

—Esas cosas se calculan bien... no por mí, sino por tí.

—¡Ah! ya lo tengo pensado; pero muy bien pensado... ¿Y á tí, te había ocurrido esto?

—No... no me pasaba por la imaginación.

—Tu familia ha de hacer la contra.

—Pronto seré mayor de edad—afirmó Rubín con brío.—Opónganse ó no, lo mismo me da...

Fortunata se sentó á su lado, dejando la mesa á medio poner y la comida á punto de quemarse. Maximiliano le dió muchos abrazos y besos, y ella estaba como aturdida... poco risueña en verdad, esparciendo miradas de un lado para otro. La generosidad de su amigo no le era indiferente, y contestó á los apretones de manos con otros no tan fuertes, y á las caricias de amor con otras de amistad. Levantóse para volver á la cocina, y en ella su pensamiento se balanceó en aquella idea del casorio, mientras maquinalmente echaba la sopa en la sopera... "¡Casarme yo!... ¡*pa chasco*...! ¡y con este encanijado...! ¡Vivir siempre, siempre con él, todos los días... de día y de noche!... ¡Pero calcula tú, mujer... ser honrada, ser casada, señora de Tal... persona decente...!„

V

Maximiliano solía contar algunos particulares de la familia de Rubín, por lo cual tenía

ella noticias de doña Lupe, de Juan Pablo y del cura. Con los detalles que el joven iba dando de sus parientes, ya Fortunata les conocía como si les hubiera tratado. Aquella noche, excitado por el entusiasmo que le produjo la resolución de casamiento, se dejó decir, tocante á su tía, algo que era quizás indiscreto. Doña Lupe prestaba dinero, por mediación de un tal Torquemada, á militares, empleados, y á todo el que cayese. Hablando con completa sinceridad, Maximiliano no *era partidario* de aquella manera de constituirse una renta; pero él ¿qué tenía que ver con los actos de su señora tía? Ésta le amaba mucho y probablemente le haría su heredero. Tenía una papelera antigua, negra y muy grande, de hierro, frente á su cama, donde guardaba el dinero y los pagarés de los préstamos. Gastaba lo preciso y de mes en mes su fortuna aumentaba, sabe Dios cuánto. Debía de ser muy rica, pero muy rica, porque él veía que Torquemada le llevaba *resmas* de billetes. En cuanto á su hermano Juan Pablo, ya se sabía á ciencia cierta que estaba con los carlistas, y si éstos triunfaban, ocuparía una posición muy alta. Su hermano Nicolás había de parar en canónigo, y quién sabe, quién sabe si en obispo... En fin, que por todos lados se ofrecía á la joven pareja horizontes sonrosados. En estas y otras conversaciones se pasaron la prima noche, hasta que se retiró

Maximiliano á su casa, quedándose Fortunata tan pensativa y preocupada que se durmió muy tarde y pasó la noche intranquila.

El amante también estaba poco dispuesto al sueño; mas era porque el entusiasmo le hacía cosquillas en el epigastrio, atravesándole un bulto en el vértice de los pulmones, con lo que le pesaba el respirar, y además poníale candelas encendidas en el cerebro. Por más que él soplaba para apagarlas y poder dormirse, no lo podía conseguir. Su tía estaba con él un poco seria. Sin duda sospechaba algo, y como persona de mucho pesquis, no se tragaba ya aquellas bolas del estudiar fuera de casa y de los amigos enfermos á quienes era preciso velar. A los dos días de aquel en que el exaltado mozo se arrancó á prometer su mano, doña Lupe tuvo con él una grave conferencia. El semblante de la señora no revelaba tan solo recelo, sino profunda pena, y cuando llamó á su sobrino para encerrarse con él en el gabinete, éste sintió desvanecerse su valor. Quitóse la señora el manto y lo puso sobre la cómoda bien doblado. Después de clavar en él los alfileres, mirando á su sobrino de un modo que le hizo extremecer, le dijo: "Tengo que hablarte *detenidamente.*" Siempre que su tía empleaba el *detenidamente*, era para echarle un réspice.

"¿Tienes hoy jaqueca?—le preguntó después doña Lupe.

Maximiliano estaba muy bien de la cabeza; pero para colocarse en buena situación, dijo que sentía principios de jaqueca. Así doña Lupe tendría compasión de él. Dejóse caer en un sillón y se comprimió la frente.

"Pues se trata de una mala noticia—aseveró la viuda de Jáuregui,—quiero decir, mala, precisamente mala no... aunque tampoco es buena.

Rubín, sin comprender á qué podía referirse su tía, barruntó que nada tenía que ver aquello con sus amores clandestinos, y respiró. La opresión del epigastrio se le hizo más ligera, y se acabó de tranquilizar al oir esto:

"La noticia no ha de afectarte mucho. ¿Para qué tanto rodeo? Tu tía doña Melitona Llorente ha pasado á mejor vida. Mira la carta en que me lo dice el señor cura de Molina de Aragón. Murió como una santa, recibió todos los Sacramentos y dejó treinta mil reales para misas.

Maximiliano conocía muy poco á su tía materna. La había visto solo dos ó tres veces siendo muy niño, y no vivía en su imaginación sino por las rosquillas y el arrope que mandaba de regalo todos los años en vida de D. Nicolás Rubín. La noticia del fallecimiento de esta buena señora le afectó poco.

"Todo sea por Dios — murmuró por decir algo.

Doña Lupe se volvió de espaldas para abrir

el cajón de la cómoda, y en esta postura le dijo: "Tú y tus hermanos heredais á Melitona, que por mis cuentas debía de tener un capitalito sano de veinte ó veinticinco mil duros.

Maximiliano no oyó bien por estar su tía de espaldas, y aquello le interesaba tanto que se levantó, puso un codo sobre la cómoda y allí se hizo repetir el concepto para enterarse bien.

"Esas son mis cuentas—agregó doña Lupe; —pero ya ves que en los pueblos no se sabe lo que se tiene y lo que no se tiene. Probablemente la difunta emplearía algún dinero en préstamos, que es como tirarlo al viento. Se cobra tarde y mal, cuando se cobra. De modo que no os hagais muchas ilusiones. Cuando Juan Pablo venga á Madrid irá á Molina de Aragón á enterarse del testamento y recoger lo que es vuestro.

—Pues que vaya inmediatamente—dijo Maximiliano dando una palmada sobre la cómoda; —pero aquello de llegar y en la misma estación coger el billete y zás... al tren otra vez.

—Hombre, no tanto. Tu hermano está en Bayona. Lo mejor es que se pase por Molina antes de venir á Madrid. Le escribiré hoy mismo. Sosiégate; tú eres así, ó la apatía andando ó la pura pólvora... Eso es ahora, que antes, para mover un pié le pedías licencia al otro. Te has vuelto muy atropellado.

Le miró de un modo tan indagador, que al

pobre chico se le volvieron á abatir los ánimos. Era hombre de carácter siempre que su tía no le clavase la flecha de sus ojuelos pardos y sagaces, y vióse tan perdido que se apresuró á variar la conversación, preguntando á su tía cuántos años tenía doña Melitona. Estuvo la señora de Jáuregui un ratito haciendo cuentas, estirado el labio inferior, la cabeza oscilando como un péndulo y los ojos vueltos al techo, hasta que salió una cifra, de la cual Maximiliano no se hizo cargo. Volvió después doña Lupe á tomar en boca la metamorfosis de su sobrino, deslizando algunas bromitas, que á éste le supieron á cuerno quemado. "Ya se ve, con esos estudios que haces ahora en casa de los amigos, te habrás vuelto un pozo de ciencia... A mí no me vengas con fábulas. Tú te pasas el día y la mitad de la noche en alguna conspiración... porque por el lado de las mujeres no temo nada, francamente. Ni á tí te gusta eso, ni puedes aunque te gustara..."

Aquel *ni puedes* incomodaba tanto al joven y le parecía tan humillante, que á punto estuvo de dar á su tía un mentís como una casa. Pero no pasó de aquí, pues doña Lupe tuvo que ocuparse de cosas más graves que averiguar si su sobrino podía ó no podía. Papitos fué quien le salvó aquel día, atrayendo á sí toda la atención del ama de la casa. Porque la mona aquella tenía días. Algunos lo hacía todo tan bien y

con tanta diligencia y aseo, que doña Lupe decía que era una perla. Pero otros no se la podía aguantar. Aquel día empezó de los buenos y concluyó siendo de los peores. Por la mañana había cumplido admirablemente; estuvo muy suelta de lengua y de manos, haciendo garatusas y dando brincos en cuanto la señora le quitaba la vista de encima. Semejante fiebre era señal de próximos trastornos. En efecto, por la tarde dividió en dos la tapa de una sopera, y desde entonces todo fué un puro desastre. Cuando se enfurruñaba creeríase que hacía las cosas mal adrede. Le mandaban esto y se salía con lo otro. No se pueden contar las faltas que cometió en una hora. Bien decía doña Lupe que tenía los demonios metidos en el cuerpo y que era mala, pero mala de veras, una sinvergüenza, una mal criada y una calamidad... *en toda la extensión de la palabra.* Y mientras más repelones le daban, peor que peor. Pasó tanta agua del puchero del agua caliente al puchero de la verdura, que ésta quedó encharcada. Los garbanzos se quemaron, y cuando fueron á comerlos amargaban como demonios. La sopa no había cristiano que la pasara de tanta sal como le echó aquella condenada. Luégo era una insolente, porque en vez de reconocer sus torpezas decía que la señora tenía la culpa, y que ella, la muy piojosa, no estaría allí ni un día más porque *misté... en cualsiquiera parte la tratarían me-*

jor. Doña Lupe discutía con ella violentamente, argumentando con crueles pellizcos, y añadiendo que estaba autorizada por la madre para descuartizarla si preciso era. A lo que Papitos contestaba echando lumbre por los ojos: "¡Ay, hija, no me descuartice usted tanto!" Este solía ser el período culminante de la disputa, que concluía dándole la señora á su sirviente una gran bofetada y rompiendo la otra á llorar... Los disparates seguían, y al servir la mesa ponía los platos sobre ella sin considerar que no eran de hierro. Doña Lupe la amenazaba con mandarla á la *galera* ó con llamar una pareja, con escabecharla y ponerla en salmuera, y poco á poco se iba aplacando la fierecilla hasta que se quedaba como un guante.

VI

Maximiliano, gozoso de ver que su tía con aquel gran alboroto, no se ocupaba de él, poníase de parte de la autoridad y en contra de Papitos. Sí, sí; era muy mala, muy descarada, y había que atarla corto. Azuzaba la cólera de doña Lupe para que ésta no se revolviese contra él hablándole de su cambio de costumbres y de lo que hacía fuera de casa.

Doña Lupe fué aquella noche á casa de las de la Caña, y se estuvo allá las horas muertas. Maximiliano entró á las once. Había dejado á

Fortunata acostada y casi dormida, y se retiró decidido á afrontar las chafalditas de su tía y á explicarse con ella. Porque después del caso de la herencia, ya no podía dudar de que la Providencia le favorecía, abriéndole camino. Nunca había sido él muy religioso; pero aquella noche parecíale desacato y aun ingratitud no consagrar á la divinidad un pensamiento, ya que no una oración. Estaba como un demente. Por el camino miraba á las estrellas y las encontraba más hermosas que nunca, y muy mironas y habladoras. A Fortunata, sin mentarle la herencia por respeto á la difunta, le dijo algo de sus fincas de Molina de Aragón, y de que si el dinero en hipotecas era el mejor dinero del mundo. A veces su imaginación agrandaba las cifras de la herencia, añadiéndole ceros, "porque esa gente de los pueblos no gasta un cuarto, y no hace más que acumular, acumular..."

Los faroles de la calle le parecían astros, los transeuntes excelentes personas, movidas de los mejores deseos y de sentimientos nobilísimos. Entró en su casa resuelto á espontanearse con su tía... "¿Me atreveré?—pensaba. —Si me atreviera... ¿Y qué hay de malo en esto? En último caso, ¿qué puede hacer mi tía? ¿Acaso me va á comer? Si me niega el derecho de casarme con quien me dé la gana, ya le diré yo cuántas son cinco. No se conoce el genio de

las personas hasta que no llega la ocasión de mostrarlo.„ A pesar de estas disposiciones belicosas, cuando Papitos le dijo que la señora no había vuelto todavía, quitósele de encima un gran peso, porque en verdad la revelación del secreto y el cisco que había de seguirle eran para acoquinar al más pintado. No le arredraba el miedo de ser vencido, porque su amor y su misión le darían seguramente coraje; pero convenía proceder con tacto y diplomacia, pensar bien lo que iba á decir para no ofender á su tía, y, si era posible, ponerla de su parte en aquel tremendo pleito.

Se fué á la cocina detrás de Papitos, siguiendo una costumbre antigua de hacer tertulia y de entretenerse en pláticas sabrosas cuando se encontraban solos. Un año antes, la criadita y el estudiante se pasaban las horas muertas en la cocina, contándose cuentos ó proponiéndose acertijos. En éstos era fuerte la chiquilla. Sus carcajadas se oían desde la calle cuando repetía la adivinanza, sin que el otro la pudiera acertar. Maximiliano se rascaba la cabeza, aguzando su entendimiento; pero la solución no salía. Papitos le llamaba zote, bruto y otras cosas peores sin que él se ofendiera. Tomaba su revancha en los cuentos, pues sabía muchos, y ella los escuchaba con embeleso, abierta la boca de par en par y los ojos clavados en el narrador. Aquella noche estaba Pa-

pitos de muy mal temple por la soba que se había llevado, y le tenía mucha tirria al señorito porque no se puso de su parte en la contienda, como otras veces. "Feo, tonto—le dijo aguzando la jeta cuando le vió sentarse en la mesilla de pino de la cocina.—Acusón, patoso... memo en polvo."

Maximiliano buscaba una fórmula para pedirle perdón sin menoscabo de su dignidad de señorito. Sentíase con impulsos de protección hacia ella. Verdad que habían jugado juntos; que el año anterior, á pesar de la diferencia de edades, eran tan niños el uno como el otro, y se entretenían en enredos inocentes. Pero ya las cosas habían cambiado. El era hombre, ¡y qué hombre! y Papitos una chiquilla retozona sin pizca de juicio. Pero tenía buena índole, y cuando sentara la cabeza y diera un estirón sería una criada inapreciable. La chiquilla, después que le dijo todas aquellas injurias, se puso á repasar una media, en la cual tenía metida la mano izquierda como en un guante. Sobre la mesa estaba su estuche de costura, que era una caja de tabacos. Dentro de ella había carretes, cintajos, un canuto de agujas muy roñoso, un pedazo de cera blanca, botones y otras cosas pertinentes al arte de la costura. La cartilla en que Papitos aprendía á leer estaba también allí, con las hojas sucias y reviradas. El quinqué de la cocina con el tubo ahumado y

sin pantalla, iluminaba la cara gitanesca de la criada, dándole un tono de bronce rojizo, y la cara pálida y serosa del señorito con sus ojeras violadas y sus granulaciones alrededor de los labios.

"¿Quieres que te tóme la lección?—dijo Rubín cogiendo la cartilla.

—Ni falta... canijo, espátula, *paice* un garabito... No quiero que me tome *lición*—replicó la chica remedándole la voz y el tono.

—No seas salvaje... Es preciso que aprendas á leer, para que seas mujer completa—dijo Rubín esforzándose en parecer juicioso.—Hoy has estado un poco salida de madre, pero ya eso pasó. Teniendo juicio, se te mirará siempre como de la familia.

—*¡Miá éste!...* Me zampo yo á la familia...—chilló la otra remedándole y haciendo las morisquetas diabólicas de siempre.

—No te abandonarémos nunca—manifestó el joven henchido de deseos de protección.—Sabes lo que te digo?... Para que lo sepas, chica, para que lo sepas, ten entendido que cuando yo me case... cuando yo me case, te llevaré conmigo para que seas la doncella de mi señora.

Al soltar la carcajada se tendió Papitos para atrás con tanta fuerza, que el respaldo de la silla crujió como si se rompiera.

—¡Casarse él, *vusté!...* memo, más que memo, ¡casarse!—exclamó.—Si la señorita dice que



viusté no se puede casar... Sí, se lo decía á doña Silvia la otra noche.

La indignación que sintió Maximiliano al oir este concepto fué tan viva, que de manifestarse en hechos habría ocurrido una catástrofe. Porque tal ultraje no podía contestarse sino agarrando á Papitos por el pescuezo y estrangulándola. El inconveniente de esto consistía en que Papitos tenía mucha más fuerza que él.

—Eres lo más animal y lo más grosero...—balbució Rubín,—que he visto en mi vida. Si no te curas de esas tonterías, nunca serás nada.

Papitos alargó el brazo izquierdo en que tenía la media, y asomando sus dedos por los agujeros, le cogió la naríz al señorito y le tiró de ella.

—¡Que te estés quieta!... ¡vaya!... Tú no te has llevado nunca una solfa buena, y soy yo quien te la va á dar... ¿Y por qué son esas risas estúpidas?... ¿Porque he dicho que me caso? Pues sí señor, me caso porque me da la gana.

Tiempo hacía que Maximiliano deseaba hablar de aquella manera con alguien, y manifestar su pensamiento libre y sin turbación. La confidencia que tan difícil era con otra persona, resultaba fácil con la cocinerita, y el hombre se creció después de dichas las primeras palabras.

"Tú eres una inocente—le dijo poniéndole la mano en el hombro,—tú no conoces el mun-

do, ni sabes lo que es una pasión verdadera.

Al llegar á este punto, Papitos no entendió ni jota de lo que su señorito le decía... Era un lenguaje nuevo, como eran nuevas la expresión de él y la cara seria que puso. No ponía aquella cara cuando contaba los cuentos.

"Porque verás tú—continuó Rubín, expresándose con alma;—el amor es la ley de las leyes, el amor gobierna el mundo. Si yo encuentro la mujer que me gusta, que es la mitad, si no la totalidad de mi vida, una mujer que me transforme, inspirándome acciones nobles y dándome cualidades que antes no tenía, ¿por qué no me he de casar con ella? A ver, que me lo digan; que me den una razón, media razón siquiera... Porque tú no me has de salir con argumentos tontos; tú no has de participar de esas preocupaciones por las cuales...

Al llegar aquí, el orador se embarulló algo, y no ciertamente por miedo á la dialéctica de su contrario. Papitos, después de asombrarse mucho de la solemnidad con que el señorito hablaba y de las cosas incomprensibles que le decía, empezó á aburrirse. Siguió Maximiliano descargando su corazón, que otra coyuntura de desahogo como aquella no se le volvería á presentar, y por fin la niña estiró el brazo izquierdo sobre la mesa, y como estaba tan fatigada del ajetreo de aquel día y de los coscorrones, hizo del brazo almohada y reclinó su cabeza en

ella. En aquel momento, Maximiliano, exaltado por su propia elocuencia, se dejó decir: "La única razón que me dan es que si ha sido ó no ha sido esto ó lo otro. Respondo que es falso, falsísimo. Si hay en su existencia días vergonzosos, y no diré tanto como vergonzosos, días borrascosos, días desventurados, ha sido por ley de la necesidad y de la pobreza, no por vicio... Los hombres, los señoritos, esa raza de Caín, corrompida y miserable, tienen la culpa... Lo digo y lo repito. La responsabilidad de que tanta mujer se pierda recae sobre el hombre. Si se castigara á los seductores y á los petimetres... la sociedad...

Papitos dormía como un ángel, apoyada la mejilla sobre el brazo tieso, y conservando en la mano de él la media, por cuyos agujeros asomaban los dedos. Dormía con plácido reposo, la cara seria, como si aprobase inconscientemente las perrerías que el otro decía de los seductores, y aprovechara la lección para cuando le tocara. El propio calor de sus palabras llevó á Maximiliano á una exaltación que parecía insana. No podía estar quieto ni callado. Levantóse y fué por los pasillos adelante, hablando solo en baja voz y haciendo gestos. El pasillo estaba oscuro; pero él conocía tan bien todos los rincones, que andaba por ellos sin vacilación ni tropiezo. Entró en la sala que también estaba á oscuras, penetró en el gabinete de su tía,

que á la misma boca de un lobo se igualara en lo tenebroso, y allí se le redobló la facundia, y la energía de sus declamaciones rayaba en frenesí. Apoyando las cláusulas con enfático gesto, se le ocurrían frases de admirable efecto contundente, frases capaces de tirar de espaldas á todos los individuos de la familia si las oyeran. ¡Qué lástima que no estuviera allí su tía...! Como si la estuviera viendo, le soltó estas atrevidas expresiones: "Y para que lo sepa usted de una vez, yo no cedo ni puedo ceder, porque sigo en esto el impulso de mi conciencia, y contra la conciencia no valen pamplinas, ni ese cúmulo, ese cúmulo, sí señora, de... preocupaciones rancias que usted me opone. Yo me caso, me caso, y me caso, porque soy dueño de mis actos, porque soy mayor de edad, porque me lo dicta mi conciencia, porque me lo manda Dios; y si usted lo aprueba, ella y yo le abrirémos nuestros amantes brazos y será usted nuestra madre, nuestra consejera, nuestra guía...

Vamos, que sentía de veras no estuviese delante de él en el sillón de hule la propia viuda de Jáuregui en imagen corpórea, porque de fijo le diría lo mismo que estaba diciendo ante su imagen figurada y supuesta. Después salió otra vez al pasillo, donde continuó la perorata, paseándose de un extremo á otro, y gesticulando á favor de la oscuridad. La soledad, el silencio de la noche y la poca luz favorecen á los

tímidos para su comedia de osados y lenguaraces, teniéndose á sí mismos por público y envalentonándose con su fácil éxito. Maximiliano hablaba quedito; sus fuertes manotadas no correspondían al diapasón bajo de las palabras, cuya vehemencia sofocada las hacía parecer como un ensayo.

Cuando doña Lupe llamó á la puerta, su sobrino le abrió, y pasmóse ella de que estuviera en pié todavía. "¡Qué despabilado está el tiempo!—dijo la señora con cierto retintín, que hizo extremecer al jóven, limpiando súbitamente su espíritu de toda idea de independencia, como se limpia de sombras un farol cuando aparece dentro de él la llama del gas. Al oir la campanilla, acudió la chica dando traspiés y restregándose los ojos. Doña Lupe no dijo más que: "á la cama todo Cristo." Era muy tarde y Papitos tenía que madrugar. El sobrino y la cocinerita entraron sin hacer ruído en sus respectivas madrigueras, como los conejos cuando oyen los pasos del cazador.

VII

La declaración de Maximiliano había puesto á Fortunata en perplejidad grande y penosa. Aquella noche y las siguientes durmió mal por la viveza del pensar y las contradictorias ideas que se le ocurrían. Después de acostada

tuvo que levantarse y se arrojó, liada en una manta, en el sofá de la sala; pero no se quedaban las cavilaciones entre las sábanas, sino que iban con ella á donde quiera que iba. La primera noche dominaron al fin, tras largo debate, las ideas afirmativas. "¡Casarme yo, y casarme con un hombre de bien, con *una persona decente...!*„ Era lo más que podía desear... ¡Tener un nombre, no tratar más con gentuza, sino con caballeros y señoras! Maximiliano era un bienaventurado, y seguramente la haría feliz. Esto pensaba por la mañana, después de lavarse y encender la lumbre, cuando cogía la cesta para ir á la compra. Púsose el manto y el pañuelo por la cabeza, y bajó á la calle. Lo mismo fué poner el pié en la vía pública que sus ideas variaron.

"¡Pero vivir siempre con este chico... tan feo como es! Me da por el hombro, y yo le levanto como una pluma. Un marido que tiene menos fuerza que la mujer no es, no puede ser marido. El pobrecillo es un bendito de Dios; pero no le podré querer aunque viva con él mil años. Esto será ingratitud, pero ¿qué le vamos á hacer? no lo puedo remediar...

Tan distraída estaba, que el carnicero le preguntó tres veces lo que quería sin obtener respuesta. Por fin se enteró. "Hoy no llevo más que media libra de falda para el cocido y una chuletita de lomo. Señor Paco, péselo bien.

—Tome usted, simpatía, y mande.

También compró dos onzas de tocino; luégo una brecolera en el puesto de verduras de la carnicería, y en la tienda de la esquina, arroz, cuatro huevos y una lata de pimientos morrones. Al volvér á su casa, revisó la lumbre y se puso á limpiar y á barrer. Mientras quitaba el polvo á los muebles, volvió al tema: "No se encuentra todos los días un hombre que quiera echarse encima una carga como esta."

Hizo la cama y después empezó á peinarse. Al ver en el espejo su linda cara pálida, dióle por emplear argumentos comparativos: "Porque ¡María *Santisma!* si Maximiliano apostaba á feo, no había quien le ganara... ¡Y qué mal huelen las boticas! Debió de haber seguido otra carrera... Dios me favorezca... Si tuviera algún hijo me acompañaría con él; pero... ¡quiá!...

Después de esta reticencia, que por lo terminante parecía hija de una convicción profunda, siguió contemplando y admirando su belleza. Estaba orgullosa de sus ojos negros, tan bonitos que, según dictamen de ella misma, *le daban la puñalada al Espiritui Santo.* La tez era una preciosidad por su pureza mate y su transparencia y tono de marfil recién labrado; la boca, un poco grande, pero fresca y tan mona en la risa como en el enojo... Y luégo unos dientes! "Tengo los dientes —decia ella mostrándoselos,—como pedacitos de leche cua-

jada.„ La nariz era perfecta. "Narices como la mía, pocas se ven„... Y por fin, componiéndose la cabellera negra y abundante como los malos pensamientos, decía: "¡Vaya un pelito que me ha dado Dios!„ Cuando estaba concluyendo, se le vino á las mientes una observación, que no hacía entonces por primera vez. Hacíala todos los días, y era esta: "¡Cuánto más guapa estoy ahora que... antes! He ganado mucho.

Y después se puso muy triste. Los pedacitos de leche cuajada desaparecieron bajo los labios fruncidos, y se le armó en el entrecejo como una densa nube. El rayo que por dentro pasaba decía así: "¡Si me viera ahora...!„ Bajo el peso de esta consideración estuvo un largo rato quieta y muda, la vista independiente á fuerza de estar fija. Despertó al fin de aquello que parecía letargo, y volviendo á mirarse, animóse con la reflexión de su buen palmito en el espejo. "Digan lo que quieran, lo mejor que tengo es el entrecejo... Hasta cuando me enfado es bonito... A ver cómo me pongo cuando me enfado? Así, así... ¡Ah, llaman!

El campanillazo de la puerta la obligó á dejar el tocador. Salió á abrir con la peineta en una mano y la toalla por los hombros. Era el redentor, que entró muy contento y le dijo que acabara de peinarse. Como faltaba tan poco, pronto quedó todo hecho. Maximiliano la elogió por su resolución de no tomar peinadoras.

¿Por qué las mujeres no se han de peinar solas? La que no sabe que aprenda. Eso mismo decía Fortunata. El pobre chico no dejaba de expresar su admiración por el buen arreglo y economía de su futura, haciendo por sus propias manos la tarea que desempeñan mal esas bergantas ladronas que llaman criadas de servir. Fortunata aseguraba que aquella costumbre suya no tenía mérito porque el trabajo le gustaba. "Eres una alhajita—le decía su amante con orgullo. — En cuanto á las peinadoras, todas son unas grandes alcahuetas, y en la casa donde entran no puede haber paz.„

Más adelante tomarían alguna criada, porque no convenía tampoco que ella se matase á trabajar. Estarían seguramente en buena posición, y puede que algunos días tuvieran convidados á su mesa. La servidumbre es necesaria, y llegaría un día seguramente en que no se podrían pasar sin una niñera. Al oir esto, por poco suelta la risa Fortunata; pero se contuvo, concretándose á decir en su interior: "¡Para qué querrá niñeras este desventurado...!„

Á renglón seguido, sacó el joven á relucir el tema del casorio, y dijo tales cosas que Fortunata no pudo menos de rendir el espíritu á tanta generosidad y nobleza de alma. "Tu comportamiento decidirá de tu suerte—afirmó él,— y como tu comportamiento ha de ser bueno, porque tu alma tiene todos los resortes del bien,

estamos al cabo de la calle. Yo pongo sobre tu cabeza la corona de mujer honrada; tú harás porque no se te caiga y por llevarla dignamente. Lo pasado, pasado está, y el arrepentimiento no deja ni rastro de mancha, pero ni rastro. Lo que diga el mundo no nos importe. ¿Qué es el mundo? Fíjate bien y verás que no es nada, cuando no es la conciencia.

A Fortunata se le humedecieron los ojos, porque era muy accesible á la emoción, y siempre que se le hablaba con solemnidad y con un sentido generoso, se conmovía aunque no entendiera bien ciertos conceptos. La enternecían el tono, el estilo y la expresión de los ojos. Creyó entonces caso de conciencia hacer una observación á su amigo.

"Piensa bien lo que haces—le dijo,—y no comprometas por mí tu...

Quería decir dignidad; pero no dió con la palabra por el poco uso que en su vida había hecho de vocablos de esta naturaleza. Pero se dió sus mañas para expresar toscamente la idea, diciendo: "Calcula que los que me conozcan te van á llamar *el marido de la Fortunata*, en vez de llamarte por tu nombre de pila. Yo te agradezco mucho lo que haces por mi; pero como te estimo no quiero verte con...„

Quería decir con un estigma en la frente; pero ni conocía la palabra ni aunque la conociera la habría podido decir correctamente. "No

quiero que te tomen el pelo por mí„ fué lo que dijo, y se quedó tan fresca, esperando convencerle. Pero Maximiliano, fuerte en su idea y en su conciencia, como dentro de un doble baluarte inexpugnable, se echó á reir. Semejantes argumentos eran para él como sería para los poseedores de Gibraltar ver que les quisiera asaltar un enemigo armado con una caña. Váliente caso hacía él de las estupideces del vulgo!... Cuando su conciencia le decía: "mira, hijo, este es el camino del bien; vete por él,„ ya podía venir todo el género humano á detenerle; ya podían apuntarle con un cañón rayado. Porque él iba sacando un carácter de que aún no se había enterado la gente, un carácter de acero, y todo lo que se decía de su timidéz era conversación. "Que tú seas buena, honrada y leal es lo que importa: lo demás corre de mi cuenta, déjame á mí, tú déjame á mí.

Poco después almorzaba Fortunata, y Maximiliano estudiaba, cambiando de vez en cuando algunas palabras. Toda aquella tarde dominaron en el espíritu de la joven las ideas optimistas, porque él se dejó decir algo de su herencia, de tierras é hipotecas en Molina de Aragón, asegurando que *sus viñas podían darle tanto más cuanto.* Por la noche avisaron para que les trajeran café, y vino el mozo de *la Paz* con él. Olmedo y Feliciana entraron de tertulia. Estaban de monos y apenas se hablaban, señal inequívo-

ca de pelotera doméstica. Y es que si los estados más sólidos se quebrantan cuando la hacienda no marcha con perfecta regularidad, aquella casa, hogar, familia ó lo que fuera, no podía menos de resentirse de las anomalías de un presupuesto cuyo carácter permanente era el déficit. Feliciana tenía ya pignorado lo mejorcito de su ropa, y Olmedo había perdido el crédito de una manera absoluta. Por la falta de crédito se pierden las repúblicas lo mismo que las monarquías. Y no se hacía ya ilusiones el bueno de Olmedo acerca de la catástrofe próxima. Sus amigos, que le conocían bien, descubrían en él menos entereza para desempeñar el papel de libertino, y á menudo se le clareaba la buena índole al través de la máscara. A Maximiliano le contaron que habían sorprendido á Olmedo en el Retiro estudiando á hurtadillas. Cuando le vieron sus amigos, escondió los libros entre el follaje, porque le sabía mal que le descubrieran aquella flaqueza. Daba mucha importancia á la consecuencia en los actos humanos, y tenía por deshonra el soltar de improviso la casaca é insignias de perdulario. ¿Qué diría la gente, qué los amigos, qué los mocosos, más jóvenes que él, que le tomaban por modelo? Hallábase en la situación de uno de esos chiquillos que para darse aires de hombres encienden un cigarro muy fuerte y se lo empiezan á fumar y se marean con él; pero tratan de dominar las náuseas para

que no se diga que se han emborrachado. Olmedo no podía aguantar más la horrible desazón, el asco y el vértigo que sentía; pero continuaba con el cigarro en la boca haciendo que tiraba de él, pero sin chupar cosa mayor.

Feliciana, por su parte, había empezado á campar por sus respetos. Lo dicho, la honradéz y el amor eran cosas muy buenas; pero no daban de comer. El calavera de oficio no se permitió aquella noche ninguna barrabasada. Sólo al entrar, y cuando los cuatro se sentaron á tomar café, dijo con su habitual desenfado: "Narices, ya está reunido aquí toíto el *Demi-Monde*." Fortunata y Feliciana no comprendieron; pero Rubín se puso encarnado y se incomodó mucho; porque aplicar tales vocablos á personas dispuestas á unirse en santo vínculo le parecía una falta de respeto, una grosería y una cochinada, sí señor, una cochinada... Mas se calló por no armar camorra ni quitar á la reunión sus tonos de circunspección y formalidad. Acordóse de que nada había dicho á su amigo del casorio proyectado, siendo evidente que Olmedo habló en términos tan *liberales* por ignorancia. Determinó, pues, revelarle su pensamiento en la primera ocasión, para que en lo sucesivo midiera y pesara mejor sus palabras.

VIII

Aquella noche fué también mala para Fortunata, pues se la pasó casi toda cavilando, discurriendo sobre si *el otro* se acordaría ó no de ella. Era muy particular que no le hubiese encontrado nunca en la calle. Y por falta de mirar bien á todos lados no era ciertamente. ¿Estaría malo, estaría fuera de Madrid? Más adelante, cuando supo que en Febrero y Marzo había estado Juanito Santa Cruz enfermo de pulmonía, acordóse de que aquella noche lo había soñado ella. Y fué verdad que lo soñó á la madrugada, cuando su caldeado cerebro se adormeció, cediendo á una como borrachera de cavilaciones. Al despertar ya de día, el reposo profundo aunque breve había vuelto del revés las imágenes y los pensamientos en su mente. "A mi boticarito me atengo—dijo después que echó el Padre Nuestro por las ánimas, de que no se olvidaba nunca.—Vivirémos tan apañaditos.„ Levantóse, encendió su lumbre, bajó á la compra, y de tienda en tienda pensaba que Maximiliano podía dar un estirón, echar más pecho y más carnes, ser más hombre, en una palabra, y curarse de aquel maldito romadizo crónico que le obligaba á estarse sonando constantemente. De la bondad de su corazón no había nada que decir, porque era un santo, y como

se casara de verdad, su mujer había de hacer de él lo que quisiera. Con cuatro palabritas de miel, ya estaba él contento y achantado. Lo que importaba era no llevarle la contraria en todo aquello de la conciencia y de las misiones... aquí un adjetivo que Fortunata no recordaba. Era *sublimes*; pero lo mismo daba; ya se sabía que era una cosa muy buena.

Aquel día la compra duró algo más, pues habiéndole anunciado Maximiliano que almorzaría con ella, pensaba hacerle un plato que á entrambos les gustaba mucho, y que era la especialidad culinaria de Fortunata, el arroz con menudillos. Lo hacía tan ricamente, que era para chuparse los dedos. Lástima que no fuera tiempo de alcachofas, porque las hubiera traído para el arroz. Pero trajo un poco de cordero que le daba mucho aquél. Compró chuletas de ternera, dos reales de menudillos y unas sardinas escabechadas para segundo plato.

De vuelta á su casa armó los tres pucheros con el minucioso cuidado que la cocina española exige, y empezó á hacer su arroz en la cacerola. Aquel día no hubo en la cocina cacharro que no funcionara. Después de freir la cebolla y de machacar el ajo y de picar el menudillo, cuando ninguna cosa importante quedaba olvidada, lavóse la pecadora las manos y se fué á peinar, poniendo más cuidado en ello que otros días. Pasó el tiempo; la cocina despedía múltiples y

confundidos olores. ¡Dios, con la faena que en ella había! Cuando llegó Rubín, á las doce, salió á abrirle su amiga con semblante risueño. Ya estaba la mesa puesta, porque la mujer aquélla multiplicaba el tiempo, y como quisiera, todo lo hacía con facilidad y prontitud. Dijo el enamorado que tenía mucha hambre, y ella le recomendó una chispita de paciencia. Se le había olvidado una cosa muy importante, el vino, y bajaría á buscarlo. Pero Maximiliano se prestó á desempeñar aquel servicio doméstico, y bajó más pronto que la vista.

Media hora después estaban sentados á la mesa en amor y compañía; pero en aquel instante se vió Fortunata acometida bruscamente de unos pensamientos tan extraños, que no sabía lo que le pasaba. Ella misma comparó su alma en aquellos días á una veleta. Tan pronto marcaba para un lado como para otro. De improviso, como si se levantara un fuerte viento, la veleta daba la vuelta grande y ponía la punta donde antes tenía la cola. De estos cambiazos había sentido ella muchos; pero ninguno como el de aquel momento, el momento en que metió la cuchara dentro del arroz para servir á su futuro esposo. No sabría ella decir cómo fué, ni cómo vino aquel sentimiento á su alma, ocupándola toda; no supo más sino que le miró y sintió una antipatía tan horrible hacia el pobre muchacho, que hubo de violentarse para disi-

mularla. Sin advertir nada, Maximiliano elogiaba el perfecto condimento del arroz; pero ella se calló, echando para adentro, con las primeras cucharadas, aquel fárrago amargo que se le quería salir del corazón. Muy *para entre sí*, dijo: "Primero me hacen á mí en pedacitos como estos, que casarme con semejante hombre... ¿Pero no le ven, no le ven que ni siquiera parece un hombre?... Hasta huele mal... Yo no quiero decir lo que me da cuando calculo que toda la vida voy á estar mirando delante de mí esa naríz de rabadilla.

"Parece que estás triste, moñuca—le dijo Rubín, que solía darle este cariñoso mote.

Contestó ella que el arroz no había quedado tan bien como deseara. Cuando comían las chuletas, Maximiliano le dijo con cierta pedantería de dómine: "Una de las cosas que tengo que enseñarte es á comer con tenedor y cuchillo, no con tenedor solo. Pero tiempo tengo de instruirte en esa y en otras cosas más.

También le cargaba á ella tanta corrección. Deseaba hablar bien y ser persona fina y decente; pero ¡cuánto más aprovechadas las lecciones si el maestro fuera otro, sin aquella destiladera de naríz, sin aquella cara deslucida y muerta, sin aquel cuerpo que no parecía de carne, sino de cordilla!

Esta antipatía de Fortunata no estorbaba en ella la estimación, y con la estimación mez-

clábase una lástima profunda de aquel desgraciado, caballero del honor y de la virtud, tan superior moralmente á ella. El aprecio que le tenía, la gratitud, y aquella conmiseración inexplicable, porque no se compadece á los superiores, eran causa de que refrenase su repugnancia. No era ella muy fuerte en disimular, y otro menos alucinado que Rubín habría conocido que el lindísimo entrecejo ocultaba algo. Pero veía las cosas por el lente de sus ideas propias, y para él todo era como debía ser y no como era. Alegróse mucho Fortunata de que el almuerzo concluyese, porque eso de estar sosteniendo una conversación seria y oyendo advertencias y correcciones no la divertía mucho. Gustábale más el trajín de recoger la loza y levantar la mesa, operación en que puso la mano no bien tomaron el café. Y para estar más tiempo en la cocina que en la sala, revisó los pucheros, y se puso á picar la ensalada cuando aún no hacía falta. De rato en rato daba una vuelta por la sala, donde Maximiliano se había puesto á estudiar. No le era fácil aquel día fijar su atención en los libros. Estaba muy distraído, y cada vez que su amiga entraba, toda la ciencia farmacéutica se desvanecía de su mente. A pesar de esto quería que estuviese allí, y aun se enojó algo por lo mucho que prolongaba los ratos de cocina. Chica, no trabajes tanto, que te vas á cansar. Trae tu labor y siéntate aquí.

"Es que si me pongo aquí no estudias, y lo que te conviene es estudiar para que no pierdas el año—replicó ella.—Pues si lo pierdes y tienes que volverlo á estudiar...!

Esta razón hizo efecto grande en el ánimo de Rubín. "No importa que estés aquí. Con tal que no me hables, estudiaré. Viéndote, parece que comprendo mejor las cosas, y que se me abren las compuertas del entendimiento. Te pones aquí, tú á tu costura, yo á mis libros. Cuando me siento muy torpe, ¡pím! te miro y al momento me despabilo.„

Fortunata se rió un poco, y ausentándose un instante, trajo la costura.

"¿Sabes?—le dijo Rubín, apenas ella se sentó.—Mi hermano Juan Pablo se fué á Molina á arreglar eso de la herencia de la tía Melitona. Mi tía Lupe le escribió, y antes de venir á Madrid se plantó allá. Escribe diciendo que no habrá grandes dificultades.„

—¿De veras? ¡vamos!... Más vale así.

—Como lo oyes. Aún no puedo decir lo que nos tocará á cada hermano. Lo que sí te aseguro es que me alegro de esto por tí, exclusivamente por tí. Luégo te quejarás de la Providencia. Porque cuanto más aseguradas están las materialidades de la vida, más segura es la conservación del honor. La mitad de las deshonras que hay en la vida no son más que pobreza, chica, pobreza. Créete que ha venido

Dios á vernos, y si ahora no nos portamos bien, merecemos que nos arrastren.

Fortunata hubiera dicho para sí: ¡"Vaya un moralista que me ha salido!„ pero no tenía noticia de esta palabra, y lo que dijo fué: "Ya estoy de *misionero* hasta aquí„, usando la palabra *misionero* con un sentido doble, á saber: el de predicador y el de agente de aquello que Rubín llamaba *su misión.*

IX

Maximiliano comunicó á Olmedo sus planes de casamiento encargándole el mayor sigilo, porque no convenía que se divulgasen antes de tiempo, para evitar maledicencias tontas. Creyó el gran perdis que su amigo estaba loco, y en el fondo de su alma le compadecía, aunque admiraba el atrevimiento de Rubín para hacer la más grande y escandalosa calaverada que se podia imaginar. ¡Casarse con una...! Esto era un colmo, el colmo del *buen fin*, y en semejante acto habia una mezcla horrenda de ignominia y de abnegación sublime, un no se qué de osadía y al mismo tiempo de bajeza, que levantó al bueno de Rubín, á sus ojos, de aquel fondo de vulgaridad en que estaba. Porque Rubín podía ser un tonto; pero no era un tonto vulgar, era uno de esos tontos que tocan lo sublime con la punta de los dedos. Verdad que no lle-

gan á agarrarlo; pero ello es que lo tocan. Olmedo, al mismo tiempo que sondeaba la inmensa gravedad del propósito de su amigo, no pudo menos de reconocer que á él, Olmedo, al perdulario de oficio, no se le había pasado nunca por la cabeza una majadería de aquel calibre.

"Descuida, chico, lo que es por mí no lo sabrá nadie, ¡qué narices! Soy tu amigo ¿sí ó no? pues basta ¡narices! Te doy mi palabra de honor; estate tranquilo.

La palabra de *Ulmus sylvestris*, cuando se trataba de algo comprendido en la jurisdicción de la picardía, era sagrada. Pero en aquella ocasión pudo más el prurito chismográfico que el fuero del honor picaresco, y el gran secreto fué revelado á Narciso Puerta *(Pseudo-Narcissus odoripherus)* con la mayor reserva, y previo juramento de no transmitirlo á nadie. "Te lo digo en confianza, porque sé que ha de quedar de tí para mí.

"Descuida, chico, no faltaba más... Ya tú me conoces.

En efecto, Narciso no lo dijo á nadie, con una sola excepción. Porque, verdaderamente, ¿qué importaba confiar el secretillo á una sola persona, á una sola, que de fijo no lo había de propalar?

"Te lo digo á tí solo, porque sé que eres muy discreto—murmuró Narciso al oído de su amigo Encinas *(Quercus gigantea)*.—Cuidado

con lo que te encargo... pero mucho cuidado. Sólo tú lo sabes. No tengamos un disgusto.

—Hombre, no seas tonto... Parece que me conoces de ayer. Ya sabes que soy un sepulcro.

Y el sepulcro se abrió en casa de las de la Caña, con la mayor reserva, se entiende, y después de hacer jurar á todos de la manera más solemne que guardarían aquel profundo arcano. "¡Pero qué cosas tiene usted, Encinas! No nos haga usted tan poco favor. Ni que fuéramos chiquillas, para ir con el cuento y comprometerle á usted...

Pero una de aquellas señoras creía que era pecado mortal no indicar algo á doña Lupe, porque ésta al fin lo tenía que saber, y más valía prepararla para tan tremendo golpe. ¡Pobre señora! Era un dolor verla con aquella tranquilidad, tan ajena á la deshonra que la amenazaba. Total, que la noticia llegó á la sutil oreja de doña Lupe á los tres días de haber salido del labio tímido de *Rubinius vulgaris*.

Cuentan que doña Lupe se quedó un buen rato como quien vé visiones. Después dió á entender que algo barruntaba ella, por la conducta anómala de su sobrino. ¡Casarse con una que ha tenido que ver con muchos hombres! ¡Bah! no sería cierto quizás. Y si lo era, pronto se había de saber; porque, eso sí, á doña Lupe no se le apagaría en el cuerpo la bomba, y aquella misma noche ó al día siguiente por la

mañana, Maximiliano y ella se verían las caras... Que la señora viuda de Jáuregui estaba volada, lo probó la inseguridad de su paso al recorrer la distancia entre el domicilio de las de la Caña y el suyo. Hablaba sola, y se le cayó el paraguas dos veces, y cuando se bajó á recogerlo, se le cayó el pañuelo, y por fin, en vez de entrar en el portal de su casa, entró en el próximo. ¡Como estuviera en casa el muy hipocritón, su tía le iba á poner verde! Pero no estaría seguramente, porque eran las once de la noche, y el señoritingo no entraba ya nunca antes de las doce ó la una... ¡Quién lo había de decir; pero quién lo había de decir...! aquel cuitado, aquella calamidad de chico, aquella inutilidad, tan fulastre y para poco que no tenía aliento para apagar una vela, y que á los dieziocho años, sí, bien lo podía asegurar doña Lupe, no sabía lo que son mujeres y creía que los niños que nacen vienen de París; aquel hombre fallido enamorarse así, ¡y de quién! de una mujer perdida...! pero perdida... en toda la extensión de la palabra.

"¿Ha venido el señorito?—preguntó á su criada, y como ésta le contestara que no, frunció los labios en señal de impaciencia.

El desasosiego y la ira habrían llegado qué sé yo á dónde, si no se desahogaran un poco sobre la inocente cabeza de Papitos, y se dice la cabeza, porque ésta fué lo que más padeció en

aquel achuchón. Ha de saberse que Papitos era un tanto presumida, y que siendo su principal belleza el cabello negro y abundante, en él ponía sus cinco sentidos. Se peinaba con arte precóz, haciéndose sortijillas y patillas, y para rizárse el fleco, no teniendo tenazas, empleaba un pedazo de alambre grueso, calentándolo hasta el rojo. Hubiera querido hacer estas cosas por la mañana; pero como su ama se levantaba antes que ella, no podía ser. La noche, cuando estaba sola, era el mejor tiempo para dedicarse con entera libertad á la peluquería elegante. Un pedazo de espejo, un batidor desdentado, un poco de tragacanto y el alambre gordo le bastaban. Por mal de sus pecados, aquella noche se había trabajado el pelo con tanta perfección, que... "¡hija, ni que fueras á un baile!„ se había dicho ella á sí misma, con risa convulsiva, al mirarse en el espejo por secciones de cara, porque de una vez no se la podía mirar toda.

"Puerca, fantasmona, mamarracho—gritó doña Lupe destruyendo con manotada furibunda todos aquellos perfiles que la chiquilla había hecho en su cabeza.—En esto pasas el tiempo... ¿No te da vergüenza de andar con la ropa llena de agujeros, y en vez de ponerte á coser te da por atusarte las crines? ¡Presumida, sinvergüenza! ¿Y la cartilla? Ni siquiera la habrás mirado... Ya, ya te daré yo pelitos. Voy á llevarte

á la barbería y á raparte la cabeza, dejándotela como un huevo.

Si le hubieran dicho que le cortaban la cabeza, no hubiera sentido la chica más terror.

"Eso, ahora el moquito y la lagrimita, después que me envenenas la sangre con tus peinados indecentes. Pareces la mona del Retiro... Estás bonita... sí... Pero qué, ¿también te has echado pomada?

Doña Lupe se olió la mano con que había estropeado impíamente el criminal flequillo. Al acercar la mano á su nariz, hízolo con ademán tan majestuoso, que es lástima no lo reprodujera un buen maestro de escultura.

"Gorrina... me has pringado la mano... ¡Uy, qué pestilencia!... ¿De dónde has sacado esta porquería?

—Me la dió el *sito* Maxi—respondió Papitos con humildad...

Esto llevó bruscamente las ideas de doña Lupe á la verdadera causa de su ira. Ocurriósele hacer un reconocimiento en el cuarto de su sobrino, lo que agradeció mucho Papitos, porque de este modo tenía fin inmediato el sofoco que estaba pasando. "Vete á la cocina—le dijo la señora; y no necesitó repetírselo, porque se escabulló como un ratoncillo que siente ruído. Doña Lupe encendió luz en el cuarto de Maximiliano, y empezó á observar. "¡Si encontrara alguna carta!—pensó.—¡Pero quiá! Ahora re-

cuerdo que me han dicho que esa tarasca no sabe escribir. Es un animal en toda la extensión de la palabra.

Registra por aquí, registra por allá, nada encontraba que sirviera de comprobación á la horrible noticia. Abrió la cómoda, valiéndose de las llaves de la suya, y allí tampoco había nada. La hucha estaba en su sitio y llena, quizás más pesada que antes. Retratos, no los vió por ninguna parte. Hallábase doña Lupe engolfada en su investigación policíaca, sin descubrir rastro del crimen, cuando entró Maximiliano. Papitos le abrió la puerta; dirigióse á su cuarto sorprendido de ver luz en él, y al encarar con su tía, que estaba revolviendo el tercer cajón de la cómoda, comprendió que su secreto había sido descubierto, y le corrieron escalofríos de muerte por todo el cuerpo. Doña Lupe supo contenerse. Era persona de buen juicio y muy oportunista, quiero decir que no gustaba de hacer cosa ninguna fuera de sazón, y para calentarle las orejas á su sobrino no era buena hora la media noche. Porque seguramente ella había de alzar la voz y no convenía el escándalo. También era probable que al chico le diera una jaqueca muy fuerte si le sofocaban tan á deshora, y doña Lupe no quería martirizarle. Lelo y mudo estaba el estudiante en la puerta de su cuarto, cuando su tía se volvió hacia él, y echándole una mirada muy significativa, le di-

jo: "Pasa; yo me voy. Duerme tranquilo, y mañana te ajustaré las cuentas..." Se fué hacia su alcoba; pero no había dado diez pasos, cuando volvió airada amenazándole con la mano y con un grito: "¡Grandísimo pillo!... Pero tente boca. Quédese esto para mañana... A dormir se ha dicho."

No durmió Maximiliano pensando en la escena que iba á tener con su tía. Su imaginación agrandaba á veces el conflicto haciéndolo tan hermosamente terrible como una escena de Shakespeare; otras lo reducía á proporciones menudas. "¿Y qué, señora tía, y qué? — decía alzando los hombros dentro de la cama, como si estuviera en pié.—He conocido una mujer, me gusta y me quiero casar con ella. No veo el motivo de tanta... Pues estamos frescos... ¿Soy yo alguna máquina?... ¿no tengo mi libre albedrío?... ¿Qué se ha figurado usted de mí?" A ratos se sentía tan fuerte en su derecho, que le daban ganas de levantarse, correr á la alcoba de su tía, tirarle de un pié, despertarla y soltarle este jicarazo: "Sepa usted que al son que me tocan bailo. Si mi familia se empeña en tratarme como á un chiquillo, yo le probaré á mi familia que soy hombre." Pero se quedó helado al suponer la contestación de su tía, que seguramente sería esta: "¿Qué habías tú de ser hombre, qué habías de ser...?"

Cuando el buen chico se levantó al día si-

guiente, que era domingo, ya doña Lupe había vuelto de misa. Entróle Papitos el chocolate, y, la verdad, no pudo pasarlo, porque se le había puesto en el epigastrio la tirantéz angustiosa, síntoma infalible de todas las situaciones apuradas, lo mismo por causa de exámenes que por otro temor ó sobresalto cualquiera. Estaba lívido, y la señora debió de sentir lástima cuando le vió entrar en su gabinete, como el criminal que entra en la sala de juicio. La ventana estaba abierta, y doña Lupe la cerró para que el pobrecillo no se constipase, pues una cosa es la salud y otra la justicia. Venía el delincuente con las manos en los bolsillos y una gorrita escocesa en la cabeza, las botas nuevas y la ropa de dentro de casa, tan mustio y abatido que era preciso ser de bronce para no compadecerle. Doña Lupe tenía una falda de diario con muchos y grandes remiendos admirablemente puestos, delantal azul de cuadros, toquilla oscura envolviendo el arrogante busto, pañuelo negro en la cabeza, mitones colorados y borceguíes de fieltro gruesos y blandos, tan blandos que sus pasos eran como los de un gato. El gabinetito era una pieza muy limpia. Una cómoda y el armario de luna de forma vulgar eran los principales muebles. El sofá y sillería tenían forro de *crochet* á estilo de casa de huéspedes, todo hecho por la señora de la casa.

Pero lo que daba cierto aspecto grandioso

al gabinete era el retrato del difunto esposo de doña Lupe, colgado en el sitio presidencial, un cuadrángano al óleo, perverso, que representaba á D. Pedro Manuel de Jáuregui, alias *el de los Pavos*, vestido de comandante de la Milicia Nacional, con su morrión en una mano y en otra el bastón de mando. Pintura más chabacana no era posible imaginarla. El autor debía de ser una especialidad en las muestras de casas de vacas y de burras de leche. Sostenía, no obstante, doña Lupe que el retrato de Jáuregui era una obra maestra, y á cuantos lo contemplaban les hacía notar dos cosas sobresalientes en aquella pintura, á saber: que donde quiera que se pusiese el espectador los ojos del retrato miraban al que le miraba, y que la cadena del reloj, la gola, los botones, la carrillera y placa del morrión, en una palabra, toda la parte metálica estaba pintada de la manera más extraordinaria y magistral.

Las fotografías que daban guardia de honor al lienzo eran muchas, pero colgadas con tan poco sentimiento de la simetría, que se las creería seres animados que andaban á su arbitrio por la pared.

"Muy bien, Sr. D. Maximiliano, muy bien—dijo doña Lupe mirando severísimamente á su sobrino.—Siéntate que hay para rato.

III

Doña Lupe la de los Pavos.

I

Maximiliano no se sentó, doña Lupe sí, y en el centro del sofá debajo del retrato, como para dar más austeridad al juicio. Repitió el "muy bien, Sr. D. Maximiliano" con retintín sarcástico. Por lo general, siempre que su tía le daba tratamiento, llamándole *señor don*, el pobre chico veía la nube del pedrisco sobre su cabeza.

"¡Estarse una matando toda la vida—prosiguió ella,—para sacar adelante al dichoso sobrinito, sortearle las enfermedades á fuerza de mimos y cuidados, darle una carrera quitándome yo el pan de la boca, hacer por él lo que no todas las madres hacen por sus hijos para que al fin!... ¡Buen pago, bueno!... No, no me expliques nada, si estoy perfectamente informada. Sé quién es esa... dama ilustre con quien te quieres casar. Vamos, que buena doncella te canta... ¿Y creerás que vamos á consentir tal deshonra en la familia? Díme que todo es una chiquillada y no se habla más del asunto.

Maximiliano no podía decir tal cosa; pero

tampoco podía decir otra, porque si en el fondo de su ánimo empezaban á levantarse olas de entereza, esas olas reventaban y se descomponían antes de llegar á la orilla, ó sea á los labios. Estaba tan cortado, que sintiendo dentro de sí la energía no la podía mostrar por aquella pícara emoción nerviosa que le embargaba. Dejó esparcir sus miradas por la pared testera, como buscando por allí un apoyo. En ciertas situaciones apuradas y en los grandes estupores del alma, las miradas suelen fijarse en algo insignificante y que nada tiene que ver con la situación. Maximiliano contempló un rato el grupo fotográfico de las chicas de Samaniego, Aurora y Olimpia, con mantilla blanca, enlazados los brazos, la una muy adusta, la otra sentimental. ¿Por qué miraba aquello? Su turbación le llevaba á colgar las miradas aquí y allí, prendiendo el espíritu en cualquier objeto, aunque fueran las cabezas de los clavos que sostenían los retratos.

"Explícate, hombre — añadió doña Lupe, que era viva de genio.—¿Es una niñería?

—No, señora—respondió el acusado, y esta negación, que era afirmación, empezó á darle ánimos, aligerándole un poco la angustia aquella de la boca del estómago.

—¿Estás seguro de que no es chiquillada? ¡Valiente idea tienes tú del mundo y de las mujeres, inocente!... Yo no puedo consentir que

una pindonga de esas te coja y te engañe para timarte tu nombre honrado, como otros timan el reloj. A tí hay que tratarte siempre como á los niños atrasaditos que están á medio desarrollar. Hay que recordar que hace cinco años todavía iba yo por la mañana á abrocharte los calzones, y que tenías miedo de dormir solo en tu cuarto.

Idea tan desfavorable de su personalidad exasperaba al joven. Sentía crecer dentro la bravura; pero le faltaban palabras. ¿Dónde demonios estaban aquellas condenadas palabras que no se le ocurrían en trance semejante? El maldito hábito de la timidéz era la causa de aquel silencio estúpido. Porque la mirada de doña Lupe ejercía sobre él fascinación singularísima, y teniendo mucho que decir, no lograba decirlo. "¿Pero qué diría yo?... ¿Cómo empezaría yo?—pensaba fijando la vista en el retrato de Torquemada y su esposa, de bracete.

"Todo se arreglará—indicó doña Lupe en tono conciliador,—si consigo quitarte de la cabeza esas humaredas. Porque tú tienes sentimientos honrados, tienes buen juicio... Pero siéntate. Me da fatiga de verte en pié.

—Es menester que usted se entere bien—dijo Maximiliano al sentarse en el sillón, creyendo haber encontrado un buen cabo de discurso para empezar;—se entere bien de las cosas... Yo... pensaba hablar á usted...

—¿Y por qué no lo hiciste? ¡Qué tal sería ello!... Vaya, que un chico delicadito como tú, meterse con esas viciosonas...! Y no te quepa duda... Así, pronto entregarás la pelleja. Si caes enfermo, no vengas á que te cuide tu tía, que para eso sí sirvo yo, ¿eh? para eso sí sirvo, ingrato, tunante... ¿Y te parece bien que cuando me miro en tí, cuando te saco adelante con tanto trabajo y soy para tí más que una madre; te parece bien que me des este pago, infame, y que te me cases con una mujer de mala vida?

Rubín se puso verde y le salió un amargor intentísimo del corazón á los labios.

"No es eso, tía, no es eso—sostuvo, entrando en posesión de sí mismo.—No es mujer de mala vida. La han engañado á usted.

—El que me ha engañado eres tú con tus encogimientos y tus timideces... Pero ahora lo veremos. No creas que vas á jugar conmigo; no creas que te voy á dejar hacer tu gusto. ¿Por quién me tomas, bobalicón?... ¡Ah! si yo no hubiera tenido tanta confianza...! Pero si he sido una tonta; si me creí que tú no eras capáz de mirar á una mujer! Buena me la has dado, buena. Eres un apunte... en toda la extensión de la palabra.

Maximiliano, al oir esto, estaba profundamente embebecido, mirando el retrato de Rufinita Torquemada. La veía y no la veía, y sólo confusamente y con vaguedades de pesadilla,

se hacía cargo de la actitud de la señorita aquella, retratada sobre un fondo marino y figurando que estaba en una barca. Vuelto en sí, pensó en defenderse; pero no podía encontrar las armas, es decir, las palabras. Con todo, ni por un instante se le ocurría ceder. Flaqueaba su máquina nerviosa; pero la voluntad permanecía firme.

"A usted la han informado mal — insinuó con torpeza,—respecto á la persona... que... Ni hay tal vida airada ni ese es el camino... Yo pensaba decirle usted: "Tía, pues yo... quiero á esta persona, y... mi conciencia...

—Cállate, cállate y no me saques la cólera, que al oirte decir que quieres á una tiota chubasca, me dan ganas de ahogarte, más por tonto que por malo... y al oirte hablar de conciencia en este tratado, me dan ganas de... Dios me perdone... ¿Sabes lo que te digo?—añadió alzando la voz,—¿sabes lo que te digo? Que desde este momento vuelvo á tratarte como cuando tenías doce años. Hoy no me sales de casa. Ea, ya estoy yo en funciones con mis disciplinas... Y desde mañana me vuelves á tomar el aceite de hígado de bacalao. Véte á tu cuarto y quítate las botas. Hoy no me pisas la calle.

Dios sabe lo que iba á contestar el acusado. Quedó suelta en el aire la primera palabra, porque llegó una visita. Era el Sr. de Torquemada, persona de confianza en la casa, que al

Biblia. Es muy fabulista Pero en fin, pedradas de estas nos den todos los días. "Señor de Torquemada — me dice muy serio, — vengo á pagarle á usted..." Me quedé lo que llaman atónito. Como que no esperaba la peripecia. Finalmente, que me dió el *guano*, ó sean ocho mil reales, cogió su pagaré, y á vivir.

—Lo que yo le decía á usted—observó doña Lupe casi sin poder hablar, con la alegría atravesada en la garganta—El tal Joaquinito Pez es una persona decente. El pasa sus apurillos como todos esos hijos de familia que se dan buena vida, y un día tienen, otro no. De fijo que será jugador...

Torquemada hizo una separación de billetes, dando la mayor parte á doña Lupe.

"Los seis mil reales de usted... dos mil míos. Buen chiripón ha sido éste. Yo los contaba. como quien dice, perdidos, porque el tal Joaquinito está, según oí, con el agua al cuello. ¿Quién será el desgraciado á quien ha dado el sablazo? Á bien que á nosotros no nos importa.

—Como no le hemos de prestar más...

—Mire usted, doña Lupe—dijo Torquemada, haciendo una perfecta *o* con los dedos pulgar é índice y enseñándosela á su interlocutora.

II

Doña Lupe contempló la *o* con veneración y escuchó:

"Mire usted, señora, estos señoritos disolutos son buenos parroquianos, porque no reparan en el materialismo del premio y del plazo; pero al fin la dan, y la dan gorda. Hay que tener mucho ojo con ellos. Al principio, el embargo les asusta; pero como lleguen á perder el punto una vez, lo mismo les da *fu* que *fa*. Aunque usted les ponga en la publicidad de la *Gaceta*, se quedan tan frescos. Vea usted al marquesito de Casa-Bojio; le embargué el mes pasado; le vendí hasta la lámina en que tenía el árbol genealógico. Pues, finalmente, á los tres días me le vi en un faetón, como si tal cosa, y pasó por junto á mí y las ruedas me salpicaron el barro de la calle... No es que me importe el materialismo del barro; lo digo para que se vea lo que son... ¿Pues creerá usted que encontró después quien le prestara? Ello fué al cuatro mensual; pero aun al cinco sería, como quien dice, el todo por el todo. Verdad que no molestan, y si á mano viene, cuando piden prórroga, por tenerle á uno contento le dan un destinillo para un sobrino, como hizo el chico de Pez conmigo... pero el materialismo del destino no importa; á lo mejor la pegan y de canela

fina, créame usted. Por eso, ya puede venir ahora á tocar á esta puerta, que le he de mandar á plantar cebollino.

Al llegar aquí Torquemada sacó su sebosa petaca. Como tenía tanta confianza, iba á echar un cigarro; ofreció á Maximiliano, y doña Lupe respondió bruscamente por él diciendo con desdén: "Este no fuma.„

Las operaciones previas de la fumada duraban un buen rato, porque Torquemada le variaba el papel al cigarrillo. Después encendió el fósforo raspándolo en el muslo. "Como seguro—prosiguió,—aunque da mucho que hacer, el *chico* de la tienda de ropas hechas, José María Vallejo. Allí me tiene todos los primeros de mes, como un perro de presa... Mil duros me tiene allí, y no le cobro más que veintiseis todos los meses. ¿Que se atrasa? "Hijo, yo tengo un gran compromiso y no te puedo aguardar.„ Cojo media docena de capas, y me las llevo, y tan fresco... Y no lo hago por el materialismo de las capas, sino para que mire bien el plazo. Si no hay más remedio, señora. Es menester tratarles así, porque no guardan consideración. Se figuran que tiene uno el dinero para que ellos se diviertan. ¿Se acuerda usted de aquellos estudiantes que nos dieron tanta guerra? fué el primer dinero de usted que coloqué. ¡Aquel Cienfuegos, aquel Arias Ortiz! Vaya unos peines. Si no es por mí, no se les cobra...

Y eran tan tunantes, que después que iban á casa llorándome tocante á la prórroga, me los encontraba en el café atizándose bisteques... y vengan copas de ron y marrasquino... Lo mismo que aquel tendero de la calle Mayor, aquel Rubio que tenía peletería, ¿se acuerda usted? Un día, finalmente, me trajo su reloj, los pendientes de su mujer, y doce cajas de pieles y manguitos, y aquella misma tarde, aquella mismísima tarde, señora, me le veo en la Puerta del Sol, encaramándose en un coche para ir á los Toros... Si son así... quieren el dinero, como quien dice, para el materialismo de tirarlo. Por eso estoy todo el santo día vigilando á José María Vallejo, que es un buen hombre, sin despreciar á nadie. Voy á la tienda y veo si hay gente, si hay movimiento; echo una guiñada al cajón; me entero de si el chico que va á cobrar las cuentas trae *guano*; sermoneo al principal, le doy consejos, le recomiendo que al que paga le crucifique. Si es la verdad, si no hay más camino...! Finalmente, el que se hace de manteca pronto se lo meriendan. Y no lo agradecen, no señora, no agradecen el interés que me tomo por ellos. Cuando me ven entrar, ¡si viera usted qué cara me ponen! No reparan que están trabajando con mi dinero. Y finalmente, ¿qué eran ellos? Unos pobres pelagatos. Les parece que porque me dan veintiseis duros al mes, ya han cumplido... Dicen que es mucho y yo digo

que me lo tienen que agradecer, porque los tiempos están malos, pero muy malos.

En toda la parte del siglo XIX que duró la larguísima existencia usuraria de D. Francisco Torquemada, no se le oyó decir una sola vez siquiera que los tiempos fueran buenos. Siempre eran malos, pero muy malos. Aun así, el 68 ya tenía Torquemada dos casas en Madrid, y había empezado sus negocios con doce mil reales que heredó su mujer el 51. Los un día mezquinos capitales de doña Lupe, él se los había centuplicado en un par de lustros, siendo esta la única persona que asociaba á sus oscuros negocios. Cobrábale una comisión insignificante, y se tomaba por los asuntos de ella tanto interés como por los propios, en razón á la gran amistad que había tenido con el difunto Jáuregui.

"Y con esta fecha y con esta facha me voy —dijo levantándose y colgándose la capa que se le caía del hombro izquierdo.

—¿Tan pronto?

—Señora, que no he oído misa. Lo que le decía á usted, estaba vistiéndome para salir á oirla, cuando entró Joaquinito á darme la gran peripecia.

—¡Buena ha sido, buena!—exclamó doña Lupe, oprimiendo contra su seno la mano en que tenía los billetes, tan bien cogidos que no se veía el papel por entre los dedos.

—Quédate con Dios—dijo Torquemada á Maximiliano que sólo contestó al saludo con un *ju ju*...

Y salió al recibimiento, acompañado de doña Lupe. Maximiliano les sintió cuchicheando en la puerta. Por fin se oyeron las botas chillonas del ex-alabardero bajando la escalera, y doña Lupe reapareció en el gabinete. El júbilo que le causaba la cobranza de aquel dinero que creía perdido era tan grande, que sus ojos pardos le lucían como dos carbones encendidos, y su boca traía bosquejada una sonrisa. Desde que la vió entrar, conoció Maximiliano que su cólera se había aplacado. El *guano*, como decía Torquemada, no podía menos de dulcificarla; y llegándose á donde estaba el delincuente, que no se había movido de la butaca, le puso una mano en el hombro, empuñando fuertemente en la otra los billetes, y le dijo:

"No, no te sofoques... no es para tomarlo así. Yo te digo estas cosas por tu bien...

—Yo, realmente—repuso Maximiliano con serenidad, que más le asombró á él mismo que á doña Lupe,—no me he sofocado... yo estoy tranquilo, porque mi conciencia...

Aquí se volvió á embarullar. Doña Lupe no le dió tiempo á desenvolverse, porque se metió en la alcoba, cerrando las vidrieras. Desde el gabinete la sintió Maximiliano trastean-

do. Guardaba el dinero. Abriendo después la puerta, mas sin salir de la alcoba, la señora siguió hablando con su sobrino:

"Ya sabes lo que te he dicho. Hoy no me sales á la calle... Y desde mañana empezarás á tomarme el aceite de hígado de bacalao, porque todo eso que te da no es más que debilidad del cerebro... Luégo seguiremos con el fosfato, otra vez con el fosfato. No debiste dejar de tomarlo...

Maximiliano, como no tenía delante á su tía, se permitió una sonrisa burlona. Miraba en aquel momento á su tío el Sr. de Jáuregui, que le miraba también á él, como es consiguiente. No pudo menos de observar que el digno esposo de su tía era horrendo; ni comprendía cómo doña Lupe no se moría de miedo cuando se quedaba sola, de noche, en compañía de semejante espantajo.

"Con que ya sabes—dijo al aparecer en la puerta, abrochándose su cuerpo de merino negro, pues se estaba disponiendo para salir.—Ya puedes ir á quitarte las botas. Estás preso.

Fuese el joven á su cuarto sin decir nada, y doña Lupe se quedó pensando en lo dócil que era. El rigor de su autoridad, que el muchacho acataba siempre con veneración, sería remedio eficáz y pronto del desorden de aquella cabeza. Bien lo decía ella. "En cuanto yo le doy cuatro gritos, le pongo como una liebre. Trabajo les

mando á esas lobas que me le quieran trastornar.

"¡Papitos...!—gritó la señora, y al punto se oyeron las patadas de la chica en el pasillo como las de un caballo en el Hipódromo.

Presentóse con una patata en la mano y el cuchillo en la otra.

"Mira—le dijo su ama con voz queda.—Ten cuidado de ver lo que hace el señorito Maxi mientras yo estoy fuera. A ver si escribe alguna carta ó qué hace.

La mona se dió por enterada, y volvió á la cocina dando brincos.

"A ver—dijo la señora hablando consigo misma,—¿se me olvidará algo?... ¡Ah! el portamonedas. ¿Qué hay que traer?... Fideos, azúcar... y nada más. ¡Ah! el aceite de hígado de bacalao: lo que es eso no se lo perdono. A cucharetazos es como se cura esto. Y ahora no habrá el realito de vellón por cada toma. Ya es un hombre, quiero decir, ya no es un chiquillo.

Figúrese el lector cuál sería el asombro de doña Lupe *la de los Pavos*, cuando vió entrar en la sala á su sobrino, no con zapatillas ni en tren de andar por casa, sino empaquetado para salir, con su capa de vueltas encarnadas, su chaqué azul y su honguito de color de café. Tan estupefacta y colérica estaba por la desobediencia del mancebo, que apenas pudo balbucir una protesta... "Pe... pero...

"Tía—dijo Maximiliano con la voz alterada y temblorosa,—no pue... no puedo obedecer á usted... Soy mayor de edad. He cumplido veinticinco años... Yo la respeto á usted; respéteme usted á mí.

Y sin esperar respuesta, dió media vuelta y salió de la casa á toda prisa, temiendo sin duda que su tía le agarrase por los faldones.

Bien claro explicaba él su conducta, chismorreando consigo mismo: "Yo no sé defenderme con palabras; yo no puedo hablar, y me aturrullo y me turbo sólo de que mi tía me mire; pero me defenderé con hechos. Mis nervios me venden; pero mi voluntad podrá más que mis nervios, y lo que es la voluntad, bien firme la tengo ahora. Que se metan conmigo; que venga todo el género humano á impedirme esta resolución; yo no discutiré, yo no diré una palabra; pero á donde voy, voy, y al que se me ponga por delante, sea quien sea, le piso y sigo mi camino.

III

Doña Lupe se quedó que no sabía lo que le pasaba.

"¡Papitos, Papitos!... No, no te llamo... vete.. ¿Pero has visto qué insolente? Si no es él, no es él... Es que me le han vuelto del revés, me le han embrujado. ¿Habrá tunante? Si estoy

por seguirle y avisar á una pareja de Orden Público para que me le trinquen... Pero á la noche nos veremos las caras. Porque tú has de volver, tú tienes que volver, sietemesino hipócrita... Papitos, toma, toma; bájate por los fideos y el azúcar. Yo no salgo, no puedo salir. Creo que me va á dar algo... Mira, te pasas por la botica y pides un frasco de aceite de hígado de bacalao, del que yo traía. Ya saben ellos. Dices que yo iré á pagarlo... Oye, oye, no traigas eso. ¡Si no lo va á querer tomar...! Tráete una vara. No, no traigas tampoco vara... Te pasas por la droguería y pides diez céntimos de sanguinaria. A mí me va á dar algo...

Estaba en efecto amenazada de un arrebato de sangre, y la cosa no era para menos. Nunca había visto en su sobrino un rasgo de independencia como el que acababa de ver. Había sido siempre tan poquita cosa, que donde le ponían allí se estaba. Voluntad propia, no la tuvo jamás. En ningún tiempo fué preciso ponerle la mano encima, porque un frunciento de cejas bastaba para traerle á la obediencia. ¿Qué había pasado en aquel cordero para convertirle en algo así como un leoncillo? La mente de doña Lupe no podía descifrar misterio tan grande. Tras de la cólera y la confusión vino el abatimiento, y se sentía tan rendida físicamente como si hubiera estado toda la mañana ocupada en alguna faena penosa.

Quitóse con pausa los trapitos domingueros que se había empezado á poner, y volvió á llamar á la mona para decirle: "No hagas más que unas sopas de ajo. El señoritingo no vendrá á almorzar, y si viene le acusaré las cuarenta."

Tomando la sillita baja, que usaba cuando cosía, la colocó junto al balcón. Le dolía la cintura y al sentarse exhaló un ¡ay! Para coser usaba siempre gafas. Se las puso, y sacando obra de su cesta de costura, empezó á repasar unas sábanas. No le repugnaba á doña Lupe trabajar los domingos, porque sus escrúpulos religiosos se los había quitado Jáuregui en tantos años de propaganda matrimonial progresista. Púsose, pues, á zurcir en su sitio de costumbre, que era junto á la vidriera. En el balcón tenía dos ó tres tiestos, y por entre las secas ramas veía la calle. Como el cuarto era principal, desde aquel sitio se vería muy bien pasar gente en caso de que la gente quisiese pasar por allí. Pero la calle de Raimundo Lulio y la de Don Juan de Austria, que hace ángulo con ella, son de muy poco tránsito. Parece aquello un pueblo. La única distracción de doña Lupe en sus horas solitarias era ver quién entraba en el taller de coches inmediato ó en la imprenta de enfrente, y si pasaba ó no doña Guillermina Pacheco en dirección del asilo de la calle de Alburquerque. Lugar y ocasión admirables eran aquellos para reflexionar, con los

trapos sobre la falda, la aguja en la mano, los espejuelos calados, la cesta de la ropa al lado, el gato hecho una pelota de sueño á los piés de su ama. Aquel día doña Lupe tenía, más que nunca, materia larga de meditaciones.

"¡Que se esté una sacrificada toda la vida para esto!... El no lo sabe, ¿qué ha de saber, si es un tontín? Le ponen el plato delante, ¿y qué sabe las agonías que ha costado ponérselo?... Pues si le dijera yo que cada garbanzo, algunos días, tiempo há, tenía el valor de una perla... según lo que costaba traerlo á casa...! No sé qué habría sido de mí sin el Sr. de Torquemada, ni qué hubiera sido de Maxi sin mí. ¡Lucida existencia sería la suya si no hubiera tenido más arrimo que el de sus hermanos! Dime, bobo de Coria, ¿si yo no hubiera trabajado como una negra para defender el panecillo y poner esta casa en el pié que tiene; si no discurriera tanto como discurro, calentándome los sesos á todas horas y empleando en mil menudencias estas entendederas que Dios me ha dado, ¿qué habría sido de tí, ingratuelo?... ¡Ah! ¡Si viviera mi Jáuregui!

El recuerdo de su difunto, que siempre se avivaba en la mente de doña Lupe cuando se veía en algún conflicto, la enterneció. En todas sus aflicciones se consolaba con la dulce memoria de su felicidad matrimonial, pues Jáuregui había sido el mejor de los hombres y el número

uno de los maridos. "¡Ay, mi Jáuregui!" exclamaba echando toda el alma en un suspiro.

Don Pedro Manuel de Jáuregui había servido en el Real Cuerpo de Alabarderos. Después se dedicó á negocios, y era tan honrado, pero tan sosamente honrado, que no dejó al morir más que cinco mil reales. Oriundo de la provincia de León, recibía partidas de huevos y otros artículos de recoba. Todos los paveros leoneses, zamoranos y segovianos depositaban en sus manos el dinero que ganaban, para que lo girase á los pueblos productores del artículo, y de aquí vino el apodo que le dieron en Puerta Cerrada y que heredó doña Lupe. También recibía Jáuregui, por Navidad, remesas de mantecadas de Astorga, y á su casa iban á cobrar y á dejar fondos todos los ordinarios de la maragatería. En política hizo gran papel D. Pedro por ser uno de los corifeos de la Milicia Nacional, y era tan sensato, que la única vez que se sublevó lo hizo al grito mágico de ¡Viva Isabel II! Falleció aquel bendito, y doña Lupe se hubiera muerto también si el dolor matara. Y no se vaya á creer que le faltaron pretendientes á la viudita, pues había, entre otros, un D. Evaristo Feijóo, coronel de ejército, que le rondaba la calle y no la dejaba vivir. Pero la fidelidad á la memoria de su feo y honrado Jáuregui se sobreponía en doña Lupe á todos los intereses de la tierra. Después vino la crianza

y cuidado de su sobrinito, que le dieron esa distracción tan saludable para las desazones del alma. Torquemada y los negocios ayudáronla también á entretener su existencia y á conllevar su dolor... Pasó tiempo, ganó dinero, y lentamente vino la situación en que la he descrito. Frisaba ya doña Lupe en los cincuenta años, mas estaba tan bien conservada, que no parecía tener más de cuarenta. Había sido en su mocedad frescachona de cuerpo y enjuta de rostro, y tenía cierto parecido remoto con Juan Pablo. Sus ojos pardos conservaban la viveza de la juventud; pero tenía cierta adustéz jurídica en la cara, acentuada de líneas y seca de color. Sobre el labio superior, fino y violado cual los bordes de una reciente herida, le corría un bozo ténue, muy ténue, como el de los chicos precoces, vello finísimo que no la afeaba ciertamente; por el contrario, era quizás la única pincelada felíz de aquel rostro semejante á las pinturas de la Edad Media, y hacía la gracia el tal bozo de ir á terminarse sobre el pico derecho de la boca con una verruguita muy mona, de la cual salían dos ó tres pelos bermejos que á la luz brillaban retorcidos como hilillos de cobre. El busto era hermoso, aunque, como se verá más adelante, había en él algo y aun algos de falseamiento de la verdad.

Descollaba doña Lupe por la inteligencia y por el prurito de mostrarla á cada instante.

Así como á otras el amor propio les inspira la presunción, á la viuda de Jáuregui le infundía convicciones de superioridad intelectual y el deseo de dirigir la conducta ajena, resplandeciendo en el consejo y en todo lo que es práctico y gubernativo. Era una de esas personas que, no habiendo recibido educación, parece que la han tenido cumplidísima, por lo bien que se expresan, por la firmeza con que se imponen un carácter y lo sostienen, y por lo bien que disfrazan con las retóricas sociales las brutalidades del egoismo humano.

De la memoria de su Jáuregui llevó el pensamiento á su sobrino. Eran sus dos amores. Subiéndose las gafas que se le habían deslizado hasta la punta de la nariz, prosiguió así: "Pues conmigo no juega. Le pongo en la calle como tres y dos son cinco. Tendré que hacer un esfuerzo, porque le quiero como debe de quererse á los hijos... ¡Yo que tenía la ilusión de casarle con Rufina ó al menos con Olimpia!... No, me gusta mucho más Rufina Torquemada. Cuidado que soy tonta. Al verle tan huraño, y que se escondía cuando entraba doña Silvia con su hija, creía que hablarle á este chico de mujeres era como mentarle al diablo la cruz. Fíese usted de apariencias. Y ahora resulta que hace meses sostiene á una mujer, y se pasa el día entero con ella y... Vamos, yo tengo que ver esto para creerlo... Y otra cosa: ¿cómo se

las arreglará para mantenerla?... La hucha está allí con su peso de siempre...

Doña Lupe, al llegar aquí, se engolfó en cavilaciones tan abstrusas que no es posible seguirla. Su mente se sumergía y salia á flote, como un madero arrojado en medio de las bravas olas. La buena señora estuvo así toda la tarde. Llegada la noche, deseaba ardientemente que el sobrino entrase de la calle para descargar sobre él todo el material de lavas que el volcán de su pecho no podía contener. Entró el sietemesino muy tarde, cuando su tía estaba ya comiendo y se había servido el cocido. Maximiliano se sentó á la mesa sin decir nada, muy grave y algo azorado. Empezó á comer con apetito la sopa fría, echando miradas indagatorias é inquietas á su señora tía, que evitaba el mirarle... *por no romper*... "Debo contenerme —pensaba ella,—hasta que coma... Y parece que tiene ganitas...„ A ratos el joven daba hondos suspiros mirando á su tía, cual si deseara tener una explicación con ella. Más de una vez quiso doña Lupe romper en denuestos; pero el silencio y la compostura de su sobrino la contenían, haciéndole temer que se repitiera el rasgo varonil de aquella mañana. Por fin, apenas cató el joven unas pasas que de postre había, se levantó para ir á su cuarto; y apenas le vió doña Lupe de espalda, se le encendieron bruscamente los ánimos y corrió tras él, conte-

niendo las palabras que á la boca se le salían. Estaba el pobre chico encendiendo el quinqué de su cuarto, cuando la señora apareció en la puerta, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: "Zascandil."

No se inmutó Maximiliano ni aun cuando doña Lupe, repitiendo su apóstrofe, llegó al cuarto ó al quinto *zascandil*. Y como si esta palabra fuera el tapón de su ira, tras ella corrieron en vena abundante las quejas por lo que el chico había hecho aquella mañana. "Y no quiero hablar ahora del motivo—añadió ella;—de esa moza que te has echado... y que sin duda empieza por pegarte su mala educación. Voy á la patochada de esta mañana. ¿Crees que tu tía es algún trapo viejo?

El muchacho se sentó en la silla que junto á la cama estaba, y apoyando el codo en ésta, aguantó el achuchón, sin mirar á su juez. Tenía un palillo entre los dientes, y lo llevaba de un lado para otro de la boca con nerviosa presteza. Ya se le había quitado el gran temor que la hermana de su padre le infundía. Como ciertos cobardes se vuelven valientes desde que disparan el primer tiro, Maximiliano, una vez que rompió el fuego con la hombrada de aquella mañana, sentía su voluntad libre del freno que le pusiera la timidéz. Dicha timidéz era un fenómeno puramente nervioso, y en ella tenían no poca parte también sus rutinarios hábitos

de subordinación y apocamiento. Mientras no hubo en su alma una fuerza poderosa, aquellos hábitos y la diátesis nerviosa formaron la costra ó apariencia de su carácter; pero surgió dentro la energía, que estuvo luchando durante algún tiempo por mostrarse, rompiendo la corteza. La timidéz ó falsa humildad endurecía ésta, y como la energía interior no encontraba un auxilio en la palabra, porque la sumisión consuetudinaria y la cortedad no le habían permitido educarla para discutir, pasaba tiempo sin que la costra se rompiera. Por fin, lo que no pudieron hacer las palabras, lo hizo un acto. Roto el cascarón, Maximiliano se encontró más valiente y dispuesto á medirse con la fiera. Lo que antes era como levantar una montaña, parecíale ya como alzar del suelo un pañuelo.

Oyó en calma los desahogos de su tía. ¡Cuántos argumentos se podían oponer á los que la buena señora disparaba con más ardor que lógica! Pero lo que es en argumentar con palabras ¡qué diablo! todavía no estaba él fuerte. Argumentaba con hechos. En esto sí que se pintaba solo. Cuando su tía tomó respiro dejándose caer sofocada en la silla próxima á la mesa, Maximiliano rompió á hablar á su vez; pero no era aquello razonar, era como si cogiera su corazón y lo volcara sobre la cama, lo mismo que había volcado la hucha después de cascarla.

"La quiero tanto—dijo sin mirar á su tía, y encontrando palabras relativamente fáciles para expresar sus sentimientos,—la quiero tanto, que toda mi vida está en ella, y ni ley ni familia ni el mundo entero me pueden apartar de ella... Si me ponen en esta mano la muerte y en esta otra dejar de quererla y me obligan á escoger, preferiré mil veces morirme, matarme ó que me maten... La quise desde el momento en que la ví, y no puedo dejar de quererla, sino dejando de vivir... de modo que es tontería oponerse á lo que tengo pensado, porque salto por encima de todo y si me ponen delante una pared la paso... ¿Ve usted cómo rompen los ginetes del Circo de Price los papeles que les ponen delante cuando saltan sobre los caballos? Pues así rompo yo una pared si me la ponen entre ella y yo.

IV

Este símil hubo de impresionar vivamente á la gran doña Lupe, que contempló un rato á su sobrino con más lástima que ira.

"Yo me he llevado chascos en mi vida—dijo meneando la cabeza como los muñecos que tienen un alambre en el pescuezo;—pero un chasco como este no me lo he llevado nunca. Me la has dado completa, á fondo, de maestro... Cierto que no tengo poder sobre tí... Si te pier-

des, bien perdido estás. No me vengas á mí después con arrumacos. Te crié, te eduqué, he sido para ti una madre. ¿No te parece que debías haberme dicho: "pues, tía, esto hay?„

—Cierto que sí—replicó vivamente Maximiliano,—pero me daba reparo, tía. Ahora que me he soltado parécame la cosa más fácil del mundo. De esta falta le pido á usted perdón, porque reconozco que me porté mal. Pero se me trababa la lengua cuando quería decir algo, y me entraban sudores... Me acostumbré á no hablar á usted más que de si me dolía ó no la cabeza, de que se me había caído un botón, de si llovía ó estaba seco y otras tonterías así... Oiga usted ahora, que después de callar tanto me parece que reviento si no le cuento á usted todo. La conocí hace tres meses. Estaba pobre, había sido muy desgraciada...

—Sí, sí, me han dicho que es muy corrida. Tienes buenas tragaderas,—afirmó doña Lupe con crueldad.

—No haga usted caso .. los hombres son muy malos. ¿No conviene usted conmigo en que los hombres son muy malos? Y dígame usted ahora. ¿No es acción noble traer al buen camino á una alma buena que se ha descarriado?

—¡Y tú, tú—chilló la de Jáuregui con espanto, persignándose,—te has metido á pastor!

—Pero aguárdese usted, tía. No juzgue usted las cosas tan de ligero—insistió Maximiliano,

apurado por no saber expresarse bien.—Si ella está arrepentida! Ni ha sido tampoco tan mala como á usted le han dicho. Si es un ángel...

—¡De cornisa! Buen provecho.

—Créame usted, y cuando la conozca...

—¡Yo... conocerla yo! De eso está libre... Repito que buen provecho te haga tu oveja, mejor dicho, tu cabra descarriada.

—Pero si no es eso... es que yo no me expreso bien. Dígame una cosa, ¿el querer ser honrada no es lo mismo que serlo? ¿Dice usted que no? Pues yo no lo veo así, yo no lo veo así.

—¿Cómo ha de ser lo mismo querer ser una cosa que serlo?

—En el terreno moral sí.... Si conmigo es honrada y sin mí podría no serlo, ¿cómo quiere usted que yo le diga, anda y vete á los demonios? ¿No es más natural y humano que la acoja y la salve? Pues qué, las obras grandes y ¿cómo diré?... cristianas, se han de mirar por el lado del egoismo?

Creyó el pobre muchacho que había puesto una pica en Flandes con este argumento, y observó el efecto que en su tía había hecho. La verdad es que doña Lupe se quedó un instante algo confusa sin saber qué responder. Al fin le contestó con desdén:

"Estás loco. Esas cosas no se le ocurren á nadie que tenga sesos. Me voy, te dejo, porque si estoy aquí, te pego, no tengo más remedio

que romperte encima el palo de una escoba, y la verdad, si eres poco hombre para ese amor tan sublime, aún lo eres menos para recibir una paliza.

Maximiliano la sujetó por el vestido y la obligó á sentarse otra vez.

"Oígame usted... tía. Yo la quiero á usted mucho; yo le debo á usted la vida, y aunque usted se empeñe en reñir conmigo, no lo ha de conseguir... Vamos á ver. Lo que yo hago ahora, lo que la tiene á usted tan enojada es, según voy viendo, una acción noble, y mi conciencia me la aprueba, y estoy tan satisfecho de ella como si tuviera á Dios dentro de mí diciéndome: *bien, bien*... Porque usted no me puede hacer creer que estamos en el mundo sólo para comer, dormir, digerir la comida y pasearnos. No; estamos para otra cosa. Y si yo siento dentro de mí una fuerza muy grande, pero muy grande, que me impulsa á la salvación de otra alma lo he de realizar, aunque se hunda el mundo.

—Lo que tú tienes—afirmó doña Lupe queriendo sostener su papel,—es la tontería que te rebosa por todo el cuerpo... y nada más. No me engatusarás con palabritas. Vaya que de la noche á la mañana has aprendido unos términos y unos floreos de frases que me tienen pasmada... Estás hecho un poeta... en toda la extensión de la palabra; yo siempre he tenido á los poetas por unos grandes embusteros... tontos de

atar... Tú no eres ya el sobrinito que yo crié. ¡Cómo me has engañado!... Una mujer, una manceba, un belén...! y ahora viene la de me caso, y á Roma por todo. Anda, ya no te quiero; ya no soy tu tiita Lupe... No te echo de mi casa por lástima, porque espero que todavía has de arrepentirte y me has de pedir perdón.

Maximiliano, ya completamente sereno, movió la cabeza expresando duda.

"El perdón ya lo pedí por haber callado, y ya no tengo que pedir más perdones. Todavía hay algo que usted no sabe y que le quiero decir. ¿Cómo la he mantenido durante tres meses? ¡Ay, tía! Rompí la hucha; tenía tres mil y pico de reales, lo bastante para que viva con modestia, porque es muy económica, sumamente económica, tía, y no gasta más que lo preciso.

Esta revelación hizo vacilar un momento la ira de doña Lupe. ¡Era económica!... El joven sacó la hucha, y mostrándola á su tía, reveló el suceso como la cosa más natural del mundo, reproduciéndolo á lo vivo. "Mire usted, cogí la hucha vieja, después de traer ésta, que es enteramente igual. Machaqué la llena; cogí el oro y la plata y pasé á ésta el cobre, añadiendo dos pesetas en cuartos para que pesara lo mismo... ¿Quiere usted verlo?„

Antes que doña Lupe respondiera, Maximiliano estrelló la hucha contra el suelo, y las piezas de cobre inundaron la habitación.

"Ya veo, ya veo que no tienes desperdicio—observó doña Lupe recogiendo la calderilla.—¿Y cuándo se te acabe el dinero? ¿Vendrás á que yo te dé? ¡Ay, qué equivocado estás!

—Cuando se me acabe, Dios me socorrerá por algún lado—dijo Maximiliano con fe.

Estaba excitadísimo y tenía el rostro encendido. Doña Lupe no había visto nunca tanto brillo en aquellos ojos ni animación semejante en aquella cara. Cuando entre los dos hubieron recogido las piezas, la tía las envolvió en un número de *La Correspondencia*, y arrojando el paquete sobre la cómoda, dijo con soberano menosprecio:

"Ahí tienes para el regalo de boda.

Maximiliano guardó en la cómoda el pesado paquete, y después se puso la capa. Doña Lupe no se atrevió á retenerle, pues aunque su corazón se llenó de sentimientos de soberbia y autoridad, nada de esto pudo traducirse al exterior, porque en el momento de intentarlo, un freno inexplicable la contuvo. Sentía desvanecida su autoridad sobre el enamorado joven; veía una fuerza efectiva y revolucionaria delante de su fuerza histórica, y si no le tenía miedo, era innegable que aquel repentino tesón la infundía algún respeto.

Aquella mujer que dormía á pierna suelta después de haber extrangulado, en connivencia con Torquemada, á un infeliz deudor, estaba

intranquila ante los problemas de conciencia que le había planteado su sobrino tan candorosamente. Si quería tanto á esa mujer, ¿con qué derecho oponerse á que se casara con ella? Y si tenía la tal inclinaciones honradas, y buen síntoma de honradéz era el ser tan económica, ¿quién cargaba con la responsabilidad de atajarla en el camino de la reforma? Doña Lupe empezó á llenarse de escrúpulos. Su corazón no era depravado sino en lo tocante á préstamos; era como los que tienen un vicio, que fuera de él, y cuando no están atacados de la fiebre, son razonables, prudentes y discretos.

Al día siguiente, después de otro altercado con su sobrino, apuntaron vagamente en su alma las ideas de transacción. Ya no cabía duda de que la pasión de Maximiliano era tenáz y profunda, y de que le prestaba energías incontrastables. Ponerse frente á ella era como ponerse delante de una ola muy hinchada en el momento de reventar. Doña Lupe reflexionó muchó todo aquel día, y como tenía un gran sentido de la realidad, empezó á reconocer el poder que ejercen sobre nuestras acciones los hechos consumados, y el escaso valor de las ideas contra ellos. Lo de Maxi sería un disparate, ella seguía creyendo que era una burrada atróz; mas era un hecho, y no había otro remedio que admitirlo como tal. Pensó entonces con admirable tino que cuando en el orden privado, lo

mismo que en el público, se inicia un poderoso impulso revolucionario, lógico, motivado, que arranca de la naturaleza misma de las cosas y se fortifica en las circunstancias, es locura plantársele delante; lo práctico es sortearlo y con él dejarse ir aspirando á dirigirlo y encauzarlo. Pues á sortear y dirigir aquella revolución doméstica; que atajarla era imposible, y el que se le pusiera delante, arrollado sería sin remedio... De esta idea provino la relativa tolerancia con que habló á su sobrino en la segunda noche de confianzas, la maña con que le fué sacando noticias y pormenores de su novia, sin aparentar curiosidad, aventurándose á darle algunos consejos. Verdad que entre col y col le soltaba ciertas frescuras; pero esto era muy estudiado para que Maxi no viera el juego. "No cuentes conmigo para nada; allá te las hayas... Ya te he dicho que no quiero saber si tu novia tiene los ojos negros ó amarillos. A mí no me vengas con zalamerías. Te oigo por consideración; pero no me importa. ¿Que la vaya yo á ver? ¡Estás tú fresco...!„

A Maximiliano le había dado su metamorfosis una penetración intermitente. En ocasiones poseía la vista rápida y segura del ingenio superior; en ocasiones era tan ciego que no veía tres sobre un burro. Las pasiones exaltadas producen estas pasmosas diferencias en la eficacia de una facultad, y hacen á los hombres

romos ó agudos cual si estuviera el espíritu sometido á una influencia lunática. Aquel día leyó el joven en el corazón de doña Lupe y apreció sus disposiciones pacificadoras, á pesar de las frases estudiadas con que las quería disimular. Hizo además un razonamiento que demuestra la agudeza genial que adquiría en ciertos momentos de verdadero estro, adivinando por arte de inspiración los arcanos del alma de sus semejantes. El razonamiento fué este: "Mi tía se ablanda; mi tía se da á partido. Y como Fortunata no le debe dinero, ni se lo deberá nunca, porque estoy yo para impedirlo, ha de llegar día en que sean amigas."

V

Porque doña Lupe era tal y como su sobrino la pintaba en aquella breve consideración; era juiciosa, razonable, se hacía cargo de todo, miraba con ojos un tanto escépticos las flaquezas humanas, y sabía perdonar las ofensas y hasta las injurias; pero lo que es una deuda no la perdonaba nunca. Había en ella dos personas distintas, la mujer y la prestamista. El que quisiera estar bien con ella y gozar de su amistad, tuviese mucho cuidado de que las dos naturalezas no se confundieran nunca. Un simple pagaré, extendido y firmado de la manera más cordial del mundo, bastaba á convertir la amiga

en basilisco, la mujer cristiana en inquisidora.

La doble personalidad de esta señora tenía un signo externo en su cuerpo, una representación fatal, obra de la cirujía, que en este punto fué una ciencia justiciera y acusadora. A doña Lupe le faltaba un pecho, por amputación á consecuencia del tumor scirroso de que padeció en vida de su marido. Como presumía de buen cuerpo y usaba corsé dentro de casa, aquella parte que le faltaba la suplió con una bien construída pelota de algodón en rama. A la vista, después de vestida, ofrecía gallardo conjunto; pero tras de la ropa, sólo la mitad de su seno era de carne; la otra mitad era insensible y bien se le podía clavar un puñal sin que le doliese. Lo mismo era su corazón; la mitad de carne, la mitad de algodón. La índole de las relaciones que con las personas tuviese determinaba el predominio de tal ó cual mitad. No mediando ningún pagaré, daba gusto de tratar con aquella señora; mas como las circunstancias la hicieran *inglesa*, ya estaba fresco el que se metiese con ella.

Y no había sido así en vida de su marido. Verdad que en aquel tiempo venturoso, no manejaba más dinero que el que Jáuregui le daba para el gasto de la casa. Después de viuda, viéndose con cuatro cachivaches y cinco mil reales, imaginó fundar una casa de huéspedes; pero Torquemada se lo quitó de la cabeza,

ofreciéndose á colocarle sus dineros con buen interés y toda la seguridad posible. El éxito y las ganancias engolosinaron á doña Lupe, que adquirió gradual y rápidamente todas las cualidades del perfecto usurero, y echó el medio pecho de algodón, haciéndose insensible, implacable y dura cuando de la cobranza puntual de sus créditos se trataba. Los primeros años de esta vida pasó la señora grandes apuros, porque los réditos, aun con ser tan crecidos, no le bastaban al sostenimiento de su casa. Pero á fuerza de orden y economía fué saliendo adelante, y aun hizo verdaderos milagros atendiendo á las medicinas que Maximiliano necesitaba y á los considerables gastos de su carrera. Quería mucho á su sobrino y se afanaba porque nada le faltara. Este mérito grande no se le podía negar. Lo que dijo del garbanzo que tenía el valor de una perla, es muy cierto. Pero no lo es que hubiese practicado la usura por el solo interés de dar carrera al sietemesino. Esto se lo decía ella á sí propia en sus soliloquios; pero era uno de esos sofismas con que quiere cohonestarse y ennoblecerse el egoismo humano. Doña Lupe *trabajaba en préstamos* por pura afición que le infundió Torquemada, y sin sobrino y sin necesidades habría hecho lo mismo.

Cuando vinieron los años bonancibles y el capitalito de la viuda ascendió á dos mil duros,

inicióse un período de buena suerte que debía de ser pronto increíble prosperidad. Cayó en las combinadas redes de los dos prestamistas un pobre señor, más desgraciado que perverso, (que había sido director general y vivía con gran rumbo á pesar de estar á la cuarta pregunta), y no quiero decir cómo le pusieron. Los dos mil duros de doña Lupe crecieron como la espuma en el término de tres años, renovando obligaciones, acumulando intereses y aumentando estos cada año desde dos por ciento mensual, que era el tipo primitivo, á cuatro. A la pobre víctima le sacó Torquemada mucho más, porque se adjudicó sus muebles riquísimos por un pedazo de pan; pero el tal se lo tenía muy bien merecido. Después se rehizo con un destino en la administración de Cuba; se volvió á perder, tornó á reponerse en Filipinas, y ahora está por cuarta vez en poder de los vampiros. Como ya no hay dinero en las colonias, parece difícil que este desventurado haga la quinta pella. Dicen que América para los americanos. ¡Vaya una tontería! América para los usureros de Madrid.

En la fecha en que nuestra narración coge á doña Lupe, tenía ya un caudalito de diez mil duros, parte asegurado en acciones del Banco y parte en préstamos con pagaré legalizado, figurando mucha mayor cantidad de la percibida por el deudor. El ex-alabardero era ene-

migo *del materialismo* de las hipotecas con seguridad legal y rédito prudente. Los préstamos arriesgados con premio muy subido eran su delicia y su arte predilecto, porque aun cuando alguno no se cobrase hasta la víspera del Juicio Final, la mayor parte de las víctimas caían atontadas por miedo al escándalo, y se doblaba el dinero en poco tiempo. Tenía olfato seguro para rastrear á las personas pundonorosas, de esas que entregan el pellejo antes que permitir andar en lenguas de la fama, y con estas se metía hasta el fondo, se *atracaba de deudor.*

Poco á poco fué transmitiendo su manera de ser, de obrar y sentir á su compinche, como se pasa la imagen de un papel á otro por medio del calco ó el estarcido. Cada vez que D. Francisco le llevaba dinero cobrado, un problema de usura resuelto y finiquito, se alegraba tanto la viudita que se le abrían los poros, y por aquellas vías se le entraba el carácter de Torquemada á posesionarse del suyo é informarlo de nuevo.

La esposa de Torquemada estaba hecha tan á semejanza de éste, que doña Lupe la oía y la trataba como al propio don Francisco. Y con el trato frecuente que las dos señoras tenían, doña Silvia llegó también á ejercer gran influencia sobre su amiga, imprimiendo en ésta algunos rasgos de su fisonomía moral. Era hombruna, descarada y cuando se ponía en jarras hacía temblar á medio mundo. Más de una vez aguar-

dó en la calle á un acreedor, con acecho de asesino apostado, para insultarle sin piedad delante de la gente que pasaba. A esto no llegó ni podía llegar la de Jáuregui, porque tenía ciertas delicadezas de índole y de educación que se sobreponían á sus enconos de usurera. Pero si fueron juntas alguna vez á la casa de una infeliz señora viuda que les debía dinero, y después de apremiarla inútilmente para que les pagara, echaron miradas codiciosas hacia los muebles. Las dos harpías cambiaron breves palabras frente á la víctima, que por poco se muere del susto. "A usted le conviene esta copa-brasero—dijo doña Silvia,—y á mí aquella cómoda.„ Hicieron subir á los mozos de cordel y se llevaron los citados objetos, después de quitarle á la cómoda la ropa y á la copa el fuego. La deudora se avino á todo por perder de vista á las dos infernales mujeres que tanto pavor le causaban.

La copa aquella estaba en la sala de doña Lupe; mas no se encendía nunca. Maximiliano sabía su procedencia, así como la de un vargueño y un armario soberbio que en la alcoba estaban. La mesa en que el estudiante escribía entró en la casa de la misma manera, y la vajilla buena que se usaba en ciertos días fué adquirida por la quinta parte de su valor, en pago de un pico que adeudaba una amiga íntima. Doña Silvia había hecho el negocio, que doña

Lupe no se atreviera á tanto.. Un centro de plata, dos bandejas del mismo metal y una tetera que la señora mostraba con orgullo, habían ido á la casa empeñadas también por una amiga íntima y allí se quedaron por insolvencia. Maximiliano se había enterado de muchos pormenores concernientes á los manejos de su tía. Las alhajas, vestidos de señora, encajes y mantones de Manila que pasaban á ser suyos, tras largo cautiverio, vendíalos por conducto de una corredora llamada Mauricia la Dura. Esta iba á la casa con frecuencia en otros tiempos; pero ya apenas *corría*, y doña Lupe la echaba muy de menos, porque aunque era muy alborotada y disoluta, cumplía siempre bien. Asimismo había podido observar Maximiliano en su propia casa lo implacable que era su tía con los deudores, y de este conocimiento vino el inspirado juicio que formuló de esta manera: "Si me caso con Fortunata y si la suerte nos trae escaseces, antes pedirémos limosna por las calles que pedir á mi tía un préstamo de dos pesetas... Mientras más amigos, más claros."

IV

Nicolás y Juan Pablo Rubín.—Proponénse nuevas artes y medios de redención.

I

Hallábase doña Lupe, en el fondo de su alma, inclinada á la transacción lenta que imponían las circunstancias; mas no quiso dar su brazo á torcer ni dejar de mostrar una inflexibilidad prudente, hasta tanto que viniese Juan Pablo y hablaran tía y sobrino de la inaudita novedad que había en la familia. Una mañana, cuando Maximiliano estaba aún en la cama no bien dormido ni despierto, sintió ruído en la escalera y en los pasillos. Oyó primero patadas y gritos de mozos que subían baules, después la voz de su hermano Juan Pablo; y lo mismo fué oirla, que sentir renovado en su alma aquel pícaro miedo que parecía vencido.

No tenía malditas ganas de levantarse. Oyó á su tía regateando con los mozos por si eran tres ó eran dos y medio. Después, le pareció que Juan Pablo y su tía hablaban en el comedor. ¡Si le estaría contando aquello...! Seguramente, porque su tía era muy novelera, y no gustaba de que ciertas cosas se le enranciaran

dentro del cuerpo. Oyó luégo que su hermano se lavaba en el cuarto inmediato, y cuando doña Lupe entró á llevarle toallas, cuchichearon largo rato. Maximiliano calculó que probablemente hablarían de la herencia; pero no las tenía todas consigo. Trataba de darse ánimos considerando que su hermano era el más simpático de la familia, el de más talento y el que mejor se hacía cargo de las cosas.

Levantóse al fin de mala gana. Ya lavado y vestido, vacilaba en salir, y se estuvo un ratito con la mano en el picaporte. Doña Lupe tocó á la puerta, y entonces ya no hubo más remedio que salir. Estaba pálido y daba lástima verle. Abrazó á su hermano, y en el mirar de éste, en el tono de sus palabras, conoció al punto que sabía la grande, increible historia. No tenía ganas el joven de explicaciones ni disputas á aquella hora, y como era un poco tarde se apresuró á irse á la clase. Mas no tuvo sosiego en ella, ni cesó de pensar en lo que su hermano diría y haría. Esta perplejidad le arrancaba suspiros. El miedo, el pícaro miedo era su principal enemigo. Conveníale, pues, quitarse pronto la máscara ante su hermano como se la había quitado ante doña Lupe, pues hasta que lo hiciera no se reintegraría en el uso de su voluntad. Si Juan Pablo salía por la tremenda, quizás era mejor, porque así no estaba Maximiliano en el caso de guardarle

consideraciones; pero si se ponía en un pié de astucias diplomáticas, fingiendo ceder para resistir con la inercia, entonces... Esto ¡ay! lo temía más que nada.

Pronto había de salir de dudas. Cuando Maximiliano entró á almorzar, ya estaba Juan Pablo sentado á la mesa, y á poco llegó doña Lupe con una bandeja de huevos fritos y lonjas de jamón. Gozosa estaba aquel día la señora, porque Papitos se portaba bien, como siempre que había aumento de trabajo. "Es tan novelera esta mona—decía,—que cuando tenemos mucho que hacer parece que se multiplica. Lo que ella quiere es lucirse, y como vea ocasiones de lucimiento, es un oro. Cuando menos hay que hacer es cuando la pega. Me la traje á casa hecha una salvajita, y poco á poco le he ido quitando mañas. Era golosa, y siempre que iba á la tienda por algo, lo había de catar. ¿Creerás que se comía los fideos crudos?... La recogí de un basurero de Cuatro Caminos, hambrienta, cubierta de andrajos. Salía á pedir y por eso tenía todos los malos hábitos de la vagancia. Pero con mi sistema la voy enderezando. Porrazo va, porrazo viene, la verdad es que sacaré de ella una mujer en toda la extensión de la palabra."

—Está tan malo el servicio en Madrid—observó Juan Pablo,—que no debe usted mirarle mucho los defectos.

Durante todo el almuerzo hablaron del servicio, y á cada cosa que decían miraban á Maximiliano como impetrando su asentimiento. El joven observó que su hermano estaba serio con él, pero aquella seriedad indicaba que le reconocía hombre, pues hasta entonces le trató siempre como á un niño. El estudiante esperaba burlas, que era lo que más temía, ó una reprimenda paternal. Ni una cosa ni otra se apuntaba en el lenguaje indiferente y frío de Juan Pablo. Este, después de almorzar, sintióse amagado de la jaqueca y se echó de muy mal humor en su cama. Toda la tarde y parte de la noche estuvo entre las garras de aquella desazón más molesta que grave. No eran sus ataques tan penosos como los de Maximiliano, y generalmente le era fácil anegar el dolor hemicráneo en la onda del sueño. Ya sabía que el cansancio de los viajes consecutivos le producía el ataque, y que éste se pasaba en la noche; mas no por esto lo llevaba con paciencia. Renegando de su suerte estuvo hasta muy tarde, y al fin descansó con sosegado sueño.

En tanto doña Lupe hacía mil consideraciones sobre el apático desdén con que Juan Pablo recibiera la noticia de *aquello*. Había fruncido el ceño; después había opinado que su hermano era loco, y por fin, alzando los hombros, dijo: "¿Yo qué tengo que ver? Es mayor de edad. Allá se las haya.„

Lo mismo Maximiliano que su tía habían notado que Juan Pablo estaba triste. Primero lo atribuyeron á cansancio; pero notaron luégo que después de las doce horas de sueño reparador, estaba más triste aún. No sostenía ninguna conversación. Parecía que nada le interesaba, ni aun la herencia, de la que hablaba poco, aunque siempre en términos precisos.

"¿Sabes que tu hermano lo ha tomado con calma?—dijo doña Lupe á Maxi una noche.

—¿Qué?

—El asunto tuyo. Dos veces le he hablado. ¿Y sabes lo que hace? Alzar los hombros, sacudir la ceniza del cigarro con el dedo meñique, y decir que ahí se las den todas.

El enamorado oía con júbilo estas palabras, que eran para él un gran consuelo. Indudablemente Juan Pablo observaba la prudente regla de respetar los sentimientos y propósitos ajenos para que le respetaran los suyos. Hablaba tan poco, que doña Lupe tenía que sacarle las palabras con cuchara. "O está también haciendo el trovador—decía doña Lupe,—ó le pasa algo. Estoy yo divertida con mis sobrinos. Todos están con murria. Al menos Maxi es franco y dice lo que quiere.„

Hubiera urgado doña Lupe á su sobrino mayor para que le revelase la causa de su tristeza; pero como presumia fuese cosa de política, no quiso tocar este punto delicado por no armar

camorra con Juan Pablo, que era ó había sido carlista, al paso que doña Lupe era liberal, cosa extraña, liberal *en toda la extensión de la palabra.* Después de servir á D. Carlos en una posición militar administrativa, Rubín había sido expulsado del Cuartel Real. Sus íntimos amigos le oyeron hablar de calumnias y de celadas traidoras; pero nada se sabía concretamente. Dejaba escapar de su pecho exclamaciones de ira, juramentos de venganza y apóstrofes de despecho contra sí mismo. "¡Bien merecido lo tengo por meterme con esa gente!„ Cuando llegó á Madrid echado de la corte de D. Carlos, fué á casa de su tía, según costumbre antigua; pero apenas paraba en la casa. Dormía fuera, comía también fuera, casi siempre en los cafés ó en casa de alguna amiga, y doña Lupe se desazonaba juzgando con razón que semejante vida no se ajustaba á las buenas prácticas morales y económicas. De repente, el misántropo volvió al Norte, diciendo que regresaría pronto, y mientras estuvo fuera se supo la muerte de Melitona Llorente. La primera noticia que de la herencia tuvo Juan Pablo diósela su tía paterna por una carta que le dirigió á Bayona. Preparábase á volver á España, y la carta aquella con la noticia que llevaba aceleró su vuelta. Entró por Santander, se fué á Zaragoza por Miranda y de allí á Molina de Aragón. Diez días estuvo en esta villa, donde ninguna difi-

cultad de importancia le ofreció la toma de posesión del caudal heredado. Este ascendía á unos treinta mil duros entre inmuebles y dinero dado á rédito sobre fincas; y descontadas las mandas y los derechos de traslación de dominio, quedaban unos veintisiete mil duros. Cada hermano cobraría nueve mil. Juan Pablo, al llegar á Madrid, escribió á Nicolás para que también viniese, con objeto de estar reunidos los tres hermanos y tratar de la partición.

He dicho que doña Lupe rehuía el hablar de política con Juan Pablo. En realidad, ella no entendía jota de política, y si era liberal, éralo por sentimiento, como tributo á la memoria de su Jáuregui y por respeto al uniforme de miliciano nacional que éste tan gallardamente ostentaba en su retrato. Pero si le hubieran dicho que explicara los puntos esenciales del dogma liberal, se habría visto muy apurada para responder. No sabía más sino que aquellos malditos *carcas* eran unos indecentes que nos querían traer la Inquisición y las *caenas*. Había respirado aquella señora aires tan progresistas durante su niñéz y en los gloriosos veinte años de su unión con Jáuregui, que no quería ni oir hablar de absolutismo. No comprendía cómo su sobrino, un muchacho tan listo, había cometido la borricada de hacerse súbdito de aquel zagalón de D. Carlos, un perdido, un zafiote, un déspota *en toda la extensión de la palabra.*

En la cuestión religiosa, las ideas de doña Lupe se adaptaban al criterio de su difunto esposo, que era el más juicioso de los hombres y sabía dar *á Dios lo que es de Dios* y *al César*, etc... Este estribillo lo repetía muy orgullosamente la viuda siempre que saltaba una oportunidad, añadiendo que creía cuanto la Santa Madre Iglesia manda creer; pero que mientras menos trato tuviera con curas, mejor. Oía su misa los domingos y confesaba muy de tarde en tarde; mas de este paso regular no la sacaba nadie.

Desde un día en que disputando con su sobrino sobre este tema, se amontonaron los dos y por poco se tiran los trastos á la cabeza, no quiso doña Lupe volver á mentar á los *carcundas* delante de Juan Pablo. Y cuando le vió venir del Cuartel Real, corrido y humillado, tuvo la señora una alegría tal que con dificultad podía disimularla. Se acordaba de su Jáuregui y de las cosas oportunas y sapientísimas que éste decía sobre todo desgraciado que se metía con curas, pues era lo mismo que acostarse con niños. "Y no aprenderá—pensaba doña Lupe; —todavía es capáz de volver á las andadas, y de ir allá á quitarle motas al zángano de Carlos *Siete*.

II

Durmióse Maxi aquella noche arrullado por la esperanza. Síntoma de conciliación era que su tía no le hablaba ya con ira, y aun parecía tenerle en verdadero concepto de hombre ó de varón. A veces, hasta parecía que la insigne señora le tenía cierto respeto. ¡Si no hay como mostrarse duro y decidido para que le respeten á uno...! Por lo demás, doña Lupe había vuelto á cuidarle con su acostumbrada solicitud. Le ponía en la mesa los platos de su gusto, y en su cuarto nada faltaba para su regalo y comodidad. En fin, que el pobre chico estaba satisfecho; sentía que el terreno se solidificaba bajo sus plantas, y se reconocía más árbitro de su destino, y casi triunfante en la descomunal batalla que estaba dando á su familia.

En cuanto á Juan Pablo, no había nada que temer. Los dos hermanos no tenían ocasiones de hablar mucho, porque el primogénito, después de almorzar, se marchaba á uno de los cafés de la Puerta del Sol y allí se estaba las horas muertas. Por la noche ó venía muy tarde ó no venía. La idea de que su hermano andaba de picos pardos regocijaba á Maxi porque "ahora se verá—decía,—quién es más juicioso, quién cumple mejor las leyes de la moral. Que no nos

venga aquí echándosela de plancheta con su *neismo*.„

En suma, que mi hombre se veía más respetado y considerado desde que se las tuvo tiesas con su tía la mañana de marras. La única persona que no participaba ni poco ni mucho de este respeto era Papitos, que cada día le trataba con familiaridad más chocarrera. "Feo, cara de pito, memo en polvo—decíale sacando un trozo de lengua tal que casi parecía inverosímil.—Valiente mico está *vusté*... Verá cómo no le dejan casar... Sí, para *vusté* estaba. Bobo, más que bobo.„ Maximiliano la despreciaba y se lo decía: "Lárgate de aquí, sinvergüenza, ó te quito todas las muelas de una bofetada.—¿*Vusté, vusté?* já, já. Si le cojo, del primer borleo va á parar al tejado.„

Más valía no hacerle caso. Era una inocente que no sabía lo que se decía. Estaba Papitos arreglando el cuarto de *sito* Maxi, donde se puso la cama para el cura, que debía de llegar al día siguiente por la mañana. No veía el estudiante con buenos ojos este arreglo, porque siempre que su hermano Nicolás venía á Madrid y dormía en aquel cuarto le espantaba el sueño con sus ronquidos. Eran sus fauces y conducto nasal trompeta de Jericó con diferentes registros á cual peor. Maxi se ponía tan nervioso, que á veces tenía que salirse de la cama y del cuarto. Lo que más le incomodaba era que á la ma-

ñana siguiente el cura sostenía que no había dormido nada.

Indicó á doña Lupe que le librara de este martirio poniendo á Nicolás en otra habitación. ¿Pero dónde, si no había más aposentos en la casa? La señora le prometió ponerle la cama en su propia alcoba si el cura roncaba mucho la primera noche. "Pero ahora que me acuerdo, yo también ronco... En fin, ya se arreglará. Aunque sea en la sala te podrás quedar.„

Llegó Nicolás Rubín á la mañanita siguiente, y Maxi le vió entrar como un enemigo más con quien tendría que batirse. El carácter sacerdotal de su hermano le impresionaba, pues por mucho que su tía y él hablaran contra el *neismo*, un cura siempre es una autoridad en cualquier familia. A este hermano le quería Maxi menos que á Juan Pablo, sin duda por haber vivido ausente de él durante su niñéz.

Los dos hermanos mayores almorzaron juntos, mas no hablaron ni palotada de política, por no chocar con doña Lupe. Precisamente Nicolás fué quien metió á Juan Pablo por el aro carlista, prometiéndole villas y castillos. Habíale dado recomendaciones para elevadas personas del Cuartel Real y para unos clérigos de caballería que residían en Bayona. Pero nada, como digo, se habló en la mesa. No se les ocultaba que su tía sabía hacer guardar los respetos debidos á la entidad de Jáuregui, pre-

sente siempre en la casa por ficción mental, de que era símbolo el feo retrato que en el gabinete estaba. Hablaban del tiempo, de lo mal que se vivía en Toledo, de que el viento se había llevado toda la flor del albaricoque, y de otras zarandajas, honrando sin melindres el buen almuerzo.

De sobremesa, Juan Pablo propuso, puesto que estaban todos reunidos, tratar algunos puntos de la herencia, que debían ponerse en claro. Él no quería propiedad rústica, y si sus hermanos lo aprobaban, recibiría su parte en metálico é hipotecas. Otras hipotecas y las tierras serían para Nicolás y Maximiliano. Estos se conformaron con lo que su hermano proponía, y á doña Lupe le dieron ganas de tomar cartas en el asunto; pero no se atrevió á intervenir en un negocio que no le incumbía. No tuvo más remedio que tragar saliva y callarse. Después le dijo á Maximiliano: "Habeis sido unos tontos. Tu hermano quiere su parte en metálico para gastarla en cuatro días. Es una mano rota. ¿A mí qué me va ni me viene? Pues más te habría valido recibir lo tuyo en dinero contante, que bien colocado por mí, te habría dado una rentita bien segura. Y si no, lo has de ver. Yo quiero saber cómo te las vas tú á gobernar con tanto olivo, tanto parral y ese pedazo de monte bajo que dicen que te toca. Lo mismo que el majagranzas de Nicolás; á

todo decía que sí. Por de pronto tendréis que tomar un administrador que os robará los ojos, y os hará cada cuenta que Dios tirita. ¡Qué par de zopencos sois! Yo te miraba y te quería comer con los ojos, dándote á entender que te resistieras; y tú, hecho un marmolillo... Y luégo quieres echártela de hombre de carácter! Bonito camino, sí señor, bonito camino tomas.„

Otra cosa había propuesto también el primogénito, á la que accedieron gustosos los otros dos hermanos. Cuando murió D. Nicolás Rubín, todos los *ingleses* cobraron con las existencias de la tienda, á excepción de uno, que había sido el mejor y más fiel amigo del difunto en sus días buenos y malos. Este acreedor era Samaniego, el boticario de la calle del Ave María, y su crédito ascendía, con el interés vencido de seis por ciento, á sesenta y tantos mil reales. Propuso Juan Pablo satisfacerlo como un homenaje á la justicia y á la buena memoria de su querido padre, y se votó afirmativamente por unanimidad. La misma doña Lupe aprobó este acuerdo, que si recortaba un poco el capital de la herencia, era un acto de lealtad y como una consagración póstuma de la honradéz de su inferlíz hermano. Samaniego no había reclamado nunca el pago de su deuda, y esta delicadeza pesaba más en el ánimo de los Rubín para pagarle. Ambas familias se visitaban á menudo, tratándose con la mayor cor-

dialidad, y aun se llegó á decir que Juan Pablo no miraba con malos ojos á la mayor de las hijas del boticario, llamada Aurora, y de cuyas virtudes, talento y aptitud para el trabajo se hacía toda lenguas doña Lupe.

Aprobadas la partición propuesta por Juan Pablo y la cancelación del crédito de Samaniego.

Maximiliano, con estas cosas, se sentía cada vez más fuerte. Había tomado acuerdos en consejo de familia, luego era hombre. Si tenía la personalidad legal, ¿cómo no tener la otra? Figurábase que algo crecía y se vigorizaba dentro de él, y hasta llegó á imaginar que si le pusieran en una báscula había de pesar más que antes de aquellas determinaciones. Sin duda tenía también más robustéz física, más dureza de músculos, más plenitud de pulmones. No obstante, estaba sobre ascuas hasta que su hermano el cleriguito no se explicase. Podría suceder muy bien que cuando todo iba como una seda, saliese con ciertas *mistiquerías* propias de su oficio, sacando el Cristo de debajo de la sotana y alborotando la casa.

La noche del mismo día en que se trató de la herencia, supo Nicolás lo que pasaba, y no lo tomó con tanta calma como Juan Pablo. Su primer arranque fué de indignación. Tomó una actitud consternada y meditabunda, haciendo el papel de hombre entero, á quien no

asustan las dificultades y que tiene á gala el presentarles la cara. Las relaciones entre Nicolás y la viuda, que habían sido frías hasta un par de meses antes de los sucesos referidos, eran en la fecha de éstos muy cordiales, y no porque tía y sobrino tuviesen conformidad de genio, sino por cierta coincidencia en procederes económicos que atenuaba la gran disparidad entre sus caracteres. Doña Lupe no había simpatizado nunca con Nicolás; primero, porque las sotanas en general no la hacían feliz; segundo, porque aquel sobrino suyo no se dejaba querer. No tenía las seducciones personales de Juan Pablo, ni la humildad del pequeño. Su fisonomía no era agradable, distinguiéndose por lo peluda, como antes se indicó. Bien decía doña Lupe que así como el primogénito se llevara todos los talentos de la familia, Nicolás se había adjudicado todos los pelos de ella. Se afeitaba hoy, y mañana tenía toda la cara negra. Recién afeitado, sus mandíbulas eran de color de pizarra. El vello le crecía en las manos y brazos como la yerba en un fértil campo, y por las orejas y narices le asomaban espesos mechones. Diríase que eran las ideas, que cansadas de la oscuridad del cerebro se asomaban por los balcones de la nariz y de las orejas á ver lo que pasaba en el mundo.

Cargábanle á doña Lupe sus pretensiones sermonarias y cierta grosería entremezclada

con la soberbia clerical. Las relaciones entre una y otro eran puramente de fórmula, hasta que á Nicolás, en uno de los viajes que hizo á Madrid, se le ocurrió entregar á la tía sus ahorros para que se los colocara, y véase aquí cómo se estableció entre estas dos personas una corriente de simpatía convencional que había de producir la amistad. Era como dos paises separados por esenciales diferencias de raza y antagonismos de costumbres, y unidos luégo por un tratado de comercio. Lo contrario pasó entre Juan Pablo y doña Lupe. Ésta le tuvo en otro tiempo mucho cariño y apreciaba sus grandes atractivos personales; pero ya le iba dando de lado en sus afectos. No le perdonaba sus hábitos de despilfarro y el poco aprecio que hacía del dinero gastándolo tan sin sustancia. Ni una sola vez, ni una, le había dado un pico para que se lo colocase á rédito. Siempre estaba á la cuarta pregunta, y como pudiera sacarle á su tía alguna cantidad por medio de combinaciones dignas del mejor hacendista, no dejaba de hacerlo, y á la viuda se le requemaba la sangre con esto. Véase, pues, cómo se entendía mejor con el más antipático de sus sobrinos que con el más simpático.

III

Conocedor Nicolás de la tremenda noticia, le faltó tiempo para pegar la hebra de su soporífero sermón, sólo interrumpido cuando Papitos trajo la ensalada. Porque Nicolás Rubín no podía dormir si no le ponían delante á punto de las once una ensalada de lechuga ó escarola, según el tiempo, bien aliñada, bien meneada, con el indispensable ajito frotado en la ensaladera, y la golosina del apio en su tiempo. Había comido muy bien el dichoso cura, circunstancia que no debe notarse, pues no hay memoria de que dejara de hacerlo cumplidamente ningún día del año. Pero su estómago era un verdadero molino, y á las tres horas de haberse llenado, había que cargarlo otra vez. "Esto no es más que debilidad—decía poniendo una cara grave y á veces consternada,—y no hay idea de los esfuerzos que he hecho por corregirla. El médico me manda que coma poco y á menudo.„

Cayó sobre aquel forraje de la ensalada, é inclinaba la cara sobre ella como el bruto sobre la cavidad del pesebre lleno de yerba.

"Le diré á usted, tía—murmuraba con el gruñido que la masticación le permitía.—Yo no soy de mucho comer, aunque lo parezca.

—Podías serlo más. Come, hijo, que el comer no es pecado gordo.

—Le diré á usted, tía...

No le dijo nada, porque la operación aquella de mascar los jugosos tallos de la escarola absorbía toda su atención. Los gruesos labios le relucían con la pringue, y ésta se le escurría por las decomisuras de la boca formando un hilo corriente, que hubiera descendido hasta la garganta si los cañones de la mal rapada barba no lo detuvieran. Tenía puesto un gorro negro de lana con borlita que le caía por delante al inclinar la cabeza, y se retiraba hacia atrás cuando la alzaba. A doña Lupe (no lo podía remediar) le daba asco el modo de comer de su sobrino, considerando que más le valía saber algo menos de cosas teológicas y un poquito más de arte de urbanidad. Como estaban los dos solos, dábale bromas sobre aquello del comer poco y á menudo; pero él se apresuró á variar la conversación, llevándola al asunto de Maxi.

"Una cosa muy seria, tía, pero muy seria.

—Sí que lo es; pero creo muy difícil quitársela de la cabeza.

—Eso corre de mi cuenta... ¡Oh! Si no tuviera yo otras montañas que levantar en vilo...—dijo el clérigo apartando de sí la ensaladera, en la cual no quedaba ni una hebra.—Verá usted... verá usted si le vuelvo yo del revés como un calcetín. Para esas cosas me pinto...

No pudo concluir la frase, porque le vino de lo hondo del cuerpo á la boca una tan voluminosa cantidad de gases, que las palabras tuvieron que echarse á un lado para darle salida. Fué tan sonada la regurgitación, que doña Lupe tuvo que apartar la cara, aunque Nicolás se puso la palma de la mano delante de la boca á guisa de mampara. Este movimiento era una de las pocas cosas relativamente finas que sabía.

"...me pinto solo—terminó, cuando ya los fluídos se habían difundido por el comedor.—Verá usted, en cuanto llegue le echo el toro... ¡Oh! es mi fuerte. Me parece que ya está ahí.

Oyóse la campanilla, y la misma doña Lupe abrió á su sobrino. Lo mismo fué entrar éste en el comedor que conocer en la cara impertinente de su hermano que ya sabía *aquello*... No le dió Nicolás tiempo á prepararse, porque de buenas á primeras le embocó de este modo:

"Siéntese usted aquí, caballerito, que tenemos que hablar. Vaya, que me ha dejado frío lo que acabo de saber. Estamos bien. Con que...

La mano tiesa volvió á ponerse delante de la boca, á punto que se atascaban las palabras, sufriendo la cabeza como una trepidación.

"Con que aquí hace cada cual lo que le da la gana, sin tener en cuenta las leyes divinas ni humanas, y haciendo mangas y capirotes de la religión, de la dignidad de la familia...

Maximiliano, que al principiar el réspice,

estaba anonadado, se rehizo de súbito, y todas las fuerzas de su espíritu se pronunciaron con varonil arranque. Tal era el síntoma característico del *hombre nuevo* que en él había surgido. Roto el hielo de la cortedad desde el momento en que la tremenda cuestión salía á *vista pública*, le brotaban del fondo del alma aquellos alientos grandes para su defensa. Discutir, eso no; pero lo que es obrar, sí, ó al menos demostrar con palabras breves y enfáticas su firme propósito de independencia...

"¡Bah!—exclamó apartando la vista de su hermano con un movimiento desdeñoso de la cabeza.—No quiero oir sermones. Yo sé bien lo que debo hacer.

Dijo, y levantándose se marchó á su cuarto.

—Bien, muy bien—murmuró el cura quedándose corrido, mirando á doña Lupe y á Papitos, la cual se pasmaba de aquel mirar que parecía una consulta.—Y qué mal educadito y qué rabiosito se ha vuelto. Bien, muy bien; pero muy...

Un metro cúbico de gas se precipitó á la boca con tanta violencia, que Nicolás tuvo que ponerse tieso para darle salida franca, y á pesar de lo furioso que estaba, supo cuidar de que la mano desempeñara su obligación. Doña Lupe también parecía indignada, aunque si se hubiera ido á examinar bien el interior de la digna señora, se habría visto que en medio del enojo

que su dignidad le imponía, nacía tímidamente un sentimiento extraño de regocijo por aquella misma independencia de su sobrino. ¡Si sería efectivamente un hombre, un carácter entero.. ! Siempre le disgustó á ella que fuera tan encogido y para poco. ¿Por qué no se había de alegrar de ver en él un rasgo siquiera de personalidad árbitra de sí misma? "Hay que ver por dónde sale este demonches de chico—pensaba con cierta travesura.—¡Y qué geniazo va sacando!

"Pero muy bien, perfectamente bien—dijo el cura apoyando las manos en los brazos del sillón, para enderezar el cuerpo.—Verás ahora, grandísimo piruétano, cómo te pongo yo las peras á cuarto. Tía, buenas noches. Ahora va á ser la gorda. Acostados los dos, hablarémos.

Encerróse Nicolás en su alcoba, que era la de su hermano, y ambos se metieron en la cama. Doña Lupe se puso fuera á escuchar. Al principio no oyó más que el crugir de los hierros de la cama del clérigo, que era muy mala y endeble, y en cuanto se movía el desgraciado ocupador de ella volvíase toda una pura música, la que unida al ruido de los muelles del colchón veterano, hubiera quitado el sueño á todo hombre que no fuese Nicolás Rubín. Después oyó doña Lupe la voz de Maxi, opaca, pero entera y firme Nicolás no le dejaba meter baza; pero el otro se las tenía tiesas... ¡Terrible duelo entre el sermón y el lenguaje sincero de los

afectos! Ponía singular atención doña Lupe á la voz del sietemesino, y se hubiera alegrado de oir algo estupendo, categórico y que se saliera de lo común; pero no podía distinguir bien los conceptos, porque la voz de Maxi era muy apagada y parecía salir de la cavidad de una botella. En cambio los gritos del cura se oían claramente desde el pasillo. "Miren por donde sale ahora este...—pensó doña Lupe volviendo la cara con desdén.—¡Qué tendrán que ver Santo Tomás ni el padre Suárez con...!" Al fin dejó de oirse la voz cavernosa del sacerdote, y en cambio se percibió un silbido rítmico, al que siguieron pronto mugidos como los del aire filtrándose por los huecos de un torreón en ruinas.

"Ya está roncando ese...—dijo doña Lupe retirándose á su alcoba.—¡Qué noche va á pasar el otro pobre!

Serían las nueve de la mañana siguiente, cuando Nicolás pidió á Papitos su chocolate. Salió del cuarto con la cara muy mal lavada, y algunas partes de ella parecían no haber visto más agua que la del bautismo.

"¿Ese chocolate?—preguntó en el comedor, resobándose las manos una con otra, como si quisiera sacar fuego de ellas.

—Ahora mismo.

El chocolate habia de ser con canela, hecho con leche, por supuesto, y en ración de dos

onzas. Le habían de acompañar un bollo de tahona, varios bizcochitos y agua con azucarillo. Y aún decía Nicolás que tomaba chocolate no por tomarlo, sino nada más que por fumarse un cigarrillo encima.

—¿Y qué resultó anoche?—preguntó doña Lupe al ponerle delante todo aquel cargamento.

—Pues nada, que no hay quien le apee—respondió el clérigo, sumergiendo el primer bizcochito en el espeso líquido.—Lo que usted decía: no es posible quitárselo de la cabeza. Una de dos, ó matarle ó dejarle, y como no le hemos de matar... Al fin convenimos en que yo vería hoy á esa... cabra loca.

—No me parece mal.

—Y según la impresión que me haga, determinarémos.

—¿Vais juntos?

—No, yo solo, quiero ir solo. Además él está hoy con jaqueca.

—¿Con jaqueca? ¡Pobrecito!

Doña Lupe corrió á ver á Maximiliano, que después de empezar á vestirse, había tenido que echarse otra vez en la cama. Provocado sin duda por las emociones de aquellos días, por el largo debate con su hermano Nicolás, y más aun quizás por los insufribles ronquidos de éste, apareció el temido acceso. Desde media noche sintió Maxi un entorpecimiento particular dentro de la cabeza, acompañado del presa-

gio del mal. La atonía siguió, con el deseo de sueño no satisfecho y luégo una punzada detrás del ojo izquierdo, la cual se aliviaba con la compresión bajo la ceja. El paciente daba vueltas en la cama buscando posturas, sin encontrar la del alivio. Resolvíase luégo la punzada en dolor gravativo, extendiéndose como un cerco de hierro por todo el cráneo. El trastorno general no se hacía esperar, ansiedad, náuseas, ganas de moverse, á las que seguían inmediatamente ganas más vivas aún de estarse quieto. Esto no podía ser, y por fin le entraba aquella désazón epiléptica, aquel maldito hormigueo por todo el cuerpo. Cuando trató de levantarse parecíale que la cabeza se le abría en dos ó tres cascos, como se había abierto la hucha á los golpes de la mano del almiréz. Sintió entrar á su tía. Doña Lupe conocía tan bien la enfermedad, que no tenía más que verle para comprender el período de ella en que estaba.

"¿Tienes ya el clavo?—le preguntó en voz muy baja.—Te pondré láudano.

Había aparecido el clavo, que era la sensación de una baguetilla de hierro caliente atravesada desde el ojo izquierdo á la coronilla. Después pasaba al ojo derecho este suplicio, algo atenuado ya. Doña Lupe, tan cariñosa como siempre, le puso láudano, y arreglando la cama y cerrando bien las maderas, le dejó para ir á hacer una taza de té, porque era preciso que

tomase algo. El enfermo dijo á su tía que si iba Olmedo á buscarle para ir á clase, le dejase pasar para hacerle un encargo. Fué Olmedo, y Maximiliano le rogó corriese á avisar á Fortunata la visita del clérigo, para que estuviese prevenida. "Oye, adviértele que tenga mucho cuidado con lo que dice; que hable sin miedo y con sinceridad; basta con esto. Díle cómo estoy y que no la podré ver hasta mañana.

IV

El aviso, puntualmente transmitido por Olmedo, de la visita del cura puso á Fortunata en gran confusión. Parecióle al pronto un honor harto grande, luégo compromiso, porque la visita de persona tan respetable indicaba que la cosa iba de veras. No se conceptuaba, además, con bastante finura para recibir á sujetos de tanta autoridad. "¡Un señor eclesiástico!... ¡qué vergüenza voy á pasar! Porque de seguro me preguntará cosas como cuando una se va á confesar... ¿Y cómo me pondré? ¿Me vestiré con los trapitos de cristianar, ó de cualquier manera?... Quizás sea mejor ponerme hecha un pingo, á lo pobre, para que no crea... No, no es propio. Me vestiré decente y modestita.„ Despachados los más urgentes quehaceres del día, peinóse con mucha sencilléz, se puso su vestido negro, las botas nuevas; púsose también su pañuelo de

lana oscuro, sujeto con un imperdible de metal blanco que representaba una golondrina, y mirándose al espejo, aprobó su perfecta facha de mujer honesta. Antes de arreglarse había almorzado precipitadamente, con poca gana, porque no le gustaban visitas tan serias, ni sabía lo que en ellas había de decir. La idea de soltar alguna barbaridad ó de no responder derechamente á lo que se le preguntara, le quitó el apetito... Y bien mirado, ¿qué necesidad tenía ella de visitas de curas? Pero no tuvo tiempo de pensar mucho en esto, porque de repente... tilín. Era próximamente la una y media.

Corrió á abrir la puerta. El corazón le saltaba en el pecho. La figura negra avanzó por el pasillo para entrar en la salita. Fortunata estaba tan turbada que no acertó á decirle que se sentase y dejara la canaleja. Maxi, que al hablar de la familia se dejaba guiar más por el amor propio que por la sinceridad, le había hecho mil cuentos hiperbólicos de Nicolás, pintándole como persona de mucha virtud y talento, y ella se los había creído. Por esto se desilusionó algo al ver aquella figura tosca de cura de pueblo, aquellas barbas mal rapadas y la abundancia de vello negro que parecía cultivado para formar cosecha. La cara era desagradable, la boca grande y muy separada de la nariz corva y chica; la frente espaciosa, pero sin nobleza; el cuerpo fornido, las manos largas, negras y poco

familiarizadas con el jabón; la tez morena, áspera y aceitosa. El ropaje negro del cura revelaba desaseo, y este detalle bien observado por Fortunata la ilusionó otra vez respecto á la santidad del sujeto, porque en su ignorancia suponía la limpieza reñida con la virtud. Poco después, notando que su futuro hermano político olía, y no á ámbar, se confirmó en aquella idea.

"Parece que está usted como asustada—dijo Nicolás con fría sonrisa clerical.—No me tenga usted miedo. No me como la gente. ¿Se figura usted á lo que vengo?

—Sí señor... no... digo, me figuro. Maximiliano...

—Maximiliano es un tarambana—afirmó el clérigo con la seguridad burlesca del que se siente frente á un interlocutor demasiado débil,—y usted lo debe conocer como lo conozco yo. Ahora ha dado en la simpleza de casarse con usted... No, si no me enfado. No crea usted que la voy á reñir. Yo soy moro de paz, amiga mía, y vengo aquí á tratar la cosa por buenas. Mi idea es esta: ver si es usted una persona juiciosa, y si como persona juiciosa comprende que esto del casorio es una botaratada; ni más ni menos... Y si lo reconoce así, pretendo, esta, esta es la cosa, que usted misma sea quien se lo quite de la cabeza... ni menos ni más.

Fortunata conocía *La Dama de las Camelias*, por haberla oído leer. Recordaba la escena aque-

lla del padre suplicando á la *dama* que le quite de la cabeza al chico la tontería de amor que le degrada, y sintió cierto orgullo de encontrarse en situación semejante. Más por coquetería de virtud que por abnegación, aceptó aquel papel que se le ofrecía, ¡y vaya si era bonito! Como no le costaba trabajo desempeñarlo por no estar enamorada ni mucho menos, respondió en tono dulce y grave:

"Yo estoy dispuesta á hacer todo lo que usted me mande.

—Bien, muy bien, perfectamente bien—dijo Nicolás, orgulloso de lo que creía un triunfo de su personalidad, que se imponía sólo con mostrarse.—Así me gusta á mí la gente. ¿Y si le mando que no vuelva á ver más á mi hermano, que se escape esta noche para que cuando él vuelva mañana no la encuentre?

Al oir esto, Fortunata vaciló.

"Lo haré, sí, señor — contestó al fin, cuidando luégo de buscar inconvenientes al plan del sacerdote.—¿Pero á dónde iré yo que él no venga tras de mí? Al último rincón de la tierra ha de ir á buscarme. Porque usted no sabe lo desatinado que está por... esta su servidora.

—¡Oh! lo sé, lo sé... A buena parte viene. ¿De modo que usted cree que no adelantamos nada con darle esquinazo?... Esta es la cosa.

—Nada, señor, pero nada—declaró ella, disgustada ya del papel de *Dama de las Camelias*,

porque si el casarse con Maximiliano era una solución poco grata á su alma, la vida pública la aterraba en tales términos, que todo le parecía bien antes que volver á ella.

—Bien, perfectamente bien—afirmó Nicolás dándose aires de persona que medita mucho las cosas, y razona á lo matemático.—Ya tenemos un punto de partida, que es la buena disposición de usted... esta es la cosa. Respóndame ahora. ¿No tiene usted quien la ampare si rompe con mi hermano?

—No señor.

—¿No tiene usted familia?

—No señor.

—Pues está usted aviada... De forma y manera—dijo cruzando los brazos y echando el cuerpo atrás,—que en tal caso no tiene más remedio que... que echarse á la buena vida... al amor libre... á... Ya usted me entiende.

—Sí, señor, entiendo... no tengo más camino —manifestó la joven con humildad.

—¡Tremenda responsabilidad para mí!—exclamó el curita moviendo la cabeza y mirando al suelo, y lo repitió hasta unas cinco veces en tono de púlpito.

En aquel instante le vinieron al pensamiento ideas distintas de las que había llevado á la visita, y más conformes con su empinada soberbia clerical. Había ido con el propósito de romper aquellos lazos, si la novia de su herma-

no se prestaba medianamente á ello; pero cuando la vió tan humilde, tan resignada á su triste suerte, entróle apetito de componendas y de mostrar sus habilidades de zurcidor moral. "Hé aquí una ocasión de lucirme—pensó.—Si consigo este triunfo, será el más grande y cristiano de que puede vanagloriarse un sacerdote. Porque figúrense ustedes que consigo hacer de esta samaritana una señora ejemplar y tan católica como la primera... figúrenselo ustedes..." Al pensar esto, Nicolás creía estar hablando con sus colegas. Tomaba en serio su oficio de pescador de gente, y la verdad, nunca se le había presentado un pez como aquel. Si lo sacaba de las aguas de la corrupción, "¡qué victoria, señores, pero qué pesca!" En otros casos semejantes, aunque no de tanta importancia, en los cuales había él mangoneado con todos sus ardides apostólicos, alcanzó éxitos de relumbrón que le hicieron objeto de envidia entre el clero toledano. Sí; el curita Rubín había reconciliado dos matrimonios que andaban á la greña, había salvado de la prostitución á una niña bonita, había obligado á casarse á tres seductores con las respectivas seducidas; todo por la fuerza persuasiva de su dialéctica... "Soy de encargo para estas cosas" fué lo último que pensó, hinchado de vanidad y alegría como caudillo valeroso que ve delante de sí una gran batalla. Después se frotó mucho las manos, murmu-

rando: "Bien, bien; esta es la cosa.„ Era el movimiento inicial del obrero que se aligera las manos antes de empezar una ruda faena, ó del cavador que se las escupe antes de coger la azada. Después dijo bruscamente y sonriendo:

"¿Me permite usted echar un cigarrillo?

—Sí, señor, pues no faltaba más...—replicó Fortunata, que esperaba el resultado de aquel meditar y del frote de las manos.

—Pues sí—declaró gravemente Nicolás, chupando su cigarrillo,—me falta valor para lanzarla á usted al mundo malo; mejor dicho, la caridad y el ministerio que profeso me vedan hacerlo. Cuando un náufrago quiere salvarse, ¿es humano darle una patada desde la orilla? No; lo humano es alargarle una mano ó echarle un palo para que se agarre... esta es la cosa.

—Sí, señor—indicó Fortunata agradecida,—porque yo soy náu...

Iba á decir *náufraga;* pero temiendo no pronunciar bien palabra tan difícil, la guardó para otra ocasión, diciendo para sí: "No metamos la pata sin necesidad.„

"Pues lo que yo necesito ahora — agregó Rubín terciándose el manteo sobre las piernas, y accionando como un hombre que necesita tener los brazos libres para una gran faena,—es ver en usted señales claras de arrepentimiento y deseo de una vida regular y decente; lo que yo necesito ahora es leer en su interior, en su

corazón de usted. Vamos allá. ¿Hace mucho tiempo que no se confiesa usted?

La Samaritana se puso colorada, porque le daba vergüenza de decir que hacía lo menos diez ó doce años que no se había confesado. Por fin lo declaró.

"Perfectamente—dijo Nicolás, acercando su sillón al sofá en que la joven estaba. — Le prevengo á usted que tengo mucha experiencia de esto. Hace cinco años que practico el confesonario, y que las cazo al vuelo. Quiero decir, que á mí no hay mujer que me engañe.

Fortunata tuvo miedo y Nicolás aproximó más el sillón. Aunque estaban solos, ciertas cosas debían decirse en voz baja.

"Vamos á ver, ¿quién fué el primero?—preguntó el presbítero llevándose la mano tiesa á la boca, porque con la pregunta querían salir también ciertos gases.

Contó ella lo de Juanito Santa Cruz, pasando no poca vergüenza, y dando á conocer la triste historia de una manera incoherente.

"Abrevie usted. Hay muchos pormenores que ya me los sé, como me sé el Catecismo... Que le dió á usted palabra de casamiento y que usted fué tan boba que se lo creyó. Que un día la cogió descuidada y sola... Bah, bah... lo de siempre. Después habrá usted conocido á otros muchos hombres, ¿á cuántos próximamente?

Fortunata miró al techo, haciendo un cálculo numérico.

"Es difícil decir... Lo que es conocer...

El sacerdote se sonrió. "Quiero decir tratar con intimidad; hombres con quienes ha vivido usted en relaciones de un mes, de dos... esta es la cosa. No me refiero á los conocimientos de un instante, que eso vendrá después.

"Pues serán...—dijo ella pasando un rato muy malo.

—Vamos, no se asuste usted del número.

—Pues podrán ser... como unos ocho... Deje usted que me acuerde bien...

—Basta ya; lo mismo da ocho que doce ó que ochocientos doce. ¿Le repugna á usted la memoria de esos escándalos?

—¡Oh! sí, señor... Crea usted que...

—Que no los puede ver ni pintados. Lo creo... ¡Valientes pillos! Sin embargo, dígame usted: ¿No volvería á tener amistad con alguno de ellos, si la solicitara?

—Con ninguno...—dijo Fortunata.

—¿De veras? Piénselo usted bien.

Fortunata lo pensó, y al cabo de un ratito, la lealtad y buena fé con que se confesaba mostráronse en esta declaración:

"Con uno... qué sé yo... Pero no puede ser.

—Déjese usted de que pueda ó no pueda ser. Ese uno, esa excepción de su hastío es el primero, ese tal D. Juanito. No necesita usted

confirmarlo. Me sé estas historias al dedillo. ¿No ve usted, hija mía, que he sido confesor de las Arrepentidas de Toledo durante cinco años largos de talle?

—Pero no puede ser. Está casado, es muy felíz, y no se acuerda de mí.

—A saber, á saber... Pero en fin, usted confiesa que es el único sujeto á quien de veras quiere, el único por quien de veras siente apetito de amores y esa cosa, esa tontería que ustedes las mujeres...

—El único.

—Y á los demás que los parta un rayo.

—A los demás, nada.

—¿Y á mi hermano?... esta es la cosa.

Lo brusco de la pregunta aturdió á la penitente. No la esperaba, ni se acordaba para nada en aquel momento del pobre Maxi. Como era tan sincera no pensó ni por un momento en alterar la verdad. Las cosas claras. Además, el clérigo aquel parecíale muy listo, y si se le decía una cosa por otra conocería el embuste.

"Pues á su hermano de usted, tampoco.

—Perfectamente—dijo el curita, acercando su sillón todo lo más que acercarse podía.

V

Para qué ningún malicioso interprete mal las bruscas aproximaciones del sillón de Nico-

lás Rubín al asiento de su interlocutora, conviene hacer constar de una vez que era hombre de temple fortísimo, ó más propiamente hablando, frigidísimo. La belleza femenina no le conmovía ó le conmovía muy poco, razón por la cual su castidad carecía de mérito. La carne que á él le tentaba era otra, la de ternera por ejemplo, y la de cerdo más, en buenas magras, chuletas riñonadas ó solomillo bien puesto con guisantes. Más pronto se le iban los ojos detrás de un jamón que de una cadera, por suculenta que ésta fuese, y la mejor *falda* para él era la que da nombre al guisado. Jactábase de su inapetencia mujeril haciendo de ella una estupenda virtud; pero no necesitaba andar á cachetes con el demonio para triunfar. Las embestidas del sillón eran simplemente un hábito de confianza, adquirido con el uso del secreteo penitenciario.

"Lo que se llama querer...—dijo Fortunata haciendo esfuerzos para expresarse claramente,—querer, ¿entiende usted? no; pero aprecio, estimación sí.

—¿De modo que no hay lo que llaman ilusión?...

—No señor.

—Pero hay esa afición tranquila, que puede ser principio de una amistad constante, de ese afecto puro, honesto y reposado que hace la felicidad de los matrimonios.

Fortunata no se atrevió á responder claro.

Le parecía mucho lo que el eclesiástico proponía. Recortándolo algo se podía aceptar.

"Puedo llegar á quererle con el trato...

—Perfectamente... Porque es preciso que usted se fije bien en una cosa: eso de la ilusión es pura monserga, eso es para bobas. Ilusionarse con un caballerete porque tenga los ojos así ó asado, porque tenga el bigotito de esta manera, el cuerpo derecho y el habla dengosa, es propio de hembras salvajes. Amar de ese modo no es amar, es perversión, es vicio, hija mía. El verdadero amor es el espiritual, y la única manera de amar es enamorarse de la persona por las prendas del alma. Las mujeres de estos tiempos se dejan pervertir por las novelas y por las ideas falsas que otras mujeres les imbuyen acerca del amor. ¡Patraña y propaganda indecente que hace Satanás por mediación de los poetas, novelistas y otros holgazanes! Diránle á usted que el amor y la hermosura física son hermanos, y le hablarán á usted de Grecia y del naturalismo pagano. No haga usted caso de patrañas, hija mía, no crea en otro amor que en el espiritual, ó sea en las simpatías de alma con alma...

La prójima adivinaba más que entendía esto, que era contrario á sus sentimientos; pero como lo decía un sabio, no había más remedio que contestar á todo que sí. Viendo que hacía indicaciones afirmativas con la cabeza, el cura se animaba, añadiendo con énfasis:

"Sostener otra cosa es renegar del catolicismo y volver á la mitologia... esta es la cosa.

—Claro—apuntó la joven; pero en su interior se preguntaba qué quería decir aquello de la mitología... porque de seguro no sería cosa de mitones.

Aquel clérigo, arreglador de conciencias, que se creía médico de corazones dañados de amor, era quizás la persona más inepta para el oficio á que se dedicaba, á causa de su propia virtud, estéril y glacial, condición negativa que, si le apartaba del peligro, cerraba sus ojos á la realidad del alma humana. Practicaba su apostolado por fórmulas rutinarias ó rancios aforismos de libros escritos por santos á la manera de él, y había hecho inmensos daños á la humanidad arrastrando á doncellasincautas à la soledad de un convento, tramando casamientos entre personas que no se querían, y desgobernando, en fin, la máquina admirable de las pasiones. Era como los médicos que han estudiado el cuerpo humano en un atlas de Anatomía. Tenía recetas charlatánicas para todo, y las aplicaba al buén tun tun, haciendo estragos por donde quiera que pasaba.

"De esta manera, hija mía—añadió lleno de fatuidad,—puede darse el caso de que una mujer hermosa llegue á amar entrañablemente á un hombre feo. El verdadero amor, fíjese usted en esto y estámpelo en su memoria, es el de alma

por alma. Todo lo demás es obra de la imaginación, la loca de la casa.

A Fortunata le hizo gracia esta figura.

"¿Quién hace caso de la imaginación?—prosiguió él, oyéndose, y muy satisfecho del efecto que creía causar.—Cuando la loca le alborote á usted, no se dé por entendida, hija. ¿Haría usted caso de una persona que pasara ahora por la calle diciendo disparates? Pues lo mismo es, exactamente lo mismo. A la imaginación se la mira con desprecio, y se hace lo contrario de lo que ella inspira. Comprendo que usted, por la vida mala que ha llevado y por no haber tenido á su lado buenos ejemplos, no podrá durante algún tiempo meter en cintura á la loca de la casa; pero aquí estamos para enseñarla. Aquí me tiene á mí, y me parece que sé lo que traigo entre manos... Empecemos. Para que usted sea digna de casarse con un hombre honrado, lo primerito es que me vuelva los ojos á la religión, empezando por edificarse interiormente.

—Sí señor—respondió humildemente la prójima, que entendía lo de la religión; pero no lo de la edificación. Para ella edificar era lo mismo que hacer casas.

—Bien. ¿Está usted dispuesta á ponerse bajo mi dirección y á hacer todo lo que yo le mande?—propuso el cura con la hinchazón de vanidad que le daba aquel papel sublime de lañador de almas cascadas.

– Sí señor.

—¿Y cómo estamos de doctrina cristiana?

Dijo esto con un tonillo de superioridad impertinente, lo mismo que dicen algunos médicos: "á ver la lengua."

—Yo... la *dotrina*—replicó la penitente temblando...—muy mal. No sé nada.

El capellán no hizo aspavientos. Al contrario, le gustaba que sus catecúmenos estuvieran rasos y limpios de toda ciencia, para poder él enseñárselo todo. Después meditó un rato, las manos cruzadas y dando vuelta á los pulgares uno sobre otro. Fortunata le miraba en silencio. No podía dudar de que era hombre muy sabedor de cosas del mundo y de las flaquezas humanas, y pensó que le convenía ponerse bajo su dirección. En aquel momento hallábase bajo la influencia de ideas supersticiosas adquiridas en su infancia respecto á la religión y al clero. Su catecismo era harto elemental y se reducía á dos ó tres nociones incompletas, el Cielo y el Infierno, padecer aquí para gozar allá, ó lo contrario. Su moral era puramente personal, intuitiva y no tenía nada que ver con lo poco que recordaba de la doctrina cristiana. Formó del hermano de Maxi buen concepto, porque se lavaba poco y sabía mucho y no reñía á las pecadoras, sino que las trataba con dulzura, ofreciéndoles el matrimonio, la salvación, y hablándoles del alma y otras cosas muy bonitas.

"Todo depende de que usted sepa mandar á paseo á la loquilla—continuó Nicolás saliendo de su abstracción.—Ya sabe usted lo que Jesús le dijo á la samaritana cuando habló con ella en el pozo, en una situación parecida á la que ahora tenemos usted y yo...

Fortunata se sonrió, afectando entender la cita; pero se había quedado á oscuras.

"Si usted quiere mejorar de vida y edificársenos interiormente para adquirir la fuerza necesaria, aquí me tiene. ¿Pues para qué estamos? Cuando yo considere segura la reforma de usted, quizás no ponga tantos peros al casorio con mi hermano. El pobre está loco por usted; me dijo anoche que si no le dejamos casar se muere. Mi tía quiere quitárselo de la cabeza; mas yo le dije: "Calma, calma, las cosas hay que verlas despacio. No nos precipitemos, tía,„ y por eso me vine aquí. Me comprometo á curarle á usted esa enfermedad de la imaginación que consiste en tener cariño al hombre indigno que la perdió. Conseguido esto, amará usted al que ha de ser su marido, y lo amará con ilusión espiritual, no de los sentidos... ni más ni menos. ¡Oh, he alcanzado yo tantos triunfos de estos; he salvado á tanta gente que se creía dañada para siempre! Convénzase usted, en esto, como en otras cosas, todo es ponerse á ello, todo es empezar... Imagínese usted lo bien que estará cuando se nos reforme; vivirá felíz y conside-

rada, tendrá un nombre respetable, y habrá quien la adore, no por sus gracias personales, que maldito lo que significan, sino por las espirituales, que es lo que importa. Al principio tendrá usted que hacer algunos esfuerzos; será preciso que se olvide de su buen palmito. Esto es quizás lo más difícil; pero hagámonos la cuenta de que la única hermosura verdad es la del alma, hija mía, porque de la del cuerpo dan cuenta los gusanos...

Esto le pareció muy bien á la pecadora, y decía que sí con la cabeza.

"Pues vamos á cuentas. ¿Usted quiere que establezcamos la posibilidad, esta es la cosa, la posibilidad de casarse con un Rubín?„

—Sí señor—respondió Fortunata con cierto miedo, espantada aún por aquello de los gusanos.

—Pues es preciso que se nos someta usted á la siguiente prueba—dijo el cura, tapándose un bostezo, porque eran ya las cuatro y no habría tenido inconveniente en tomar una friolera.—Hay en Madrid una institución religiosa de las más útiles, la cual tiene por objeto recoger á las muchachas extraviadas y convertirlas á la verdad por medio de la oración, del trabajo y del recogimiento. Unas, desengañadas de la poca sustancia que se saca al deleite, se quedan allí para siempre; otras salen ya *edificadas*, bien para casarse, bien para servir en casas de per-

sonas respetabilísimas. Son muy pocas las que salen para volver á la perdición. También entran allí señoras decentes á expiar sus pecados, esposas ligeras de cascos que han hecho alguna trastada á sus maridos, y otras que buscan en la soledad la dicha que no tuvieron en el bullicio del mundo.

Fortunata seguía dando cabezadas. Había oído hablar de aquella casa, que era el convento de las Micaelas.

"Perfectamente; así se llama. Bueno, usted va allá y la tenemos encerradita durante tres, cuatro meses ó más. El capellán de la casa es tan amigo mío, que es como si fuera yo mismo. El la dirigirá á usted espiritualmente, puesto que yo no puedo hacerlo porque tengo que volverme á Toledo. Pero siempre que venga á Madrid, he de ir á tomarle el pulso y á ver cómo anda esa educación, sin perjuicio de que antes de entrar en el convento, le he de dar á usted un buen recorrido de doctrina cristiana para que no se nos vaya allá enteramente cerril. Si pasado un plazo prudencial, me resulta usted en tal disposición de espíritu que yo la crea digna de ser mi hermana política, podría quizás llegar á serlo. Yo le respondo á usted de que, como este indigno capellán dé el pase, toda la familia dirá *amén*.

Estas palabras fueron dichas con sencilléz y dulzura. Eran una de sus mejores y más es-

tudiadas recetas, y tenía para ello un tonillo de convicción que hacía efecto grande en las inexpertas personas á quienes se dirigían.

En Fortunata fué tan grande el efecto, que casi casi se le saltaron las lágrimas. Indudablemente era muy de agradecer el interés que aquel bondadoso apóstol de Cristo se tomaba por ella. Y todo sin regaños, sin manotadas, tratándola como un buen pastor trataría á la más querida de sus ovejas. A pesar de esta excelente disposición de su ánimo, la infeliz vacilaba un poco. De una parte la seducía la vida retirada, silenciosa y cristiana del cláustro. Bien pudiera ser que allí se cerrase por completo la herida de su corazón. Había que probarlo al menos. De otra parte la aterraba lo desconocido, las monjas... ¿cómo serían las monjas? ¿cómo la tratarían? Pero Nicolás se adelantó á sus temores, diciéndole que eran las señoras más indulgentes y cariñosas que se podían ver. A la samaritana se le aguaron los ojos, y pensó en lo que sería ella convertida de *chica* en señora, la imaginación limpia de aquella maleza que la perdía, la conciencia hecha de nuevo, el entendimiento iluminado por mil cosas bonitas que aprendería. La misma imaginación, á quien el maestro había puesto que no había por donde cogerla, fué la que le encendió fuegos de entusiasmo en su alma, infundiéndole el orgullo de ser otra mujer distinta de lo que era.

"Pues sí, pues sí... quiero entrar en las Micaelas—afirmó con arranque.

—Pues nada, á purificarse tocan. ¿Ve usted cómo nos hemos entendido?—dijo el clérigo con alegría, levantándose.—Cansado ya de tanto discutir, yo le dije á mi hermano: Si tu pasión es tan fuerte que no la puedes combatir, pon el pleito en mis manos, tonto, que yo te lo arreglaré. Si es mi oficio; si para eso estamos; si no sé hacer otra cosa... ¿Para qué serviría yo si no sirviera para enderezar torceduras de estas?

El orgullo se le rezumía por todos los poros como si fuera sudor; los ojos le brillaban. Cogió la canaleja, diciendo:

"Volveré por aquí. Hablaré á mi hermano y á mi tía. Tenemos ya una gran base de arreglo, que es su conformidad de usted con todo lo que le mande este pobre sacerdote.

Fortunata al darle la mano se la besó.

Las últimas palabras de la visita fueron referentes al mal tiempo, á que él no podía estar en Madrid sino dos semanas, y por fin á la jaqueca que tenía Maximiliano aquel día.

"Es mal de familia. Yo también las padezco. Pero lo que principalmente me trae descompuesto ahora es un pícaro mal de estómago... debilidad, dicen que es debilidad... Tengo que comer muy á menudo y muy poca cantidad... esta es la cosa... Es efecto del excesivo trabajo... ¡qué le

vamos á hacer! Al llegar esta hora se me pone aquí un perrito... lo mismo que un perrito que me estuviera mordiendo. Y como no le eche algo al condenado, me da muy mal rato.

—Si quiere usted... aguarde usted... yo...—dijo Fortunata pasando revista mental á su pobre despensa.

—Quite usted allá, criatura... No faltaba más... ¿Piensa que no me puedo pasar...? No es que yo apetezca nada; lo tomo hasta con asco; pero me sienta bien, conozco que me sienta bien.

—Si quiere usted, traeré... No tengo en casa; pero bajaré á la tienda...

—Quite usted allá... no me lo diga ni en broma... Vaya, abur, abur... Y cuidarse, cuidarse mucho, ¿eh? que andan pulmonías.

El clérigo salió y fué á casa de un amigo donde le solían dar, en aquella crítica hora, el remedio de su debilidad de estómago.

VI

En la noche de aquel memorable día, y cuando la jaqueca se le calmó, pudo enterarse Maxi de que su hermano había ido á la calle de Pelayo, y de que sus impresiones "no habían sido malas" según declaración del propio cura. Daba éste mucha importancia á su apostolado, y cuando le caía en las manos uno de aquellos negocios de conquista espiritual, exageraba los

peligros y dificultades para dar más valor á su victoria. El otro se abrasaba en impaciencia; mas no conseguía obtener de Nicolás sino medias palabras. "Allá verémos... estas no son cosas de juego... Ya tengo las manos en la masa... no es mala masa; pero hay que trabajarla á pulso... esta es la cosa. He de volver allá... Es preciso que tengas paciencia... ¿pues tú qué te crees?„ El pobre chico no veía las santas horas de que llegase el día para saber por ella pormenores de la conferencia. Fortunata le vió entrar sobre las diez, pálido como la cera, convalesciente de la jaqueca, que le dejaba mareos, aturdimiento y fatiga general. Se echó en el sofá; cubrióle su amiga la mitad del cuerpo con una manta, púsole almohadas para que recostase la cabeza, y á medida que esto hacía, le aplacaba la curiosidad contándole precipitadamente todo.

Aquella idea de llevarla al convento como á una casa de purificación, parecióle á Maxi prueba estupenda del gran talento catequizador de su hermano. Á él le había pasado vagamente por la cabeza algo semejante; mas no supo formularlo. ¡Qué insigne hombre era Nicolás! ¡Ocurrirle aquello!... Tamizada por la religión, Fortunata volvería á la sociedad limpia de polvo y paja, y entonces ¿quién osaría dudar de su honorabilidad? El espíritu del sietemesino, revuelto desde el fondo á la superficie por la pa-

sión, como un mar sacudido por furioso huracán, se corría, digámoslo así, de una parte á otra, explayándose en toda idea que se le pusiese delante. Así, lo mismo fué presentársele la idea religiosa, que tenderse hacia ella y cubrirla toda con impetuosa y fresca onda. ¡La religión, qué cosa tan buena!... ¡Y él, tan torpe, que no había caído en ello! No era torpeza sino distracción. Es que andaba muy distraído. Y su manceba, que más bien era ya novia, se le apareció entonces con aureola resplandeciente y se revistió de ideales atributos. Creeríase que el amor que le inspiraba se iba á depurar aún más, haciéndose tan sutil como aquél que dicen le tenía á Beatríz el Dante, ó el de Petrarca por Laura, que también era amor de lo más fino.

Nunca había sido Maximiliano muy dado á lo religioso; pero en aquel instante le entraron de sopetón en el espíritu unos ardores de piedad tan singulares, unas ganas de tomarse confianzas con Cristo ó con la Santísima Trinidad, y aun con tal ó cual santo, que no sabía lo que le pasaba. El amor le conducía á la devoción, como le habría conducido á la impiedad, si las cosas fuesen por aquel camino. Tan bien le pareció el plan de su hermano, que el gozo le reprodujo el dolor de cabeza, aunque levemente. Comprimiéndose con dos dedos de la mano la ceja izquierda, habló á Fortunata de lo buenas que debían de ser aquellas madres Micaelas,

de lo bonito que sería el convento, y de las preciosas y utilísimas cosas que allí aprendería, soltando como por ensalmo la cáscara amarga y trocándose en señora, sí, en señora tan decente, que habría otras lo mismo, pero más no... más no.

A Fortunata se le comunicó el entusiasmo. ¡La religión! Tampoco ella había caído en esto. ¡Cuidado que no ocurrírsele una cosa tan sencilla...! Lo particular era que veía su purificación como se ve un milagro cuando se cree en ellos, como convertir el agua en vino ó hacer de cuatro peces cuarenta.

"Díme una cosa—preguntó á Maxi, acordándose de que era bella.—¿Y me pondrán tocas blancas?

—Puede que sí—replicó él con seriedad.—No puedo asegurártelo; pero es fácil que sí te las pongan.

Fortunata cogió una toalla y echándosela por la cabeza, se fué á mirar al espejo. Acordóse entonces de una cosa esencial, esto es, que en la nueva existencia, la hermosura física no valía un pito y que lo que importaba y tenía valor era la del alma. Observando la cara que tenía Maxi aquel día y lo pálido que estaba, consideró que las prendas morales del joven empezaban á transparentarse en su rostro, haciéndole menos desagradable... Entrevió una mudanza radical en su manera de ver las cosas.

"¡Quién sabe—se dijo,—lo que pasará después de estar allí tratando con las monjas, rezando y viendo á todas horas la custodia! De seguro me volveré otra sin sentirlo. Yo saco la cuenta de lo bueno que puede sucederme, por lo malo que me ha sucedido. Calculo que esto es como cuando una teme llegar á la cosa más mala del mundo y dice una: "jamás llegaré á eso." Y ¿qué pasa? que luégo llega una y se asombra de verse allí, y dice: "parecía mentira." Pues lo mismo será con lo bueno. Dice una: "jamás llegaré tan arriba," y sin saber cómo, arriba se encuentra.

Maximiliano se quedó á almorzar; pero la irritación de su estómago y la desgana hubieron de contenerle en la más prudente frugalidad. Ella en cambio tenía buen apetito, porque había trabajado mucho aquella mañana y quizás porque estaba contenta y excitada. De aquí tomó pié el redentor para hablar de lo mucho que comía su hermano Nicolás. Esto desilusionó un poco á Fortunata, que se quedó como lela, mirando á su amante, y deteniendo el tenedor á poca distancia de la boca. Creía ella que los curas de mucho saber y virtud debían de conocerse en el poco uso que hacían del agua y jabón, y también en que su alimento no podía ser sino yerbas cocidas y sin sal.

Toda la tarde estuvieron platicando acerca de la ida al convento y también sobre cosas re-

lacionadas con la parte material de su existencia futura. "En la partición—dijo con cierto énfasis Maximiliano,—me tocan fincas rústicas. Mi tía se enfadó porque deseaba para mí el dinero contante; pero yo no soy de su opinión; prefiero los inmuebles.„

Fortunata apoyó esta idea con un signo de cabeza; mas no estaba segura de lo que significaba la palabra *inmueble*, ni quería tampoco preguntarlo. Ello debía de ser lo contrario de muebles. Maxi la sacó de dudas más tarde, hablando de sus olivares y viñas y de la buena cosecha que se anunciaba; por lo cual vino á entender que inmuebles es lo mismo que decir árboles. También ella prefería las propiedades de campo á todas las demás clases de riqueza. Después que se retiró su amante, se quedó pensando en su fortuna, y todo aquel fárrago de olivos, parrales y carrascales que tenía metido en la cabeza le impidió dormir hasta muy tarde, enderezando aún más sus propósitos por la vía de la honradéz.

"A ver, ¿qué tal?... ¿cómo es?... ¿es guapa? —había preguntado doña Lupe á Nicolás con vivísima curiosidad.

Aunque el insigne clérigo no tenía cierta clase de pasiones, sabía apreciar el género á la vista. Hizo con los dedos de su mano derecha un manojo, y llevándolos á la boca los apartó al instante, diciendo:

"Es una mujer... hasta allí.

Doña Lupe se quedó desconcertada. A los peligros ya conocidos debían unirse los que ofrece por sí misma toda belleza superior dentro de la máquina del matrimonio. "Las mujeres casadas *no deben* ser muy hermosas—dijo la señora promulgando la frase con acento de convicción profunda.

Hízole otras mil preguntas para aplacar su ardentísima curiosidad; cómo estaba vestida y peinada; qué tal se expresaba; cómo tenía arreglada la casa, y Nicolás respondía echándoselas de observador. Sus impresiones no habían sido malas, y aunque no tenía bastantes datos para formar juicio del verdadero carácter de la prójima, podía anticipar, fiado en su experiencia, en su buen ojo y en un cierto no sé qué, presunciones favorables. Con esto la curiosidad de doña Lupe se acaloraba más, y ya no podía tener sosiego hasta no meter su propia naríz en aquel guisado. Visitar á la tal no le parecía digno, habiendo hecho tantos aspavientos en contra suya; pero estar muchos días sin verla y averiguarle las faltas, si las tenía, era imposible. Hubiera deseado verla *por un agujerito*. Con el sobrinillo no quería la señora dar su brazo á torcer, y siempre se mostraba intolerante, aunque ya con menos fuego. Parecióle buena idea aquello de purificarla en las Micaelas, y aunque á nadie lo dijo, para sí

consideraba aquel camino como el único que podía conducir á una solución. Rabiaba por echarle la vista encima al *basilisco*, y como su sobrino no le decía que fuera á verla, este silencio hacíala rabiar más. Un día ya no pudo contenerse, y cogiendo descuidado á Maxi en su cuarto, le embocó esto de buenas á primeras: "No creas que voy yo á rebajarme á eso...

—¿A qué, señora?

—Á visitar á tu... no puedo pronunciar ciertas palabras. Me parece indecoroso que yo vaya allá, á pesar de todos esos proyectos de legía eclesiástica que le vais á dar.

—Señora, si yo no he dicho á usted nada...

—Te digo que no iré... no iré.

—Pero tía...

—No hay tía que valga. No me lo has dicho; pero lo deseas. ¿Crees que no te leo yo los pensamientos? ¡Qué podrás tú disimular delante de mí! Pues no, no te sales con la tuya. Yo no voy allá sino en el caso de que me lleveis atada de piés y manos.

—Pues la llevarémos atada de manos y piés —dijo Maxi, riendo.

Lo deseaba, sí; pero como tenía su criterio formado y su invariable línea de conducta trazada, no daba un valor excesivo á lo que de la visita pudiera resultar. Véase por dónde la fuerza de las circunstancias había puesto á doña Lupe en una situación subalterna, y el pobre

chico, que meses antes no se atrevía á chistar delante de ella, miraba á su tía de igual á igual. La dignidad de su pasión había hecho del niño un hombre, y como el plebeyo que se ennoblece, miraba á su antiguo autócrata con respeto, pero sin miedo.

Como Nicolás visitaba algunos días á Fortunata para enseñarle la doctrina cristiana, doña Lupe se ponía furiosa. Tantas idas y venidas decía ella que le tenían revuelto el estómago. Pero el sentimiento que verdaderamente la hacía chillar era como envidia de que fuese Nicolás y no pudiera ir ella. Por este motivo andaban tía y sobrino algo desavenidos. Corría Marzo, y el día de San José dijo Nicolás en la mesa: "Tía, ya hay fresa.„ Pero la indirecta no hizo efecto en la económica viuda. Volvió á la carga el clérigo en diferentes ocasiones: "¡Qué fresa más rica he visto hoy! Tía, ¿á cómo estará ahora la fresa?

—No lo sé, ni me importa—replicó ella,—porque como no la pienso traer hasta que no se ponga á tres reales...

Nicolás dió un suspiro, mientras doña Lupe decía para sí: "Como no comas más fresa que la que yo te ponga, tragaldabas, aviado estás.„

Y como doña Lupe era algo golosa, trajo un día un cucurucho de fresa, bien escondido entre la mantilla; mas no lo puso en la mesa. Concluída la comida, y mientras Nicolás leía

La Correspondencia ó *El Papelito* en el comedor, doña Lupe se encerraba en su cuarto para comerse la fresa bien espolvoreada con azúcar. En cuanto el cura se echaba á la calle, salía doña Lupe de su escondite para ofrecer á Maximiliano un poco de aquella sabrosa fruta, y entraba en su cuarto con el platito y la cucharilla. Agradecía mucho estas finezas el chico, y se comía la golosina. Mirábale comer su tía con expectante atención, y cuando quedaban en el plato no más que seis ó siete fresas, se lo quitaba de las manos diciendo: "Esto para Papitos que está con cada ojo como los de un besugo.

La chiquilla se comía las fresas, y después, con los lengüetazos que le daba al plato, lo dejaba como si lo hubiera lavado.

VII

Juan Pablo prestaba atención muy escasa al asunto de Maximiliano y á todos los demás asuntos de la familia, como no fuera el de la herencia. Su anhelo era cobrar pronto para pagar sus trampas. Entraba de noche muy tarde, y casi siempre comía fuera, lo que agradecía mucho doña Lupe, pues Nicolás con su voracidad puntual le desequilibraba el presupuesto de la casa. La misantropía que le entró á Juan Pablo desde su desairado regreso del Cuartel Real no se alteró en aquellos días que sucedie-

ron á la herencia. Hablaba muy poco, y cuando doña Lupe le nombraba el casorio de Maxi, como cuando se le pega á uno un alfilerazo para que no se duerma, alzaba los hombros, decía palabras de desdén hacia su hermano y nada más. "Con su pan se lo coma... ¿Y á mí qué?„

De carlismo no se hablaba en la casa, porque doña Lupe no lo consentía. Pero una mañana, los dos hermanos mayores se enfrascaron de tal modo en la conversación, más bien disputa, que no hicieron maldito caso de la señora. Juan Pablo estaba lavándose en su cuarto, entró Nicolás á decirle no sé qué, y por si el cura Santa Cruz era un bandido ó un loco, se fueron enzarzando, enzarzando hasta que...

"¿Quieres que te diga una cosa?—gritaba el primogénito, descomponiéndose.—Pues don Carlos no ha triunfado ya por vuestra culpa, por culpa de los curas. Hay que ir allá, como he ido yo, para hacerse cargo de las intrigas de la gentualla de sotana, que todo lo quiere para sí, y no va más que á desacreditar con calumnias y chismes á los que verdaderamente trabajan. Yo no podía estar allí; me ahogaba. Le dije á Dorregaray: "mi general, no sé cómo usted aguanta esto,„ y él se alzaba de hombros, poniéndome una cara...! No pasaba día sin que los lechuzos le llevaran un cuento á don Carlos. Que Dorregaray andaba en tratos con Moriones para rendirse, que Moriones le había

ofrecido diez millones de reales, en fin, mil indecencias. Cuando llegó á mi noticia que me acusaban de haber ido al Cuartel General de Moriones á llevar recados de mi jefe, me volé, y aquella misma tarde, habiéndome encontrado á la camarilla en el atrio de la iglesia de San Miguel, me lié la manta á la cabeza, y por poco se arma allí un Dos de Mayo. "Aquí no hay más traidores que ustedes. Lo que tienen es envidia del traidor, si le hubiera, por el provecho que saque de su traición. No digo yo por diez millones; pero por diez mil ochavos venderían ustedes al Rey, y toda su descendencia; ladrones, infames, tíos de Judas. En fin, que si no acierta á pasar el coronel Goiri, que me quería mucho, y me coge á la fuerza y me arranca de allí y me lleva á mi casa, aquella tarde sale el redaño de un cura á ver la puesta del sol. Estuve tres días en cama con un amago de ataque cerebral. Cuando me levanté, pedí una audiencia á Su Majestad. Su contestación fué ponerme en la mano el canuto y el pasaporte para la frontera. En fin, que los *engarza-rosarios* dieron conmigo en tierra, porque no me prestaba á ayudarles en sus maquinaciones contra los leales y valientes. Por las sotanas se perdió don Carlos V, y al VII no le aprovechó la lección. Allá se las haya. ¿No querías religión? pues ahí la tienes; atrácate de curas, indigéstate y revienta.

—Es una apreciación tuya—dijo Nicolás moderando su ira,—que no me parece muy fundada... esta es la cosa.

—¿Tú qué sabes lo que es el mundo y la realidad? Estás en babia.

—Y tú, me parece que estás algo ido, porque cuidado que has dicho disparates.

—Cállate la boca, estúpido...—dijo Nicolás, sulfurándose.

—¿Sabes lo que te digo?—gritó Juan Pablo, alzando arrogante la voz,—que á mí no se me manda callar, ¿estamos? He tenido el honor de decirle cuatro frescas al obispo de Persépolis, y quien no teme á las sotanas moradas, ¿qué miedo ha de tener á las negras?...

—Pues yo te digo... — agregó Nicolás descompuesto, trémulo y no sabiendo si amenazar con los puños ó simplemente con las palabras, —yo te digo que eres un chisgaravís.

—¿Qué alboroto es este?—clamó doña Lupe entrando á poner paz.—¡Vaya con los caballeros estos! Ya les dije otra vez á los señores ojalateros, que cuando quisieran disputar por alto se fueran á hacerlo á la calle. En mi casa no quiero escándalos.

—Es que con este bruto no se puede discutir...—dijo Nicolás, que casi no podía respirar de tan sofocado como estaba.

Juan Pablo no decía nada, y siguió vistiéndose, volviendo la espalda á su hermano.

"¡Vaya un genio que has echado!—le dijo doña Lupe, sin que él la mirara.—Podías considerar que tu hermano es sacerdote... Y sobre todo, no vengas echándotela de plancheta; porque si te salió mal el pase á *la infame facción*, y has tenido que volverte con las manos en la cabeza, ¿que culpa tenemos los demás?

Juan Pablo no se dignó contestar. Doña Lupe cogió por un brazo al cura y se lo llevó consigo temerosa de que se enzarzaran otra vez. En el comedor estaba Maximiliano sentado ya para almorzar. Había oído la reyerta sin dársele una higa de lo que resultara. Allá ellos. A Nicolás no le quitó su berrinchín el apetito, pues ninguna turbación del ánimo, por grande que fuera, le podía privar de su más característica manifestación orgánica. Los tres oyeron gritos en la calle, y doña Lupe puso atención, creyendo que era un *extraordinario* de periódico anunciando triunfos del ejército liberal sobre los carlistas. En aquellos días del año 1874, menudeaban los suplementos de periódico, manteniendo al vecindario en continua ansiedad.

"Papitos—dijo la señora,—toma dos cuartos y bájate á comprar el *extraordinario de la Gaceta*. Vereis como habla de alguna buena tollina que les han dado á los *tersos*.

Nicolás que tenía un oído sutilísimo, después de callar un rato y hacer callar á todos,

dijo: "Pero, tía, no sea usted chiflada. Si no hay tal pregón de *extraordinario*. Lo que dice la voz, claramente se oye... *El freseeeero... fresa.*

—Puede que así sea—replicó doña Lupe, guardando su portamonedas más pronto que la vista.—Pero está tan verde, que es un puro vinagre...

—Todo sea por Dios—se dejó decir Nicolás suspirando.—Peor la pasó Jesús, que pidió agua y le dieron hiel.

Mascando el último bocado, salió Maximiliano para irse á clase, llevando la carga de sus libros, y mucho después almorzó Juan Pablo solo. Aquellos almuerzos servidos á distintas horas molestaban mucho á doña Lupe. ¿Se creían sus sobrinos que aquella casa era una posada? El único que tenía consideración, el que menos guerra daba y el que menos comía era Maxi, el de la pasta de ángel, siempre comedido, aun después de que le volvieron tarumba los ojos de una mujer. Sobre esto reflexionaba doña Lupe aquella tarde, cosiendo en la sillita, junto al balcón de la calle, sin más compañía que la del gato.

"Dígase lo que se quiera, es el mejor de los tres—pensaba, metiendo y sacando la aguja,—mejor que el egoistón de Nicolás, mejor que el tarambana de Juan Pablo... ¿Que se quiere casar con una...? Hay que ver, hay que ver eso. No se puede juzgar sin oir... Podría suceder que no

fuera... Se dan casos... ¡Vaya!... Y está enamorado como un tonto... ¿Y qué le vamos á hacer? Dios nos tenga de su mano.

Entró Nicolás de la calle, y preguntado por doña Lupe, dijo que venía de casa del *basilisco.* Aquel día se mostró más satisfecho, llegando á asegurar que su catecúmena comprendía bien las cosas de religión, y que en lo moral parecía ser *de buena madera*, con lo que llegó á su colmo la curiosidad de la viuda y ya no le fué posible sostener por más tiempo el papel desdeñoso que representaba.

"Tanto te empeñarás — dijo al estudiante aquella noche,—que al fin lo vas á conseguir.

—¿Qué, tía?

—Que vaya yo en persona á ver á esa... Pero conste que si voy es contra mi voluntad.

Maximiliano, que era bondadoso y quería estar bien con ella, no quiso manifestarle indiferencia. "Pues sí, tía, si usted va á verla, se lo agradeceremos toda nuestra vida.

—Ninguna falta me hacen vuestros agradecimientos, si es que me decido á ir, que todavía no lo sé...

—Sí, tía.

—Ni voy, si es que me decido, porque me lo agradezcais, sino por medir con mis propios ojos toda la hondura del abismo en que te quieres arrojar, y ver si hallo aún modo de apartarte de él.

—Mañana mismo, tía; yo la acompaño á usted—dijo entusiasmado el chico.—Verá usted mi abismo, y cuando lo vea, me empujará.

Y fué al día siguiente doña Lupe, vestida con los trapitos de cristianar, porque antes había ido á la gran función del asilo de doña Guillermina, por invitación de ésta, de lo que estaba muy satisfecha. Quería dar golpe, y como tenía tanto dominio sobre sí y se expresaba con tanta soltura, juzgaba fácil darse mucho lustre en la visita.

Así fué en efecto. Pocas veces en su vida, ni aun en los mejores días de Jáuregui, se dió doña Lupe tanto pisto como en aquella entrevista, pues siendo el *basilisco* tan poco fuerte en artes sociales y hallándose tan cohibida por su situación y su mala fama, la otra se despachó á su gusto y se empingorotó hasta un extremo increíble. Trataba doña Lupe á su presunta sobrina con urbanidad; pero guardando las distancias. Había de conocerse hasta en los menores detalles, que la visitada era una moza de cáscara amarga, con recomendables pretensiones de decencia, y la visitante una señora, y no una señora cualquiera, sino la señora de Jáuregui, el hombre más honrado y de más sanas costumbres que había existido en todo tiempo en Madrid ó por lo menos en Puerta Cerrada. Y su condición de dama se probaba en que después de haber hecho todo lo posible,

en la primera parte de la visita, por mostrar cierta severidad de principios, juzgó en la segunda que venía bien caerse un poco del lado de la indulgencia. El verdadero señorío jamás se complace en humillar á los inferiores. Doña Lupe se sintió con unas ganas tan vivas de protección con respecto á Fortunata, que no podría llevarse cuenta de los consejos que le dió y reglas de conducta que se sirvió trazarle. Es que se pirraba por proteger, dirigir, aconsejar y tener alguien sobre quién ejercer dominio...

Una de las cosas que más gracia le hicieron en Fortunata, fué su timidéz para expresarse. Se le conocía en seguida que no hablaba como las personas finas, y que tenía miedo y vergüenza de decir disparates. Esto la favoreció en opinión de doña Lupe, porque el desenfado en el lenguaje habría sido señal de anarquía en la voluntad. "No se apure usted—le decía la viuda, tocándole familiarmente la rodilla con su abanico;—que no es posible aprender en un día á expresarse como nosotras. Eso vendrá con el tiempo y el uso y el trato. Pronunciar mal una palabra no es vergüenza para nadie, y la que no ha recibido una educación esmerada no tiene la culpa de ello..

Fortunata estaba pasando la pena negra con aquella visita de *tantismo cumplido*, y un color se le iba y otro se le venía, sin saber

cómo contestar á las preguntas de doña Lupe ni si sonreir ó ponerse seria. Lo que deseaba era que se largara pronto. Hablaron de la ida al convento, resolución que la tía de Maxi alabó mucho, esforzándose en sacar de su cabeza los conceptos más alambicados y los vocablos más requetefinos. A tal extremo hubo de llegar en esto, que Fortunata quedóse en ayunas de muchas cosas que le oyó. Por fin llegó el instante de la despedida, que Fortunata deseaba con ansia y temía, considerándose incapáz de decir con claridad y sosiego todas aquellas fórmulas últimas y el ofrecimiento de la casa. La de Jáuregui lo hizo como persona corrida en esto; Fortunata tartamudeó, y todo lo dijo al revés.

Maximiliano habló poco durante la visita. No hacía más que estar *al quite*, acudiendo con el capote allí donde Fortunata se veía en peligro por torpeza de lenguaje. Cuando salió doña Lupe, creyó que debía acompañarla hasta la calle, y así lo hizo.

"Si es una bobona...—dijo la viuda á su sobrino;—tal para cual... Parece que la han cogido con lazo. En manos de una persona inteligente, esta mujer podría enderezarse, porque no debe de tener mal fondo. Pero yo dudo que tú...



VIII

Doña Lupe era persona de buen gusto y apreció al instante la hermosura del *basilisco* sin ponerle reparos, como es uso y costumbre en juicios de mujeres. Aun aquellas que no tienen pretensiones de belleza se resisten á proclamar la ajena. "Es bonita de veras — decía para sí la viuda, camino de su casa, — lo que se llama bonita. Pero es una salvaje que necesita que la domestiquen.„ Los deseos de aprender que Fortunata manifestaba le agradaron mucho, y sintió que se agitaban en su alma, con pruritos de ejercitarse, sus dotes de maestra, de consejera, de protectora y jefe de familia. Poseía doña Lupe la aptitud y la vanidad educativas, y para ella no había mayor gloria que tener alguien sobre quién desplegar autoridad. Maxi y Papitos eran al mismo tiempo hijos y alumnos, porque la señora se hacía siempre querer de los seres inferiores á quienes educaba. El mismo Jáuregui había sido también, al decir de la gente, tan discípulo como marido.

Volvió, pues, á su casa la tía de Maximiliano revolviendo en su mente planes soberbios. La pasión de domesticar se despertaba en ella delante de aquel magnífico animal que estaba pidiendo una mano hábil que lo desbravase. Y

véase aquí cómo á impulsos de distintas pasiones, tía y sobrino vinieron á coincidir en sus deseos; véase cómo la tirana de la casa concluyó por mirar con ojos benévolos á la misma persona de quien había dicho tantas perrerías. Mucho agradecía esto el joven, y juzgando por sí mismo, creía que la indulgencia de doña Lupe se derivaba de un afecto, cuando en rigor provenía de esa imperiosa necesidad que sienten los humanos de ejercitar y poner en funciones toda facultad grande que poseen. Por esto la viuda no cesaba de pensar en el gran partido que podía sacar de Fortunata, desbastándola y puliéndola hasta tallarla en señora, é imaginaba una victoria semejante á la que Maximiliano pretendía alcanzar en otro orden. La cosa no sería fácil, porque el animal debía de tener muchos resabios; pero mientras más grande fueran las dificultades, más se luciría la maestra. De repente le entraban á la señora de Jáuregui recelos punzantes, y decía: "Si no puede ser, si es mucha mujer para medio hombre. Si no existiera este maldito desequilibrio de sangre, él con su cariño y yo con lo mucho que sé, domaríamos á la fiera; pero esta moza se nos tuerce el mejor día, no hay duda de que se nos tuerce."

Media semana estuvo en esta lucha, ya queriendo ceder para oficiar de maestra, ya perseverando en sus primitivos temores é inclinán-

dose á no intervenir para nada... Pero con las amigas tenía que representar otros papeles, pues era vanidosa fuera de casa, y no gustaba nunca de aparecer en situación desairada ó ridícula. Cuidaba mucho de ponerse siempre muy alta, para lo cual tenía que exagerar y embellecer cuanto la rodeaba. Era de esas personas que siempre alaban desmedidamente las cosas propias. Todo lo suyo era siempre bueno: su casa era la mejor de la calle, su calle la mejor del barrio, y su barrio el mejor de la villa. Cuando se mudaba de cuarto, esta supremacía domiciliaria iba con ella á donde quiera que fuese. Si algo desairado ó ridículo le ocurría, lo guardaba en secreto; pero si era cosa lisonjera, la publicaba poco menos que con repiques. Por esto cuando se corrió entre las familias amigas que el sietemesino se quería casar con una tarasca, no sabía *la de los Pavos* cómo arreglarse para quedar bien. Dificilillo de componer era aquello, y no bastaba todo su talento á convertir en blanco lo negro, como otras veces había hecho.

Varias noches estuvo en la tertulia de las de la Caña completamente achantada y sin saber por dónde tirar. Pero desde el día en que vió á Fortunata, se sacudió la morriña, creyendo haber encontrado un punto de apoyo para levantar de nuevo el mundo abatido de su optimismo. ¿En qué creeréis que se fundó para

volver á tomar aquellos aires de persona superior á todos los sucesos? Pues en la hermosura de Fortunata. Por mucho que se figuraran de su belleza, no tendrían idea de la realidad. En fin, que había visto mujeres guapas, pero como aquella ninguna. Era una divinidad *en toda la extensión de la palabra.*

Pasmadas estaban las amigas oyéndola, y aprovechó doña Lupe este asombro para acudir con el siguiente ardid estratégico: "Y en cuanto á lo de su mala vida, hay mucho que hablar... No es tanto como se ha dicho. Yo me atrevo á asegurar que es muchísimo menos.

Interrogada sobre la condición moral y de carácter de la divinidad, hizo muchas salvedades y distingos: "Eso no lo puedo decir... No he hablado con ella más que una vez. Me ha parecido humilde, de un carácter apocado, de esas que son fáciles de dominar por quien pueda y sepa hacerlo." Hablando luégo de que la metían en las Micaelas, todas las presentes elogiaron esta resolución, y doña Lupe se encastilló más en su vanidad, diciendo que había sido idea suya y condición que puso para transigir, que después de una larga cuarentena religiosa podía ser admitida en la familia, pues las cosas no se podían llevar á punto de lanza, y eso de tronar con Maximiliano y cerrarle la puerta, muy pronto se dice; pero hacerlo ya es otra cosa.

Entre tanto, acercábase el día designado para llevar el *basilisco* á las Micaelas. Nicolás Rubín había hablado al capellán, su compañero de Seminario, el cual habló á la Superiora, que era una dama ilustre, amiga íntima y pariente lejana de Guillermina Pacheco. Acordada la admisión en los tèrminos que marca el reglamento de la casa, sólo se esperaba para realizarla á que pasasen los días de Semana Santa. El Jueves salieron Maxi y su amiga á andar algunas estaciones, y el Viernes muy tempranito fueron á la Cara de Dios, dándose después un largo paseo por San Bernardino. Fortunata estaba, con la religión, como chiquillo con zapatos nuevos, y quería que su amante le explicase lo que significan el Jueves Santo y las Tinieblas, el Cirio Pascual y demás símbolos. Maxi salía del paso con dificultad, y allá se las arreglaba de cualquier modo, poniendo á los huecos de su ignorancia los remiendos de su inventiva. La religión que él sentía en aquella crisis de su alma era demasiado alta y no podía inspirarle verdadero interés por ningún culto; pero bien se le alcanzaba que la inteligencia de Fortunata no podía remontarse más arriba del punto á donde alcanzan las torres de las iglesias católicas. Él sí; él iba lejos, muy lejos, llevado del sentimiento más que de la reflexión, y aunque no tenía base de estudios en qué apoyarse, pensa-

ba en las causas que ordenan el universo é imprimen al mundo físico como al mundo moral movimiento solemne, regular y matemático. "Todo lo que debe pasar, pasa—decía,—y todo lo que debe ser, es.„ Le había entrado fe ciega en la acción directa de la Providencia sobre el mecanismo funcionante de la vida menuda. La Providencia dictaba no sólo la historia pública sino también la privada. Por debajo de esto ¿qué significaban los símbolos? Nada. Pero no quería quitarle á Fortunata su ilusión de las imágenes, del *gori gori* y de las pompas teatrales que se admiran en las iglesias, porque, ya se ve... la pobrecilla no tenía su inteligencia cultivada para comprender ciertas cosas, y á fuer de pecadora, convenía conservarla durante algún tiempo sujeta á observación, en aquel orden de ideas relativamente bajo, que viene á ser algo como sanitarismo moral ó policía religiosa.

El entusiasmo que la joven sentía era como los encantos de una moda que empieza. Iban, pues, los dos amantes, como he dicho, por aquellos altozanos de Vallehermoso, ya entre tejares, ya por veredas trazadas en un campo de cebada, y al fin se cansaron de tanta charla religiosa. A Rubín se le acabó su saber de liturgia, y á Fortunata le empezaba á molestar un pié, á causa de la apretura de la bota. El calzado estrecho es gran suplicio, y la moles-

tia física corta los vuelos de la mente. Habían pasado por junto á los cementerios del Norte, luégo hicieron alto en los depósitos de agua; la samaritana se sentó en un sillar y se quitó la bota. Maximiliano le hizo notar lo bien que lucía desde allí el apretado caserío de Madrid con tanta cúpula y detrás un horizonte inmenso que parecía la mar. Después le señaló hacia el lado del Oriente una mole de ladrillo rojo, parte en construcción, y le dijo que aquel era el convento de las Micaelas donde ella iba á entrar. Pareciéronle á Fortunata bonitos el edificio y su situación, expresando el deseo de entrar pronto, aquel mismo día si era posible. Asaltó entonces el pensamiento de Rubín una idea triste. Bueno era lo bueno, pero no lo demasiado. Tanta piedad podía llegar á ser una desgracia para él, porque si Fortunata se entusiasmaba mucho con la religión y se volvía santa de veras, y no quería más cuentas con el mundo, sino quedarse allí encerradita adorando la custodia durante todo el resto de sus días...! ¡Oh! esta idea sofocó tanto al pobre redentor, que se puso rojo. Y bien podía suceder, porque algunas que entraban allí cargadas de pecados se corregían de tal modo y se daban con tanta gana á la penitencia, que no querían salir más, y hablarles de casarse era como hablarles del demonio... Pero no, Fortunata no sería así; no tenía ella cariz de volverse santa

en toda la extensión de la palabra, como diría doña Lupe. Si lo fuera, Maximiliano se moriría de pena, se volvería entonces protestante, masón, judío, ateo.

No manifestó estos temores á su querida, que estaba con un pié calzado y otro descalzo, mirando atentamente las idas y venidas de una procesión de hormigas. Unicamente le dijo: "Tiempo tienes de entrar. No conviene tampoco que te dé muy fuerte.

Era preciso seguir. Volvió á ponerse la bota y... ¡ay! ¡qué dolor! lo malo fué que aquel día, Viernes Santo, no había coches, y no era posible volver á la casa de otra manera que á pié.

"Nos hemos alejado mucho—dijo Maximiliano ofreciéndole su brazo.—Apóyate y así no cojearás tanto... ¿Sabes lo que pareces así, llevada á remolque?... pues una embarazada fuera de cuenta, que ya no puede dar un paso, y yo parezco el marido que pronto va á ser padre.„ No pudo menos de hacerla reir esta idea, y recordando que la noche anterior, Maximiliano, en las efusiones epilépticas de su cariño, había hablado algo de sucesión, dijo para su sayo: "De eso sí que estás tú libre.„

El jueves siguiente fué conducida Fortunata á las Micaelas.

V

Las Micaelas por fuera.

I

Hay en Madrid tres conventos destinados á la corrección de mujeres. Dos de ellos están en la población antigua, uno en la ampliación del Norte, que es la zona predilecta de los nuevos institutos religiosos y de las comunidades expulsadas del centro por la incautación revolucionaria de sus históricas casas. En esta faja Norte son tantos los edificios religiosos que casi es difícil contarlos Los hay para monjas reclusas, y para las religiosas que viven en comunicación con el mundo y en batalla ruda con la miseria humana, en estas ordenes modernas derivadas de la de San Vicente de Paul, cuya mortificación consiste en recoger ancianos, asistir enfermos ó educar niños. Como por encanto hemos visto levantarse en aquella zona grandes pelmazos de ladrillo, de dudoso valer arquitectónico, que manifiestan cuán positiva es aún la propaganda religiosa, y qué resultados tan prácticos se obtienen del ahorro espiritual, ó sea la limosna, cultivado por buena mano. Las *Hermanitas de los Pobres*, las *Siervas de María* y

otras, tan apreciadas en Madrid por los positivos auxilios que prestan al vecindario, han labrado en esta zona sus casas con la prontitud de las obras de contrata. De institutos para clérigos sólo hay uno, grandón, vulgar y triste como un falansterio. Las Salesas Reales, arrojadas del convento que les hizo doña Bárbara, tienen también domicilio nuevo, y otras monjas históricas, las que recogieron y guardaron los huesos de D. Pedro el Cruel, acampan allá sobre las alturas del barrio de Salamanca.

La planicie de Chamberí, desde los Pozos y Santa Bárbara hasta más allá de Cuatro Caminos, es el sitio preferido de las ordenes nuevas. Allí hemos visto levantarse el asilo de Guillermina Pacheco, la mujer constante y extraordinaria, y allí también la casa de las Micaelas. Estos edificios tienen cierto carácter de improvisación, y en todos, combinando la baratura con la prisa, se ha empleado el ladrillo al descubierto, con ciertos aires mudéjares y pegotes de gótico á la francesa. Las iglesias afectan, en las frágiles escayolas que las decoran interiormente, el estilo adamado con pretensiones de elegante de la basílica de Lourdes. Hay, pues, en ellas una impresión de aseo y arreglo que encanta la vista, y una deplorable manera arquitectónica. La importación de los nuevos estilos de piedad, como el del Sagrado Corazón, y esas manadas de curas de babero expulsados

de Francia, nos han traído una cosa buena, el aseo de los lugares destinados al culto; y una cosa mala, la perversión del gusto en la decoración religiosa. Verdad que Madrid apenas tenía elementos de defensa contra esta invasión, porque las iglesias de esta villa, además de muy sucias, son verdaderos adefesios como arte. Así es que no podemos alzar mucho el gallo. El barroquismo sin gracia de nuestras parroquias, los canceles llenos de mugre, las capillas cubiertas de horribles escayolas empolvadas y todo lo demás que constituye la vulgaridad indecorosa de los templos madrileños, no tiene que echar nada en cara á las cursilerías de esta novísima monumentalidad, también armada en yesos deleznables y con derroche de oro y pinturas al temple, pero que al menos despide olor de aseo, y tiene el decoro de los sitios en que anda mucho la santidad de la escoba, del agua y el jabón.

El caserón que llamamos *Las Micaelas* estaba situado más arriba del de Guillermina, allá donde las rarificaciones de la población aumentan en términos de que es mucho más extenso el suelo baldío que el edificado. Por algunos huecos del caserío se ven horizontes esteparios y luminosos, tapias de cementerios coronadas de cipreses, esbeltas chimeneas de fábricas como palmeras sin ramas, grandes extensiones de terreno mal sembrado para pasto de las

burras de leche y de las cabras. Las casas son bajas, como las de los pueblos, y hay algunas de corredor con habitaciones numeradas, cuyas puertas se ven por la medianería. El edificio de las Micaelas había sido una casa particular, á la que se agregó un ala interior costeando dos lados de la huerta en forma de medio cláustro, y á la sazón se le estaba añadiendo por el lado opuesto la iglesia, que era amplia y del estilo de moda, ladrillo sin revoco modelado á lo mudéjar y cabos de cantería de Novelda labrada en ojival constructivo. Como la iglesia estaba aún á medio hacer, el culto se celebraba en la capilla provisional, que era una gran crujía baja, á la izquierda de la puerta.

En el arreglo de esta crujía para convertirla en templo interino, manifestábase el buen deseo, la pulcritud y la inocencia artística de las excelentes señoras que componían la comunidad. Las paredes estaban estucadas, como las de nuestras alcobas, porque este es un género de decoración barato en Madrid y sumamente favorable á la limpieza. En el fondo estaba el altar, que era, ya se sabe, blanco y oro, de un estilo tan visto y tan determinado, que parece que viene en los figurines. A derecha é izquierda, en cromos chillones de gran tamaño, los dos Sagrados Corazones, y sobre ellos se abrían dos ventanas enjutísimas, terminadas por arriba en corte ojival, con vidrios blancos, rojos y azu-

les, combinados en rombo, como se usan en las escaleras de las casas modernas.

Cerca de la puerta había una reja de madera que separaba el público de las monjas los días en que el público entraba, que eran los jueves y domingos. De la reja para adentro, el piso estaba cubierto de hule, y á los costados de lo que bien podremos llamar nave había dos filas de sillas reclinatorios. A la derecha de la nave dos puertas, no muy grandes: la una conducía á la sacristía, la otra á la habitación que hacía de coro. De allí venían los flauteados de un harmonium tañido candorosamente en los acordes de la tónica y la dominante, y con las modulaciones más elementales; de allí venían también los exaltados acentos de las dos ó tres monjas cantoras. La música era digna de la arquitectura, y sonaba á zarzuela sentimental ó á canción de las que se reparten como regalo á las suscritoras en los periódicos de modas. En esto ha venido á parar el grandioso canto eclesiástico, por el abandono de los que mandan en estas cosas y la latitud con que se vienen permitiendo novedades en el severo culto católico.

La pecadora fué llevada á las Micaelas pocos días después de la Páscua de Resurrección. Aquel día, desde que despertó, se le puso á Maxi la obstrucción en la boca del estómago, pero tan fuerte como si tuviera entre pecho y espalda

atravesado un palo. Molestia semejante sentía en los días de exámenes, pero no con tanta intensidad. Fortunata parecía contenta, y deseaba que la hora llegase pronto para abreviar la espectación y perplejidad en que los dos amantes estaban, sin saber qué decirse. A ella por lo menos no se le ocurría nada que decirle, y aunque á él se le pasaban por el magín muchas cosas, tenía cierta aversión innata á lo teatral, y no gustaba de hablar gordo en ciertas ocasiones. Si ha de decirse verdad, Maxi inspiraba aquel día á su novia un sentimiento de cariño dulce y sosegado, con su poquillo de lástima. Y él procuraba dar á la conversación tono familiar, hablando del tiempo ó recomendando á la joven que tuviese cuidado de no olvidar alguna importante prenda de ropa. Nicolás, que estaba presente, no habría permitido tampoco zalamerías de amor ni besuqueo, y ayudaba á recoger y agrupar todas las cosas que habían de llevarse, añadiendo observaciones tan prácticas como esta: "Ya sabe usted que ni perfumes ni joyas ni ringorrangos de ninguna clase entran en aquella casa. Todo el bagaje mundano se arroja á la puerta."

Cuando vino el mozo que debía llevar el baul, Fortunata estaba ya dispuesta, vestida con la mayor sencilléz. Maximiliano miró diferentes veces su reloj sin enterarse de la hora. Nicolás, que estaba más sereno, miró el suyo y

dijo que era tarde. Bajaron los tres, y fueron pausadamente y sin hablar hacia la calle de Hortaleza á tomar un coche simón. Instalóse el joven con no poco trabajo en la bigotera, porque las faldas de su futura esposa y la ropa talar del clérigo estorbaban lo que no es decible la entrada y la salida; y si el trayecto fuera más largo, el martirio de aquellas seis piernas que no sabían cómo colocarse habría sido muy grande. La neófita miraba por la ventanilla, atraída vagamente y sin interés su atención por la gente que pasaba. Creeríase que miraba hacia fuera por no mirar hacia dentro; Maximiliano se la comía con los ojos, mientras el presbítero procuraba en vano animar la conversación con algunas cuchufletas bien poco ingeniosas.

Llegaron por fin al convento. En la puerta había dos ó tres mendigas viejas, que pidieron limosna, y á Maximiliano le faltó tiempo para dársela. Le amargaba extraordinariamente la boca, y su voz ahilada salía de la garganta con interrupciones y síncopas como la de un asmático. Su turbación le obligaba á refugiarse en los temas vulgares... "¡Vaya que son pesados estos pobres!... Parece que hay misa, porque se oye la campanilla de alzar... Es bonita la casa, y alegre, sí señor, alegre."

Entraron en una sala que hay á la derecha, en el lado opuesto á la capilla. En dicha sala

recibían visitas las monjas, y las recogidas á quienes se permitía ver á su familia los jueves por la tarde, durante hora y media, en presencia de dos madres. Adornada con sencilléz rayana en pobreza, la tal sala no tenía más que algunas estampas de santos y un cuadrote de San José, al óleo, que parecía hecho por la misma mano que pintó el Jáuregui de la casa de doña Lupe. El piso era de baldosín, bien lavado y frotado, sin más defensa contra el frío que dos esteritas de junco delante de los dos bancos que ocupaban los testeros principales. Dichos bancos, las sillas y un canapé de patas curvas eran piezas diferentes, y bien se conocía que todo aquel pobre menaje provenía de donativos ó limosnas de esta y la otra casa. Ni cinco minutos tuvieron que esperar, porque al punto entraron dos madres que ya estaban avisadas, y casi pisándoles los talones entró el señor capellán, un hombrón muy campechano y que de todo se reía. Llamábase D. León Pintado, y en nada correspondía la persona al nombre. Nicolás Rubín y aquel pasmarote tan grande y tan jovial se abrazaron y se saludaron tuteándose. Una de las dos monjas era joven, coloradita, de boca agraciada y ojos que habrían sido lindísimos si no adolecieran de estrabismo. La otra era seca y de edad madura, con gafas, y daba bien claramente á entender que tenía en la casa más autoridad que su compañera. A las

palabras que dijeron, impregnadas de esa cortesía dulzona que informa el estilo y el metal de voz de las religiosas del día, iba la neófita á contestar alguna cosa apropiada al caso; pero se cortó y de sus labios no pudo salir más que un *ju ju*, que las otras no entendieron. La sesión fué breve. Sin duda las madres Micaelas no gustaban de perder el tiempo. "Despídase usted—le dijo la seca, tomándola por un brazo. Fortunata estrechó la mano de Maxi y de Nicolás, sin distinguir entre los dos, y dejóse llevar. *Rubinius vulgaris* dió un paso, dejando solos á los dos curas que hablaban cogiéndose recíprocamente las borlas de sus manteos, y vió desaparecer á su amada, á su ídolo, á su ilusión, por la puerta aquella pintada de blanco, que comunicaba la sala con el resto de la religiosa morada. Era una puerta como otra cualquiera; pero cuando se cerró otra vez, parecióle al enamorado chico cosa diferente de todo lo que contiene el mundo en el vastísimo reino de las puertas.

II

Echó á andar hacia Madrid por el polvoriento camino del antiguo Campo de Guardias, y volviendo á mirar su reloj por un movimiento maquinal, tampoco entonces se hizo cargo de la hora que era. No se dió cuenta de que su

hermano y D. León Pintado, entretenidos en una conversación interesante y parándose cada diez palabras, se habían quedado atrás. Hablaban de las oposiciones á la lectoral de Sigüenza y de las peloteras que ocurrieron en ella. El capellán, como candidato reventado, ponía de oro y azul al obispo de la diócesis y á todo el cabildo. Maximiliano, sin advertir las paradas, siguió andando hasta que se encontró en su casa. Abrióle doña Lupe la puerta y le hizo varias preguntas: "Y qué tal, ¿iba contenta?„ Revelaban estas interrogaciones tanto interés como curiosidad, y el joven, animado por la benevolencia que en su tía observaba, departió con ella, arrancándose á mostrarle algunas de las afiladas puas que le rasguñaban el corazón. Tenía un presentimiento vago de no volverla á ver, no porque ella se muriese, sino porque dentro del convento y contagiada de la piedad de las monjas, podía chiflarse demasiado con las cosas divinas y enamorarse de la vida espiritual hasta el punto de no querer ya marido de carne y hueso, sino á Jesucristo, que es el esposo que á las monjas de verdadera santidad les hace tilín. Esto lo expresó irreverentemente con medias palabras; pero doña Lupe sacó toda la sustancia á los conceptos. "Bien podría suceder eso—le dijo con acento de convicción, que turbó más á Maximiliano,—y no sería el primer caso de mujeres malas... quiero decir ligeras...

que se han convertido en un abrir y cerrar de ojos, volviéndose tan del revés, que luégo no ha habido más remedio que canonizarlas.

El redentor sintió frío en el corazón. ¡Fortunata canonizada! Esta idea, por lo muy absurda que era, le atormentó toda la mañana. "Francamente—dijo al fin, después de muchas meditaciones,—tanto como canonizar, no; pero bien podría darle por el misticismo y no querer salir, y quedarme yo *in albis*." Vamos, que semejante idea le aterraba. En tal caso no tenía más remedio que volverse él santito también, dedicarse á la Iglesia y hacerse cura... ¡Jesús qué disparate! ¡Cura! ¿y para qué? De vuelta en vuelta, su mente llegó á un torbellino doloroso en el cual no tuvo ya más remedio que ahogar las ideas, para librarse del tormento que le ocasionaban. Intentó estudiar... Imposible. Ocurrióle escribir á Fortunata, encargándole que no hiciera caso alguno de lo que le dijesen las monjas acerca de la vida espiritual, la gracia y el amor místico... Otro disparate. Por fin se fué calmando, y la razón se clareaba un poco tras aquellas nieblas.

Las once serían ya, cuando desde su cuarto sintió un grande altercado entre doña Lupe y Papitos. El motivo de aquella doméstica zaragata fué que á Nicolás Rubín se le ocurrió la idea trágica de convidar á almorzar á su amigo el padre Pintado, y no fué lo peor que se

le ocurriera, sino que se apresurase á ejecutarla con aquella frescura clerical que en tan alto grado tenía, metiendo á su camarada por las puertas de la casa sin ocuparse para nada de si en ésta había ó no los bastimentos necesarios para dos bocas de tal naturaleza.

Doña Lupe que tal vió y oyó, no pudo decir nada, por estar el otro clérigo delante; pero tenía la sangre requemada. Su orgullo no le permitía desprestigiar la casa, poniéndoles un artesón de bazofia para que se hartaran; y afrontando despechada el conflicto, decía para su sayo cosas que habrían hecho saltar á toda la curia eclesiástica. "No sé lo que se figura este heliogábalo... cree que mi casa es la posada del Peine. Después que él me come un codo, trae á su compinche para que me coma el otro. Y por las trazas, debe tener buen diente y un estómago como las galerías del Depósito de aguas. ¡Ay, Dios mío! ¡qué egoistas son estos curas...! Lo que yo debía hacer era ponerle la cuentecita, y entonces... ¡ah! entonces sí que no se volvía á descolgar con invitados, porque es *Alejandro en puño* y no le gusta ser rumboso sino con dinero ageno."

El volcán que rugía en el pecho de la señora de Jáuregui no podía arrojar su lava sino sobre Papitos, que para esto justamente estaba. Había empezado aquel día la monilla por hacer bien las cosas; pero la riñó su ama tan sin ra-

zón, que... ¡diablo de chica! concluyó por hacerlo todo al revés. Si le ordenaban quitar agua de un puchero, echaba más. En vez de picar cebolla, machacaba ajos; la mandaron á la tienda por una lata de sardinas y trajo cuatro libras de bacalao de Escocia; rompió una escudilla, y tantos disparates hizo que doña Lupe por poco le aporrea el cráneo con la mano del almiréz. "De esto tengo la culpa yo, grandísima bestia, por empeñarme en domar acémilas y en hacer de ellas personas... Hoy te vas á tu casa, á la choza del muladar de Cuatro Caminos donde estabas, entre cerdos y gallinas, que es la sociedad que te cuadra..." Y por aquí seguía la retahila... ¡Pobre Papitos! Suspiraba y le corrían las lágrimas por la cara abajo. Había llegado ya á tal punto su azoramiento, que no daba pié con bola.

Entre tanto los dos curas estaban en la sala, fumando cigarrillos, las canalejas sobre sillas, groseramente espatarrados ambos en los dos sillones principales, y hablando sin cesar del mismo tema de las oposiciones de Sigüenza. La culpa de todo la tenía el deán, que era un trasto y quería la lectoral á todo trance para su sobrinito. ¡Valientes perros estaban tío y sobrino! Este había hecho discursos racionalistas, y cuando la *Gloriosa* dió vivas á Topete y á Prim en una reunión de demócratas. Doña Lupe entró al fin haciendo violentísimas con-

torsiones con los músculos de su cara para poder brindarles una sonrisa en el momento de decir que ya podían pasar... que tendrían que dispensar muchas faltas, y que iban á hacer penitencia.

Y mientras se sentaban, miró con terror al amigo de su sobrino, que era lo mismo que un buey puesto en dos piés, y pensaba que si el apetito correspondía al volumen, todo lo que en la mesa había no bastara para llenar aquel inmenso estómago. Felizmente, Maxi estaba tan sin gana, que apenas probó bocado; doña Lupe se declaró también inapetente, y de este modo se fué resolviendo el problema y no hubo conflicto que lamentar. El padre Pintado, á pesar de ser tan proceroso, no era hombre de mucho comer y amenizó la reunión contando otra vez... las oposiciones de Sigüenza. Doña Lupe, por cortesía, afirmaba que era una barbaridad que no le hubieran dado á él la lectoral.

La ira de la señora de Jáuregui no se calmó con el felíz éxito del almuerzo... y siguió machacando sobre la pobre Papitos. Esta, que también tenía su genio, hervía interiormente en despecho y deseos de revancha. "Miren la tía bruja—decía para sí, bebiéndose las lágrimas,—con su teta menos...! Mejor tuviera vergüenza de ponerse la teta de trapo para que crea la gente que tiene las dos de verdad, como las tienen todas y como las tendré yo el día de

mañana...„ Por la tarde, cuando la señora salió, encargando que le limpiara la ropa, ocurrióle á la mona tomar de su ama una venganza terrible; pero una de esas venganzas que dejan eterna memoria. Se le ocurrió poner, colgado en el balcón, el cuerpo de vestido que pegada tenía la *cosa falsa* con que doña Lupe engañaba al público. La malicia de Papitos imaginaba que puesto en el balcón el testimonio de la falta de su señora, la gente que pasase lo había de ver y se había de reir mucho. Pero no ocurrieron de este modo las cosas, porque ningún transeunte se fijó en el pecho postizo, que era lo mismo que una vejiga de manteca; y al fin la chiquilla se apresuró á quitarlo, discurriendo con buen juicio que si doña Lupe al entrar veía colgado del balcón aquel acusador de su defecto, se había de poner hecha una fiera, y sería capáz de cortarle á su criada *las dos cosas de verdad* que pensaba tener.

III

A la mañana siguiente, Maximiliano encaminó sus pasos al convento, no por entrar, que esto era imposible, sino por ver aquellas paredes tras de las cuales respiraba la persona querida. La mañana estaba deliciosa, el cielo despejadísimo, los árboles del paseo de Santa Engracia empezaban á echar la hoja. Detúvose el

joven frente á las Micaelas, mirando la obra de la nueva iglesia que llegaba ya á la mitad de las ojivas de la nave principal. Alejándose hasta más allá de la acera de enfrente, y subiendo á unos montones de tierra endurecida, se veía, por encima de la iglesia en construcción, un largo corredor del convento, y aun se podían distinguir las cabezas de las monjas ó recogidas que por él andaban. Pero como la obra avanzaba rápidamente, cada día se veía menos. Observó Maxi en los días sucesivos que cada hilada de ladrillos iba tapando discretamente aquella interesante parte de la interioridad monjil, como la ropa que se extiende para velar las carnes descubiertas. Llegó un día en que sólo se alcanzaban á ver las zapatas de los maderos que sostenían el techo del corredor, y al fin la masa constructiva lo tapó todo, no quedando fuera más que las chimeneas, y aun para columbrar éstas era preciso tomar la visual desde muy lejos.

Al Norte había un terreno mal sembrado de cebada. Hacia aquel egido, en el cual había un poste con letrero anunciando venta de solares, caían las tapias de la huerta del convento, que eran muy altas. Por encima de ellas asomaban las copas de dos ó tres soforas y de un castaño de Indias. Pero lo más visible y lo que más cautivaba la atención del desconsolado muchacho era un motor de viento, sistema Par-

son, para noria, que se destacaba sobre altísimo aparato á mayor altura que los tejados del convento y de las casas próximas. El inmenso disco, semejante á una sombrilla japonesa á la cual se hubiera quitado la convexidad, daba vueltas sobre su eje pausada ó rápidamente, según la fuerza del aire. La primera vez que Maxi lo observó, movíase el disco con majestuosa lentitud, y era tan hermoso de ver con su coraza de tablitas blancas y rojas, parecida á un plumaje, que tuvo fijos en él los tristes ojos un buen cuarto de hora. Por el Sur la huerta lindaba con la medianería de una fábrica de tintas de imprimir, y por el Este con la tejavana perteneciente al inmediato taller de cantería, donde se trabajaba mucho. Así como los ojos de Maximiliano miraban con inexplicable simpatía el disco de la noria, su oído estaba preso, por decirlo así, en la contínua y siempre igual música de los canteros, tallando con sus escoplos la dura berroqueña. Creeríase que grababan en lápidas inmortales la leyenda que el corazón de un inconsolable poeta les iba dictando letra por letra. Detrás de esta tocata reinaba el augusto silencio del campo, como la inmensidad del cielo detrás de un grupo de estrellas.

También se paseaba por aquellos andurriales, sin perder de vista el convento; iba y venía por las veredas que el paso traza en los terre-

nos, matando la yerba, y á ratos sentábase al sol, cuando éste no picaba mucho. Montones de estiércol y paja rompían á lo lejos la uniformidad del suelo; aquí y allí tapias de ladrillo de color de polvo, letreros industriales sobre faja de yeso, casas que intentaban rodearse de un jardinillo sin poderlo conseguir; más allá tejares y las casetas plomizas de los vigilantes de consumos, y en todo lo que la vista abarcaba un sentimiento profundísimo de soledad espectante. Turbábala sólo algún perro sabio de los que, huyendo de la estricnina municipal, se pasean por allí sin quitar la vista del suelo. A veces el joven volvía al camino real y se dejaba ir un buen trecho hacia el Norte; pero no tenía ganas de ver gente y se echaba fuera, metiéndose otra vez por el campo hasta divisar las arcadas del acueducto del Lozoya. La vista de la sierra lejana suspendía su atención, y le encantaba un momento con aquellos brochazos de azul intensísimo y sus toques de nieve; pero muy luégo volvía los ojos al Sur, buscando los andamiajes y la mole de las Micaelas, que se confundía con las casas más excéntricas de Chamberí.

Todas las mañanas antes de ir á clase, hacía Rubín esta excursión al campo de sus ilusiones. Era como ir á misa, para el hombre devoto, ó como visitar el cementerio donde yacen los restos de la persona querida. Desde que pasaba de la iglesia de Chamberí veía el disco de

lo noria, y ya no le quitaba los ojos hasta llegar próximo á él. Cuando el motor daba sus vueltas con celeridad, el enamorado, sin saber por qué y obedeciendo á un impulso de su sangre, avivaba el paso. No sabía explicarse por qué oculta relación de las cosas la velocidad de la máquina le decía: "apresúrate, ven, que hay novedades." Pero luégo llegaba y no había novedad ninguna, como no fuera que aquel día soplaba el viento con más fuerza. Desde la tapia de la huerta oíase el rumor blando del volteo del disco, como el que hacen las cometas, y sentíase el crugir del mecanismo que transmite la energía del viento al vástago de la bomba... Otros días le veía quieto, amodorrado en brazos del aire. Sin saber por qué, deteníase el joven; pero luégo seguía andando despacio. Hubiera él lanzado al aire el mayor soplo posible de sus pulmones para hacer andar la máquina. Era una tontería; pero no lo podía remediar. El estar parado el motor parecíale señal de desventura.

Pero lo que más tormento daba á Maxiliano era la distinta impresión que sacaba todos los jueves de la visita que á su futura hacía. Iba siempre acompañado de Nicolás, y como además no se apartaban de la recogida las dos monjas, no había medio de expresarse con confianza. El primer jueves encontró á Fortunata muy contenta; el segundo, estaba pálida y algo triste. Como apenas se sonreía, faltábale aquel

rasgo hechicero de la contracción de los labios, que enloquecía á su amante. La conversación fué sobre asuntos de la casa, que Fortunata elogió mucho, encomiando los progresos que hacía en la lectura y escritura, y jactándose del cariño que le habían tomado las señoras. Como en uno de los sucesivos jueves dijera algo acerca de lo que le había gustado la fiesta de Pentecostés, la principal del año en la comunidad, y después recayera la conversación sobre temas de iglesia y de culto, expresándose la neófita con bastante calor, Maximiliano volvió á sentirse atormentado por la idea aquella de que su querida se iba á volver mística y á enamorarse perdidamente de un rival tan temible como Jesucristo. Se le ocurrían cosas tan extravagantes como aprovechar los pocos momentos de distracción de las madres para secretearse con su amada y decirle que no creyera en aquello de la Pentecostés, figuración alegórica nada más, porque no hubo ni podía haber tales lenguas de fuego ni Cristo que lo fundó; añadiendo, si podía, que la vida contemplativa es la más estéril que se puede imaginar, aun como prepaı ación para la inmortalidad, porque las luchas del mundo y los deberes sociales bien cumplidos son lo que más purifica y ennoblece las almas. Ocioso es añadir que se guardó para sí estas doctrinas escandalosas porque era difícil expresarlas delante de las madres.

VI

Las Micaelas por dentro.

I

Cuando las dos madres aquellas, la vizca y la seca, la llevaron adentro, Fortunata estaba muy conmovida. Era aquella sensación primera de miedo y vergüenza de que se siente poseído el escolar cuando le ponen delante de sus compañeros, que han de ser pronto sus amigos, pero que al verle entrar le dirigen miradas de hostilidad y burla. Las recogidas que encontró al paso mirábanla con tanta impertinencia, que se puso muy colorada y no sabía qué expresión dar á su cara. Las madres, que tantos y tan diversos rostros de pecadoras habían visto entrar allí, no parecían dar importancia á la belleza de la nueva recogida. Eran como los médicos que no se espantan ya de ningún horror patológico que vean entrar en las clínicas. Hubo de pasar un buen rato antes de que la joven se serenase y pudiera cambiar algunas palabras con sus compañeras de lazareto. Pero entre mujeres se rompe más pronto aún que entre colegiales ese hielo de las primeras horas, y palabra tras palabra fueron brotando las simpa-

tías, echando el cimiento de futuras amistades.

Como ella esperaba y deseaba, pusiéronle una toca blanca; mas no había en el convento espejos en qué mirar si caía bien ó mal. Luégo le hicieron poner un vestido de lana burda y negra muy sencillo; pero aquellas prendas sólo eran de indispensable uso al bajar á la capilla y en las horas de rezo, y podía quitárselas en las horas de trabajo, poniéndose entonces una falda vieja de las de su propio ajuar y un cuerpo, también de lana, muy honesto, que recibían para tales casos. Las recogidas dividíanse en dos clases, una llamada las *Filomenas* y otra las *Josefinas*. Constituían la primera, las mujeres sujetas á corrección; la segunda componíase de niñas puestas allí por sus padres, para que las educaran, y más comunmente por madrastras que no querían tenerlas á su lado. Estos dos grupos ó familias no se comunicaban en ninguna ocasión. Dicho se está que Fortunata pertenecía á la clase de las *Filomenas*. Observó que buena parte del tiempo se dedicaba á ejercicios religiosos, rezos por la mañana, doctrina por la tarde. Enteróse luégo de que los jueves y domingos había adoración del Sacramento, con larguísimas y entretenidas devociones, acompañadas de música. En este ejercicio y en la misa matinal, las recogidas, como las madres, entraban en la iglesia con un gran velo por la cabeza, el cual era casi tan grande como una sá-

bana. Lo tomaban en la habitación próxima á la entrada, y al salir lo volvían á dejar después de doblarlo.

Acostumbrada la prójima á levantarse á las nueve ó las diez del día, éranle penosos aquellos madrugones que en el convento se usaban. A las cinco de la mañana ya entraba Sor Antonia en los dormitorios tocando una campana que les desgarraba los oídos á las pobres durmientes. El madrugar era uno de los mejores medios de disciplina y educación empleados por las madres, y el velar á altas horas de la noche una mala costumbre que combatían con ahinco, como cosa igualmente nociva para el alma y para el cuerpo. Por esto, la monja que estaba de guardia pasaba revista á los dormitorios á diferentes horas de la noche, y como sorprendiese murmullos de secreteo, imponía severísimos castigos.

Los trabajos eran diversos y en ocasiones rudos. Ponían las maestras especial cuidado en desbastar aquellas naturalezas enviciadas ó fogosas, mortificando las carnes y ennobleciendo los espíritus con el cansancio. Las labores delicadas, como costura y bordados, de que había taller en la casa, eran las que menos agradaban á Fortunata, que tenía poca afición á los primores de aguja y los dedos muy torpes. Más le agradaba que la mandaran lavar, brochar los pisos de baldosín, limpiar las vidrieras

y otros menesteres propios de criadas de escalera abajo. En cambio, como la tuvieran sentada en una silla haciendo trabajos de marca de ropa se aburría de lo lindo. También era muy de su gusto que la pusieran en la cocina á las órdenes de la hermana cocinera, y era de ver cómo fregaba ella sola todo el material de cobre y loza, mejor y más pronto que dos ó tres de las más diligentes.

Mucho rigor y vigilancia desplegaban las madres en lo tocante á relaciones entre las llamadas arrepentidas, ya fuesen *Filomenas* ó *Josefinas*. Eran centinelas sagaces de las amistades que se pudieran entablar y de las parejas que formara la simpatía. A las prójimas antiguas y ya conocidas y probadas por su sumisión, se las mandaba acompañar á las nuevas y sospechosas. Había algunas á quienes no se permitía hablar con sus compañeras sino en el corro principal en las horas de recreo.

A pesar de la severidad empleada para impedir las parejas íntimas ó grupos, siempre había alguna infracción hipócrita de esta observancia. Era imposible evitar que entre cuarenta ó cincuenta mujeres hubiese dos ó tres que se pusieran al habla, aprovechando cualquier coyuntura oportuna en las varias ocupaciones de la casa. Un sábado por la mañana Sor Natividad, que era la Superiora (por más señas la madrecita seca que recibió á Fortunata el día

de su entráda), mandó á ésta que brochase los baldosines de la sala de recibir. Era Sor Natividad vizcaína, y tan celosa por el aseo del convento que lo tenía siempre como tacita de plata, y en viendo ella una mota, un poco de polvo ó cualquier suciedad, ya estaba desatinada y fuera de sí, poniendo el grito en el Cielo como si se tratara de una gran calamidad caída sobre el mundo, otro pecado original ó cosa así. Apostol fanático de la limpieza, á la que seguía sus doctrinas la agasajaba y mimaba mucho, arrojando tremendos anatemas sobre las que prevaricaban, aunque sólo fuera venialmente, en aquella moral cerrada del aseo. Cierto día armó un escándalo porque no habían limpiado... ¿qué creereis? las cabezas doradas de los clavos que sostenían las estampas de la sala. En cuanto á los cuadros, había que descolgarlos y limpiarlos por detrás lo mismo que por delante. "Si no teneis alma, ni un adarme de gracia de Dios—les decía,—y no os habeis de condenar por malas, sino por puercas.„ El sábado aquel mandó, como digo, dar cera y brochado al piso de la sala, encargando á Fortunata y á otra compañera que se lo habían de dejar *lo mismo que la cara del Sol.*

Era para Fortunata este trabajo no sólo fácil, sino divertido. Gustábale calzarse en el pié derecho el grueso escobillón, y arrastrando el paño con el izquierdo, andar de un lado para

otro en la vasta pieza, con paso de baile ó de patinación, puesta la mano en la cintura y ejercitando en grata gimnasia todos los músculos hasta sudar copiosamente, ponerse la cara como un pavo y sentir unos dulcísimos retozos de alegría por todo el cuerpo. La compañera que Sor Natividad le dió en aquella faena era una *filomena* en cuyo rostro se había fijado no pocas veces la neófita, creyendo reconocerlo. Indudablemente había visto aquella cara en alguna parte, pero no recordaba dónde ni cuándo. Ambas se habían mirado mucho, como deseando tener una explicación; pero no se habían dirigido nunca la palabra. Lo que sí sabía Fortunata era que aquella mujer daba mucha guerra á las madres por su carácter alborotado y desigual.

Desde que la Superiora las dejó solas, la otra rompió á patinar y á hablar al mismo tiempo. Parándose después ante Fortunata, le dijo: "Porque nosotras nos conocemos, ¿eh? A mí me llaman *Mauricia la Dura.* ¿No te acuerdas de haberme visto en casa de la Paca?

"¡Ah... sí!...—indicó Fortunata, y cargando sobre el pié derecho, tiró para otro lado frotando el suelo con amazónica fuerza.

Mauricia la Dura representaba treinta años ó poco más, y su rostro era conocido de todo el que entendiese algo de iconografía histórica, pues era el mismo, exactamente el mismo de

Napoleón Bonaparte antes de ser Primer Cónsul. Aquella mujer singularísima, bella y varonil tenía el pelo corto y lo llevaba siempre mal peinado y peor sujeto. Cuando se agitaba mucho trabajando, las melenas se le soltaban, llegándole hasta los hombros, y entonces la semejanza con el precóz caudillo de Italia y Egipto era perfecta. No inspiraba simpatías Mauricia á todos los que la veían; pero el que la viera una vez, no la olvidaba y sentía deseos de volverla á mirar. Porque ejercían indecible fascinación sobre el observador aquellas cejas rectas y prominentes, los ojos grandes y febriles, escondidos como en acecho bajo la concavidad frontal, la pupila inquieta y ávida, mucho hueso en los pómulos, poca carne en las mejillas, la quijada robusta, la naríz romana, la boca acentuada terminando en flexiones enérgicas, y la expresión, en fin, soñadora y melancólica. Pero en cuanto Mauricia hablaba, adios ilusión. Su voz era bronca, más de hombre que de mujer, y su lenguaje vulgarísimo, revelando una naturaleza desordenada, con alternativas misteriosas de depravación y de afabilidad.

II

Después que se reconocieron, callaron un rato, trabajando las dos con igual ahinco. Un tanto fatigadas se sentaron en el suelo, y entonces Mauricia, arrastrándose hasta llegar junto á su compañera, le dijo:

"Aquel día... ¿sabes? acabadita de marcharte tú, estuvo en casa de la Paca Juanito Santa Cruz.

Fortunata la miró aterrada.

"¿Qué día?—fué lo único que dijo.

—¿No te acuerdas? El día que estuviste tú, el día en que te conocí... *Páices* boba. Yo me lié con la Visitación, que me robó un pañuelo, la muy ladrona sinvergüenza. Le metí mano, y... ¡ras! le trinqué la oreja y me quedé con el pendiente en la mano, partiéndole el pulpejo... por poco me traigo media cara. Ella me mordió un brazo, mira... todavía está aquí la señal; pero yo le dejé bien sellaito un ojo... todavía no lo ha abierto, y le saqué una tira de pellejo ¡ras! desde semejante parte, aquí por la sién... hasta la barba. Si no nos apartan, si no me coges tú á mí por la cintura, y Paca á ella, la reviento... creételo.

—Ya me acuerdo de aquella trifulca—dijo Fortunata mirando á su compañera con miedo.

—A mí, la que me la hace me la paga. No

sé si sabes que á la Matilde, aquella silfidona rubia...

—No sé, no la conozco.

—Pues allá se me vino con unos chismajos, porque yo *hablaba* entonces con el chico de Tellería y... Pues la cogí un día, la tiré al suelo, me estuve paseando sobre ella todo el tiempo que me dió gana... y luégo, cogí una badila y del primer golpe le abrí un ojal en la cabeza, del tamaño de un duro... La llevaron al hospital... Dicen que por el boquete que le hice se le veía la sesada... Buen repaso le dí. Pues otro día, estando en el Modelo... verás... me dijo una tía muy pindongona y muy facha que si yo era no sé qué y no sé cuándo, y de la primer bofetada que le alumbré fué rodando por el suelo con las patas al aire. Nada, que tuvieron que atarme... Pues volviendo á lo que decía: Aquel día que tuve la zaragata con Visitación...

Sintieron venir á la Superiora, y rápidamente se levantaron y se pusieron á brochar otra vez. La monja miró el piso, ladeando la cara como los pájaros cuando miran al suelo, y se retiró. Un rato después, las dos arrepentidas volvieron á pegar su hebra.

"No aportaste más por allí. Yo le pregunté después á la Paca si había vuelto por allí el *chico* de Santa Cruz, y me contestó: "Calla hija, si han dicho aquí anoche que está con *plumonía...*" Pobrecito, por poco no la cuenta. Estu-

vo si se las lía, si no se las lía... Por tí pregunté á la Feliciana una tarde que fuí á enseñarle los mantones de Manila que yo estaba corriendo, y me dijo que te ibas á casar con un boticario... ya, el sobrino de doña Lupe *la de los Pavos*... ¡Ah! chica, si esa tal doña Lupe es lo que más conozco... Pregúntale por mí. Le he vendido más alhajas que pelos tengo en la cabeza. ¡Ah! entonces sí que estaba yo bien; pero de repente me trastorné, y caí tan enferma del estómago, que no podía pasar nada, y lo mismo era entrarme bocado en él ó gota de agua, que parecía que me encendían lumbre; y mi hermana Severiana, que vive en la calle de Mira el Río, me llevó á su casa, y allí me entraron unos calambres que creí que espichaba; y una noche, viendo que aquello no se me quería calmar, salí de estampía, y en la taberna me atizó tres copas de aguardiente, arreo, tras, tras, tras, y salí, y en medio á medio de la calle caíme al suelo, y los chiquillos se me ajuntaron á la redonda, y luégo vinieron los guindillas y me soplaron en la prevención. Severiana quiso llevarme otra vez á su casa; pero entonces una señora que conocemos, esa doña Guillermina... la habrás oído nombrar... me cogió por su cuenta y me trajo á este *establecimiento*. La doña Guillermina es una que se ha echado mismamente á pobre, ¿sabes? y pide limosna y está haciendo un palación ahí abajo para los *huérfanos*. Mi hermana y yo

nos criamos en su casa, ¡gran casa la de los señores de Pacheco! Personas muy ricas, no te creas, y mi madre era la que les planchaba. Por eso nos tiene tanta ley doña Guillermina, que siempre que me ve con miseria me socorre, y dice que mientras más mala sea yo más me ha de socorrer. Pues que quise que no, aquí me metieron... Ya me habían metido antes; pero no estuve más que una semana, porque me escapé subiéndome por la tapia de la huerta como los gatos.

Esta historia, contada con tan aterradora sinceridad, impresionó mucho á la otra *filomena*. Siguieron ambas bailando á lo largo de la sala, deslizándose sobre el ya pulimentado piso, como los patinadores sobre el hielo, y Fortunata, á quien le escarbaba en el interior lo que referente á ella había dicho Mauricia la Dura, quiso aclarar un punto importante, diciéndole:

"Yo no fuí más que dos veces á casa de la Paca, y por mi gusto no hubiera ido ninguna. La necesidad, hija... Después no volví más porque me salieron relaciones con el chico con quien me voy á casar.

Después de una pausa, durante la cual viniéronle al pensamiento muchas cosas pasadas, creyó oportuno decir algo, conforme á las ideas que aquella casa imponía: "¿Y para qué me buscaba á mí ese hombre?... ¿para qué? Para perderme otra vez. Con una basta.

—Los hombres son muy caprichosos—dijo en tono de filosofía Mauricia la Dura,—y cuando la tienen á una á su disposición, no le hacen más caso que á un trasto viejo; pero si una habla con otro, ya el de antes quiere arrimarse, por el aquel de la golosina que otro se lleva. Pues digo... si una se pone á ser verbigracia honrada, los muy peines no pasan por eso, y si una se mete mucho á rezar y á confesar y comulgar, se les encienden más á ellos las querencias, y se pirran por nosotras desde que nos convertimos por lo eclesiástico... Pues qué, ¿crees tú que Juanito no viene á rondar este convento desde que sabe que estás aquí? *Páices* boba. Tenlo por cierto, y alguno de los coches que se sienten por ahí, créete que es el suyo.

—No seas tonta... no digas burradas—replicó la otra palideciendo.—No puede ser... Porque mira tú, él cayó con la pulmonía en Febrero...

—Bien enterada estás.

—Lo sé por Feliciana, á quien se lo contó, *días atrás*, un señor que es amigo de Villalonga. Pues verás, él cayó con la pulmonía en Febrero, y en este *entremedio* conocí yo al chico con quien hablo... El otro estuvo dos meses muy malito... si se va si no se va. Por fin salió, y en Marzo se fué con su mujer á Valencia.

—¿Y qué?

—Que todavía no habrá vuelto.

—*Páices* boba... Esto es un decir. Y si no ha

vuelto, volverá... Quiere decirse que te hará la rueda cuando venga y se entere de que ahora vas para santa.

—Tú sí que eres boba... déjame en paz. Y suponiendo que venga y me ronde... ¿Á mí qué?

Sor Natividad examinó el brochado y vió "que era bueno." Satisfacción de artista resplandecía en su carita seca. Miró al techo tratando de descubrir alguna mota producida por las moscas; pero no había nada, y hasta las cabezas de los clavos de la pared, limpiados el día antes, resplandecían como estrellitas de oro. La Superiora volvía las gafas á todas partes buscando algo que reprender; pero nada encontró que mereciese su crítica estrecha. Dispuso que antes de entrar los muebles los limpiasen y frotasen bien para que todo el polvo quedase fuera; pero encargó mucho que aquella operación se hiciese *al hilo* de la madera; y como las dos trabajadoras no entendiesen bien lo que esto significaba, cogió ella misma un trapo y prácticamente les hizo ver con la mayor seriedad cuál era su sistema. Cuando se quedaron solas otra vez, Mauricia dijo á su amiga: "Hay que tener contenta á esta *tía chiflada*, que es buena persona, y como le froten los muebles *al hilo*, la tienes partiendo un piñón.

Mauricia tenía días. Las monjas la consideraban lunática, porque si las más de las veces la sometían fácilmente á la obediencia, hacién-

dola trabajar, entrábale de golpe como una locura y rompía á decir y hacer los mayores desatinos. La primera vez que esto pasó, las religiosas se alarmaron; mas domada la furia sin que fuese preciso apelar á la fuerza, cuando se repetían los accesos de indisciplina y procacidad no les daban gran importancia. Era un espectáculo imponente y aun divertido el que de tiempo en tiempo, comunmente cada quince ó veinte días, daba Mauricia á todo el personal del convento. La primera vez que lo presenció Fortunata, sintió verdadero terror.

Iniciábasele aquel trastorno á Mauricia como se inician las enfermedades, con síntomas leves, pero infalibles, los cuales se van acentuando y recorren después todo el proceso morboso. El período prodrómico solía ser una cuestión con cualquier recogida por el chocolate del desayuno, ó por si al salir le tropezaron y la otra lo hizo con mala intención. Las madres intervenían, y Mauricia callaba al fin, quedándose durante dos ó tres horas taciturna, rebelde al trabajo, haciéndolo todo al revés de como se le mandaba. Su diligencia pasmosa trocábase en dejadéz; y como las madres la reprendieran, no les respondía nada cara á cara; pero en cuanto volvían la espalda, dejaba oir gruñidos, masticando entre ellos palabras soeces. A este peperíodo seguía por lo común una travesura ruidosa y carnavalesca, hecha de improviso

para provocar la risa de algunas *Filomenas* y la indignación de las señoras. Mauricia aprovechaba el silencio de la sala de labores para lanzar en medio de ella un gato con una chocolatera amarrada á la cola, ó hacer cualquier otro disparate más propio de chiquillos que de mujeres formales. Sor Antonia, que era la bondad misma, mirábala con toda la severidad que cabía en su carácter angelical, y Mauricia le devolvía la mirada con insolente dureza, diciendo: "Si no he sido *yió*... *amos*, si no he sido *yió*... ¿Para qué me mira usted tantooo?... ¿Es que me quiere retrataaar...?

Aquel día, Sor Antonia llamó á la Superiora, que era una vizcaína muy templada. Esta dijo al entrar: "¿Ya está otra vez suelto el enemigo?...„ Y decretó que fuese encerrada en el cuarto que servía de prisión cuando alguna recogida se insubordinaba. Aquí fué el estallar la fiereza de aquella maldita mujer. "¡Encerrarme á mí!... ¿De veee...ras? No me lo diga usted... prenda.

—Mauricia — dijo con varonil entereza la monja, soltando una expresión de su tierra, — déjese usted de *chínchirri-máncharras*, y obedezca. Ya sabe usted que no nos asusta con sus botaratadas. Aquí no tenemos miedo á ninguna tarasca. Por compasión y caridad no la echamos á la calle, ya lo sabe usted... Vamos, hija, pocas palabras y á hacer lo que se le manda.

A Mauricia le temblaba la quijada, y sus ojos tomaban esa opacidad siniestra de los ojos de los gatos cuando van á atacar. Las recogidas la miraban con miedo, y algunas monjas rodearon á la Superiora para hacerla respetar.

"Vaya con lo que sale ahora la tía chiflada... ¡Encerrarme á mí! A donde voy es á mi casa, hala...! á mi casa, de donde me sacaron engañada estas indecentonas, sí señor, engañada, porque yo era honrada como un sol, y aquí no nos enseñan más que peines y peinetas... ¡Já já já!... Vaya con las señoras virtuosas y *santifiquísimas.* ¡Já já já!...

Estos monosílabos guturales los emitía con todo el grueso de su gruesísima voz, y con tal acento de sarcasmo infame y de grosería, que habrían sacado de quicio á personas de menos paciencia y flema que Sor Natividad y sus compañeras. Estaban tan hechas á ser tratadas de aquel modo y habían domado fieras tan espantables, que ya las injurias no les hacían efecto. "Vamos—dijo la Superiora frunciendo el ceño; —callando, y baje usted al patio.

—Pues me gusta la santidad de estas traviatonas de iglesia... ¡Já já já!... —gritó la infame puesta en jarras y mirando en redondo á todo el concurso de recogidas.—Se encierran aquí por retozar á sus anchas con los curánganos de babero... ¡Já já já!... ¡qué peines!... y con los que no son de babero.

Muchas recogidas se tapaban los oídos. Otras, suspensa la mano sobre el bastidor, miraban á las monjas y se pasmaban de su serenidad. En aquel instante apareció en la sala una figura extraña. Era Sor Marcela, una monja vieja, coja y casi enana, la más desdichada estampa de mujer que puede imaginarse. Su cara, que parecía de cartón, era morena, dura, chata, de tipo mongólico, los ojos expresivos y afables como los de algunas bestias de la raza cuadrumana. Su cuerpo no tenía forma de mujer, y al andar parecía desbaratarse y hundirse del lado izquierdo, imprimiendo en el suelo un golpe seco que no se sabía si era de pié de palo ó del propio muñón del hueso roto. Su fealdad sólo era igualada por la impavidéz y el desdén compasivo con que miró á Mauricia.

Sor Marcela traía en la mano derecha una gran llave, y apuntando con ella al esternón de la delincuente, hizo un castañeteo de lengua y no dijo más que esto: "Andando.„

Quitóse la fiera con rápido movimiento su toca, sacudió las melenas y salió al corredor, echando por aquella boca insolencias terribles. La coja volvió á indicarle el camino, y Mauricia, moviendo los brazos como aspas de molino de viento, se puso á gritar:

"¡Peines y peinetas!... ¿Pues no me quieren deshonrar y encerrarme como si yo fuera una *criminala*? ¡Tunantas!... cuando si yo quisiera,

de tres bofetadas las tumbaba á todas patas arriba...

A pesar de estas fierezas, la coja la llevaba por delante con la misma calma con que se conduce á un perro que ladra mucho, pero que se sabe no ha de morder. A mitad de la escalera se volvió la harpía, y mirando con inflamados ojos á las monjas que en el corredor quedaban, les decía en un grito estridente: "¡Ladronas, más que ladronas!... ¡Grandísimas puas!...

Dicho esto, la coja le ponía suavemente la mano en la espalda, empujándola hacia adelante. En el patio tuvo que cogerla por un brazo, porque quería subir de nuevo.

"Si no te hacen caso, estúpida—le dijo,—si no eres tú la que hablas sino el demonio que te anda dentro de la boca. Cállate ya por amor de Dios y no marees más.

—El demonio eres tú—replicó la fiera, que parecía ya, por lo muy exaltada, irresponsable de los disparates que decía.—Facha, mamarracho, esperpento...

—Echa, echa más veneno—murmuraba Sor Marcela con tranquilidad, abriendo la puerta de la prisión.—Así te pasará más pronto el arrechucho. Vaya, adentro, y mañana como un guante. A la noche te traeré de comer. Paciencia, hija...

Mauricia ladró un poco más; pero con tanto furor de palabras no hacía resistencia verda-

dera, de modo que aquella pobre vieja inválida la manejaba como á un niño. Bastó que ésta la cogiese por un brazo y la metiera dentro del encierro, para que la prisión se efectuase sin ningún inconveniente, después de tanta bulla. Sor Marcela echó la llave dando dos vueltas, y la guardó en su bolsillo. Su rostro, tan parerecido á una máscara japonesa, continuaba imperturbable. Cuando atravesaba el patio en dirección á la escalera, oyó el *já já já* de Mauricia, que estaba asomada por uno de los dos tragaluces con barras de hierro que la puerta tenía en su parte superior. La monja no se detuvo á oir las injurias que la fiera le decía.

"¡Eh!... coja... galápago, vuelve acá y verás que morrazo te doy... ¡Qué facha! cañamón, pata y media...

III

La faz napoleónica, lívida y con la melena suelta, volvió á asomar en la reja á la caída de la tarde. Y Sor Marcela pasó repetidas veces por delante de la cárcel, volviendo de registrar los nidos de las gallinas, por ver si tenían huevos, ó de regar los pensamientos y francesillas que cultivaba en un rincón de la huerta. El patio, que era pequeño y se comunicaba con la huerta por una reja de madera casi siempre abierta, estaba muy mal empedrado, resultan-

do tan irregular el paso de la coja, que los balanceos de su cuerpo semejaban los de una pequeña embarcación en un mar muy agitado. Muy á menudo andaba Sor Marcela por allí, pues tenía la llave de la leñera y carbonera, la del calabozo y la de otra pieza en que se guardaban trastos de la casa y de la iglesia.

Ya cerca de la noche, como he dicho, Mauricia no se quitaba de la reja para hablar á la monja cuando pasaba. Su acento había perdido la aspereza iracunda de por la mañana, aunque estaba más ronca y tenía tonos de dolor y de miseria, implorando caridad. La fiera estaba domada. Fuertemente asida con ambas manos á los hierros, la cara pegada á éstos, alargando la boca para ser mejor oída, decía con voz plañidera:

"Cojita mía... cañamoncito de mi alma, ¡cuánto te quiero!... Allá va el patito con sus meneos; una, dos, tres... Lucero del convento, ven y escucha, que te quiero decir una cosita.

A estas expresiones de ternura, mezcladas de burla cariñosa, la monja no contestaba ni siquiera con una mirada. Y la otra seguía:

"¡Ay, mi galapaguito de mi alma, qué enfadadito está conmigo, que le quiero tanto!... Sor Marcela, una palabrita, nada más que una palabrita. Yo no quiero que me saques de aquí, porque me merezco la encerrona. Pero ¡ay niñita mía, si vieras qué mala me he puesto! *Páice*

que me están arrancando el estómago con unas tenazas de fuego... Es de la tremolina de esta mañana. Me dan tentaciones de ahorcarme colgándome de esta reja con un cordón hecho de tiras del refajo. Y lo voy á hacer, sí, lo hago y me cuelgo si no me miras y me dices algo... Cojita graciosa, enanita remonona, mira, oye: si quieres que te quiera más que á mi vida y te obedezca como un perro, hazme un favor que voy á pedirte; tráeme nada más que una lagrimita de aquella gloria divina que tú tienes, de aquello que te recetó el médico para tu mal de barriga... Anda, ángel, mira que te lo pido con toda mi alma, porque esta penita que tengo aquí no se me quiere quitar, y parece que me voy á morir. Anda, rica, cañamón de los ángeles; tráeme lo que te pido, así Dios te dé la vida celestial que te tienes ganada, y tres más, y así te coronen los serafines cuando entres en el Cielo con tu patita coja...„

La monja pasaba... trun, trun... hiriendo los guijarros con aquel pié duro que debía ser como la pata de una silla; y no concedía á la prisionera ni respuesta ni mirada. Al anochecer, bajó con la cena para la presa, y abriendo la puerta penetró en el lóbrego aposento. Por el pronto no vió á Mauricia, que estaba acurrucada sobre unas tablas, las rodillas junto al pecho, las manos cruzadas sobre las rodillas, y en las manos apoyada la barba.

"No veo. ¿Dónde estás?—murmuró la coja sentándose sobre otro rimero de tablas.

Contestó Mauricia con un gruñido, como el de un mastín á quien dan con el pié para que despierte. Sor Marcela puso junto á sí un plato de menestra y un pan. "La Superiora—dijo,—no quería que te trajera más que pan y agua; pero intercedí por tí... No te lo mereces. Aunque me proponga no tener entrañas, no lo puedo conseguir. A tí te manejo yo á mi modo y sé que mientras peor se te trate, más rabiosa te pones... Y para que veas, hija, hasta dónde llevo mi condescendencia...—añadió sacando de debajo del manto un objeto...

Creyérase que Mauricia lo había olido, porque de improviso alzó la cabeza, adquiriendo tal animación y vida su cara que parecía *mismamente* la del otro cuando, señalando las pirámides, dijo lo de los *cuarenta siglos*. La mazmorra estaba oscura, mas por la puerta entraba la última claridad del día, y las dos mujeres allí encerradas se podían ver y se veían, aunque más bien como bultos que como personas. Mauricia alargó las manos con ansia hasta tocar la botella, pronunciando palabras truncadas y balbucientes para expresar su gratitud; pero la monja apartaba el codiciado objeto.

"¡Eh!... las manos quietas. Si no tenemos formalidad, me voy. Ya ves que no soy tirana, que llevo la caridad hasta un límite que quizás

sea imprudente. Pero yo digo: "dándole un poquito, nada más que una miajita, la consuelo, y aquí no puede haber vicio." Porque yo sé lo que es la debilidad de estómago y cuánto hace sufrir. Negar y negar siempre al preso pecador todo lo que pide, no es bueno. El Señor no puede querer esto. Tengamos misericordia y consolemos al triste.

Diciendo esto sacó un cortadillo y se preparó á escanciar corta porción del precioso licor, el cual era un coñac muy bueno que solía usar para combatir sus rebeldes dispepsias. Luégo cayó en la cuenta de que antes debía comerse Mauricia el plato de menestra. La presa lo comprendió así, apresurándose á devorar la cena para abreviar.

"Esto que te doy—añadió la monja,—es una reparación de los nervios y un puntal del ánimo desmayado. No creas que lo hago á escondidas de la Superiora, pues acaba de autorizarme para darte esta golosina, siempre que sea en la medida que separa la necesidad del apetito y el remedio del deleite. Yo sé que esto te entona y te da la alegría necesaria para cumplir bien los deberes. Mira tú por dónde lo que algunos podrían tener por malo, es bueno en medida razonable.

Mauricia estaba tan agradecida, que no acertaba á expresar su gratitud. La cojita echó en el cortadillo una cantidad, así como un dedo,

inclinando la botella con extraordinario pulso para que no saliera más de lo conveniente; y al dárselo á la presa, le repitió el sermón. ¡Y cómo se relamía la otra después de beber, y qué bien le supo! Conocía muy bien al galapaguito para atreverse á pedir más. Sabía, por experiencia de casos análogos, que no traspasaba jamás el límite que su bondad y su caridad le imponían. Era buena como un ángel para conceder, y firme como una roca para detenerse en el punto que debía.

"Ya sé—dijo tapando cuidadosamente la botella,—que con este consuelo de tus nervios desmayados estarás más dispuesta, y la reparación del cuerpo ayuda la del alma.

En efecto, Mauricia empezó á sentirse alegre, y con la alegría vínole una viva disposición del ánimo para la obediencia y el trabajo, y tantas ganas le entraron de todo lo bueno, que hasta tuvo deseos de rezar, de confesarse y de hacer devociones exajeradas como las que hacía Sor Marcela, que, al decir de las recogidas, llevaba silicio.

"Dígale por Dios á la Superiora que estoy arrepentida y que me perdone... que yo cuando me da el toque y me pongo á despotricar soy un papagayo, y la lengua se lo dice sola. Sáqueme pronto de aquí, y trabajaré como nunca, y si me mandan fregar toda la casa de arriba á abajo, la fregaré. Echenme penitencias gordas y las cumpliré en un decir luz.

—Me gusta verte tan entrada en razón—le dijo la madre, recogiendo el plato;—pero por esta noche no saldrás de aquí. Medita, medita en tus pecados, reza mucho y pídele al Señor y á la Santísima Virgen que te iluminen.

Mauricia creía que estaba ya bastante iluminada, porque la excitación encendía sus ideas dándole un cierto entusiasmo; y después de hacer un poco de ejercicio corporal colgándose de la reja, porque sus miembros apetecían estirarse, se puso á rezar con toda la devoción de que era capáz, luchando con las varias distracciones que llevaban su mente de un lado para otro, y por fin se quedó dormida sobre el duro lecho de tablas. Sacáronla del encierro al día siguiente temprano, y al punto se puso á trabajar en la cocina, sumisa, callada y desplegando maravillosas actividades. Después de cumplir una condena, lo que ocurría infaliblemente una vez cada treinta ó cuarenta días, la mujer napoleónica estaba cohibida y como avergonzada entre sus compañeras, poniendo toda su atención en las obligaciones, demostrando un celo y obediencia que encantaban á las madres. Durante cuatro ó cinco días desempeñaba sin embarazo ni fatiga la tarea de tres mujeres. Pasadas dos semanas, advertían que se iba cansando; ya no había en su trabajo aquella corrección y diligencia admirables; empezaban las omisiones, los olvidos, los des-

cuidillos, y todo esto iba en aumento hasta que la repetición de las faltas anunciaba la proximidad de otro estallido. Con Fortunata volvió á intimar después de la escena violenta que he descrito, y juntas echaron largos párrafos en la cocina, mientras pelaban patatas ó fregaban los peroles y cazuelas. Allí gozaban de cierta libertad, y estaban sin tocas y en traje de *mecánica* como las criadas de cualquier casa.

"Yo tengo una niña—dijo Mauricia en una de sus confidencias.—La puse por nombre Adoración. ¡Es más mona...! Está con mi hermana Severiana, porque yo, como gasto este geniazo, le doy malos ejemplos sin querer, ¿tú sabes? y mejor vive el angelito con Severiana que conmigo. Esa doña Jacinta, esposa de tù señor, quiere mucho á mi niña, y le compra ropa y le da el toque por llevársela consigo; como que está rabiando por tener chiquillos y el Señor no se los quiere dar. Mal hecho, ¿verdad? Pues los hijos deben ser para los ricos y no para los pobres, que no los pueden mantener.

Fortunata se manifestó conforme con estas ideas. Algo había oído ella contar del desmedido afán de aquella señora por tener hijos; pero Mauricia le dijo algo más, contándole también el caso del *Pituso*, á quien Jacinta quiso recoger creyéndolo hijo de su marido y de la propia Fortunata. Tal efecto hizo en ésta la historia de aquel increible caso de delirio maternal

y de pasión no satisfecha, que estuvo tres días sin poder apartarlo del pensamiento.

IV

Desde el corredor alto se veía parte del Campo de Guardias, el Depósito de aguas del Lozoya, el cementerio de San Martín y el caserío de Cuatro Caminos, y detrás de esto los tonos severos del paisaje de la Moncloa y el admirable horizonte que parece el mar, líneas ligeramente onduladas, en cuya aparente inquietud parece balancearse, como la vela de un barco, la torre de Aravaca ó de Húmera. Al ponerse el sol, aquel magnífico cielo de Occidente se encendía en espléndidas llamas, y después de puesto, apagábase con gracia infinita, fundiéndose en las palideces del ópalo. Las recortadas nubes oscuras hacían figuras extrañas, acomodándose al pensamiento ó á la melancolía de los que las miraban, y cuando en las calles y en las casas era ya de noche, permanecía en aquella parte del cielo la claridad blanda, cola del día fugitivo, la cual lentamente también se iba.

Estas hermosuras se ocultarían completamente á la vista de *Filomenas* y *Josefinas* cuando estuviera concluída la iglesia en que se trabajaba constantemente. Cada día, la creciente masa de ladrillos tapaba una línea de paisaje.

Parecía que los albañiles, al poner cada hilada, no construían, sino que borraban. De abajo arriba, el panorama iba desapareciendo como un mundo que se anega. Hundiéronse las casas del paseo de Santa Engracia, el Depósito de aguas, después el cementerio. Cuando los ladrillos rozaban ya la bellísima línea del horizonte, aún sobresalían las lejanas torres de Húmera y las puntas de los cipreses del Campo Santo. Llegó un día en que las recogidas se alzaban sobre las puntas de los piés ó daban saltos para ver algo más y despedirse de aquellos amigos que se iban para siempre. Por fin la techumbre de la iglesia se lo tragó todo, y sólo se pudo ver la claridad del crepúsculo, la cola del día arrastrada por el cielo.

Pero si ya no se veía nada, se oía, pues el tiqui tiqui del taller de canteros parecía formar parte de la atmósfera que rodeaba el convento. Era ya un fenómeno familiar, y los domingos, cuando cesaba, la falta de aquella música era para todas las habitantes de la casa la mejor apreciación de día de fiesta. Los domingos, empezaba á oirse desde las dos el tambor que ameniza el Tío Vivo y balancines que están junto al Depósito de aguas. Este bullicio y el de la muchedumbre que concurre á los merenderos de los Cuatro Caminos y de Tetuán, duraba hasta muy entrada la noche. Mucho molestó en los primeros tiempos á algunas

monjas el tal tamboril, no sólo por la pesadéz de su toque, sino por la idea de lo mucho que se peca al son de aquel mundano instrumento. Pero se fueron acostumbrando, y por fin lo mismo oían el rumor del Tío Vivo los domingos, que el de los picapedreros los días de labor. Algunas tardes de día de fiesta, cuando las recogidas se paseaban por la huerta ó el patio, la tolerancia de las madres llegaba hasta el extremo de permitirles bailar una chispita, con decencia se entiende, al son de aquellas músicas populares. ¡Cuántas memorias evocadas, cuántas sensaciones reverdecidas en aquellos poquitos compases y vueltas de las pobres reclusas! ¡Qué recuerdo tan vivo de las polkas bailadas con horteras en el salón de la Alhambra, de tarde, levantando mucho polvo del piso, las manos muy sudadas y chupando caramelos revenidos! Y lo peor de todo y lo que en definitiva las había perdido era quo aquellos benditos horteras iban todos con buen fin. El buen fin precisamente, disculpando los malos medios, era la más negra. Porque después, ni fin ni principio ni nada más que vergüenza y miseria.

La monja que más empeñadamente abogaba porque se las dejase zarandearse un ratito era Sor Marcela, que por su cojera y su facha parecía incapáz de apreciar el sentimiento estético de la danza. Pero la mujer aquella con su aplastada cara japonesa, sabía mucho del mun-

do y de las pasiones humanas, tenía el corazón rebosando tolerancia y caridad, y sostenía esta tesis: que la privación absoluta de los apetitos alimentados por la costumbre más ó menos viciosa, es el peor de los remedios, por engendrar la desesperación, y que para curar añejos defectos es conveniente permitirlos de vez en cuando con mucha medida.

Un día sorprendió á Mauricia en la carbonera fumándose un cigarrillo, cosa ciertamente fea é impropia de una mujer. La coja no se apresuró á quitarle el cigarro de la boca, como parecía natural. Sólo le dijo: "¡Qué cochina eres! No sé cómo te puede gustar eso. ¿No te mareas?„ Mauricia se reía, y cerrando fuertemente un ojo porque el humo se le había metido en él, miró á la monja con el otro, y alargándole el cigarro, le dijo: "Pruebe, señora.„ ¡Cosa inaudita! Sor Marcela dió una chupada y después arrojó el cigarro, haciendo ascos, escupiendo mucho y poniendo una cara tan fea como la de esos fetiches monstruosos de las idolatrías malayas. Mauricia lo recogió y siguió chupando, alternando un ojo con otro en el cerrarse y en el mirar. Después hablaron de la procedencia del pitillo. La otra no quería confesarlo; pero la madrecita, que sabía tanto, le dijo: "Los albañiles te lo han tirado desde la obra. No lo niegues. Ya te ví haciéndoles garatusas. Si la Superiora sabe que andas en

telégrafos con los albañiles, buena te la arma... y con razón. Tira ya el tabacazo, indecente... ¡Ay, qué asco! Me ha dejado la boca perdida. No comprendo cómo os puede gustar ese ardor, ese picor de mil demonios. Los hombres, como si no tuvieran bastantes vicios, los inventan cada día...„ Mauricia tiró el cigarro y apagólo con el pié.

Fortunata, al mes de estar allí, tuvo otra amiga con quien intimó bastante. Doña Manolita era *señora* en regla, puesto que era casada, ayudaba á las monjas en las clases de lectura y escritura, y ponía un empeño particular en enseñar á Fortunata, de lo que principalmente vino su amistad. Permitían las madres á aquella recogida cierta latitud en la observancia de las reglas; se la dejaba sola con una ó dos *filomenas* durante largo rato, bien en la sala de estudio, bien en la huerta; se le permitía ir al departamento de *Josefinas*, y como tenía habitación aparte y pagaba buena pensión, gozaba de más comodidad que sus compañeras de encierro.

Fortunata y ella, una vez que se conocieron, no tardaron en referirse sus respectivas historias. La que ya conocemos salió descarnada; pero Manolita adornó la suya tanto y de tal modo la quiso hacer patética, que no la conocería nadie. Según su relato, no había pecado, todo había sido pura equivocación; pero su marido, que era muy bruto y tenía la

culpa, sí, él tenía la culpa, de las equivocaciones, ó si se quiere, malas tentaciones de ella, la había metido allí sin andarse con rodeos. Como aquella señora había ocupado una regular posición, contaba con embeleso cosas del mundo y sus pompas, de los saraos á que asistía, de los muchos y buenos vestidos que usaba. Porque su marido era comerciante de novedades, hombre inferior á ella por el nacimiento; como que su papá era oficial primero de la Dirección de la Deuda. Oyendo estas ponderaciones orgullosas, Fortunata se echaba á pensar qué cosa tan empingorotada sería aquel destino del papá de su amiga.

Pero lo mejor fué que en la conversación salió de repente una cosa interesantísima. Manolita conocía á los de Santa Cruz. ¡Vaya! si su marido, Pepe Reoyos, era íntimo, pero íntimo, de D. Baldomero. Y ella, la propia Manolita, visitaba mucho á doña Bárbara. De aquí saltó la conversación á hablar de Jacinta. ¡Ah! Jacinta era una mujer muy mona: lo tenía todo, bondad, belleza, talento y virtud. El danzante de Juan no merecía tal joya, por ser muy dado á picos pardos. Pero fuera de esto, era un excelente chico, y muy simpático, pero mucho.

"Ya sabrá usted—dijo luégo, que cayó malo con pulmonía en Febrero de este año. Por poco se muere. En esta casa, que debe mucha protección á los señores de Santa Cruz, pusieron al

Señor de Manifiesto, y cuando estuvo fuera de peligro, Jacinta costeó unas funciones solemnes. Como que vino el obispo auxiliar á decirnos la misa...

—¿De veras?... *tié* gracia.

—Como usted lo oye. ¡Lo que usted se perdió! Jacinta es una de las señoras que más han ayudado á sostener esta casa. Ya se ve, como no tiene hijos... no sabe en qué gastar el dinero. ¿Se ha fijado usted en aquellos grandes ramos, monísimos, con flores de tisú de oro y hojas de plata?

—Sí—replicó Fortunata que atendía con toda su alma.—¡Los que se pusieron en el altar el día de Pentecostés!

—Los mismos. Pues los regaló Jacinta. Y el manto de la Virgen, el manto de brocado con ramos... ¡qué mono! también es donativo suyo, en acción de gracias por haberse puesto bueno su marido.

Fortunata lanzó una exclamación de pasmo y maravilla. ¡Cosa más rara! ¡Y ella había tenido en su mano, días antes, para limpliarle unas gotas de cera, aquel mismo manto que había servido para pagar, digámoslo así, la salvación del chico de Santa Cruz! Y no obstante, todo era muy natural, sólo que á ella se le revolvían los pensamientos y le daba qué pensar, no el hecho en sí, sino la casualidad, eso es, la casualidad, el haber tenido en su mano objetos

relacionados, por medio de una curva social, con ella misma, sin que ella misma lo sospechara.

—Pues no sabe usted lo mejor—añadió Manolita, gozándose en el asombro de la otra, el cual más bien parecía espanto.—La custodia, sabe usted, la custodia en que se pone al propio Dios, también vino de allá. Fué regalo de Barbarita, que hizo promesa de ofrecerla á estas monjas si su hijo se ponía bueno. No vaya usted á creer que es de oro; es de plata sobredorada; pero muy *mona*, ¿verdad?

Fortunata tenía sus pensamientos tan en lo hondo, que no paró mientes en la increíble tontería de llamar mona á una custodia.

V

Y no pudo en muchos días apartar de su pensamiento las cosas que le refirió doña Manolita que, entre paréntesis, no acababa de serle simpática, y lo que más metida en reflexiones la traía no era precisamente que aquellos hechos de regalar la custodia y el manto se hubieran verificado, sino la casualidad... "*Tié* gracia." Si hubiera ella ido al convento algunos días antes, habría asistido á la solemne misa, con obispo y todo, que se dijo en acción de gracias por haberse puesto bueno el tal... Esto tenía más gracia. Y por su parte Fortunata, que

sabía perdonar las ofensas, no habría tenido inconveniente en unir sus votos á los de todo el personal de la casa... Esto tenía más gracia todavía.

Pero lo que produjo en su alma inmenso trastorno fué el ver á la propia Jacinta, viva, de carne y hueso. Ni la conocía ni vió nunca su retrato; pero de tanto pensar en ella había llegado á formarse una imagen que, ante la realidad, resultó completamente mentirosa. Las señoras que protegían la casa sosteniéndola con cuotas en metálico ó donativos, eran admitidas á visitar el interior del convento cuando quisieren; y en ciertos días solemnes se hacía limpieza general y se ponía toda la casa como una plata, sin desfigurarla ni ocultar las necesidades de ella, para que las protectoras vieran bien á qué orden de cosas debían aplicar su generosidad. El día de Corpus, después de misa mayor, empezaron las visitas que duraron casi toda la tarde. Marquesas y duquesas, que habían venido en coches blasonados, y otras que no tenían título pero sí mucho dinero, desfilaron por aquellas salas y pasillos, en los cuales la dirección fanática de Sor Natividad y las manos rudas de las recogidas habían hecho tales prodigios de limpieza que, según frase vulgar, se podía comer en el suelo sin necesidad de manteles. Las labores de bordado de las *Filomenas*, las planas de las *Josefinas* y otros pri-

mores de ambas estaban expuestos en una sala, y todo era plácemes y felicitaciones. Las señoras entraban y salían, dejando en el ambiente de la casa un perfume mundano que algunas narices de reclusas aspiraban con avidéz. Despertaban curiosidad en los grupos de muchachas los vestidos y sombreros de toda aquella muchedumbre elegante, libre, en la cual había algunas, justo es decirlo, que habían pecado mucho más, pero muchísimo más que la peor de las que allí estaban encerradas. Manolita no dejó de hacer, al oído de su amiga esta observación picante. En medio de aquel desfile vió Fortunata á Jacinta, y Manolita (marcando esta sola excepción en su crítica social), cuidó de hacerle notar la gracia de la señora de Santa Cruz, la elegancia y sencilléz de su traje, y aquel aire de modestia que se ganaba todos los corazones. Desde que Jacinta apareció al extremo del corredor, Fortunata no quitó de ella sus ojos, examinándole con atención ansiosa el rostro y el andar, los modales y el vestido. Confundida con otras compañeras en un grupo que estaba á la puerta del comedor, la siguió con sus miradas, y se puso en acecho junto á la escalera para verla de cerca cuando bajase, y se le quedó, por fin, aquella simpática imagen vivamente estampada en la memoria.

La impresión moral que recibió la samaritana era tan compleja, que ella misma no se

daba cuenta de lo que sentía. Indudablemente su natural rudo y apasionado la llevó en el primer momento á la envidia. Aquella mujer le había quitado lo suyo, lo que, á su parecer, le pertenecía de derecho. Pero á este sentimiento mezclábase con extraño amalgama otro muy distinto y más acentuado. Era un deseo ardentísimo de parecerse á Jacinta, de ser como ella, de tener su aire, su *aquel* de dulzura y señorío. Porque de cuantas damas vió aquel día, ninguna le pareció á Fortunata tan señora como la de Santa Cruz, ninguna tenía tan impresa en el rostro y en los ademanes la decencia. De modo que si le propusieran á la prójima, en aquel momento, transmigrar al cuerpo de otra persona, sin vacilar y á ojos cerrados habría dicho que quería ser Jacinta.

Aquel resentimiento que se inició en su alma iba trocándose poco á poco en lástima, porque Manolita le repitió hasta la saciedad que Jacinta sufría desdenes y horribles desaires de su marido. Llegó á sentar como principio general que todos los maridos quieren más á sus mujeres eventuales que á las fijas, aunque hay excepciones. De modo que Jacinta, al fin y al cabo y á pesar del Sacramento, era tan víctima como Fortunata. Cuando esta idea se cruzó entre una y otra, el rencor de la pecadora fué más débil y su deseo de parecerse á aquella otra víctima más intenso.

En los días sucesivos figurábase que seguía viéndola ó que se iba á aparecer por cualquier puerta cuando menos lo esperase... El mucho pensar en ella la llevó, al amparo de la soledad del convento, á tener por las noches ensueños en que la señora de Santa Cruz aparecía en su cerebro con el relieve de las cosas reales. Ya soñaba que Jacinta se le presentaba á llorarle sus cuitas y á contarle las perradas de su marido, ya que las dos cuestionaban sobre cuál era más víctima; ya, en fin, que transmigraban recíprocamente, tomando Jacinta el exterior de Fortunata y Fortunata el exterior de Jacinta. Estos disparates recalentaban de tal modo el cerebro de la reclusa, que despierta seguía imaginando desvaríos del mismo si no de mayor calibre.

Cortaban estas cavilaciones las visitas de Maximiliano todos los jueves y domingos, entre cuatro y seis de la tarde. Veía la joven con gusto llegar la ocasión de aquellas visitas, las deseaba y las esperaba, porque Maximiliano era el único lazo efectivo que con el mundo tenía, y aunque el sentimiento religioso conquistara algo en ella, no la había desligado de los intereses y afectos mundanos. Por esta parte bien podía estar tranquilo el bueno de Rubín, porque ni una sola vez, en los momentos de mayor fervor piadoso, le pasó á la pecadora por el magín la idea de volverse santa á machamartillo.

Veía, pues, á Maximiliano con gusto, y aun se le hacían cortas las horas que en su compañía pasaba hablando de doña Lupe y de Papitos, ó haciendo cálculos honestos sobre sucesos que habían de venir. Cierto que físicamente el apreciable chico le desagradaba; pero también es verdad que se iba acostumbrando á él, que sus defectos no le parecían ya tan grandes y que la gratitud iba ahondando mucho en su alma. Si hacía examen de corazón, encontraba que en cuestión de amor á su redentor había ganado muy poco; pero el aprecio y estimación eran seguramente mayores, y sobre todo, lo que había crecido y fortalecídose en su pensamiento era la conveniencia de casarse para ocupar un lugar honroso en el mundo. Á ratos se preguntaba con sinceridad de dónde y cómo le había venido el fortalecimiento de aquella idea; mas no acertaba á darse respuesta. ¿Era quizás que el silencio y la paz de aquella vida hacían nacer y desarrollarse en ella la facultad del sentido común? Si era así, no se daba cuenta de semejante fenómeno, y lo único que su rudeza sabía formular era esto: "Es que de tanto pensar me ha entrado talento, como á Maximiliano le entró de tanto quererme, y este talento es el que me dice que me debo casar, que seré tonta de remate si no me caso."

Felíz entre todos los mortales se creía el buen estudiante de Farmacia, viendo que su

querida no rechazaba la idea de dar por concluída la cuarentena y apresurar el casamiento. Sin duda estaba ya su alma más limpia que una patena. Lo malo era que el tontaina de Nicolás, á los cinco meses de estar la pobre chica en el convento, decía que no era bastante y que por lo menos debían esperar al año. Maximiliano se ponía furioso, y doña Lupe, consultada sobre el particular, dió su dictamen favorable á la salida. Aunque dos ó tres veces, llevada por su sobrino, había visitado al *basilisco*, no había podido averiguar si estaba ya bien despercudida de las máculas de marras, pero ella quería ejercitar, como he dicho antes, su facultad educatriz, y todo lo que se tardase en tener á Fortunata bajo su jurisdicción, se detenía el gran experimento. Desconfiaba algo la buena señora de la eficacia de los institutos religiosos para enderezar á la gente torcida. Lo que allí aprendían, decía, era el arte de disimular sus resabios con formas hipócritas. En el mundo, en el mundo, en medio de las circunstancias es donde se corrigen los defectos, bajo una dirección sabia. Muy santo y muy bueno que al raquitismo se apliquen los reconstituyentes; pero doña Lupe opinaba que de nada valen éstos si no van acompañados del ejercicio al aire libre y de la gimnasia, y esto era lo que ella quería aplicar, el mundo, la vida y al mismo tiempo principios.

VI

Con las *Josefinas* no tenía Fortunata relación alguna. Eran todas niñas de cinco á diez ó doce años, que vivían aparte ocupando las habitaciones de la fachada. Comían antes que las otras en el mismo comedor, y bajaban á la huerta á hora distinta que las *Filomenas*. Toda la mañana estaban las niñas diciendo á coro sus lecciones, con un chillar cadencioso y plañidero que se oía en toda la casa. Por la tarde cantaban también la doctrina. Para ir á la iglesia, salían de su departamento procesionalmente, de dos en dos, con su pañuelo negro á la cabeza, y se ponían á los lados del presbiterio capitaneadas por las dos monjas maestras.

Como Fortunata hacía cada día nuevas relaciones de amistad entre las *Filomenas*, debo mencionar aquí á dos de éstas, quizás las más jóvenes, que se distinguían por la exageración de sus manifestaciones religiosas. Una de ellas era casi una niña, de tipo finísimo, rubia, y tenía muy bonita voz. Cantaba en el coro los estribillos de muy dudoso gusto con que se celebraba la presencia del Dios Sacramentado. Llamábase Belén, y en el tiempo que allí había pasado dió pruebas inequívocas de su deseo de enmienda. Sus pecados no debían de ser muchos, pues era muy joven; pero fueran como

se quiera, la chica parecía dispuesta á no dejar en su alma ni rastro de ellos, según la vida de perros que llevaba, las atroces penitencias que hacía y el frenesí con que se consagraba á las tareas de piedad. Decíase que habia sido corista de zarzuela, pasando de allí á peor vida, hasta que una mano caritativa la sacó del cieno para ponerla en aquel seguro lugar. Inseparable de ésta era Felisa, de alguna más edad, también de tipo fino y como de señorita, sin serlo. Ambas se juntaban siempre que podían, trabajaban en el mismo bastidor y comían en el propio plato, formando pareja indisoluble en las horas de recreo. La procedencia de Felisa era muy distinta de la de su amiguita. No había pertenecido al teatro más que de una manera indirecta, por ser doncella de una actríz famosa, y en el teatro tuvo también su perdición. Llevóla á las Micaelas doña Guillermina Pacheco, que la cazó, puede decirse, en las calles de Madrid, echándole una pareja de Orden Público, y sin más razón que su voluntad, se apoderó de ella. Guillermina las gastaba así, y lo que hizo con Felisa habíalo hecho con otras muchas, sin dar explicaciones á nadie de aquel atentado contra los derechos individuales.

Si querían ver incomodadas á Felisa y Belén, no había más que hablarles de volver al mundo. ¡De buena se habían librado! Allí estaban tan ricamente, y no se acordaban de lo que de-

jaron atrás más que para compadecer á las infelices que aún seguían entre las uñas del demonio. No había en toda la casa, salvo las monjas, otras más rezonas. Si las dejaran, no saldrían de la capilla en todo el día. Los largos ejercicios piadosos de las distintas épocas del año, como octava de Corpus, sermones de Cuaresma, flores de María, les sabían siempre á poco. Belén ponía con tanto calor sus facultades musicales al servicio de Dios, que cantaba coplitas hasta quedarse ronca, y cantaría hasta morir. Ambas confesaban á menudo y hacían preguntas al capellán sobre dudas muy sutíles de la conciencia, pareciéndose en esto á los estudiantes aplicaditos que acorralan al profesor á la salida de clase para que les aclare un punto difícil. Las monjas estaban contentas de ellas, y aunque les agradaba ver tanta piedad, como personas expertas que eran y conocedoras de la juventud, vigilaban mucho á la pareja, cuidando de que nunca estuviese sola. Felisa y Belén, juntas todo el día, se separaban por las noches, pues sus dormitorios eran distintos. Las madres desplegaban un celo escrupuloso en separar durante las horas de descanso á las que en las de trabajo propendían á juntarse, obedeciendo las naturales atracciones de la simpatía y de la congenialidad.

Los lazos de afecto que unían á Fortunata con Mauricia eran muy extraños, porque á la

primera le inspiraba terror su amiga cuando estaba con el *ataque;* enojábanla sus audacias, y sin embargo, algún poder diabólico debía de tener la Dura para conquistar corazones, pues la otra simpatizaba con ella más que con las demás y gustaba extraordinariamente de su conversación íntima. Cautivábale sin duda su franqueza y aquella prontitud de su entendimiento para encontrar razones que explicaran todas las cosas. La fisonomía de Mauricia, su expresión de tristeza y gravedad, aquella palidéz hermosa, aquel mirar profundo y acechador la fascinaban, y de esto procedía que la tuviese por autoridad en cuestiones de amores y en la definición de la moral rarísima que ambas profesaban. Un día las pusieron á lavar en la huerta. Estaban en traje de *mecánica*, sin tocas, sintiendo con gusto el picor del sol y el fresco del aire sobre sus cuellos robustos. Fortunata hizo á su amiga algunas confidencias acerca de su próxima salida y de la persona con quien iba á casarse.

"No me digas más, chica... te conviene, te conviene. ¡Peines y peinetas! A doña Lupe la conozco como si la hubiera parido. Cuando la veas, pregúntale por Mauricia la Dura, y verás cómo me pone en las nubes. ¡Ah! ¡cuánta guita le he llevado! A mí me llaman la *dura;* pero á ella debieran llamarla la *apretada*. Chica, es así... (diciendo esto mostraba á su amiga el puño

fuertemente cerrado). Pero es mujer de mucho caletre y que se sabe timonear. ¿Qué te crees tú? Tiene millones escondidos en el Banco y en el Monte. ¡Digo! Si sabe más que Cánovas esa tía. Al sobrino le he visto algunas veces. Oí que es tonto y que no sirve para nada. Mejor para tí; ni de encargo, chica. No podías pedir á Dios que te cayera mejor breva. Tú bien puedes hacer caso de lo que yo te diga, pues tengo yo mucha linterna... *amos*, que veo mucho. Créelo porque yo te lo digo: si tu marido es un *alilao*, quiere decirse, si se deja gobernar por tí y te pones tú los pantalones, puedes cantar el aleluya, porque eso y estar en la gloria es lo mismo. Hasta para ser *mismamente* honrada te conviene.

En el vivo interés que este diálogo tenía para las dos mujeres, á veces los cuatro vigorosos brazos metidos en el agua se detenían, y las manos enrojecidas dejaban en paz por un momento el envoltorio de ropa anegada, que chillaba con los hervores del jabón. Puestas una frente á otra á los dos lados de la artesa, mirábanse cara á cara en aquellos cortos intervalos de descanso, y después volvían con furor al trabajo sin parar por eso la lengua.

"Hasta para ser honrada—repitió Fortunata, echando todo el peso de su cuerpo sobre las manos, para estrujar el rollo de tela como si lo amasara.—De eso no se hable, porque hazte

cuenta... yo, una vez que me case, honrada tengo de ser. No quiero más belenes.

—Sí, es lo mejor para vivir una... tan ancha —dijo Mauricia.—Pero á saber cómo vienen las cosas... porque una dice: "esto deseo," y después se pone á hacerlo y ¡trás! lo que una quería que saliera pez sale rana. Tú estás en grande, chica, y te ha venido Dios á ver. Puedes hacer rabiar al *chico* de Santa Cruz, porque en cuanto te vea hecha una persona decente se ha de ir á tí como el gato á la carne. Créetelo porque te lo digo yo.

—Quita, quita; si él no se acuerda ya ni del santo de mi nombre.

—*Páices* boba, ¿qué apuestas á que en cuanto te echen el Sacramento, pierde pié...? No conoces tú el peine.

—Verás cómo no pasa eso.

—¿Qué apuestas? Sí, porque creerás que ahora mismo no te anda rondando. Como si lo viera. ¡Y me harás creer tú á mí que no piensas en él!... Cuando una está encerrada entre tanta cosa de religión, misa va y misa viene, sermón por arriba y sermón por abajo, mirando siempre á la custodia, respirando tufo de monjas, vengan luces y tira de incensario, *páice* que le salen á una *de entre sí* todas las cosas malas ó buenas que ha pasado en el mundo, como las hormigas salen del agujero cuando se pone el Sol, y la religión lo que hace es refrescarle á

una la entendedera y ponerle el corazón más tierno.

Alentada por esta declaración arrancóse Fortunata á revelar que, en efecto, pensaba algo, y que algunas noches tenía sueños extravagantes. A lo mejor soñaba que iba por los portales de la calle de la Fresa y ¡plan! se le encontraba de manos á boca. Otras veces le veía saliendo del Ministerio de Hacienda. Ninguno de estos sitios tenía significación en sus recuerdos. Después soñaba que era ella la esposa y Jacinta la querida del tal, unas veces abandonada, otras no. La manceba era la que deseaba los chiquillos y la esposa la que los tenía. "Hasta que un día... me daba tanta lástima que le dije, digo: "Bueno, pues tome usted una criatura para que no llore más.

—¡Ay, qué salado!—exclamó Mauricia.—Es buen golpe. Lo que una sueña tiene su aquel.

—¡Vaya unos disparates! Como te lo digo, me parecía que lo estaba viendo. Yo era la señora por delante de la Iglesia, ella por detrás, y lo más particular es que yo no le tenía tirria, sino lástima, porque yo paría un chiquillo todos los años, y ella... ni esto... A la noche siguiente volvía á soñar lo mismo, y por el día á pensarlo. ¡Vaya unas papas! ¿Qué me importa que *la* Jacinta beba los vientos por tener un chiquillo sin poderlo conseguir, mientras que yo...?

—Mientras que tú los tienes siempre y cuando te dé la gana. Dílo tonta, y no te acobardes.

—Quiere decirse que ya lo he tenido y bien podría volverlo á tener.

—¡Claro! Y que no rabiará poco la otra cuando vea que lo que ella no puede, para tí es coser y cantar... Chica, no seas tonta, no te rebajes, no le tengas lástima, que ella no la tuvo de tí cuando te birló lo que era tuyo y muy tuyo... Pero á la que nace pobre no se la respeta, y así anda este mundo pastelero. Siempre y cuando puedas darle un disgusto, dáselo, por vida del santísimo peine... Que no se rían de tí porque naciste pobre. Quítale lo que ella te ha quitado, y adivina quién te dió.

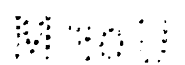
Fortunata no contestó. Estas palabras y otras semejantes que Mauricia le solía decir, despertaban siempre en ella estímulos de amor ó desconsuelos que dormitaban en lo más escondido de su alma. Al oirlas, un relámpago glacial le corría por todo el espinazo, y sentía que las insinuaciones de su compañera concordaban con sentimientos que ella tenía muy guardados, como se guardan las armas peligrosas.

VII

Sorprendidas por una monja en esta sabrosa conversación que las hacía desmayar en el tra-

bajo, tuvieron que callarse. Mauricia dió salida al agua sucia, y Fortunata abrió el grifo para que se llenara la artesa con el agua limpia del depósito de palastro. Creeríase que aquello simbolizaba la necesidad de llevar pensamientos claros al diálogo un tanto impuro de las dos amigas. La artesa tardaba mucho en llenarse, porque el depósito tenía poca agua. El gran disco que transmitía á la bomba la fuerza del viento, estaba aquel día muy perezoso, moviéndose tan sólo á ratos con indolente majestad; y el aparato, después de gemir un instante como si trabajara de mala gana, quedaba inactivo en medio del silencio del campo. Ganas tenían las dos recogidas de seguir charlando; pero la monja no las dejaba y quiso ver cómo aclaraban la ropa. Después las amigas tuvieron que separarse, porque era jueves y Fortunata había de vestirse para recibir la visita de los de Rubín. Mauricia se quedó sola tendiendo la ropa.

Maximiliano dijo categóricamente aquella tarde que por acuerdo de la familia y con asentimiento de la Superiora, en el próximo mes de Setiembre se daría por concluída la reclusión de Fortunata, y ésta saldría para casarse. Las madres no tenían queja de ella y alababan su humildad y obediencia. No se distinguía, como Belén y Felisa, por su ardiente celo religioso, lo que indicaba falta de vocación para la vida claustral; pero cumplía sus deberes puntúal-



mente, y esto bastaba. Había adelantado mucho en la lectura y escritura, y se sabía de corrido la doctrina cristiana, con cuya luz las Micaelas reputaban á su discípula suficientemente alumbrada para guiarse en los senderos rectos ó tortuosos del mundo; y tenían por cierto que la posesión de aquellos principios daba á sus alumnas increíble fuerza para hacer frente á todas las dudas. En esto hay que contar con la índole, con el esqueleto espiritual, con esa forma interna y perdurable de la persona, que suele sobreponerse á todas las transfiguraciones epidérmicas producidas por la enseñanza; pero con respecto á Fortunata, ninguna de las madres, ni aún las que más de cerca la habían tratado, tenían motivos para creer que fuera mala. Considerábanla de poco entendimiento, docilota y fácilmente gobernable. Verdad que en todo lo que corresponde al reino inmenso de las pasiones, las monjas apenas ejercitaban su facultad educatriz, bien porque no conocieran aquel reino, bien porque se asustaran de asomarse á sus fronteras.

Debe decirse que aquella tarde, cuando Maximiliano habló á su futura de próxima salida, los sentimientos de ella experimentaron un retroceso. ¡Salir, casarse!... En aquel instante parecióle su dichoso novio más antipático que nunca, y advirtió con miedo que aquellas regiones magníficas de la hermosura del alma no

habían sido descubiertas por ella en la soledad y santidad de las Micaelas, como le anunciara Nicolás Rubín, á pesar de haber rezado tanto y de haber oído *tantismos* sermones. Porque lo que el capellán decía en el púlpito era que debemos hacer todo lo posible para salvarnos, que seamos buenos y que no pequemos; también decía que se debe amar á Dios sobre todas las cosas y que Dios es *hermosismo* en sí y tal como el alma le ve; pero á ella se le figuraba que por bajo de esto quedaba libre el corazón para el amor mundano, que éste entra por los ojos ó por la simpatía, y no tiene nada que ver con que la persona querida se parezca ó no se parezca á los santos. De este modo caía por tierra toda la doctrina del cura Rubín, el cual entendía tanto de amor como de herrar mosquitos.

En resumen, que los sentimientos de la prójima hacia su marido futuro no habían cambiado en nada. No obstante, cuando Maximiliano le dijo que ya tenía elegida la casita que iba á alquilar y le consultó acerca de los muebles que compraría, aquella presunción ó sentimiento de su hogar honrado despertó en el ánimo de Fortunata la dignidad de la nueva vida, se sintió impulsada hacia aquel hombre que la redimía y la regeneraba. De este modo vino á mostrarse complacidísima con la salida próxima, y dijo mil cosas oportunas acerca de los muebles, de la vajilla y hasta de la batería de cocina.

Despidiéronse muy gozosos, y Fortunata se retiró con la mente hecha á aquel orden de ideas. ¡Un hogar honrado y tranquilo!... ¡Si era lo que ella había deseado toda su vida!... ¡Si jamás tuvo afición al lujo ni á la vida de aparato y perdición!... ¡Si su gusto fué siempre la oscuridad y la paz, y su maldito destino la llevaba á la publicidad y á la inquietud!... ¡Si ella había soñado siempre con verse rodeada de un corro chiquito de personas queridas, y vivir como Dios manda, queriendo bien á los suyos y bien querida de ellos, pasando la vida sin afanes!... ¡Si fué lanzada á la vida mala por despecho y contra su voluntad, y no le gustaba, no señor, no le gustaba!... Después de pensar mucho en esto hizo examen de conciencia, y se preguntó qué había obtenido de la religión en aquella casa. Si en lo tocante á prendarse de las guapezas del alma había adelantado poco, en otro orden algo iba ganando. Gozaba de cierta paz espiritual, desconocida para ella en épocas anteriores, paz que sólo turbaba Mauricia arrojando en sus oídos una maligna frase. Y no fué esto la única conquista, pues también prendió en ella la idea de la resignación y el convencimiento de que debemos tomar las cosas de la vida como vienen, recibir con alegría lo que se nos da, y no aspirar á la realización cumplida y total de nuestros deseos. Esto se lo decía aquella misma claridad esencial, aquella

idea blanca que salía de la custodia. Lo malo era que en aquellas largas horas, á veces aburridas, que pasaba de rodillas ante el Sacramento, la faz envuelta en un gran velo al modo de mosquitero, la pecadora solía fijarse más en la custodia, marco y continente de la sagrada forma, que en la forma misma, por las asociaciones de ideas que aquella joya despertaba en su mente.

Y llegaba á creerse la muy tonta que la forma, *la idea blanca,* le decía con familiar lenguaje semejante al suyo: "No mires tanto este cerco de oro y piedras que me rodea, y mírame á mí que soy la verdad. Yo te he dado el único bien que puedes esperar. Con ser poco, es más de lo que te mereces. Acéptalo y no me pidas imposibles. ¿Crees que estamos aquí para mandar, verbi gracia, que se altere la ley de la sociedad sólo porque á una marmotona como tú se le antoja? El hombre que me pides es un señor de muchas campanillas y tú una pobre muchacha. ¿Te parece fácil que Yo haga casar á los señoritos con las criadas ó que á las muchachas del pueblo las convierta en señoras? ¡Qué cosas se os ocurren, hijas! Y además, tonta, ¿no ves que es casado, casado por mi religión y en mis altares? ¡y con quién! con uno de mis ángeles hembras. ¿Te parece que no hay más que enviudar á un hombre para satisfacer el antojito de una corrida como tú? Cierto que lo que á mí me conviene, como tú has dicho, es

traerme acá á Jacinta. Pero eso no es cuenta tuya. Y supón que la traigo, supón que se queda viudo. ¡Bah! ¿Crees que se va á casar contigo? Sí, para tí estaba. ¡Pues no se casaría si te hubieras conservado honrada, *cuanti más*, sosona, habiéndote echado tan á perder! Si es lo que Yo digo: parece que estais locas rematadas, y que el vicio os ha secado la mollera. Me pedís unos disparates que no sé cómo los oigo. Lo que importa es dirigirse á Mí con el corazón limpio y la intención recta, como os ha dicho ayer vuestro capellán, que no habrá inventado la pólvora; pero, en fin, es buen hombre y sabe su obligación. A tí, Fortunata, te miré con *indilugencia* entre las descarriadas, porque volvías á Mí tus ojos alguna vez, y Yo ví en tí deseos de enmienda; pero ahora, hija, me sales con que sí, serás honrada, todo lo honrada que Yo quiera, siempre y cuando que te dé el hombre de tu gusto... ¡Vaya una gracia!... Pero en fin, no me quiero enfadar. Lo dicho, dicho: soy infinitamente misericordioso contigo, dándote un bien que no mereces, deparándote un marido honrado y que te adora, y todavía refunfuñas y pides más, más, más... Ved aquí por qué se cansa Uno de decir que si á todo... No calculan, no se hacen cargo estas desgraciadas. Dispone Uno que á tal ó cual hombre se le meta en la cabeza la idea de regenerarlas, y luégo vienen ellas poniendo peros. Ya salen con que ha de

ser bonito, ya con que ha de ser Fulano y si no, no. Hijas de mi alma, Yo no puedo alterar mis obras ni hacer mangas y capirotes de mis propias leyes. ¡Para hombres bonitos está el tiempo! Con que resignarse, hijas mías, que por ser cabras no ha de abandonaros vuestro pastor; tomad ejemplo de las ovejas con quien vivís; y tú, Fortunata, agradéceme sinceramente el bien inmenso que te doy y que no te mereces, y déjate de hacer melindres y de pedir gollerías, porque entonces no te doy nada y tirarás otra vez al monte. Con que, cuidadito...„

Cuando las recogidas, al retirarse, se quitaban el velo, las más próximas á Fortunata notaron que ésta se sonreía.

VIII

Es cosa muy cargante para el historiador verse obligado á hacer mención de muchos pormenores y circunstancias enteramente pueriles, y que más bien han de excitar el desdén que la curiosidad del que lee, pues aunque luégo resulte que estas nimiedades tienen su engranaje efectivo en la máquina de los acontecimientos, no por esto parecen dignas de que se las traiga á cuento en una relación verídica y grave. Ved, pues, por qué pienso que se han de reir los que lean aquí ahora que Sor Marcela tenía miedo á los ratones; y no valdrá seguramente añadir

que el miedo dė la cojita era grande, espantoso, ocasionado á desagradables incidentes y aun á derivaciones trágicas. Como ella sintiera en la soledad de su celda el bulle bulle del maldecido animal, ya no pegaba los ojos en toda la noche. Le entraba tal rabia, que no podía ni siquiera rezar, y la rabia, más que contra el ratón, era contra Sor Natividad, que se había empeñado en que no hubiera gatos en el convento, porque el último que allí existió no participaba de sus ideas en punto al aseo de todos los rincones de la casa.

En una de aquellas noches de Agosto le dió el diminuto roedor tanta guerra á la madrecita, que ésta se levantó al amanecer con la firmísima resolución de cazarlo y hacer el más terrible de los escarmientos. Era tan insolente el tal, que después de ser día claro se paseaba por la celda muy tranquilo y miraba á Sor Marcela con sus ojuelos negros y pillines. "Verás, verás—dijo ésta subiéndose con gran trabajo á la cama, porque la idea de que el ratón se acercáse á uno de sus piés, aunque fuera el de palo, causábale terror,—lo que es hoy no te escapas... déjate estar, que ya te compondrémos.

Llamó á Fortunata y á Mauricia, y en breves palabras las puso al corriente de la situación. Ambas recogidas, particularmente la Dura, no querían otra cosa. Ó se apoderaban del enemigo, ó no eran ellas quienes eran. Bajó Sor

Marcela á la iglesia, y las dos mujeres emprendieron su campaña. No quedó trasto que no removieran, y para separar de su sitio la cómoda, que era pesadísima, estuvieron haciendo esfuerzos varoniles cosa de un cuarto de hora, no acabando antes porque la risa les cortaba las fuerzas. Por fin, tanto trabajaron que cuando Sor Marcela salió de la iglesia, una monja le dió la felíz noticia de que el ratón había sido cogido. Subió la enana á su celda, y la algazara de las recogidas le anunciaba por el camino las diabluras de Mauricia, que tenía el ratón vivo en la mano y asustaba con él á sus compañeras.

Costó algún trabajo restablecer el orden y que Mauricia diese muerte á la víctima y la arrojase. Sor Marcela dispuso que le volviesen á poner los trastos de la celda lo mismo que estaban, y acabóse el cuento del ratón.

El día siguiente fué uno de los más calurosos de aquel verano. En las habitaciones que caían al Mediodía era imposible parar, porque faltaba el aire respirable. Donde quiera que daba el sol, el ambiente seco, quieto y abrasado tostaba. Ni aun las ramas más altas de los árboles de la huerta se movían, y el disco de Parson, inmóvil, miraba á la inmensidad como una pupila cuajada y moribunda. De doce á tres, se suspendía todo trabajo en la casa, porque no había cuerpo ni espíritu que lo resistie-

ra. Algunas monjas se retiraban á su celda á dormir la siesta; otras se iban á la iglesia que era lo más fresco de la casa, y sentadas en las banquetas, apoyando en la pared su espalda, ó rezaban con somnolencia, ó descabezaban un sueñecillo.

Las *Filomenas* caían también rendidas de cansancio. Algunas se iban á sus dormitorios, y otras tendíanse en el suelo de la sala de labores ó de la escuela. Las monjas que las vigilaban permitían aquella infracción de la regla, porque ellas tampoco podían resistir, y cerrando dulcemente sus ojos y arrullándose en un plácido arrobo, conservaban en las facciones, como una careta, el mohín de la maestra, cuya obligación es mantener la disciplina.

En la sala de escuela había dos ó tres grupos de mujeres sentadas en los bancos, con la cabeza y el busto descansando sobre las mesas. Algunas roncaban con estrépito. La monja se había dormido también con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. En una de las carpetas de estudio, dos recogidas velaban: una era Belén, que leía en su libro de rezos, y la otra Mauricia la Dura, que tenía la cabeza inclinada sobre la carpeta, apoyando la frente en un puño cerrado. Al principio, su vecina Belén creyó que rezaba, porque oyó cierto murmullo y algún silabeo fugáz. Pero luégo observó que lo que hacía Mauricia era llorar.

"¿Qué tienes, mujer?—le dijo Belén, alzándole á viva fuerza la cabeza.

La pecadora no contestó nada; mas la otra pudo observar que su rostro estaba tan bañado en lágrimas como si le hubiesen echado por la frente un cubo de agua, y sus ojos encendidos y aquella grandísima humedad igualaban el rostro de Mauricia al de la Magdalena; así al menos lo vió Belén. Tantas preguntas le hizo ésta y tanto cariño le mostró, que al fin obtuvo respuesta de la pobre mujer desolada, que no parecía tener consuelo ni hartarse nunca de llorar.

"¿Qué he de tener, desgraciada de mí?—exclamó al fin bebiéndose sus lágrimas,—sino que hoy, sin saber por qué ni por qué no, me veo tal y como soy; soy mala, mala, más que mala, y se me vienen al filo del pensamiento toditos los pecados que he cometido, desde el primero hasta el último...

—Pues, hija—arguyó Belén con aquel sonsonete que había aprendido y que tan bien se acomodaba á su figura angelical y á sus moditos insinuantes,—ten entendido que aunque tus crímenes fueran tantos como las arenas de la mar, Dios te los perdonará si te arrepientes de ellos.

Oir esto Mauricia y dar un gran berrido y soltar otra catarata de lágrimas fué todo uno.

"No, no, no—murmuró luégo entre sollozos,

tales que parecía que se ahogada.—A mí no me puede perdonar, á mí no, porque he sido muy arrastrada, pero mucho, y cuanto pecado hay, chica, lo he cometido yo... Y si no, dí uno, nómbrame el que quieras, y de seguro que lo tengo metido aquí...

—Que cosas tienes, mujer—observó Belén muy apurada, acordándose de cuando fué corista y representándose con terror el escenario de la Zarzuela;—otras han hecho también pecados feos, de los más feos, pero los han llorado como tú, y cátalas perdonadas.

Mauricia tenía un pañuelo en la mano; pero con la humedad del lloro y del sudor era ya como una pelota. Amasábalo en la mano y se lo pasaba por la angustiada frente.

"¿Pero cómo te ha dado así... tan de repente? —dijo la otra confusa.—¡Ah! es que Dios toca en el corazón cuando menos lo piensa una. Llora, hija, desahógate, y no te asustes... ¿Sabes lo que vas á hacer? Mañana te confiesas... Puede que se te haya quedado algo por decir y confesar, porque siempre se queda algo sin saber cómo, y esos pozos son lo que más atormenta... pues dílo todo, rebaña bien... Así lo hice yo, y hasta que lo hice no tuve tranquilidad. Luégo el perro de Satanás me atormentaba por vengarse, y cuando empezaba la misa, á mí me parecía que alzaban el telón, y cuando yo rompía á cantar, se me venía á la boca aquello de *El*

Siglo, que dice: "*Somos figurines vivos...*" Y un día por poco no lo suelto... Pillinadas del diablo; pero no podía conmigo ni con mi fé, y tanto hice que lo metí en un puño, y ahora, que se atreva, ¿á qué no se atreve?... Llora, hija, llora todo lo que quieras, que Dios te iluminará y te dará su gracia.

Ni por esas. Mientras más consuelos le daba Belén, más inconsolable estaba la otra, y mas caudaloso era el río de sus lágrimas. Sor Antonia, la madre que gobernaba allí, se despertó, y para disimular su descuido, dió una fuerte voz, sin incomodarse mucho con las durmientes y añadiendo que hacía un calor horrible. Un instante después, Belén y la monja cuchichearon, sin duda á propósito de Mauricia á quien miraban. Tenía Belén vara alta con las señoras, por su humildad y devoción y por la diligencia con que iba á contarles cuanto hacían y decían sus compañeras.

Era domingo, y á las cuatro toda la comunidad entró en la iglesia donde había ejercicio y sermón. Las *Filomenas* ocuparon su sitio detrás de las monjas, unas y otras con los velos por la cabeza. Las *Josefinas* permanecían en la habitación que hacía de coro. Belén y las demás cantoras entonaban inocentes romanzas, mientras duró el Manifiesto, en las cuales se decía que tenían el *pecho ardiendo en llamas de amor* y otras candideces por el estilo. La que tocaba el

harmonium hacía en los descansos unos ritornellos muy cursis. Pero á pesar de estas profanaciones artísticas, la iglesita estaba muy mona, como diría Manolita, apacible, misteriosa y relativamente fresca, inundada de la fragancia de las flores naturales.

Á Fortunata le tocó al lado Mauricia. Cuenta la que después fué señora de Rubín que en una ocasión que miró á su compañera, hubo de observar al través del velo suyo y del de ella una expresión tan particular que se quedó atónita. Mauricia, al entrar, lloraba; pero al cabo de un rato más bien parecía reirse con contenida y satánica risa. Fortunata no pudo comprender el motivo de esto, y creyó que la oscuridad del velo le desfiguraba la realidad de la cara de su pareja. Volvió á mirar con disimulo, haciendo que se volvía para ahuyentar una mosca, y... ello podría ser ilusión, pero los ojos de Mauricia parecían dos áscuas. En fin, todo sería aprensión.

Subió D. León Pintado al púlpito y echó un sermonazo lleno de los amaneramientos que él tal usaba en su oratoria. Lo que aquella tarde dijo habíalo dicho ya otras tardes, y ciertas frases no se le caían de la boca. Tronó, como siempre, contra los librepensadores, á quienes llamó *apóstoles del error* unas mil y quinientas veces. Al salir de la iglesia, Fortunata echó, como de costumbre, una mirada al público, que

estaba tras de la verja de madera, y vió á Maximiliano, que no faltaba ningún domingo á aquella amorosa cita muda. Le vió con simpatía. Notaba gozosa que empezaban á perder valor ante sus ojos los defectos físicos del apreciable joven. ¡Si serían aquellos los brotes del amor por la hermosura del alma! Lo que más consolaba á Fortunata era la esperanza cada día más firme, porque el capellán se lo había dicho no pocas veces en el confesonario, de que cuando se casase y viviese santamente con su marido á la sombra de las leyes divinas y humanas, le había de amar; pero no así de cualquier modo, sino con verdadero calor y arranque del alma. También le decía esto la forma, *la idea blanca* encerrada en la custodia.

IX

Llegada la noche, y recogidas las *Josefinas* á su dormitorio, las madres permitieron que las *Filomenas* estuvieran en la huerta hasta más tarde de lo reglamentario, por ver si salía un poco de fresco. Eran ya las nueve, y la tierra abrasaba; el aire no se movía; las estrellas parecían más próximas según el fulgor vivísimo con que brillaban, y veíase entre las grandes y medianas mayor número, al parecer, de las pequeñitas, tantas, tantas que era como un polvo de plata esparcido sobre aquel azul inten-

sísimo. La luna nueva se puso temprano, bajando al horizonte como una hoz, rodeada de aureola blanquecina que anunciaba más calor para el día siguiente.

Las recogidas formaban diferentes grupos sentadas en el suelo y en la escalera de madera que comunica el corredor principal con la huerta, y se quitaban las tocas para disminuir el calor de la piel. Algunas miraban el motor de viento que seguía inmóvil. Al borde del estanque que está al pié del aparato, había tres mujeres, Fortunata, Felisa y doña Manolita, sentadas sobre el muro de ladrillo, gozando de la frescura del agua próxima. Aquel era el mejor sitio; pero no lo decían, porque el egoismo les hacía considerar que si se enracimaban allí todas las mujeres, el escaso fresco del agua se repartiría más y tocarían á menos. En el opuesto lado de la huerta, que era el sitio más apartado y feo, había un tinglado, bajo el cual se veían tiestos vacíos ó rotos, un montón de mantillo que parecía café molido, dos carretillas, regaderas y varios instrumentos de jardinería. En otro tiempo hubo allí un cubil, y en el cubil un cerdo que se criaba con los desperdicios; pero el Ayuntamiento mandó quitar el animal de San Antón, y el cubil estaba vacío.

Desde el anochecer se puso allí Mauricia la Dura, sola, sobre el montón de mantillo; y como era el sitio más caldeado, nadie la quiso acom-

pañar. Alguna se le aproximó en son de burla; pero no pudo obtener de ella una sola palabra. Estaba sentada á lo moro, con los brazos caídos, la cabeza derecha, más napoleónica que nunca, la vista fija enfrente de sí con dispersión vaga más bien de persona soñadora que meditabunda. Parecía lela ó quizás tenía semejanza con esos penitentes del Hindostán que se están tantísimos días seguidos mirando al cielo sin pestañear, en un estado medio entre la modorra y el éxtasis. Ya era tarde cuando se le acercó Belén sentándosele al lado. La miró atentamente, preguntándole que qué hacía allí y en qué pensaba, y por fin Mauricia desplegó sus labios de esfinge, y dijo estas palabras que le produjeron á Belencita una corriente fría en el espinazo:

"He visto á Nuestra Señora.

—¿Qué dices, mujer, qué te pasa?—le preguntó la ex-corista con ansiedad muy viva.

—He visto á la Virgen—repitió Mauricia con una seguridad y aplomo que dejaron á la otra como quien no sabe lo que le pasa.

—¿Tú estás segura de lo que dices?

—¡Oh!... Así me muera si no es verdad. Te lo juro por estas cruces—dijo la iluminada con voz trémula, besándose las manos.—La he visto... bajó por allí, donde está el abanicón de la noria... Bajaba en mitad de una luz... ¿cómo te lo diré?... de una luz que no te puedes figurar...

de una luz que era, verbi gracia como las puras mieles...

—¡Como las mieles!—repitió Belén no comprendiendo.

—Pues... tan dulce que... Después vino andando, andando hacia acá y se puso allí, delantito. Pasó por entre vosotras, y vosotras no la veíais. Yo sola la veía... No traía el niño Dios en brazos. Dió dos ó tres pasitos más y se paró otra vez. Mira, ¿ves aquella piedrecita? pues allí... y me estuvo mirando... Yo no podía respirar.

—¿Y te dijo algo, te dijo algo? — preguntó Belén toda ojos, pálida como una muerta.

—Nada... pero lloraba mirándome... ¡Se le caían unos lagrimones...! No traía nene Dios; *paicía* que se lo habían quitado. Después dió la vuelta para allá y volvió á pasar entre vosotras sin que la viérais, hasta llegar *mismamente* á aquel árbol... Allí ví muchos angelitos que subían y bajaban corre que corre del tronco á las ramas y...

—Y de las ramas al tronco...

—Y después... ya no ví nada... Me quedé como ciega... quiere decirse, enteramente ciega; estuve un rato sin ver gota, sin poder moverme. Sentía aquí, entre mí, una cosa, una cosa...

—Como una pena...

—Como pena no, un gusto, un consuelo...

Se acercó entonces Fortunata, y ambas callaron.

—Si están de secreto, me voy.

—Yo creo—dijo Belén, después de una grave pausa,—que eso debes consultarlo con el confesor.

Mauricia se levantó y andando lentamente retiróse á la habitación donde dormía y tenía su ropa. Creyeron las otras dos que se había ido á acostar, y quedáronse allí haciendo comentariós sobre el extraño caso, que Belén trasmitió á Fortunata con todos sus pelos y señales. Belén lo creía ó afectaba creerlo, Fortunata no. Pero de pronto vieron que la Dura volvía y se sentaba de nuevo sobre el montón de mantillo. Miráronla con recelo y se alejaron.

De pronto sonó en la huerta un ¡ah! prolongado y gozoso, como los que lanza la multitud en presencia de los fuegos artificiales. Todas las recogidas miraban al disco, que se había movido solemnemente, dando dos vueltas y parándose otra vez. "Aire, aire—gritaron varias voces. Pero el motor no dió después más que media vuelta, y otra vez quieto. El vástago de hierro chilló un instante, y las que estaban junto al estanque oyeron en lo profundo de la bomba una regurgitación ténue. El caño escupió un salivazo de agua, y todo quedó después en la misma quietud chicha y desesperante.

Belén se había puesto á charlar por lo bajo con una monja llamada Sor Facunda, que era la marisabidilla de la casa, muy leída y escri-

bida, bondadosa é inocente hasta no más, directora de todas las funciones extraordinarias, camarera de la Virgen y de todas las imágenes que tenían alguna ropa que ponerse, muy querida de las *Filomenas* y aún más de las *Josefinas*, y persona tan candorosa, que cuanto le decían, sobre todo si era bueno, se lo creía como el Evangelio. Basta decir en elogio de la *sancta simplicitas* de esta señora, que en sus confesiones jamás tenía nada de qué acusarse, pues ni con el pensamiento había pecado nunca; mas como creyera que era muy desairado no ofrecer nada absolutamente ante el tribunal de la penitencia, revolvía su magín buscando algo que pudiera tener siquiera un tufillo de maldad, y se rebañaba la conciencia para sacar unas cosas tan sutiles y sin sustancia, que el capellán se reía para su sotana. Como el pobre D. León Pintado tenía que vivir de aquello, lo oía seriamente, y hacía que tomaba muy en consideración aquellos pecados tan superfirolíticos que no había cristiano que los comprendiera... Y la monja se ponía muy compungida, diciendo que no lo volvería á hacer; y él, que era muy tuno, decía que sí, que era preciso tener cuidado para otra vez, y que patatín y que patatán... Tal era Sor Facunda, dama ilustre de la más alta aristocracia, que dejó riquezas y posición por meterse en aquella vida, mujer pequeñita, no bien parecida, afable y cariñosa, muy afi-

cionada á hacerse querer de las jóvenes. Llevaba siempre tras sí, en las horas de recreo, un hato de niñas precozmente místicas, preguntonas, rezonas y cuya conducta, palabras y entusiasmos pertenecían á lo que podría llamarse *el pavo* de la santidad.

Difícil es averiguar lo que pasó en el cotarro que formaban Sor Facunda y sus amiguitas. Ello fué que Belén, temblando de emoción y con la cara ansiosa, dijo á la monja: "Mauricia ha visto á la Virgen...„ Y poco después repetían las otras con indefinible asombro: "¡Ha visto á la Virgen!„

Sor Facunda, seguida de su escolta, se acercó á Mauricia, á quien miró un buen rato sin decirle palabra. Estaba la infelíz mujer en la misma postura morisca, la cabeza apoyada sobre las rodillas. Parecía llorar.

"Mauricia—le dijo en tono lacrimoso la monja, con aquella buena fe que en ella equivalía á la gracia divina.—Porque hayas sido muy mala no vayas á creerte que Dios te niega su perdón.

Oyóse un gran bramido, y la reclusa mostró su cara inundada de llanto. Dijo algunas palabras ininteligibles y estropajosas, á las que Sor Facunda y compañía no sacaron ninguna sustancia. De repente se levantó. Su rostro, á la claridad de la luna, tenía una belleza grandiosa que las circunstantes no supieron apreciar. Sus

ojos despedían fulgor de inspiración. Se apretó el pecho con ambas manos en actitud semejante á las que la escultura ha puesto en algunas imágenes, y dijo con acento conmovedor estas palabras:

"¡Oh mi señora!... te lo traeré, te lo traeré...

Echando á correr hacia la escalera con gran presteza, pronto desapareció. Sor Facunda habló con las otras madres. Cuando toda la comunidad, á la voz de la Superiora, se recogía abandonando la huerta y subiendo lentamente á las habitaciones (la mayor parte de las mujeres de mala gana, porque el calor de la noche convidaba á estar al aire libre), corrió la voz de que la visionaria se había acostado.

Fortunata, que pocos días antes fué trasladada al dormitorio en que estaba Mauricia, vió que ésta se había acostado vestida y descalza. Acercóse á ella y por su bronca respiración creyó entender que dormía profundamente. Mucho le daba qué pensar el singular estado en que su amiga se había puesto, y esperaba que le pasaría pronto, como otros *toques* semejantes aunque de diverso carácter. Largo tiempo estuvo desvelada, pensando en aquello y en otras cosas, y á eso de las doce, cuando en el dormitorio y en la casa toda reinaban el silencio y la paz, notó que Mauricia se levantaba. Pero no se atrevió á hablarle ni á detenerla, por no turbar el silencio del dormitorio, iluminado por una

luz tan débil que le faltaba poco para extinguirse. Mauricia atravesó la estancia sin hacer ruído, como sombra, y se fué. Poco después Fortunata sentía sueño y se aletargaba; mas en aquel estado indeciso entre el dormir y el velar, creyó ver á su compañera entrar otra vez en el dormitorio sin que se le sintieran los pasos. Metióse debajo de la cama, donde tenía un cofre; revolvió luégo entre los colchones... Después Fortunata no se hizo cargo de nada, porque se durmió de veras.

Mauricia salió al corredor, y atravesándolo todo, se sentó en el primer peldaño de la escalera.

"Te digo que me atreveré...

¿Con quién hablaba? Con nadie, porque estaba enteramente sola. No tenía más compañía en aquella soledad que las altas estrellas.

"¿Qué dices?—preguntó después como quien sostiene un diálogo.—Habla más alto, que con el ruído del órgano no se oye ¡Ah! ya entiendo... Estate tranquila, que aunque me maten, yo te lo traeré. Ya sabrán quién es Mauricia la Dura, que no teme ni á Dios... Já já já... Mañana, cuando venga el capellán y bajen esas tías pasteleras á la iglesia, ¡qué chasco se van á llevar!

Soltando una risilla insolente, se precipitó por la escalera abajo. ¿Qué demonios pasaba en aquel cerebro?... Entró por la puerta pequeña

que comunica el patio con el largo pasillo interior del edificio, y una vez allí pasó sin obstáculo al vestíbulo, tentando la pared porque la oscuridad era completa. Se le oía un cierto rechinar de dientes y algún monosílabo gutural que lo mismo pudiera ser signo de risa que de cólera. Por fin llegó palpando paredes á la puerta de la capilla, y buscando la cerradura con las manos, empezó á rasguñar en el hierro. La llave no estaba puesta... "¡Peines y peinetas! dónde estará la condenada llave! — murmuró con un rugido de hondísimo despecho. Probó á abrir valiéndose de la fuerza y de la maña. Pero ni una ni otra valían en aquel caso. La puerta del sagrado recinto estaba bien cerrada. Siguió la infelíz mujer exhalando gemidos, como los de un perro que se ha quedado fuera de su casa y quiere que le abran. Después de media hora de inútiles esfuerzos, desplomóse en el umbral de la puerta, é inclinando la cabeza se durmió. Fué uno de esos sueños que se parecen al morir instantáneo. La cabeza dió contra el canto como una piedra que cae, y la torcida postura en que quedaba el cuerpo al caer doblándose con violencia, fué causa de que el resuello se le dificultara, produciéndose en los conductos de la respiración silbidos agudísimos, á los que siguió un estertor como de líquidos que hierven.

Aletargada profundamente, Mauricia hizo

lo que no había podido hacer despierta, y prosiguió la acción interrumpida por una puerta bien cerrada. Faltó el hecho real, pero no la realidad del mismo en la voluntad. Entró, pues, la tarasca en la iglesia y allí pudo andar sin tropiezo, porque la lámpara del altar daba luz bastante para ver el camino. Sin vacilar dirigió sus pasos al altar mayor, diciendo por el camino: "Si no te voy á hacer mal ninguno, Diosecito mío; si voy á llevarte con tu mamá que está ahí fuera llorando por tí y esperando á que yo te saque... ¿Pero qué?... no quieres ir con tu mamaita... Mira que te está esperando... tan guapetona, tan maja, con aquel manto todito lleno de estrellas y los piés encima del *biricornio* de la luna... Verás, verás, qué bien te saco yo, monín... Si te quiero mucho; ¿pero no me conoces?... Soy Mauricia la Dura, soy tu amiguita.

Aunque andaba muy aprisa, tardaba mucho tiempo en llegar al altar, porque la capilla, que era tan chica, se había vuelto muy grande. Lo menos había media legua desde la puerta al altar... Y mientras más andaba, más lejos, más lejos... Llegó por fin y subió los dos, tres, cuatro escalones, y le causaba tanta extrañeza verse en aquel sitio mirando de cerca la mesa aquella cubierta con finísimo y albo lienzo, que un rato estuvo sin poder dar el último paso. Le entró una risa convulsiva cuando puso su mano

sobre el ara sagrada... "¿Quién me había de decir?... ¡oh, mi re-Dios de mi alma que yo... jí jí jí!...„ Apartó el Crucifijo que está delante de la puerta del sagrario, alargó luégo el brazo; pero como no alcanzaba, alargábalo más y más, hasta que llegó á dolerle mucho de tantos estirones... Por fin, gracias á Dios, pudo abrir la puerta que sólo tocan las manos ungidas del sacerdote. Levantando la cortinilla, buscó un momento en el misterioso, santo y venerado hueco... ¡Oh! no había nada. Busca por aquí, busca por allí y nada... Acordóse de que no era aquel el sitio donde está la custodia, sino otro más alto. Subió al altar, puso los piés en el ara santa... Busca por aquí, por allí... ¡Ah! por fin tropezaron sus dedos con el metálico pié de la custodia. Pero qué frío estaba, tan frío que quemaba. El contacto del metal llevó por todo lo largo del espinazo de Mauricia una corriente glacial... Vaciló. ¿Lo cogería, sí ó no? Sí, sí mil veces; aunque muriera, era preciso cumplir. Con exquisito cuidado, mas con gran decisión, empuñó la custodia bajando con ella por una escalera que antes no estaba allí. Orgullo y alegría inundaron el alma de la atrevida mujer al mirar en su propia mano la representación visible de Dios... ¡Cómo brillaban los rayos de oro que circundan el viril, y qué misteriosa y plácida majestad la de la hostia purísima, guardada tras el cristal, blanca, divina y con todo

el aquel de persona, sin ser más que una sustancia de delicado pan!

Con increíble arrogancia Mauricia descendía, sin sentir peso alguno. Alzaba la custodia como la alza el sacerdote para que la adoren los fieles... "¿Veis cómo me he atrevido?—pensaba.—¿No decíais que no podía ser?... Pues pudo ser, ¡qué peine!„ Seguía por la iglesia adelante. La purísima hostia, con no tener cara, miraba cual si tuviera ojos... y la sacrílega, al llegar bajo el coro, empezaba á sentir miedo de aquella mirada. "No, no te suelto, ya no vuelves allí... ¡A casa con tu mamá... ¿sí? ¿Verdad que el niño no llora y quiere ir con su mamá?...„ Diciendo esto, atrevíase á agasajar contra su pecho la sagrada forma. Entonces notó que la sagrada forma no sólo tenía ya ojos profundos tan luminosos como el cielo, sino también voz, una voz que la tarasca oyó resonar en su oído con lastimero son. Había desaparecido toda sensación de la materialidad de la custodia; no quedaba más que lo esencial, la representación, el símbolo puro, y esto era lo que Mauricia apretaba furiosamente contra sí. "Chica—le decía la voz,—no me saques, vuelve á ponerme donde estaba. No hagas locuras... Si me sueltas te perdonaré tus pecados, que son tantos que no se pueden contar; pero si te obstinas en llevarme, te condenarás. Suéltame y no temas, que yo no le diré nada á D. León ni á

las monjas para que no te riñan... Mauricia, chica, ¿qué haces...? ¿Me comes, me comes...?„

Y nada más... ¡Qué desvarío! Por grande que sea un absurdo siempre tiene cabida en el inconmensurable hueco de la mente humana.

X

Por la mañana tempranito, la Superiora y Sor Facunda se tropezaron al salir de sus respectivas celdas.

"Créame usted—dijo Sor Facunda,—algo hay de extraordinario. Consultaré ahora mismo con D. León. El caso de Mauricia debe de examinarse detenidamente.

Sor Natividad, que era mujer de mucho entendimiento y estaba acostumbrada á los pueriles entusiasmos de su compañera, no hizo más que sonreir con bondad. Hubiera dicho á Sor Facunda: "qué tonta es usted hija„; pero no le dijo nada; y sacando un manojo de llaves se fué hacia el guardarropa.

"¿Pero en dónde está esa loca?—preguntó después.

—No parece por ninguna parte—dijo Fortunata, que por orden de Sor Marcela había bajado en busca de su amiga.—Arriba no está.

En los dormitorios de las *Filomenas* había gran tráfago. Todas se lavaban la cara y las manos, riñendo por el agua, cuestionando so-

bre si tú me quitaste la toalla ó si esa es mi agua. "Que no, que mi agua es esta." Otra sacaba de debajo de la cama un zoquete de pan y empezaba á comérselo. "¡Ay, qué hambre tengo...! con estos calores. cuidado que suda una; no se puede vivir... ¡Y ponerse ahora la toca!"

Sor Antonia entraba, imponía silencio y les daba prisa. Oíase el esquilón de la capilla. El sacristán se había asomado varias veces por la reja de la sacristía que da al vestíbulo diciendo sucesivamente: "Todavía no ha venido don León..." "ya está ahí D. León..." "ya se está vistiendo." Oíanse en la parte alta los pasos de toda la comunidad que iba hacia el templo á oir la primera misa. Delante fueron las *Josefinas*, soñolientas aún y dando bostezos, empujándose unas á otras. Seguían las *Filomenas* con cierto orden, las más diligentes dando prisa á las perezosas. Donde hay muchas mujeres, tiene que haber ese rumor de colegio, que se hace superior á la disciplina más severa. Entre chacota y risas se oía el rumorcillo aquel: "Mauricia... ¿no sabeis? Vió anoche la propia figura de la Virgen.

—Mujer, quita allá.

—Mi palabra... Pregúntaselo á Belén.

—¡Bah! ni que fuéramos tontas...

—¿La cara de la Virgen?... Vaya... Sería la de Nuestra Señora del Aguardiente.

Pero Sor Facunda y las de su cotarro iban

por la escalera abajo diciendo que el hecho podía ser falso, y podía también no serlo; y que el ser Mauricia muy pecadora no significaba nada, porque de otras muchísimo más perversas se había valido Dios para sus fines.

Dijo la misa D. León, que parecía *el padre fuguilla* por la presteza con que despachaba. Había sido cura de tropa, y á las monjas no les acababa de gustar la marcial diligencia de su capellán. Más tarde celebraba don Hildebrando, cura francés de los de babero, el cual era lo contrario que Pintado, pues estiraba la misa hasta lo increible.

Cuando la comunidad salía de la capilla, doña Manolita, que había entrado de las últimas, sofocada, se acercó á la Superiora y le dijo que Mauricia estaba en la huerta sobre el montón de mantillo.

—Ya... en la basura—replicó Sor Natividad frunciendo el ceño;—es su sitio.

Bajaron las recogidas al refectorio á tomar el chocolate con rebanada de pan. Animación mundana reinaba en el frugal desayuno, y aunque las monjas se esforzaban por mantener un orden cuartelesco, no lo podían conseguir.

"Ese plato es el mío. Dame mi servilleta... Te digo que es la mía... ¡Vaya! ¡Ay, San Antonio, qué duro está el pan!... Este sí que es de la boda de San Isidro.

—¡A callar!

Algunas tenían un apetito voráz; se habrían comido triple ración, si se la dieran.

Inmediatamente después empezaba á distribuirse toda aquella tropa mujeril, como soldados que se incorporan á sus respectivos regimientos. Estas bajaban á la cocina, aquéllas subían á la escuela y salón de costura, y otras, quitándose las tocas y poniéndose la falda de *mecánica*, se dedicaban á la limpieza de la casa.

Estaba la Superiora hablando con Sor Antonia en la puerta de una celda, cuando llegó muy apurada una reclusa, diciendo: "Le he mandado que venga y no quiere venir. Me ha querido pegar. Si no echo á correr...! Después cogió un montón de aquella basura y me lo tiró. Mire usted...

La recogida enseñó á las madres su hombro manchado de mantillo.

"Tendré que ir yo... ¡Ay, qué mujer!... ¡qué guerra nos da!—dijo la Superiora...—¿Dónde está Sor Marcela? Que traiga la llave de la perrera. Hoy tendrémos *chinchirri-máncharras*... Está más tocada que nunca. Dios nos dé paciencia.

—¡Y Sor Facunda que me ha dicho ahora mismo—indicó Sor Antonia con franca risa y vizcando más los ojos,—que Mauricia había visto á la Virgen!

La Superiora respondió á aquella risa con otra menos franca. Tres ó cuatro *Filomenas* de

las más hombrunas bajaron á la huerta con órden expresa de traer á la visionaria.

—¡Pobre mujer y qué perdida se pone!—observó Sor Natividad dentro del corrillo de monjas que se iba formando.—Males de nervios, y nada más que males de nervios.

Y al decirlo, sus miradas chocaron con las de Sor Facunda, que se acercaba con semblante extraordinariamente afligido.

"¿Pero no ha consultado usted este caso con el señor capellán?—le dijo.

—Sí—replicó Sor Natividad con un poco de humorismo,—y el capellán me ha dicho que la meta en la perrera.

—¡Encerrarla porque llora!... — exclamó la otra que en su timidéz no se atrevía á contradecir á la Superiora.—El caso merecía examinarse.

—Para preverlo todo—indicó la vizcaína, —avisarémos tambien al médico.

—¿Y qué tiene que ver el médico...? En fin, yo no sé. Quien manda, manda. Pero me parecía... Ello podrá ser cosa física; pero ¿si no lo fuera? Si efectivamente Mauricia... No es que yo lo afirme; pero tampoco me atrevo á negarlo. Aquel llorar contínuo, ¿qué puede ser sino arrepentimiento? A saber los medios que el Señor escoge...

Y se retiró á su celda. Casi casi se dieron un encontronazo Sor Facunda alejándose y

Sor Marcela que al corrillo se acercaba, dando balances y golpeando el suelo duramente con su pié de madera. Su semblante descompuesto por la ira estaba más feo que nunca; con la prisa que traía apenas podía respirar, y las primeras frases le salieron de la boca desmenuzazadas por el enojo: "Ya, ya sabemos... ¡San Antonio!... bribona... parece mentira... ¡Ay, Dios mío! si es para volverse loca...

Habló algunas palabras en voz muy baja con la Superiora, quien al oirlas pusò una cara que daba miedo.

"Yo... bien lo sabe usted...—balbució Sor Marcela,—lo tenía para mi mal del estómago... coñac superior.

—Pero esa maldita ¿cómo...? Si esto parece... ¡Jesús me valga! Estoy horrorizada. ¿Pero cuándo...?

—Es muy sencillo... hágase usted cargo. Anteayer, ¡San Antonio bendito! cuando estuvo en mi celda moviendo los trastos para coger el ratón.

A la Superiora se le escapó, sin poderlo remediar, una ligera sonrisilla; mas al punto volvió á poner cara de palo. Y la enana corrió hacia donde estaban las recogidas, y lo mismo que dijera á Sor Natividad se lo repitió á Fortunata, sin poner un freno á su ira: "¿Habrase visto diablura semejante?... ¿Qué te parece? ¡Estamos todas horripiladas!"

Fortunata no dijo nada y se puso muy seria. Quizás no la cogía de nuevo la declaración de la monja. Obedeciendo á ésta, subió al dormitorio en busca de pruebas del nefando crimen imputado á su amiga.

"Ahí tienen ustedes—decía la Superiora á las que más cerca de ella estaban,—cómo esa arrastrada ha visto visiones... ¡Ya! ¡qué no vería ella!... ¿Pero no viene al fin? Yo le juro que no vuelve á hacernos otra. Es preciso ajustarle bien las cuentas...

La cojita se presentó otra vez en el corrillo mostrando la enorme llave de la perrera; la esgrimía como si fuera una pistola, con amenaza homicida. Realmente estaba furiosa, y el topetazo de su pié duro sobre el suelo tenía una violencia y sonoridad excepcionales. En esto llegó Fortunata trayendo una botella, que al punto le arrebató Sor Marcela.

"¡Vacía, enteramente vacía!—exclamó ésta levantándola en alto y mirándola al traslúz.—Y estaba casi llena, pues apenas...

Aplicó después su naríz chafada á la boca de la botella, diciendo con lastimera entonación: "No ha dejado más que el olor... ¡Bribonaza! ya te daría yo bebida..." De la naríz de la coja pasó el cuerpo del delito á la de Sor Natividad y de ésta á otras narices próximas, resultando, de la apreciación del tufo, mayor severidad en el comentario del crimen.

"¡Qué asco! Buen pechugón se ha dado...—exclamó la Superiora.—Ya, ¡cómo estará aquel cuerpo con todo ese líquido ardiente! Nunca nos había pasado otra... La arreglarémos, la arreglarémos. ¿Pero viene ó no?

Bajaba ya, decidida á abreviar la tardanza del acto de justicia, cuando se oyó un gran tumulto. Las tres mujeronas que habían ido en busca de la delincuente, pasaban de la huerta al patio por la puertecilla verde, huyendo despavoridas y dando voces de pánico. Sonó en dicha puerta el estampido de un fuerte cantazo.

"¡Que nos mata, que nos mata!—gritaban las tres, recogiendo sus faldas para correr más fácilmente por la escalera arriba. Asomáronse las madres al barandal del corredor que sobre el patio caía, y vieron aparecer á Mauricia, descalza, las melenas sueltas, la mirada ardiente y extraviada, y todas las apariencias, en fin, de una loca. La Superiora, que era mujer de genio fuerte, no se pudo contener y desde arriba gritó: "Trasto... infame, si no te estás quieta, verás."

"Una pareja, una pareja de Orden Público—apuntaron varias voces de monjas.

—No... veréis... Si yo me basto y me sobro...—indicó la Superiora, haciendo alarde de ser mujer para el caso.—Lo que es conmigo no juega.

Púsose Mauricia de un salto en el rincón

frontero al corredor donde las madres estaban, y desde allí las miró con insolencia, sacando y estirando la lengua, y haciendo muecas y gestos indecentísimos.

"¡Tiorras, so tiorras!—gritaba, é inclinándose con rápido movimiento, cogió del suelo piedras y pedazos de ladrillo, y empezó á dispararlos con tanto vigor como buena puntería. Las monjas y las recogidas, que al sentir el alboroto salieron en tropel á los corredores del principal y del segundo piso, prorrumpieron en chillidos. Parecía que se venía el mundo abajo. ¡Dios mío, qué bulla! Y á las exclamaciones de arriba respondía la tarasca con aullidos salvajes.

Unas se agachaban resguardándose tras el barandal de fábrica cuando venía la pedrada; otras asomaban la cabeza un momento y la volvían á esconder. Los proyectiles menudeaban, y con ellos las voces de aquella endemoniada mujer. Parecía una amazona. Tenía un pecho medio descubierto, el cuerpo del vestido hecho girones, y las melenas cortas le azotaban la cara en aquellos movimientos de hondero que hacía con el brazo derecho. Su catadura les parecía horrible á las señoras monjas; pero estaba bella en rigor de verdad, y más arrogante, varonil y napoleónica que nunca.

Sor Marcela intentó bajar valerosa, pero á los tres peldaños cogió miedo y viró para

arriba. Su cara filipina se había puesto de color de mostaza inglesa.

"¡Verás tú si bajo, infame diablo!—era su muletilla; pero ello es que no bajaba.

Por una reja de la sacristía que da al patio, asomó la cara del sacristán, y poco después la de D. León Pintado. Dos monjas que estaban de turno en la portería se asomaron también por otra ventana baja; pero lo mismo fué verlas Mauricia que empezar también á mandarles piedras. Nada, que tuvieron que retirarse. Asustadas las infelices, quisieron pedir auxilio. En aquel instante llamó alguien á la puerta del convento, y á poco entró una señora, de visita, que pasó al salón, y enterándose de lo que ocurría, asomóse también á la ventana baja. Era Guillermina Pacheco, que se persignó al ver la tragedia que allí se había armado.

"¡En el nombre del...! ¡Pero tú!... ¡Mauricia!... ¿cómo se entiende?... ¿qué haces?... ¿estás loca?

La portera y la otra monja no la pudieron contener, y Guillermina salió al patio por la puerta que lo comunica con el vestíbulo.

"Guillermina—gritó Sor Natividad desde arriba,—no salgas... Cuidado... mira que es una fiera... Ahí tienes, ahí tienes la alhaja que tú nos has traído... Retírate por Dios, mira que está loca y no repara... Hazme el favor de llamar á una pareja de Orden Público.

—¿Qué pareja ni pareja?—dijo Guillermina incomodadísima. — ¡Mauricia!... ¡cómo se entiende!

Pero no había tenido tiempo de decirlo cuando una peladilla de arroyo le rozó la cara. Si le da de lleno la descalabra.

"¡Jesús!... Pero no, no es nada.

Y llevándose la mano á la parte dolorida, clamó: "¡Infame, á mí, á mí me has tirado!

Mauricia se reía con horrible descaro.

"A usted, sí, y á todo el género mundano—gritó con voz tan ronca, que apenas se entendía,—so tía pastelera... Váyase pronto de aquí.

Las monjas horrorizadas elevaban sus manos al Cielo; algunas lloraban. En esto, D. León Pintado había abierto con no poco trabajo la reja de la sacristía; saltó al patio, única manera de comunicarse con el convento desde la sacristía, y abalanzándose á Mauricia le sujetó ambos brazos.

"¡Suéltame, León, capellán de peinetas!—rugió la visionaria...

Pero Pintado tenía manos de hierro, aunque era de pocos ánimos, y una vez lanzado al heroismo, no sólo sujetó á Mauricia, sino que le aplicó dos sonoras bofetadas. La escena era repugnante. Tras el capellán salió también su acólito, y mientras los dos arreglaban á la Dura, las monjas, viendo sojuzgado el enemigo, arriesgáronse á bajar y acudieron á Guillermi-

na, que con el pañuelo se restañaba la sangre de su leve herida. Con cierta tranquilidad, y más risueña que enojada, la fundadora dijo á sus amigas: "¡Cuidado que pasan unas cosas...! Yo venía á que me diérais los ladrillos y el cascote que os sobran, y mirad qué pronto me he salido con la mía... Nada, ponedla ahora mismo en la calle, y que se vaya á los quintos infiernos, que es donde debe estar.

"Ahora mismo. D. León, no la maltrate usted—dijo la Superiora.

—¡Zángano!... ¡mala puñalada te mate!...—bramaba Mauricia, que ya tenía pocas fuerzas y había caído al suelo.—¡Un sacerdote pegando á una... señora!

—Que le traigan su ropa—gritó Sor Natividad.—Pronto, pronto.—Me parece mentira que la veré salir...

Mauricia ya no se defendía. Había perdido su salvaje fuerza; pero su semblante expresaba aún ferocidad y desorden mental.

Luégo se vió que desde el corredor alto tiraban un par de botas, luégo un mantón...

Bajarlo, hijas, bajarlo—dijo desde el patio la Superiora, mirando hacia arriba y ya recobrada la serenidad con que daba siempre sus órdenes. Fortunata bajó un lío de ropa, y recogiendo las botas, se lo dió todo á Mauricia, es decir, se lo puso delante. La espantosa escena descrita había impresionado desagradablemen-

te á la joven, que sintió profunda compasión de su amiga. Si las monjas se lo hubieran permitido, quizás ella habría aplacado á la bestia.

"Toma tu ropa, tus botas—le dijo en voz baja y en tono apacible.—Pero, hija, ¡cómo te has puesto!... ¿No conoces ya que has estado trastornada?

—Quítate de ahí, pendoncillo... quítate ó te...

—Dejarla, dejarla—dijo la Superiora.—No decirle una palabra más. A la calle, y hemos concluído.

Con gran dificultad se levantó Mauricia del suelo y recogió su ropa. Al ponerse en pié pareció recobrar parte de su furor.

"Que se te queda este lío.

—Las botas, las botas.

La tarasca lo recogió todo. Ya salía sin decir nada, cuando Guillermina la miró severamente.

"¡Pero qué mujer ésta! Ni siquiera sabe salir con decencia.

Iba descalza, cogidas las botas por los tirantes.

—Póngase usted las botas—le gritó la Superiora.

—No me da la gana. Agur... ¡Son todas unas judías pasteleras...!

—Paciencia, hija, paciencia... necesitamos mucha paciencia,—dijo Sor Natividad á sus compañeras, tapándose los oídos.

Se le franquearon todas las puertas, abriéndolas de par en par y resguardándose tras las hojas de ellas, como se abren las puertas del toril para que salga la fiera á la plaza La última que cambió algunas palabras con ella fué Fortunata, que la siguió hasta el vestíbulo movida de lástima y amistad, y aún quiso arrancarle alguna declaración de arrepentimiento. Pero la otra estaba ciega y sorda; no se enteraba de nada, y dió á su amiga tal empujón, que si no se apoya en la pared cae redonda al suelo.

Salió triunfante, echando á una parte y otra miradas de altivez y desprecio. Cuando vió la calle, sus ojos se iluminaron con fulgores de júbilo y gritó: "¡Ay, mi querida calle de mi alma!" Extendió y cerró los brazos, cual si en ellos quisiera apretar amorosamente todo lo que veían sus ojos. Respiró después con fuerza, paróse mirando azorada á todos lados, como el toro cuando sale al redondel. Luégo, orientándose, tiró muy decidida por el paseo abajo. Era cosa de ver aquella mujerona descalza, desgarrada, melenuda, despidiendo de sus ojos fiereza, con un lío bajo el brazo y las botas colgando de una mano. Las pocas personas que por allí pasaban, miráronla con asombro. Al llegar junto á los almacenes de la Villa, pasó por junto á varios chicos, barrenderos, que estaban sentados en sus carretillas con las escobas en la mano. Tuviéronla ellos por persona de poco

más ó menos y se echaron á reir delante de su cara napoleónica.

"Vaya, que buena *curda* te llevas, ¡oleeé!...

Y ella se les puso delante en actitud arrogantísima, alzó el brazo que tenía libre y les dijo:

"¡Apóstoles del error!

Prorrumpiendo al mismo tiempo en estúpida risa, pasó de largo. A los barrenderos les hizo aquello mucha gracia, y poniéndose en marcha con las carretillas por delante y las escobas sobre ellas, siguieron detrás de Mauricia, como una escolta de burlesca artillería, haciendo un ruído de mil demonios y disparándole bala rasa de groserías é injurias.

VII

La boda y la luna de miel.

I

Por fin se acordó que Fortunata saldría del convento para casarse en la segunda quincena de Setiembre. El día señalado estaba ya muy próximo, y si el pensamiento de la reclusa no se había familiarizado aún de una manera terminante con la nueva vida que la esperaba, no tenía duda de que le convenía casarse, comprendiendo que no debemos aspirar á lo mejor, sino aceptar el bien posible que en los sabios lotes de la Providencia nos toca. En las últimas visitas, Maxi no hablaba más que de la proximidad de su dicha. Contóle un día que ya tenía tomada la casa, un cuarto precioso en la calle de Sagunto, cerca de su tía; otro la entretuvo refiriéndole pormenores deliciosos de la instalación. Ya se habían comprado casi todos los muebles. Doña Lupe, que se pintaba sola para estas cosas, recorría diariamente las almonedas anunciadas en *La Correspondencia*, adquiriendo gangas y más gangas. La cama de matrimonio fué lo único que se tomó en el

almacén; pero doña Lupe la sacó tan arreglada, que era como de lance. Y no sólo tenían ya casa y muebles, sino también criada. Torquemada les recomendó una que servía para todo y que guisaba muy bien, mujer de edad mediana, formal, limpia y sentada. Bien podía decirse de ella que era también ganga como los muebles, porque el servicio estaba muy malo en Madrid, pero muy malo. Nombrábase Patricia, pero Torquemada la llamaba *Patria*, pues era hombre tan económico que ahorraba hasta las letras, y era muy amigo de las abreviaturas por ahorrar saliva cuando hablaba y tinta cuando escribía.

Otra tarde le dió Maxi una hermosa sorpresa. Cuando Fortunata entró en el convento, las papeletas de alhajas y ropas de lujo que estaban empeñadas quedaron en poder del joven, que hizo propósito de liberar aquellos objetos en cuanto tuviese medios para ello. Pues bien, ya podía anunciar á su amada con indecible gozo que cuando entrara en la nueva casa, encontraría en ella las prendas de vestir y de adorno que la infeliz había arrojado al mar el día de su naufragio. Por cierto que las alhajas le habían gustado mucho á doña Lupe por lo ricas y elegantes, y del abrigo de terciopelo dijo que con ligeras reformas sería una pieza espléndida. Esto le llevó naturalmente á hablar de la herencia. Ya había cogido su parte,

y con un pico que recibió en metálico había redimido las prendas empeñadas. Ya era propietario de inmuebles, y más valía esto que el dinero contante. Y á propósito de la herencia, también le contó que entre su hermano mayor y doña Lupe habían surgido ruidosas desavenencias. Juan Pablo empleó toda su parte en pagar las deudas que le devoraban y un descubierto que dejara en la administración carlista. No bastándole el caudal de la herencia, había tenido el atrevimiento de pedir prestada una cantidad á doña Lupe, la cual se voló y le dijo tantas cosas...! Total, que tuvieron una fuerte pelotera, y desde entonces no se hablaban tía y sobrino, y éste se había ido á vivir con una querida. "¡Y viva la moralidad! ¡Y tradicionalista me soy!

Charlaron otro día de la casa, que era preciosa, con vistas muy buenas. Como que del balcón del gabinete se alcanzaba á ver un poquito del Depósito de aguas; papeles nuevos, alcoba estucada, calle tranquila, poca vecindad, dos cuartos en cada piso, y sólo había principal y segundo. A tantas ventajas se unía la de estar todo muy á la mano: debajo carbonería, á cuatro pasos carnicería, y en la esquina próxima tienda de ultramarinos.

No podía olvidárseles el importante asunto de la carrera de *Rubinius vulgaris*. A mediados de Setiembre se había examinado de la única

clase que le faltaba para probar el último año, y lo más pronto que le fuera posible tomaría el grado. Desde luego entraría de practicante en la botica de Samaniego, el cual estaba gravemente enfermo, y si se moría, la viuda tendría que confiar á dos licenciados la explotación de la farmacia. Maxi entraría seguramente de segundo, con el tiempo llegaría á ser primero, y por fin amo del establecimiento. En fin, que todo iba bien y el porvenir les sonreía.

Estas cosas daban á Fortunata alegría y esperanza, avivando los sentimientos de paz, orden y regularidad doméstica que habían nacido en ella. Con ayuda de la razón, estimulaba en su propia voluntad la dirección aquella, y se alegraba de tener casa, nombre y decoro.

Dos días antes de la salida, confesó con el padre Pintado; expurgación larga, repaso general de conciencia desde los tiempos más remotos. La preparación fué como la de un examen de grado, y el capellán tomó aquel caso con gran solicitud y atención. Allí donde la penitente no podía llegar con su sinceridad, llegaba el penitenciario con sus preguntas de gancho. Era perro viejo en aquel oficio. Como no tenía nada de gazmoño, la confesión concluyó por ser un diálogo de amigos. Dióle consejos sanos y prácticos, hízole ver con palmarios ejemplos, algunos del orden humorístico, la perdición que trae á la criatura el dejarse mo-

ver de los sentidos, y le pintó las ventajas de una vida de continencia y modestia, dando de mano á la soberbia, al desorden y á los apetitos. Descendiendo de las alturas espirituales al terreno de la filosofía utilitaria, don León demostró á su penitente que el portarse bien es siempre ventajoso, que á la larga el mal, aunque venga acompañado de triunfos brillantes, acàba por infligir á la criatura cierto grado de penalidad sin esperar á las de la otra vida, que son siempre infalibles. "Hágase usted la cuenta—le dijo también,—de que es otra mujer, de que se ha muerto y resucitado en otro mundo. Si encuentra usted algún día por ahí á las personas que en aquella pasada vida la arrastraron á la perdición, figúrese que son fantasmas, sombras, así como suena, y no las mire siquiera. Por fin, encomendóle la devoción de la Santísima Virgen, como un ejercicio saludable del espíritu y una predisposición á las buenas acciones. La penitente se quedó muy gozosa, y el día que hizo la comunión se observó con una tranquilidad que nunca había tenido.

La despedida de las monjas fué muy sentida. Fortunata se echó á llorar. Sus compañeras Belén y Felisa le dieron besos, regaláronle estampitas y medallas, asegurándole que rezarían por ella. Doña Manolita mostróse envidiosa y desconsolada. Ella también saldría, pues sólo estaba allí por equivocación; pronto se habían

de ver claras las cosas, y el asno de su marido vendría á pedirle perdón y á sacarla de aquel encierro. Sor Marcela, Sor Antonia, la Superiora y las demás madres mostráronse muy afables con ella, asegurando que era de las recogidas que les habían dado menos que hacer. Despidiéronla con sentimiento de verla salir; pero dándole parabienes por su boda y el buen fin que su reclusión había tenido.

En la sala la esperaban Maximiliano y doña Lupe, que la recogieron y se la llevaron en un coche de alquiler. Estaba convenido de antemano llevarla á la casa del novio, cosa verdaderamente un poco irregular; pero como ella no tenía en Madrid parientes, al menos conocidos, doña Lupe no vió solución mejor al problema de alojamiento. La boda se verificaría el lunes 1.º de Octubre, dos días después de la salida de las Micaelas.

Sentía la señora de Jáuregui el goce inefable del escultor eminente á quien entregan un pedazo de cera y le dicen que modele lo mejor que sepa. Sus aptitudes educativas tenían ya materia blanda en quien emplearse. De una salvaje *en toda la extensión de la palabra*, formaría una señora, haciéndola á su imagen y semejanza. Tenía que enseñarle todo, modales, lenguaje, conducta. Mientras más pobreza de educación revelaba la alumna, más gozaba la maestra con las perspectivas é ilusiones de su plan.

Aquella misma mañana, cuando estaban almorzando, tuvo ya ocasión, con tanto regocijo en el alma como dignidad en el semblante, de empezar á aplicar sus enseñanzas. "No se dice *armejas* sino *almejas*. Hija, hay que irse acostumbrando á hablar como Dios manda.„ Quería doña Lupe que Fortunata se prestase á reconocerla por directora de sus acciones en lo moral y en lo social, y mostraba desde los primeros momentos una severidad no exenta de tolerancia, como cumple á profesores que saben al pelo su obligación.

Destinósele una habitación contigua á la alcoba de la señora, y que le servía á ésta de guardarropa. Había allí tantos cachivaches y tanto trasto, que la huéspeda apenas podía moverse; pero dos días se pasan de cualquier manera. Durante aquellos dos días, hallábase la joven muy cohibida delante de la que iba á ser su tía, porque ésta no bajaba del trípode ni cesaba en sus correcciones; y rara vez abría la boca Fortunata sin que la otra dejara de advertirle algo, ya referente á la pronunciación, ya á la manera de conducirse, mostrándose siempre autoritaria, aunque con estudiada suavidad. "En los conventos—decía,—se corrigen muchos defectos; pero también se adquieren modales encogidos. Suéltese usted, y cuando salude á las visitas, hágalo con serenidad y sin atropellarse.

Estas cosas ponían á Fortunata de mal humor, y su encogimiento crecía.

Consideraba que cuando estuviera en su casa, se emanciparía de aquella tutela enojosa, sin chocar, por supuesto, porque además doña Lupe le parecía mujer de gran utilidad, que sabía mucho y aconsejaba algunas cosas muy puestas en razón.

Molestaban á Fortunata las visitas que, según ella, sólo iban por curiosear. Doña Silvia no había podido resistir la curiosidad y se plantó en la casa el mismo día en que la novia salió del convento. Al otro día fué Paquita Morejón, esposa de D. Basilio Andrés de la Caña, y ambas parecieron á Fortunata impertinentes y entrometidas. Su finura resultóle afectada, como de personas ordinarias que se empeñan en no parecerlo.

Las visitantes le daban cumplida enhorabuena por su boda. En los ojos se les leía este pensamiento: "¡Vaya una ganga la de usted!" La señora de D. Basilio repitió la visita el segundo día. Iba vestida de pingajos de seda mal arreglados, queriendo aparentar. Hízose muy pegajosa; quería intimar y elogiaba la hermosura de la novia, como un medio indirecto de expresar las deficiencias de la misma en el orden moral.

Otra visita notable fué la de Juan Pablo, á quien llevó su hermano. Doña Lupe y el ma-

yor de los Rubines no se hablaban después de la marimorena que tuvieron al repartir la herencia. Con gran sorpresa de la novia, Juan Pablo estuvo afectuoso con ella. Creeríase que intentaba hacer rabiar á su tía, concediendo su benevolencia á la persona de quien aquella había dicho tantas perrerías. Durante la visita, que no fué breve, sentóse Fortunata en el borde de una silla, como una paleta, algo atontada y no sabiendo qué decir para sostener la conversación con un hombre que se expresaba tan bien. Al despedirse, dióle Juan Pablo un fuerte apretón de manos, diciéndole que asistiría á la boda.

Luégo fueron tía y sobrina á ver la casa matrimonial. Doña Lupe le mostró uno por uno los muebles, haciéndole notar lo buenos que eran, y que su colocación, dispuesta por ella, no podía ser más acertada. El juicio sobre cada parte de la casa y sobre los trastos y su distribución dábalo ya por anticipado doña Lupe, de modo que la otra no tuviese que decir más que "sí... verdad..."

De vuelta, ya avanzada la tarde, á la calle de Raimundo Lulio, se ocuparon en disponer varias cosas para el día siguiente. Maximiliano había ido á invitar á algunos amigos, y doña Lupe salió también diciendo que volvería antes de anochecido. Quedóse sola Fortunata, y se puso á hacer en su vestido de gro negro, que

había de lucir en la ceremonia, ciertos arreglos de escasa importancia. No tenía más compañía que la de Papitos, que se escapaba de la cocina para ponerse al lado de la señorita, cuya hermosura admiraba tanto. El peinado era la principal causa de la estupefacción de la chiquilla, y habría dado ésta un dedo de la mano por poder imitarlo. Sentóse á su lado y no se hartaba de contemplarla, llenándose de regocijo cuando la otra solicitaba su ayuda, aunque sólo fuera para lo más insignificante. En esto llamaron á la puerta; corrió á abrir la mona, y Fortunata no supo lo que le pasaba cuando vió entrar en la sala á Mauricia la Dura.

II

El sentimiento que le inspiraba aquella mujer en las Micaelas; la inexplicable mescolanza de terror y atracción prodújose en aquel instante en su alma con mayor fuerza. Mauricia le infundía miedo y al propio tiempo una simpatía irresistible y misteriosa, cual si le sugiriera la idea de cosas reprobables y al mismo tiempo gratas á su corazón. Miró á su amiga sin hablarle, y ésta se le acercó sonriendo, como si quisiera decir: "lo que menos esperabas tú era verme aquí ahora...

—¿De veras eres tú...?

Y observó que Mauricia traía unos zapatos

muy bonitos de cuero amarillo, atados con cordones azules terminados en madroños.

—¡Y qué bien calzada!...

—¿Qué te creías tú?

Después le miró la cara. Estaba muy pálida; los ojos parecían más grandes y traicioneros, acechando en sus profundos huecos violados bajo la ceja recta y negra. La naríz parecía de marfil, la boca más acentuada y los dos pliegues que la limitaban más enérgicos. Todo el semblante revelaba melancolía y profundidad de pensamiento, al menos así lo consideró Fortunata sin poder expresar por qué. Traía Mauricia un mantón nuevo y á la cabeza un pañuelo de seda de fajas azul-turquí y rojo vivo, delantal de cuadritos y falda de tartán, y en la mano un bulto atado con un pañuelo por las cuatro puntas.

"¿No está doña Lupe?—dijo sentándose sin ninguna ceremonia.

—Ya le he dicho que no—replicó Papitos con mal modo.

—No te he preguntado á tí, refistolera, métome-en-todo. Lárgate á tu cocina, y déjanos en paz.

Papitos se fué refunfuñando.

—¿Qué traes por aquí?—le preguntó Fortunata, que desde que la vió entrar, sentía palpitaciones muy fuertes.

—Pues nada... Estoy otra vez corriendo

prendas, y aquí traigo unos mantones para que los vea esa tía pastelera...

—¡Qué manera de hablar! Corrígete, mujer... ¿Te has olvidado ya de la que hiciste en el convento? ¡Vaya un escándalo! Lo sentí mucho por tí. Aquel día me puse mala.

—Chica, no me hables... Vaya, que me trastorné de veras. Pero una tentación cualquiera la tiene. ¿Y qué, dije muchas barbaridades? Yo no me acuerdo. No estaba en mí, no sabía lo que hacía. Sólo me acuerdo de que vi á la Pura y Limpia, y después quise entrar en la iglesia y coger al Santísimo Sacramento... soñé que me comía la hostia... Nunca me ha dado un toque tan fuerte, chica... ¡Qué cosas se le ocurren á una cuando se sube el mengue á la cabeza! Créemelo porque yo te lo digo: cuando se me serenó el sentido, estaba abochornada... El único á quien guardaba rencor era el tío capellán. Me lo hubiera comido á bocados. Á las señoras no. Me daban ganas de ir á pedirles perdón; pero por el aquel de la *dinidá* no fuí. Lo que más me escocía era haberle tirado un ladrillazo á doña Guillermina. Esto sí que no me lo paso, no me lo paso... Y le he cogido tal miedo, que cuando la veo venir por la calle, se me sube toda la color á la cara, y me voy por otro lado para que no me vea. A mi hermana le ha dicho que me perdona, ¿ves? y que todavía cuenta hacer algo por mí.

—Es que eres atroz...—le dijo Fortunata.—Si no te quitas ese vicio, vas á parar en mal.

—Quita, mujer, y no me digas nada... Pues si desde que salí de las Micaelas no he vuelto á catarlo... Soy ahora, como quien dice, otra. No quiero vivir con mi hermana, porque Juan Antonio y yo no casamos bien; pero á persona decente no me gana nadie ahora. Créetelo porque yo te lo digo. No lo vuelvo á catar. Y si no, tú lo has de ver... Y pasando á otra cosa, ya sé que te casas mañana.

—¿Por dónde lo has sabido?

—Eso, acá yo... Todo se sabe—replicó la Dura con malicia.—Vaya, que te ha caído la lotería. Yo me alegro, porque te quiero.

En esto Mauricia se inclinó bruscamente y recogió del suelo un objeto pequeño. Era un botón.

"Buen agüero, mira—dijo mostrándolo á Fortunata.—Señal de que vas á ser dichosa.

—No creas en brujerías.

—¿Que no crea?... *Páices* boba. Cuando una se encuentra un botón, quiere decirse que á una le va á pasar algo. Si el botón es como éste, blanco y con cuatro *ujeritos*, buena señal; pero si es negro y con tres, mala.

—Eso es un disparate.

—Chica, es el Evangelio. Lo he probado la mar de veces. Ahora vas á estar en grande. ¿Sabes una cosa?

Dijo esto último con tal intención, que Fortunata, cuya ansiedad crecía sin saber por qué, vió tras el *sabes una cosa* una confidencia de extraordinaria gravedad.

—¿Qué?

—Que te quemas.

—¿Cómo que me quemo?

—Nada, mujer, que te quemas, que le tienes muy cerca. Te gustan las cosas claras, ¿verdad? pues allá va. Volvió de Valencia muy bueno y muy enamoradito de tí. Lo que yo te decía, chica, lo mismo fué enterarse de que estabas en las Micaelas haciéndote la católica, que se le encendió el celo, y todas las tardes pasaba por allí en su *featón*. Los hombres son así: lo que tienen lo desprecian, y lo que ven guardado con llaves y candados, eso, eso es lo que se les antoja.

—Quita, quita...—dijo Fortunata, queriendo aparecer serena.—No me vengas con cuentos.

—Tú lo has de ver.

—¿Cómo que lo he de ver? Vaya, que tienes unas cosas...

Mauricia se echó á reir con aquel desparpajo que á su amiga le parecía el humorismo de un hermoso y tentador demonio. En medio de la infernal risa, brotaba esta frase que á Fortunata le ponía los pelos de punta: "¿Te lo digo?... ¿te lo digo?

—¿Pero qué?

Se miraron ambas. Dentro de los cóncavos y amoratados huecos de los ojos, acechaban las pupilas de Mauricia con ferocidad de pájaro cazador.

"¿Te lo digo?... Pues el tal sabe echar por la calle de enmedio. Vaya, que es listo y ejecutivo. Te ha armado una trampa, en la cual vas á caer..: Como que ya has metido la patita dentro.

—¿Yo...?

—Sí... tú. Pues ha alquilado el cuarto de la izquierda de la casa en que vas á vivir; el tuyo es el de la derecha.

—¡Bah!... no digas desatinos—replicó Fortunata, queriendo echársela de valiente.

Deslizóse de sus rodillas al suelo la falda de gro negro que estaba arreglando.

"Como lo oyes, chica... Allí le tienes. Desde que entres en tu casa, le sentirás la respiración.

—Quita, quita... no quiero oirte.

—Si sabré yo lo que me digo. Para que te enteres: hace media hora que he estado hablando con él en casa de una amiga. Si no caes en la trampa, creo que el pobrecito revienta... tan dislocado está por tí.

—El cuarto de al lado... á mano izquierda cuando entramos... el mío á esta mano; de modo que... No me vuelvas loca...

—Lo ha tomado por cuenta de él una que llaman Cirila... Tú no la conoces; yo sí: ha sido

también corredora de alhajas y tuvo casa de huéspedes. Está casada con uno que fué de la ronda secreta, y ahora tu señor me le ha colocado en el tren.

Fortunata sintió que se congestionaba. Su cabeza ardía.

"Vaya, todo eso es cuento... ¿Piensas que me voy á creer esas bolàs?... ¡Como no se acuerde él de mí...! ni falta.

—Tú lo has de ver. ¡Ay qué chico! Da pena verle... loquito por tí... y arrepentido de la partida serrana que te jugó. Si la pudiera reparar, la repararía... Créetelo porque yo te lo digo.

En esto entró Papitos con pretexto de preguntar una cosa á la señorita, pero realmente con el único objeto de curiosear. Lo mismo fué verla Mauricia que echarle los tiempos del modo más despótico.

"Mira, chiquilla, si no te largas, verás.

La amenazó con un movimiento del brazo, precursor de una gran bofetada; pero la mona se le rebeló, chillando así: "No me da la gana... ¿Y á usted qué?... ¡Mía esta!...„ Fortunata le dijo: "Papitos, vete á la cocina,„ y obedeció la rapaza, aunque de muy mala gana.

"Pues yo...—prosiguió Fortunata,—si es verdad, le diré á mi marido que tome otra casa.

—Tendrías que cantarle el motivo.

—Se lo cantaré... vaya.

—Bonita escandalera armarías... Nada, hija,

que la trampa te la ponen donde quiera que vayas, y ¡pum!... ídem de lienzo.

—Pues ea... no me casaré—dijo la novia en el colmo ya de la confusión.

—¡Quiá! Por tonta que te quieras volver, no harás tal... ¿Crees que esas brevas caen todos los días? Que se te quite de la cabeza... Casadita, puedes hacer lo que quieras, guardando el aparato de la *comenencia*. La mujer soltera es una esclava; no puede ni menearse. La que tiene un peine de marido, tiene bula para todo.

Fortunata callaba, mirando vagamente al suelo, con la barba apoyada en la mano.

"¿Qué miras?—dijo la Dura inclinándose.—¡Ah! otro botón... y este es negro, con tres *ujeros*... Mala señal, chica. Esto quiere decir que si no te casas, mereces que te azoten.

Recogiendo el botón, lo miraba de cerca. Anochecía, y la sala se iba quedando á oscuras. Poco después Fortunata veía sólo el bulto de su amiga y los zapatos amarillos. Empezaba á cogerle miedo; pero no deseaba que se marchase, sino que hablara más y más del mismo temeroso asunto.

"Te digo que no me caso—repitió la joven, sintiendo que se renovaba en su alma el horror al matrimonio con el chico de Rubín. Y las ideas tan trabajosamente construídas en las Micaelas, se desquiciaron de repente. Aquel al-

tarito levantado á fuerza de meditaciones y de gimnasias de la razón, se resquebrajaba como si le temblara el suelo.

"El cuarto de la izquierda... de modo que... Eso es estar vendida... Una puerta aquí, otra allí...

—Lo que te digo, una patita en la trampa; sólo te falta meter la otra.

Y rompió á reir de nuevo con aquella franqueza insolente que á Fortunata le agradaba, cosa extraña, despertando en su alma instintos de dulce perversidad.

"Nada, yo no me caso, que no me caso, ¡ea! —declaró la novia levantándose y dando pasos de aquí para allí, cual si moviéndose quisiera infundirse la energía que le faltaba.

—Como lo vuelvas á decir...—añadió Mauricia haciendo un gesto de burlesca amenaza.—¿Piensas que una ganga como ésta se encuentra detrás de cada esquina? Nada, chica, á casarse tocan. En ese espejo quisieran verse otras. Y para acabar, chica, cásate, y haz por no caer en la trampa. Vaya, ponte á ser honrada, que de menos nos hizo Dios... Oye lo que te digo, que es el Evangelio, chica, el puro Evangelio:

Fortunata se detuvo ante su amiga, y ésta la obligó á sentarse otra vez á su lado.

"Nada, te casas... porque casarte es tu salvación. Si no, vas á andar de mano en mano hasta la *consunción* de los siglos. Tú no seas bo-

ba; si quieres ser honrada, *serlo*, hija. Descuida, que no te pondrán un puñal al pecho para que peques.

—Pues sí —dijo Fortunata animándose,— ¿qué me importa á mí la trampa? Como yo no quiera caer...

—Claro... El otro ahí junto... pues que le parta un rayo. ¿A tí qué? Tú dí "soy honrada," y de ahí no te saca nadie. A los pocos días le dices á tu esposo de tu alma que la casa no te gusta, y tomais otra.

—Dí que sí... tomamos otra, y se acabó la trampa — observó la novia tomando en serio los consejos de su amiga.

—Verdad que él no se acobardará, y á donde vayas, él detrás. Créeme que está loco. Y te digo más. La criada que tienes, esa Patricia que le recomendó á doña Lupe el señor de Torquemada, está vendida.

—¡Vendida!... ¡Ah!... — exclamó Fortunata con nuevo terror.—Mira tú por qué esa mujer no me gustó cuando la ví esta mañana. Es muy adulona, muy relamida, y tiene todo el aire de un serpentón... Pues nada, le diré á mi marido que no me gusta, y mañana mismo la despido.

—Eso... y viva el *caraiter*. Tú mira bien lo que te digo: siempre y cuando quieras ser honrada, *serlo;* pero dejarte de casar, ¡dejar de casarte! que no se te pase por la cabeza, hija de mi alma.

Fortunata parecía recobrar la calma con esta exhortación de su amiga, expresada de una manera cariñosa y fraternal.

"Otra cosa se me ocurre—indicó luégo con la alegría del náufrago que ve flotar una tabla cerca de sí.—Le diré á mi marido que estoy mala y que me lleve á vivir al pueblo ese donde ha cogido la herencia.

—¡Pueblo!... ¿Y qué vas á hacer tú en un pueblo?—dijo Mauricia con expresión de desconsuelo, como una madre que se ocupa del porvenir de su hija.—Mira tú, y créelo porque yo te lo digo: más difícil es ser honrada en un pueblo chico que en estas ciudades grandes donde hay mucho personal, porque en los pueblos se aburre una; y como no hay más que dos ó tres sujetos finos y siempre les estás viendo, ¡qué peine! acabas por encapricharte con alguno de ellos. Yo conozco bien lo que son los pueblos de corto personal. Resulta que el alcalde, y si no el alcalde el médico y si no el juez, si lo hay, te hacen tilín, y no quiero decirte nada. En último caso, tanto te aburres, que te da un *toque* y caes con el señor cura...

—Quita, quita, ¡qué asco!

—Pues chica, no pienses en salir de Madrid—agregó la tarasca cogiéndola por un brazo, atrayéndola á sí y sentándola sobre sus rodillas.—Hija de mi vida, ¿á quién quiero yo? A tí nada más. Lo que yo te diga es por tu bien.

Déjate llevar; cásate, y si hay trampa, que la haya. Lo que debe pasar, pasa... Deja correr y haz caso de mí, que te he tomado cariño y soy *mismamente* como tu madre.

Fortunata iba á responder algo; pero la campanilla anunció que se aproximaba doña Lupe.

Cuando ésta penetró en la sala, ya sabía por Papitos quién estaba allí.

"¿En dónde está esa loca?—entró diciendo. —¡Pero qué oscuridad! No veo gota. Mauricia...

—Aquí estoy, mi señora doña Lupe. Ya nos podían traer una luz."

Fortunata fué por la luz, y en tanto la viuda dijo á su corredora.

"¿Qué traes por acá? ¡Cuánto tiempo...! ¿Y qué tal? ¿Te has enmendado? Porque el padre Pintado le contó á Nicolás horrores de tí...

—No haga caso, señora. D. León es muy fabulista y boquea más de la cuenta. Fué un pronto que tuve.

—¡Vaya unos prontos!... ¿Y qué traes ahí?

Entró Fortunata con la lámpara encendida, y la tarasca empezó á mostrar mantones de Manila, un tapíz japonés, una colcha de malla y felpilla.

"Mire, mire qué primores. Este pañolón es de la señá marquesa de Tellería. Lo da por un pedazo de pan. Anímese, señora, para que haga un regalo á su sobrina, el día de mañana, que así sea el *escomienzo* de todas las felicidades.

—¡Quita allá!... ni para qué quiere esta mantones. ¡Buenos están los tiempos! ¿Y qué precio? .. ¡Cincuenta duros! Ajajá... ¡qué gracia! Los tengo yo del propio Senquá, mucho más floreados que ese y los doy á veinticinco.

—Quisiera verlos... ¿Sabe lo que le digo? Que me caiga ahora muerta aquí mismo, si no es verdad que me han ofrecido treinta y ocho y no lo he querido dar... Mire, por estas cruces.

Y haciendo la cruz con dos dedos, se la besó.

"¡A buena parte vienes!... Si estoy yo de mantones...

—Pero no serán como este.

—Mejores, cien veces mejores... Pero me alegro de que hayas venido: te voy á dar un aderezo para que me lo corras.

Y siguieron picoteando de este modo hasta que entró Maximiliano, y doña Lupe mandó sacar la sopa. El novio, enterándose de que había visita en la sala, acercóse despacito á la puerta para ver quién era. "Es Mauricia—le dijo su prometida saliéndole al encuentro."

Ambos se fueron al comedor, esperando allí á que su tía despachase á la corredora. Cuando ésta se fué no quiso Fortunata salir á despedirla, por temor de que dijese algo que la pudiera comprometer.

III

Maximiliano habló á su futura de las invitaciones que había hecho, y ella le oía como quien oye llover; mas no reparó el joven en esta distración por lo muy exaltado que estaba. Como era tan idealista, quería hacer el papel de novio con todas las reglas recomendadas por el uso, y aunque se vió solo en el comedor con su amada, tratábala con aquellos miramientos que impone el pudor más exquisito. No se decidía ni á besarla, gozando con la idea de poder hacerlo á sus anchas después de recibidas las bendiciones de la Iglesia, y aun de hacerle otras caricias con la falsa ilusión de no habérselas hecho antes. Mientras comían, Fortunata se sintió anegada en tristeza, que le costaba trabajo disimular. Inspirábale el próximo estado tanto temor y repugnancia, que le pasó por el pensamiento la idea de escaparse de la casa, y se dijo: "No me llevan á la Iglesia ni atada." Doña Lupe, que gustaba tanto de hacer papeles y de poner en todos los actos la corrección social, no quería que los novios se quedasen solos ni un momento. Había que emplear una ficción moral como tributo á la moral misma y en prueba de la importancia que debemos dar á la forma en todas nuestras acciones.

Fortunata estuvo muy desvelada aquella

noche. Lloraba á ratos como una Magdalena, y poníase luégo á recordar cuanto le dijo el padre Pintado y el remedio de la devoción á la Santísima Virgen. Durmióse al fin rezando, y soñó que la Virgen la casaba, no con Maxi, sino con su verdadero hombre, con el que era suyo á pesar de los pesares. Despertó sobresaltada, diciendo: "Esto no es lo convenido." En el delirio de su febril insomnio, pensó que D. León la había engañado y que la Virgen se pasaba al enemigo. "Pues para esto no se necesitaba tanto Padre Nuestro y tanta Ave María..." Por la mañana reíase de aquellos disparates, y sus ideas fueron más reposadas. Vió claramente que era locura no seguir el camino por donde la llevaban, que era sin duda el mejor. "¡Hala! honrada á todo trance. Ya me defenderé de cuantas trampas se me quieran armar.

Doña Lupe dejó las ociosas plumas á las cinco de la mañana cuando aún no era de día, y arrancó de la cama á Papitos, tirándole de una oreja, para que encendiera la lumbre. ¡Flojita tarea la de aquel día; un almuerzo para doce personas! Llamó á Fortunata para que se fuera arreglando, y acordaron dejar dormir á Maxi hasta la hora precisa, porque los madrugones le sentaban mal. Dió varias disposiciones á la novia para que trabajara en la cocina, y se fué á la compra con Papitos, llevando el cesto más grande que en la casa había.

Lo que doña Lupe llamaba el *menudo* era excelente: riñones salteados, sesos, merluza ó pajeles, si los había, chuletas de ternera, filete á la inglesa... Esto corría de cuenta de la viuda, y Fortunata se comprometió á hacer una paella. A las ocho ya estaba doña Lupe de vuelta, y parecía una pólvora; tal era su actividad. Como que á las diez debían ir á la Iglesia. "Pero no, no iré, porque si voy, de fijo me hace Papitos algún desaguisado." La suerte fué que vino Patricia, y entonces se decidió la señora á asistir á la ceremonia.

Púsose la novia su vestido de seda negro, y doña Lupe se empeñó en plantarle un ramo de azahar en el pecho. Hubo disputa sobre esto... que sí, que no. Pero la señora de D. Basilio había traído el ramo y no se la podía desairar. Como que era el mismo ramo que ella se había puesto el día de su boda. Fortunata estaba guapísima, y Papitos buscaba mil pretextos para ir al gabinete y admirarla aunque sólo fuera un instante. "Esta sí que no tiene algodón en la delantera—pensaba.

La de Jáuregui se puso su *visita* adornada con avalorio, y doña Silvia se presentó con pañuelo de Manila, lo que no agradó mucho á la viuda, porque parecía boda de pueblo. Torquemada fué muy majo; llevaba el hongo nuevo, el cuello de la camisa algo sucio, corbata negra deshilachada y en ella un alfiler con magnífica

perla que había sido de la marquesa de Casa-Bojío. El bastón de roten y las enormes rodilleras de los calzones le acababan de caracterizar. Era hombre muy humorístico y tenía una baraja de chistes referentes al tiempo. Cuando diluviaba, entraba diciendo: "Hace un polvo atroz." Aquel día hacía mucho calor y sequedad, motivo sobrado para que mi hombre se luciera: "¡Vaya una nevada que está cayendo!" Estas gracias sólo las reían doña Silvia y doña Lupe.

Maxi llevaba su levita nueva y la chistera que aquel día se puso por primera vez. Extrañaba mucho aquel desusado armatoste, y cuando se lo veía en la sombra, parecíale de tres ó cuatro palmos de alto. Dentro de casa, creía que tocaba con su sombrero al techo. Pero en orden de chisteras, la más notable era la de D. Basilio Andrés de la Caña, que lo menos era de catorce modas atrasadas, y databa del tiempo en que Bravo Murillo le hizo ordenador de pagos. Las botas miraban con envidia al sombrero por el lustre que tenía. Nicolás Rubín presentóse menos desaseado que otras veces, sintiendo no haber podido traer á D. León. *Ulmus Sylvestris*, *Quercus gigantea*, y *Pseudo Narcissus odoripherus* presentáronse muy guapetones, de levitín, y alguno de ellos con guantes acabados de comprar, y rodearon á la novia, y la felicitaron y aun le dieron bromas, viéndose ella apuradísima para

contestarles. Por fin, doña Lupe dió la voz de mando, y á la iglesia todo el mundo.

Fortunata tenía la boca extraordinariamente amarga, cual si estuviera mascando palitos de quina. Al entrar en la parroquia sintió horrible miedo. Figúrabase que su enemigo estaba escondido tras un pilar. Si sentía pasos, creía que eran los de él. La ceremonia verificóse en la sacristía, y duró poco tiempo. Impresionaron mucho á la novia los símbolos del Sacramento, y por poco se cae redonda al suelo. Y al propio tiempo sentía en sí una luz nueva, algo como un sacudimiento, el choque de la dignidad que entraba. La idea del señorío enderezó su espíritu, que estaba como columna inclinada y próxima á perder el equilibrio. ¡Casada! ¡honrada ó en disposición de serlo! Se reconocía otra. Estas ideas, que quizás procedían de un fenómeno espasmódico, la confortaron; pero al salir volvió á sentirse acometida del miedo. ¡Si por acaso el enemigo se le aparecía...! Porque Mauricia le había dicho que rondaba, que rondaba, que rondaba... ¡Aquí de la Virgen! Pero ¡qué cosas! ¡Si María Santísima protegía ahora al enemigo! Esta idea extravagante no la podía echar de sí. ¿Cómo era posible que la Virgen defendiera el pecado? ¡Tremendo disparate! pero disparate y todo, no había medio de destruirlo.

De regreso á la casa, doña Lupe no cabía en

su pellejo; de tal modo se crecía y se multiplicaba atendiendo á tantas y tan diferentes cosas. Ya recomendaba en voz baja á Fortunata que no estuviese tan displicente con doña Silvia; ya corría al comedor á disponer la mesa; ya se liaba con Papitos y con Patricia, y parecía que á la vez estaba en la cocina, en la sala, y en la despensa y en los pasillos. Creeríase que había en la casa tres ó cuatro viudas de Jáuregui funcionando á un tiempo. Su mente se acaloraba ante la temerosa contingencia de que el almuerzo saliera mal. Pero si salía bien, ¡qué triunfo! El corazón le latía con fuerza, comunicando calor y fiebre á toda su persona, y hasta la pelota de algodón parecía recibir también su parte de vida, palpitando y permitiéndose doler. Por fin, todo estuvo á punto. Juan Pablo, que no había ido á la iglesia, pero que se había unido á la comitiva al volver de ella, buscaba un pretexto para retirarse. Entró en el comedor cuando sonaba el pataleo de las sillas en que se iban acomodando los comensales, y contó... "Me voy—dijo,—para no hacer trece." Algunos protestaron de tal superstición, y otros la aplaudieron. A D. Basilio le parecía esto incompatible con las luces del siglo, y lo mismo creía doña Lupe; pero se guardó muy bien de detener á su sobrino por la ojeriza que le tenía, y Juan Pablo se fué, quedando en la mesa los comensales en la tranquilizadora cifra de doce.

Durante el almuerzo, que fué largo y fastidioso, Fortunata siguió muy encogida, sin atreverse á hablar, ó haciéndolo con mucha torpeza cuando no tenía más remedio. Temía no comer con bastante finura y revelar demasiado su escasa educación. El temor de parecer ordinaria era causa de que las palabras se detuvieran en sus labios en el momento de ser pronunciadas. Doña Lupe, que la tenía al lado, estaba al quite para auxiliarla si fuera menester, y en los más de los casos respondía por ella, si algo se le preguntaba, ó le soplaba con disímulo lo que debía de decir.

Á un tiempo notaron Fortunata y doña Lupe que Maximiliano no se sentía bien. El pobrecito quería engañarse á sí mismo, haciéndose el valiente; mas al fin se entregó. "Tú tienes jaqueca—le dijo su tía." "Sí que la tengo,—replicó él con desaliento, llevándose la mano á los ojos;—pero quería olvidarla á ver si no haciéndole caso, se pasaba. Pero es inútil; no me escapo ya. Parece que se me abre la cabeza. Ya se ve, la agitación de ayer, la mala noche, porque á las tres de la mañana desperté creyendo que era la hora, y no volví á dormir."

Hubo en la mesa un coro compasivo. Todos dirigían al pobre jaquecoso miradas de lástima y algunos le proponían remedios extravagantes.

"Es mal de familia—observó Nicolás,—y

con nada se quita. Las mías han sido tan tremendas, que el día que me tocaba, no podía menos que compararme á San Pedro Mártir, con el hacha clavada en la cabeza. Pero de algún tiempo á esta parte se me alivian con jamón.

—¿Cómo es eso?... ¿aplicándose una tajada á la cabeza?

—No, hija... comiéndolo...

—¡Ah! uso interno...

—Vale más que te retires—dijo Fortunata á su marido, cuyo sufrimiento crecía por instantes.

Doña Lupe fué de la misma opinión, y Maximiliano pidió permiso para retirarse, siéndole concedido con otro coro de lamentaciones. El almuerzo tocaba ya á su fin. Fortunata se levantó para acompañar á su marido, y no hay que decir que, sintiendo el motivo, se alegraba de abandonar la mesa, por verse libre de la etiqueta y de aquel suplicio de las miradas de tanta gente. Maxi se echó en su cama; su mujer le arropó bien, y cerrando las maderas, fué á la cocina á hacer un té. Allí se tropezó con doña Lupe, que le dijo:

"Primero es el café. Ya lo están esperando. Ayúdame, y luégo harás el té para tu marido. Lo que él necesita más es descanso.

La sobremesa fué larga. Pegaron la hebra D. Basilio y Nicolás sobre el carlismo, la guerra y su solución probable, y se armó una gran

tremolina, porque intervinieron los farmacéuticos, que eran atrozmente liberales, y por poco se tiran los platos á la cabeza. Torquemada procuraba pacificar, y entre unos y otros molestaban mucho al enfermo con la bulla que hacían. Por fin, á eso de las cuatro fueron desfilando, teniendo la desposada que oir los plácemes empalagosos que le dirigían, confundidos con bromas de mal gusto, y contestar á todo como Dios le daba á entender. La tarde pasóla Maxi muy mal; le dieron vómitos y se vió acometido de aquel hormigueo epiléptico que era lo que más le molestaba. Al anochecer se empeñó en que se había de ir á la nueva casa, y su mujer y su tía no podían quitárselo de la cabeza.

"Mira que te vas á poner peor. Duerme aquí, y mañana...

—No, no quiero. Me siento algo aliviado. El período más malo pasó ya. Ahora el dolor está como indeciso, y dentro de media hora aparecerá en el lado derecho, dejándome libre el izquierdo. Nos vamos á casa, me acuesto entre sábanas y allí pasaré lo que me resta.

Fortunata insistía en que no se moviese, pero él se levantó y se puso la capa. No hubo más remedio que emprender la marcha para la otra casa.

"Tía—dijo Maxi,—que no se olvide el frasco de láudano. Cógelo tú, Fortunata, y llévalo. Cuando me meta en la cama, trataré de dormir,

y si no lo consigo, echarás seis gotas, cuidado... seis gotas nada más de esta medicina en un vaso de agua, y me las darás á beber.

Muy abrigado y la cabeza bien envuelta para que no le diese frío, lleváronle á la casa matrimonial, que fué estrenada en condiciones poco lisonjeras. La distancia entre ambos domicilios era muy corta. Al atravesar la calle de Santa Feliciana, Fortunata creyó ver... juraría... Le corrió una exhalación fría por todo el cuerpo. Pero no se atrevía á mirar para atrás con objeto de cerciorarse. Probablemente no era más que delirio y azoramiento de su alma, motivados por las mil andróminas que le había contado Mauricia.

Llegaron, y como todo estaba preparado para pernoctar, nada echaron de menos. Sólo se habían olvidado unas bujías y Patricia bajó á traerlas. Acostado Maxi, sucedió lo que se temía: que se puso peor, y vuelta á los vómitos y á la desazón espasmódica. "Tú no quieres hacer caso de mí... ¡Cuánto mejor que hubieras dormido en casa esta noche! Ahí tienes el resultado de tu terquedad." Después de expresar su opinión autoritaria de esta manera, doña Lupe, viendo á su sobrino más tranquilo y como vencido del sopor, empezó á dar instrucciones á Fortunata sobre el gobierno de la casa. No aconsejaba, sino que disponía. Por dar órdenes, hasta le dijo lo que había de man-

dar traer de la plaza al día siguiente, y al otro y al otro. "Y cuidado con dejar de tomarle la cuenta á la muchacha, al céntimo, pues Torquemada dice que no la abona y no hay que fiar... Si te falta algún cacharro en la cocina, no lo compres; yo te lo compraré, porque á tí te clavan... Nada de comprar petróleo en latas... el fuego me horripila. Desde mañana vendrá el petrolero de casa y le tomas lo que se gaste en el día... Patatas y jabón, una arroba de cada cosa. Cuidado cómo te sales de un diario de dieziseis, diezisiete reales todo lo más... El día que sea conveniente un extraordinario, me lo avisas... Yo iré con Papitos á la plaza de San Ildefonso, y te traeré lo que me parezca bien... A Maxi le pones mañana dos huevitos pasados, ya sabes, y un sopicaldo. Los demás días su chuletita con patatas fritas. No compres nunca merluza en Chamberí. Papitos te la traerá. Mucho ojo con este carnicero, que es más ladrón que Judas. Si tienes alguna cuestión con él, nómbrame á mí y le verás temblar...„ Y por aquí siguió amonestando y apercibiendo con ínfulas de verdadera ama y canciller de toda la familia. La suerte que se marchó.

Serían las diez cuando la desposada se quedó sola con su marido y con Patricia. Maxi no acababa de tranquilizarse, por lo que fué preciso apelar al remedio heróico. El mismo enfermo lo pidió, dejando oir una voz quejum-

brosa que salía de entre las sábanas, y que por su tenuidad no parecía corresponder á la magnitud del lecho. Fortunata cogió el cuenta gotas y acercando la luz preparó la pócima. En vez de siete gotas no puso más que cinco. Le daba miedo aquella medicina. Tomóla Maxi y al poco rato se quedaba dormido con la boca abierta, haciendo una mueca que lo mismo podía ser de dolor que de ironía.

IV

Al ver dormido á su esposo, parecióle á Fortunata que se alejaba; encontróse sola, rodeada de un silencio alevoso y de una quietud traidora. Dió varias vueltas por la casa, sin apartar el pensamiento y las miradas de los tabiques que separaban su cuarto del inmediato, y los tales tabiques se le antojaron transparentes, como delgadas gasas, que permitían ver todo lo que de la otra parte pasaba. Andando de puntillas por los pasillos y por la sala, percibió rumor de voces. Si aplicara el oído á la pared, oiría quizás claramente; pero no se atrevió á aplicarlo. Por la ventana del comedor que daba á un patio medianero, veíase otra ventana igual con visillos en los cristales. Allí lucía una lámpara con pantalla verde, y alrededor de ella pasaban bultos, sombras, borrosas

imágenes de personas, cuyas caras no se podían distinguir.

Después de hacer estas observaciones, fué á la cocina, donde estaba la criada preparando los trastos para el día siguiente. Era muy hacendosa y tan corrida en el oficio, que la misma doña Lupe se sorprendía de verla trabajar, porque despachaba las cosas en un decir Jesús, sin atropellarse. Pero á Fortunata le era antipática por aquella amabilidad empalagosa tras de la cual vislumbraba la traición.

"Patricia—le dijo su ama, afectando una curiosidad indiferente.—¿Sabe usted qué gente es esa del cuarto de al lado?

—Señorita—replicó la criada sin dejarla concluir;—como estoy aquí desde el día antes de salir usted del convento, ya conozco á toda la vecindad... ¿sabe? En ese cuarto vive una señora muy fina que la llaman doña Cirila. Su marido es no sé qué del tren. Tiene una gorra con galones y letras. Esta noche, cuando bajé por las bujías, me encontré á la vecina en la tienda y me preguntó por el señorito. Dijo que cualquier cosa que se ofreciera... ¿sabe? Es muy amable. Ayer entró aquí á ver la casa, y yo pasé á la suya... Dice que tiene muchas ganas de hacerle á usted la visita.

—¡A mí!—replicó Fortunata sentándose en la silla de la cocina, junto á la mesa de pino blanco.—¡Qué confianzudo está el tiempo! Y us-

ted, ¿para qué se ha metido allá, sin más ni más?... ¿Qué sabía usted si á mí me gustaba ó no me gustaba entrar en relaciones...?

—Yo... señorita. . calculé que...

—Nada, estoy vendida...—pensó Fortunata, —y esta mujer es el mismo demonio.

Un rato estuvo meditando, hasta que Patricia, mientras ponía los garbanzos de remojo, la sacó de su abstracción con estas mañosas palabras:

"Díjome doña Cirila que es usted muy linda, ¿sabe?... que esta mañana la vió á usted en la iglesia y que le fué muy simpática. Verá usted, cuando la trate, que también ella se deja querer. Dice que se alegrará mucho de que usted pase á su casa cuando guste... con confianza, y que de noche están jugando á la brisca hasta las doce.

—¡Que pase yo allá!... ¡yo!

—Claro... y esta noche misma puede pasar, puesto que el señorito duerme y no son más que las diez... Digo, si quiere distraerse un rato.

"¿Pero qué está usted diciendo? ¡Distraerme yo!

Fortunata se habría dejado llevar del primer impulso de cólera, si en su alma no hubiera nacido otro impulso de tolerancia, unido á cierta relajación de conciencia. Se calló, y en aquel instante llamaron á la puerta.

"¡Llaman!... No abra usted, no abra usted—

dijo con presentimiento de un cercano peligro.

—¿Por qué, señorita?... ¿A qué esos miedos...? Miraré por el ventanillo.

Y fué hacia el recibimiento. Desde la cocina oyó Fortunata cuchicheo en la puerta. Duró poco, y la criada volvió diciendo:

"Los de al lado... la misma señorita Cirila fué la que llamó. Nada; que si teníamos por casualidad azucarillos... Le he dicho que no. Me preguntó cómo seguía el señorito. Le contesté que duerme como un lirón.

Fortunata salió de la cocina sin decir nada, cejijunta y con los labios temblorosos. Fué á la alcoba y observó á su marido que dormía profundamente, pronunciando en su delirio opiáceo palabras amorosas entremezcladas con términos de farmacia: "Idolo... De acetato de morfina, un centígramo... Cielo de mi vida... Clorhidrato de amoniaco, tres gramos... disuélvase...„

Volviendo á la cocina, mandó á la criada que se acostase; pero la señora Patria no tenía sueño. "Mientras la señorita no se acueste, ¿para qué me he de acostar yo? Podría ofrecerse algo.„ Y la muy picarona quería entablar conversación con su ama; mas ésta no le respondía á nada. De pronto, el despierto oído de Fortunata, cuyo pensamiento estaba reconcentrado en la trampa que á su parecer se le armaba, creyó sentir ruído en la puerta. Parecía

como si cautelosamente probaran llaves desde fuera para abrirla. Fué allá muerta de miedo, y al acercarse cesó el ruído; ella no las tenía todas consigo, y llamó á Patria: "Juraría que alguien anda en la puerta... Pero qué, ¿no ha echado usted el cerrojo?

Observó entonces que el cerrojo no estaba echado, y lo corrió con mucho cuidado para no hacer ruído.

"¡Vaya, que si yo me fiara de usted para guardar la casa!... A ver, atención... ¿No siente usted un ruidito como si alguien estuviera tentando la cerradura?... ¿Ve usted? ahora empujan... ¿qué es esto?

—Señorita... ¿sabe? es el viento que rebulle en la escalera. No sea usted tan medrosica...

Lo más particular era que la misma Fortunata, al correr el cerrojo con tanto cuidado, había sentido, allá en el más apartado escondrijo de su alma, un travieso anhelo de volverlo á descorrer. Podría ser ilusión suya; pero creía ver, cual si la puerta fuera de cristal, á la persona que tras ésta, á su parecer, estaba... Le conocía, ¡cosa más rara! en la manera de empujar, en la manera de rasguñar la fechadura en la manera de probar una llave que no servía. Durante un rato, señora y criada no se miraron. A la primera le temblaban las manos y le andaba por dentro del cráneo un barullo tumultuoso. La sirviente clavaba en la señora sus

ojos de gato, y su irónica sonrisa podría ser lo mismo el único aspecto cómico de la escena que el más terrible y dramático. Pero de repente, sin saber cómo, criada y ama cruzaron sus miradas, y en una mirada pareció que se entendieron. Patria le decía con sus ojuelos que arañaban: "Abra usted, tonta, y déjese de remilgos." La señora decía: "¿Le parece á usted bien que abra?... ¿Cree usted que...?"

Pero á Fortunata la ganó de súbito el decoro, y tuvo un rechazo de honor y dignidad.

"Si esto sigue—dijo,—despertaré á mi marido. ¡Ah! ya parece que se retira el ladrón, pues ladrón debe de ser...

Tocó el cerrojo para cerciorarse de que estaba corrido, y se fué á la sala. Patricia volvió á la cocina.

"En todo caso, es demasiado pronto—pensó Fortunata sentándose en una silla y poniéndose á pensar. Fué como una concesión á las ideas malas que con tanta presteza surgían de su cerebro, como salen del hormiguero las hormigas, en larga procesión, negras y diligentes. Después trató de rehacerse de nuevo: "Resueltamente, mañana le digo á mi marido que la casa no me gusta y que es preciso que nos mudemos. Y á esta sinvergüenzona la planto en la calle.

¡Qué cosas pasan! De improviso, obedeciendo á un movimiento irresistible, casi puramen-

te mecánico y fatal, Fortunata se levantó y saliendo de la sala, se acercó á la puerta. En aquel acto, todo lo que constituye la entidad moral había desaparecido con total eclipse del alma de la infortunada mujer; no había más que el impulso físico, y lo poco que de espiritual había en ello, engañábase á sí mismo creyéndose simple curiosidad. Aplicó el oído á la rejilla... Pues sí, la persona, el ladrón ó lo que fuera, continuaba allí. Instintivamente, como el suicida pone el dedo en el gatillo, llevó la mano al cerrojo; pero así como el suicida, instintivamente también, se sobrecoge y no tira, apartó su mano del cerrojo, el cual tenía el mango tieso hacia adelante como un dedo que señala.

Entonces, por los huecos de la rejilla, de fuera adentro, penetraron estas palabras adelgazadas por la voz, cual si hubieran de pasar por un tamíz finísimo: "Nena, nena... ahora sí que no te me escapas.„

Fortunata no hizo movimiento alguno. Se había convertido en estátua. Creía estar sola, y vió que Patria se acercaba pasito á pasito, pisando como los gatos. No con el lenguaje, sino con aquella cara gatesca y aquella boca que parecía que se estaba siempre relamiendo, decía: "Señorita, abra usted y no haga más papeles. Si al fin ha de abrir mañana, ¿por qué no abre esta noche?„

Como si esto hubiera sido expresado con la

voz, con la voz respondió la señora: "No, no abro.

—Vaya por Dios...

Largo y temeroso silencio siguió á esto. Después sintieron que se abría y se cerraba la puerta del cuarto vecino. Fortunata respiró. El *otro*, cansado de esperar, se retiraba.

"Vaya por Dios—repitió Patria, como si dijera: "Tanto repulgo para caerse luégo...

Pasado un cuarto de hora, sintieron que se abría otra vez la puerta de la izquierda. Corrió Fortunata al ventanillo, miró con cuidado y... el *otro* salía embozándose en su capa con vueltas encarnadas. La emoción que sintió al verle fué tan grande, que se quedó como yerta, sin saber dónde estaba. Hacía tres años que no le había visto... Observó un hecho muy desagradable: al salir el tal, no había mirado á la puerta de la derecha, como parecía natural... Estaba enojado sin duda...

Y movida del mismo impulso mecánico, la señora de Rubín corrió al balcón de la sala, y abrió quedamente la madera... En efecto, le vió atravesar la calle y doblar la esquina de la de Don Juan de Austria. Tampoco había mirado para los balcones de la casa, como es natural mire el chasqueado expugnador de una plaza, al retirarse de sus muros.

Patricia se permitió la confianza de poner su mano en el hombro de su ama, diciéndole:

"Ahora sí que nos podemos acostar. ¡Qué susto hemos pasado!" Fortunata le respondió: ¿"Susto yo?... ¡quiá!" Todo esto se decía en un cuchicheo cauteloso, y lo mismo lo habrían dicho aunque no hubiera allí un enfermo cuyo sueño había que respetar. La criada se deslizó blandamente por los oscuros pasillos y el ama entró en la alcoba. Al ver á su marido, sintió como si lo que está á cien mil leguas de nosotros se nos pusiera al lado de repente. Maxi había dado vueltas en el lecho y dormía como los pájaros, con la cabeza bajo el ala. El mezquino cuerpo se perdía en la anchura de aquella cama tan grande, y allí podía pasearse en sueños el esposo como en los inconmensurables espacios del Limbo.

La esposa no se acostó, y acercando una butaca á la cama, y echándose en ella, cerró los ojos. Y allá de madrugada fué vencida del sueño, y se le armó en el cerebro un penoso tumulto de cerrojos que se descorrían, de puertas que se franqueaban, de tabiques transparentes y de hombres que se colaban en su casa filtrándose por las paredes.

V

A la mañana siguiente, Maxi estaba mejor, pero rendidísimo. Daba lástima verle. Su palidéz era como la de un muerto; tenía la lengua blanca, mucha debilidad y ningún apetito. Dié-

ronle algo de comer, y Fortunata opinó que debía quedarse en la cama hasta la tarde. Esto no le disgustaba á Maxi, porque sentía cierto alborozo infantil de verse en aquel lecho tan grandón y rodar por él. La mujer le cuidaba como se cuida á un niño, y se había borrado de su mente la idea de que era un hombre.

Vino doña Lupe muy temprano, y enterada de que Maxi estaba bien, empezó á dar órdenes y más órdenes, y á incomodarse porque ciertas cosas no se habían hecho como ella mandara. Iba de la sala á la cocina y de la cocina á la sala, dictando reglas y pragmáticas de buen gobierno. Maxi se quejaba de que su mujer estaba más tiempo fuera de la alcoba que en ella, y la llamaba á cada instante.

"Gracias á Dios, hija, que pareces por aquí. Ni siquiera me has dado un beso. ¡Qué día de boda, hija, y qué noche! Esta maldita jaqueca... pero ya pasó, y ahora lo menos en quince días no me volverá á dar... ¡Vamos! ya estás otra vez queriendo marcharte á la cocina. ¿No está ahí esa señora Patria?

—Ha ido á la compra. La que está es tu tía, por cierto dando *tantismas* órdenes, que no sabe una á cuál atender primero.

—Pues déjala. Tú, á todo dí que sí, y luégo haces lo que quieras, pichona. Ven acá... Que trabaje Patria; para eso está. ¡Qué bien sirve! ¿verdad? Es una mujer muy lista.

—Ya lo creo...

—¿Te vas de veras?

—Sí, porque si no, tu tía me va á echar los tiempos.

—¡Pues me gusta!... Entonces me levanto, y me voy también á la cocina. Yo quiero estarte mirando hasta que me harte bien. Ahora eres mía; soy tu dueño único, y mando en tí.

—Vuelvo al momentito, rico...

—Estos momentitos me cargan—dijo él nadando en las sábanas como si fueran olas.

Toda la mañana tuvo Fortunata el pensamiento fijo en la casa vecina. Mientras almorzaba sola, miraba por la ventana del patio, pero no vió á nadie. Parecía vivienda deshabitada. Siempre que pasaba por la sala echaba la esposa de Rubín miradas furtivas á la calle. Ni un alma. Sin duda la trampa se armaba sólo por las noches.

A la tarde, hallándose sola con Patricia en la cocina, tuvo ya las palabras en la boca para preguntarle: "¿y los de al lado?" Pero no desplegó sus labios. Debió de penetrar la maldita gata aquella en el pensamiento de su ama, pues como si contestara á una pregunta, le dijo de buenas á primeras:

"Pues ahorita, cuando bajé á la carnicería, ¿sabe? encontréme á la señorita Cirila. Me preguntó por el señorito, y dijo que pasaría á verla á usted, sin decir cuándo ni cuándo no..

—No me venga usted con cuentos de... esa familiona—contestó Fortunata, cuyo ánimo estaba bastante aplacado para poder tomar aquella correcta actitud.—Ni qué me importa á mí... ¿me entiende usted?

Maximiliano se levantó, dió algunas vueltas; pero estaba tan débil, que tuvo que volver á acostarse. Ella, en tanto, seguía observando. No se oía en la vecindad ningún rumor. Por la noche igual silencio. Parecía que á la doña Cirila, á su marido, el de la gorra con letras, y á los amigos que les visitaban, se les había tragado la tierra. Por la noche, sintió Fortunata tristeza y desasosiego tan grandes, que no sabía lo que le pasaba. Se habría podido creer que la contrariaba el no ver á nadie de la casa próxima, el no sentir pisadas, ni ruído de puertas, ni nada. Maximiliano, que desde media tarde había vuelto á nadar entre las agitadas sábanas del lecho, y estaba tan impertinente como un niño enfermo que ha entrado en la convalecencia, dijo á su consorte, ya cerca de las diez, que se acostase, y ésta obedeció; mas la repugnancia y hastío que inundaban su alma en aquel instante eran de tal modo imperiosos, que le costó trabajo no darlos á conocer. Y el pobre chico no se encontraba en aptitud de expresarle su desmedido amor de otro modo que por manifestaciones relacionadas exclusivamente con el pensamiento y con el corazón. Pa-

labras ardientes sin eco en ninguna concavidad de la máquina humana, impulsos de cariño propiamente ideales, y de aquí no salía, es decir, no podía salir. Fortunata le dijo con expresión fraternal y consoladora: "Mira, duérmete, descansa y no te acalores. Anoche has estado muy malito, y necesitas unos días para reponerte. Hazte cuenta que no estoy aquí, y á dormir se ha dicho." Si le tranquilizó, no se sabe; pero ello es que se quedó dormida, y no despertó hasta las siete de la mañana.

Maxi se quedó más tiempo en la cama, hartándose de sueño, aquel reparo que su desmedrada constitución reclamaba. Púsose Fortunata á arreglar la casa y mandó á Patricia á la compra, cuando hé aquí que entra doña Lupe toda descompuesta: "¿No sabes lo que pasa? Pues una friolera. Déjame sentar que vengo sofocadísima. Vaya que dan que hacer mis dichosos sobrinos. Anoche han puesto preso á Juan Pablo. Ha venido á decírmelo ahora mismo D. Basilio. Entraron los de la policía en la casa de esa mujer con quien vive ahora, ¿te vas enterando? y después de registrar todo y de coger los papeles, trincaron á mi sobrino, y en el Saladero me le tienes... Vamos á ver, ¿y qué hago yo ahora? Francamente, se ha portado muy mal conmigo; es un mal agradecido y un manirroto. Si sólo se tratara de tenerle unos días en la cárcel, hasta me alegraría, para que

escarmiente y no vuelva á meterse donde no le llaman. Pero me ha dicho D. Basilio que á todos los presos de anoche... han cogido á mucha gente... les van á mandar nada menos que á las islas Marianas; y aunque Juan Pablo se tiene bien merecido este paseo, francamente, es mi sobrino, y he de hacer cuanto pueda para que le pongan en libertad.

Maxi, que oyera desde la alcoba alguna palabras de este relato, llamó; y doña Lupe lo repitió en su presencia, añadiendo:

"Es preciso que te levantes ahora mismo y vayas á ver á todas las personas que puedan interesarse por tu hermano, que bien ganado se tiene el achuchón, ¡pero qué le hemos de hacer!... Tú verás á D. León Pintado, para que te presente al Doctor Sedeño, el cual te presentará á D. Juan de Lantigua, que aunque es un señor muy *neo*, tiene influencia por su respetabilidad. Yo pienso ver á Casta Moreno para que interceda con D. Manuel Moreno Isla, y éste le hable á Zalamero, que está casado con la chica de Ruíz Ochoa. Cada uno por su lado, beberemos los vientos para impedir que le plantifiquen en las islas Marianas." Vistióse el joven á toda prisa, y doña Lupe, en tanto, dispuso que no se hiciese almuerzo en la cocina de Fortunata, y que ésta y su marido almorzaran con ella, para estar de este modo reunidos en día de tanto trajín. Maxi salió después de des-

ayunarse, y su mujer y su tía se fueron á la otra casa. Por el camino, doña Lupe decía: "Es lástima que Nicolás se haya ido á Toledo hace dos días, pues si estuviera aquí, él daría pasos por su hermano, y con seguridad le sacaría hoy mismo de la cárcel, porque los curas son los que más conspiran y los que más pueden con el Gobierno... Ellos la arman, y luégo se dan buena maña para atarle las manos á los ministros cuando tocan á castigar. Así está el país que es un dolor... todo tan perdido... ¡Hay más miseria...! y las patatas á seis reales arroba, cosa que no se ha visto nunca.

Púsose la viuda en movimiento con aquella actividad valerosa que le había proporcionado tantos éxitos en su vida, y Fortunata y Papitos quedaron encargadas de hacer el almuerzo. A la hora de éste, volvió doña Lupe sofocada, diciendo que Samaniego, el marido de Casta Moreno, se hallaba en peligro de muerte y que por aquel lado no podía hacerse nada. Casta no estaba en disposición de acompañarla á ninguna parte. Tocaría, pues, á otra puerta, yéndose derechita á ver al Sr. de Feijóo, que era amigo suyo y había sido su pretendiente, y tenía gran amistad con D. Jacinto Villalonga, íntimo del Ministro de la Gobernación. A poco llegó don Basilio diciendo que Maxi no venía á almorzar. "Ha ido con D. León Pintado á ver á no sé qué personaje, y tienen para un rato."

Fortunata determinó volverse á su casa, pues tenía algo que hacer en ella, y repitiéndole á Papitos las varias disposiciones dictadas por la autócrata en el momento de su segunda salida, se puso el mantón y cogió calle. No tenía prisa y se fué á dar un paseito, recreándose en la hermosura del día, y dando vueltas á su pensamiento, que estaba como el Tío Vivo, dale que le darás, y torna y vira... Iba despacio por la calle de Santa Engracia, y se detuvo un instante en una tienda á comprar dátiles, que le gustaban mucho. Siguiendo luégo su vagabundo camino, saboreaba el placer íntimo de la libertad, de estar sola y suelta siquiera poco tiempo. La idea de poder ir á donde gustase la excitaba haciendo circular su sangre con más viveza. Tradújose esta disposición de ánimo en un sentimiento filantrópico, pues toda la calderilla que tenía la iba dando á los pobres que encontraba, que no eran pocos... Y anda que andarás, vino á hacerse la consideración de que no sentía malditas ganas de meterse en su casa. ¿Qué iba ella á hacer en su casa? Nada. Conveníale sacudirse, tomar el aire. Bastante esclavitud había tenido dentro de las Micaelas. ¡Qué gusto poder coger de punta á punta una calle tan larga como la de Santa Engracia! El principal goce del paseo era ir solita, libre. Ni Maxi ni doña Lupe ni Patricia ni nadie podían contarle los pasos, ni vigilarla ni detenerla.

Se hubiera ido así... sabe Dios hasta dónde. Miraba todo con la curiosidad alborozada que las cosas más insignificantes inspiran á la persona salida de un largo cautiverio. Su pensamiento se gallardeaba en aquella dulce libertad, recreándose con sus propias ideas. ¡Qué bonita, *verbi gracia*, era la vida sin cuidados, al lado de personas que la quieren á una y á quien una quiere...! Fijóse en las casas del barrio de las Virtudes, pues las habitaciones de los pobres le inspiraban siempre cariñoso interés. Las mujeres mal vestidas que salían á las puertas y los chicos derrotados y sucios que jugaban en la calle atraían sus miradas, porque la existencia tranquila, aunque fuese oscura y con estrecheces, le causaba envidia. Semejante vida no podía ser para ella, porque estaba fuera de su centro natural. Había nacido para menestrala; no le importaba trabajar *como el obispo* con tal de poseer lo que por suyo tenía. Pero alguien la sacó de aquel su primer molde para lanzarla á vida distinta; después la trajeron y la llevaron diferentes manos. Y por fin, otras manos empeñáronse en convertirla en señora. La ponían en un convento para moldearla de nuevo, después la casaban... y tira y dale. Figurábase ser una muñeca viva, con la cual jugaba una entidad invisible, desconocida, y á la cual no sabía dar nombre.

Ocurrióle si no tendría ella *pecho* alguna

vez, quería decir iniciativa... si no haría alguna vez lo que le saliera *de entre sí*. Embebecida en esta cavilación llegó al Campo de Guardias, junto al Depósito. Había allí muchos sillares, y sentándose en uno de ellos, empezó á comer dátiles. Siempre que arrojaba un hueso, parecía que lanzaba á la inmensidad del pensar general una idea suya, calentita, como se arroja la chispa al montón de paja para que arda.

"Todo va al revés para mí... Dios no me hace caso. Cuidado que me pone las cosas mal... El hombre que quise, ¿por qué no era un triste albañil? Pues no; había de ser señorito rico, para que me engañara y no se pudiera casar conmigo... Luégo, lo natural era que yo le aborreciera... pues no señor, sale siempre la mala, sale que le quiero más... Luego lo natural era que me dejara en paz, y así se me pasaría esto; pues no señor, la mala otra vez; me anda rondando y me tiene armada una trampa... También era natural que ninguna persona decente se quisiera casar conmigo; pues no señor, sale Maxi y... ¡trás! me pone en el disparadero de casarme, y nada, cuando apenas lo pienso, bendición al canto... ¿Pero es verdad que estoy casada yo?...

VI

Miraba el hueso del dátil que se acababa de comer, y como si el hueso le dijera que sí, hizo ella un signo afirmativo y algo desconsolado... "¡Vaya si lo estoy!„ Quedóse tan profundamente ensimismada, que olvidó dónde estaba. Pero levantándose de repente, echó á andar hacia abajo, como los que llevan en el cerebro ese cascabel que se llama *idea fija*. Había subido la luenga calle con aires de paseante, distraída, alegre, vago el mirar; bajábala como los monomaniacos. Al llegar frente á la iglesia, sacóla de este embebecimiento un ruído de pasos que sintió tras sí. "Estos pasos son los suyos—pensó;—pues lo que es yo no miro para atrás. ¿Qué haré? Aprisita, aprisita.

La curiosidad pudo más que nada y Fortunata miró; no era. Más adelante sintió otra vez pasos persistentes y vió una sombra que se extendía por la calle, paralela á su sombra. Aquel sí era... ¿Miraría? No; más valía no darse por entendida... Por fin, la pícara curiosidad... Miró y tampoco era. Al llegar á su casa estaba más tranquila. Cuando Patria abrió la puerta, le preguntó: "¿Ha venido alguien? ¿El señorito está?...

—El señorito no viene hasta la noche. Mandó un recado para que no le esperase usted.

Y la taimada gata se sonreía de un modo tan zalamero, que Fortunata no pudo menos de preguntarle: "¿Quién está ahí?"

Volvió á sonreir Patricia con infernal malicia, y... "¿Qué... pero qué...? —balbució la señora acercándose de puntillas á la puerta de la sala. Empujóla suavemente hasta abrir un poquito. No veía nada. Abrió más, más... Estaba pálida como si se hubiera quedado sin sangre... Abrió más... acabáramos. En el sofá de la sala, tranquilamente sentado... ¡Dios! *el otro.* Fortunata estuvo á punto de perder el conocimiento. Le pasó un no sé qué por delante de los ojos, algo como un velo que baja ó un velo que sube. No dijo nada. El, pálido también, se levantó y dijo claramente: "Adelante, *nena.*"

Fortunata no daba un paso. De repente (el demonio explicara aquello), sintió una alegría insensata, un estallido de infinitas ansias que en su alma estaban contenidas. Y se precipitó en los brazos del Delfín, lanzando este grito salvaje: "¡Nene!... ¡bendito Dios!"

Olvidados de todo, los amantes estuvieron abrazados largo rato. La prójima fué quien primero habló, diciendo: "Nene, me muero por tí..."

"Ven acá—dijo Santa Cruz cogiéndola por un brazo. Dejábase llevar ella, como la cosa más natural del mundo. Franquearon la puerta de la casa, que estaba abierta. Y la del cuarto de la izquierda, ¡qué casualidad! abierta tam-

bién. Luégo que pasaron, alguien cerró. En aquella morada reinaba una discreción alevosa. Juan la llevó á una salita muy bien puesta, junto á la cual había una alcoba perfectamente arreglada. Sentáronse en el sofá y se volvieron á abrazar. Fortunata estaba como embriagada, con cierto desvarío en el alma, perdida la memoria de los hechos recientes. Toda idea moral había desaparecido como un sueño borrado del cerebro al despertar; su casamiento, su marido, las Micaelas, todo esto se había alejado y puéstose á millones de leguas, en punto donde ni aun el pensamiento lo podía seguir. Su amante le dijo con simpática voz: "¡cuánto tenemos que hablar!" y á ella le entró una risa convulsiva, que difícilmente podría expresarse: "Jí jí jí... ¡tres años!... no, más años, más, porque jí jí jí... ¿Ves cómo tiemblo? No sé lo que me pasa... pues sí, más tiempo, porque cuando estuve aquí con jí jí jí... *Juárez el Negro*, te ví y no te ví... y siempre él delante, y un día que le dije que te quería, sacó un cuchillo muy grande, jí jí jí... y me quiso matar... Yo muriéndome por hablarte y él que no... que no... Nuestro *nenín* muerto, y yo más muerta, jí jí; y en Barcelona me acordaba de tí y te mandaba besos por el aire, y en Zaragoza... besos por el aire... jí jí, y en Madrid lo mismo. Y cuando me metieron en el convento, también... jí jí jí... besos por el aire... y tú sin acordarte de mí, malo...

—¡Sin acordarme! Desde que volví de Valencia te estoy dando caza... ¡Lo que he pasado, hija! Ya te contaré. Y al fin te he cogido... ¡ah, buena pieza! Ahora me las pagarás todas juntas... ¡Cuánto me has hecho sufrir!... ¡Más maldiciones le he echado á ese dichoso convento...! Pero qué guapa estás, nena.

—*Chi.*

—Estás hermosísima.

—*Chi*... para tí.

El frío aquel de fiebre se trocó de improviso en calor violentísimo, y la risa convulsiva en explosión de llanto.

"No es día de llorar, sino de estar alegre.

—¿Sabes de qué me acuerdo? De mi *nenín* tan gracioso... Si hubiera vivido, le habrías querido tú, ¿verdad? Me parece que le veo, cuando se le llevaron en la cajita azul... Aquella misma noche fué cuando Juárez el Negro me sacó un cuchillote tan grande, y me dijo con aquel vocerrón: "Brr... son las ocho; reza lo que tengas que rezar, porque antes de las nueve te mato." Estaba furioso de celos... ¡Ay, qué miedo tan atroz!

—¡Cuánto tenemos qué contar!... yo á tí, tú á mí. Ya sé que te has casado. Has hecho bien.

Este *has hecho bien* le cayó á la prójima como una gota fría en el corazón, trayéndola bruscamente á la realidad. Enjugando sus lágrimas, se acordó de Maxi, de su boda; y su casa,

que se había alejado cien millones de leguas, se puso allí, á cuatro pasos, fúnebre y antipática. El rechazo de su alma ante este fenómeno le secó en un instante todas las lágrimas.

"¿Y por qué hice bien?

—Porque así eres más libre y tienes un nombre. Puedes hacer lo que quieras, siempre que lo hagas con discreción. He oído que tu marido es un buen chico, que ve visiones...

Al oir esto, vió Fortunata levantarse en su espíritu la imagen ideal, ó más bien, el espectro de su perversidad. Lo que acababa de hacer era de lo que apenas tiene nombre, por lo muy extraordinario y anormal, en el registro de las maldades humanas. El lugar, la ocasión daban á su acto mayor fealdad, y así lo comprendió en un rápido examen de conciencia; pero tenía la antigua y siempre nueva pasión tanto empuje y lozanía, que el espectro huyó sin dejar rastro de sí. Se consideraba Fortunata en aquel caso como ciego mecanismo que recibe impulso de sobrenatural mano. Lo que había hecho, hacíalo, á juicio suyo, por disposición de las misteriosas energías que ordenan las cosas más grandes del universo, la salida del Sol y la caída de los cuerpos graves. Y ni podía dejar de hacerlo, ni discutía lo inevitable, ni intentaba atenuar su responsabilidad, porque ésta no la veía muy clara, y aunque la viese, era persona tan firme en su dirección, que no se detenía

ante ninguna consecuencia, y se *conformaba*, tal era su idea, *con ir al infierno*.

"Esto de alquilar la casa próxima á la tuya —dijo Santa Cruz,—es una calaverada que no puede disculparse sino por la demencia en que yo estaba, niña mía, y por mi furor de verte y hablarte. Cuando supe que habías venido á Madrid, me entró un delirio...! Yo tenía contigo una deuda del corazón, y el cariño que te debia me pesaba en la conciencia. Me volví loco, te busqué como se busca lo que más queremos en el mundo. No te encontré; á la vuelta de una esquina me acechaba una pulmonía para darme el estacazo... caí.

—¡Pobrecito mío!... Lo supe, sí. También supe que me buscaste. ¡Dios te lo pague! Si lo hubiera sabido antes, me habrías encontrado.

Esparció sus miradas por la sala; pero la relativa elegancia con que estaba puesta no la afectó. En miserable bodegón, en un sótano lleno de telarañas, en cualquier lugar subterráneo y fétido habría estado contenta con tal de tener al lado á quien entonces tenía. No se hartaba de mirarle.

"¡Qué guapo estás!

—¿Pues y tú? ¡Estás preciosísima!... Estás ahora mucho mejor que antes.

—¡Ah! no—repuso ella con cierta coquetería. —¿Lo dices porque me he civilizado algo? ¡Quiá! no lo creas: yo no me civilizo, ni quiero; soy

siempre pueblo; quiero ser como antes, como cuando tú me echaste el lazo y me cogiste.

—¡Pueblo! eso es—observó Juan con un poquito de pedantería;—en otros términos: lo esencial de la humanidad, la materia prima, porque cuando la civilización deja perder los grandes sentimientos, las ideas matrices, hay que ir á buscarlos al bloque, á la cantera del pueblo.

Fortunata no entendía bien los conceptos; pero alguna idea vaga tenía de aquello.

"Me parece mentira—dijo él,—que te tengo aquí, cogida otra vez con lazo, fierecita mía, y que puedo pedirte perdón por todo el mal que te he hecho...

—Quita allá... ¡perdón!—exclamó la joven anegándose en su propia generosidad.—Si me quieres, ¿qué importa lo pasado?

En el mismo instante alzó la frente, y con satánica convicción, que tenía cierta hermosura por ser convicción y por ser satánica, se dejó decir estas arrogantes palabras:

"Mi marido eres tú... todo lo demás... ¡papas!

Elástica era la conciencia de Santa Cruz, mas no tanto que no sintiera cierto terror al oir expresión tan atrevida. Por corresponder, iba él á decir *mi mujer eres tú;* pero envainó su mentira, como el hombre prudente que reserva para los casos graves el uso de las armas.

VII

Ya de noche pasó Fortunata á su casa. Su marido no había llegado aún. Mientras le esperaba, la pecadora volvió á ver el espectro aquel de su perversidad; pero entonces le vió más claro, y no pudo tan fácilmente hacerle huir de su espíritu. "Me han engañado—pensaba,—me han llevado al casorio, como llevan una res al matadero, y cuando quise recordar, ya estaba degollada... ¿Qué culpa tengo yo?„ La casa estaba á oscuras y encendió luz. Al arrojar la cerilla en el suelo, ésta cayó encendida, y Fortunata la miró con vivo interés, recordando una de las supersticiones que le habían enseñado en su juventud. "Cuando la cerilla cae encendida—se dijo—y con la llama vuelta para una, buena suerte.„

Maxi entró cansado y meditabundo; pero al ver á su mujer se puso alegre. ¡Todo un día sin verla! Le había traído un paquete de rosquillas. ¿Y Juan Pablo? Al fin se arreglaría todo. Seguramente no iba á las islas Marianas; pero quizás le tendrían en el Saladero quince ó veinte días. "Y merecido, hija. ¿Para qué se mete á buscarle el pelo al huevo?„

Mientras comieron, Fortunata contemplaba á su marido, más que en la realidad, en sí misma, y de este examen surgía un tedio abruma-

dor, y la antipatía de marras, pero tan agrandada, tanto, que ya no cabía más. Y la perversa no trató de combatir aquel sentimiento; se recreaba en él como en una monstruosidad que tiene algo de seductora.

"Alma mía—le dijo su marido cuando acababan de comer,—veo con gusto que no te falta apetito. ¿Quieres que nos vayamos ahora á un café?

—No—replicó ella secamente.—Estoy rendidísima. ¿No ves que se me cierran los párpados? Lo que quiero es dormir.

—Bueno, mejor; yo también lo deseo.

Acostáronse, y el tiempo que aún estuvo despierta empleólo Fortunata en hacer comparaciones. El cuerpo desmedrado de Maxi le producía, al tocar el suyo, crispamientos nerviosos. Y también se dió á pensar en lo molesto y difícil que era para ella tener que vivir dos vidas diferentes, una verdadera, otra falsa, como las vidas de los que trabajan en el teatro. A ella le era muy difícil representar y fingir, por lo que su tormento se acrecía considerablemente. "No podré, no podré—pensaba al dormirse,—hacer esta comedia mucho tiempo." A la madrugada despertó después de un profundísimo y reparador sueño, y entonces le dió por llorar, haciendo cálculos, representándose con gran poder de la mente escenas probables, y condoliéndose de no poder ver á su amante á todas horas.

En los días siguientes, las escapadas al cuarto vecino tenían lugar á horas varias, cuando Maxi salía. Iba á estudiar con un amigo para tomar el grado, y además solía ir á la farmacia de Samaniego. Ya estaba acordado que tendría plaza en el establecimiento. Aunque sus ausencias eran *seguras*, ambos criminales determinaron poner el nido más lejos. En tanto, Patricia hacía lo que le daba la gana. Las disposiciones de Fortunata y aun de la misma doña Lupe eran letra muerta. Robaba descaradamente, y su ama no se atrevía á reprenderla. Santa Cruz, que era el autor de todo aquel fregado, no sabía cómo arreglarlo, cuando su amiga le consultaba. El plan más prudente era tomar otro cuarto y despedir luégo á Patricia, dándole una buena propina para que se callara.

Algunos días el Delfín ofrecía regalos y dinero á su amante; pero ésta no quería tomar nada. Se le había encajado en la cabeza una manía estrambótica, de que ambos se reían mucho, cuando ella la contaba. Pues la manía era que Juanito *no debía* ser rico. Para que las cosas fueran en regla, *debía* ser pobre, y entonces ella trabajaría *como una negra* para mantenerle. "Si tú hubieras sido albañil, carpintero, ó pongo por caso, celador del resguardo, otro gallo me cantara." — "Vaya por dónde te ha dado ahora."—"Y nada más." No había medio

de quitarle de la cabeza aquella corrección de las obras de la Providencia.

"En resumidas cuentas—le decía él,—eres una inocentona. Pero dí, ¿no te gusta el lujo?

—Cuando no estoy contigo, me gusta algo, no mucho. Nunca me he chiflado por los trapos. Pero cuando te tengo, lo mismo me da oro que cobre; seda y percal todo es lo mismo.

—Háblame con franqueza. ¿No necesitas nada?

—"Nada; me lo puedes creer."—"¿Ese alma de Dios te da todo lo que necesitas?"—"Todo; me lo puedes creer."—"Quiero regalarte un vestido."—"No me lo pondré."—"Y un sombrero."—"Lo convertiré en espuerta."—"¿Has hecho voto de pobreza?"—"Yo no he hecho voto de nada. Te quiero porque te quiero, y no sé más."

"Nada, enteramente primitiva—pensaba el Delfín, el bloque del pueblo, al cual se han de ir á buscar los sentimientos que la civilización deja perder por refinarlos demasiado.

Un día hablaban de Maximiliano. "¡Infelíz chico!—decía Fortunata,—el odio que le he tomado, no es odio verdadero sino lástima. Siempre me fué muy antipático. Me dejé meter en las Micaelas y me dejé casar... ¿Sabes tú cómo fué todo eso? pues como lo que cuentan de que *manetizan* á una persona y hacen de ella lo que quieren; lo mismito. Yo, cuando no se trata de

querer, no tengo voluntad. Me traen y me llevan como una muñeca... Y ahora, créete que me entran remordimientos de engañar á ese pobre chico. Es un angelón sin pena ni gloria. Dánme ganas á veces de desengañarle, y la verdad... Porque lo que es acariciarle, no puedo, se me resiste, no está en mi natural. Le pido á la Virgen que me dé fuerzas para cantar claro.

—¡A la Virgen!... ¿pero tú crees?... — dijo Santa Cruz pasmado, pues tenía á Fortunata por heterodoxa.

—¿Pues no he de creer? Lo que me aconseja la Virgen siempre que le rezo con los ojos cerrados, es que te quiera mucho y me deje querer de tí... La tienes de tu parte, chiquillo... ¿De qué te espantas? Pues digo; yo le rezo á la Virgen y ella me protege, aunque yo sea mala. ¡Quién sabe lo que resultará de aquí, y si las cosas se volverán algún día lo que *deben* ser! Y si te hablo con franqueza, á veces dudo que yo sea mala... sí, tengo mis dudas. Puede que no lo sea. La conciencia se me vuelve ahora para aquí, después para allá; estoy dudando siempre, y al fin me hago este cargo: *querer á quien se quiere no puede ser cosa mala.*

—Oye una cosa—dijo el Delfín, que se recreaba en las singularísimas nociones de aquel espíritu.—¿Y si tu marido descubriera esto y me quisiera matar?

—¡Ay! no me lo digas... ni en broma me lo

digas. Me tiraba á él como una leona y le destrozaba... ¿Ves cómo se coge un langostino y se le arrancan las patas, y se le retuerce el corpacho y se le saca lo que tiene dentro? pues así.

—Pero vamos á ver, nena: ¿No me guardas rencor por haberte abandonado, dejándote en la miseria, con tus *vísperas* de chiquillo y en poder de *Juárez el Negro*?

—Ningún rencor te guardo. Entonces estaba rabiosa. La rabia y la miseria me llevaron con *Juárez el Negro*. ¿Creerás lo que te voy á decir? Pues me fuí con él por lo mucho que le aborrecía. Cosa rara, ¿verdad?... Y como no tenía un triste pedazo de pan que llevar á la boca, y él me lo daba, ahí tienes... Yo dije: "me vengaré yéndome con este animal." Cuando tuve á mi niño, me consolaba con él; pero luégo se me murió; y cuando reventó Juárez, como yo me pensé que ya no me querías, dije: "pues ahora me vengaré siendo todo lo mala que pueda.

—¿Pero qué ideas tienes tú de las maneras de tomar venganza?

—No me preguntes nada... no sé... Vengarse es hacer lo que no se debe... lo más feo, lo más...

—¿Y de quién te vengas así, criatura?

—Pues de Dios, de... de qué sé yo... no me preguntes, porque para explicártelo, tendría que ser sabia como tú, y yo no sé jota, ni aprendo nada, aunque doña Lupe y las monjas, frota

que frota, me hayan sacado algún lustre... enseñándome á no decir tanto disparate.

Santa Cruz estuvo un gran rato pensativo.

Un día hablaron también de Jacinta... No gustaba Juan que la conversación fuese llevada á este terreno; pero Fortunata, siempre que tenía ocasión, íbase á él derecha. A sus preguntas, contestaba el otro evasivamente.

"Mira, nena; deja á mi mujer en su casa.

—Pues asegúrame que no la quieres.

—La quiero, sí... ¿á qué engañarte?... pero de una manera muy distinta que á tí. Le guardo todas las consideraciones que ella se merece, porque... no puedes figurarte lo buena que es.

Fortunata siguió inquiriendo con molesta curiosidad todo lo que quería saber respecto á la intimidad de los esposos; pero el otro se escurría gallardamente, dejando á salvo, hasta donde era posible en aquel criminal coloquio, la personalidad sagrada de su mujer.

"La pobrecilla—dijo al fin,—tiene una pasión que la domina, mejor dicho, una manía que la trae trastornada.

—¿Qué es?

—La manía de los hijos. Dios no quiere y ella se empeña en que sí. De la pena que le causa su esterilidad, se ha desmerojado, ha enflaquecido, y hace algún tiempo que se está llenando de canas. Es ya pasión de ánimo. ¿Te enteraste de lo que pasó? Pues le dieron el gran

timo. Tu tío José Izquierdo, de compinche con otro loco, le hizo creer que un chiquillo de tres años que consigo tenía, era nuestro Juanín. Mi mujer perdió la chabeta, quiso adoptarlo y nada menos que llevárnoslo á casa. Por pronto que se descubrió el enredo, no se pudo evitar que tu tío le estafase seis mil reales.

—*Tié* gracia. Ya sabía yo esa historia. El niño ese debe de ser el de Nicolasa, la entenada del tío Pepe. Nació seis días después que el nuestro, y era hijo de uno que encendía los faroles del gas... Pero no comprendo una cosa. A mí me parece que tu mujer debía de querer á ese nene por creerlo tuyo y aborrecerlo por ser de otra madre. Yo juzgo por mí.

—Calla, tonta, mi mujer se vuelve loca por todos los niños del universo, sean de quien fueren. Y al supuesto Juanín, bastara que le tuviera por mío, para que le adorara. Ella es así; si no tienes tú idea de lo buena que es. ¡Pues si pariera...! Santo Cristo, no quiero pensarlo. De seguro perdía el juicio, y nos lo hacía perder á todos. Querría á mi hijo más que á mí y más que al mundo entero.

Quedóse Fortunata, al oir esto, risueña y pensativa. ¿Qué estaba tramando aquella cabeza llena de extravagancias? Pues esto:

"Escucha, nenito de mi vida, lo que se me ha ocurrido. Una gran idea; verás. Le voy á propŏner un trato á tu mujer. ¿Dirá que sí?

—Veamos lo que es.

—Muy sencillo. A ver qué te parece. Yo le cedo á ella un hijo tuyo y ella me cede á mí su marido. Total, cambiar un nene chico por el nene grande.

El Delfín se rió de aquel singular convenio, expresado con cierto donaire.

—¿Dirá que sí?... ¿Qué crees tú?—preguntó Fortunata con la mayor buena fé, pasando luégo de la candidéz al entusiasmo para decir: —Pues mira, tú te reirás todo lo que quieras; pero esto es una gran idea.

El ilustrado joven se zambulló en un mar de meditaciones.

VIII

Las visitas á la casa de Cirila prosiguieron durante dos semanas; pero bien se demostró en la práctica que aquello no podía seguir, y tomaron otro cuarto. Patricia se había hecho insoportable, y doña Lupe, descolgándose en la casa á horas intempestivas, llevada de su afán de mangonear, dificultaba las escapatorias de su sobrina. En tanto, Fortunata no trataba á Maximiliano desconsideradamente; pero su frialdad sería capáz de helar el fuego mismo. Habría preferido él mil veces que su mujer le tirase los trastos á la cabeza, á que le tratara con aquella cortesía desdeñosa y glacial. Rarí-

sima vez se daba el caso de que ella le hiciese una caricia; para obtenerla, tenía Maxi que echarle memoriales, y lo que lograba era como limosna. Es que Fortunata no servía para cortesana, y sus fingimientos eran tan torpes que daba lástima verla fingir.

El joven farmacéutico tenía momentos de horrible tristeza, y cavilaba mucho. De tal estado pasó á la observación, desarrollándosele esta facultad de un modo pasmoso. Siempre que estaba en casa, no quitaba los ojos de su mujer, estudiándole los movimientos, las miradas, los pasos y hasta el respirar. Cuando comían, le examinaba la manera de comer; cuando estaban en el lecho, la manera de dormir.

Fortunata no le miraba nunca. Este hecho, cuidadosamente observado, produjo en el infelíz muchacho indecible melancolía. ¡Haber comprado aquellos ojos con su mano, su honra y su nombre para que se empleasen en mirar á una silla antes que en mirarle á él! Esto era tremendo, pero tremendo, y cierto día agitó su alma un furor insano; mas no quiso manifestarlo, y lo desahogó á solas mordiéndose los puños.

"¿Por qué no me miras?—le preguntó una noche, con semblante ceñudo.

—Porque...

No dijo más; se comió el resto de la frase. Dios sabe lo que iba á decir.

Bebía los vientos el desgraciado chico por hacerse querer, inventando cuantas sutilezas da de sí la manía ó enfermedad de amor. Indagaba con febril examen las causas recónditas del agradar, y no pudiendo conseguir cosa de provecho en el terreno físico, escudriñaba el mundo moral para pedirle su remedio. Imaginó enamorar á su esposa por medios espirituales. Hallábase dispuesto, él que ya era bueno, á ser santo, y hacía estudio de lo que á su mujer le era grato en el orden del sentimiento para realizarlo como pudiera. Gustaba ella de dar limosna á cuantos pobres encontrase; pues él daría más, mucho más. Ella solía admirar los casos de abnegación; pues él se buscaría una coyuntura de ser heróico. A ella le agradaba el trabajo; pues él se mataría á trabajar. De este modo devastaba el infelíz su alma, arrancando todo lo bueno, noble y hermoso para ofrecérselo á la ingrata, como quien tala un jardín para ofrecer en un solo ramo todas las flores posibles.

"Ya no me quieres—le dijo un día con inmensa tristeza,—ya tu corazón voló, como el pajarito á quien le dejan abierta la jaula. Ya no me quieres.

Y ella le respondía que sí; ¡pero de qué manera! Más valía que dijese terminantemente que no. "¿Por qué te vas tan lejos de mí? Parece que te causo horror. Cuando entro, te po-

nes seria; cuando crees que no me fijo en tí, estás ensimismada y te sonríes como si en espíritu hablaras con alguien.„

Otra cosa le mortificaba. Cuando salían juntos á paseo, todo el mundo se fijaba en Fortunata, admirando su hermosura; luégo le miraban á él. Suponía Maxi que todos hacían la observación de que no era él hombre para tal hembra. Algunos se permitían examinarle de una manera insolente. Si iban al café, estaban poco tiempo, porque los amigos se enracimaban alrededor de Fortunata sin hacer maldito caso de su marido, y éste tragaba mucha bilis. Lo que desorientaba más á Maxi era que ella no *tomaba varas* con nadie, y siempre que él decía *vámonos*, estaba dispuesta á retirarse.

Buscaba el farmacéutico algo en qué fundar las congeturas que empezaban á devorarle, y no lo encontraba. Ideó consultar el caso con su tía; pero no quiso dar su brazo á torcer, y temblaba de que doña Lupe le dijese: "¿Ves? ¡por no hacer caso de mí!„ ¡Celos! ¿Y de quién? Fortunata mostrábase con todos tan fría como con él. Solía esparcir melancólicamente sus miradas por la calle, entre el gentío, sin fijarse en nadie, cual si buscaran á alguien que no quería dejarse ver. Y después las miradas volvían á sí misma con mayor tristeza.

También atormentaban al joven los elogios que sus amigos le hacían de ella. "¡Qué mujer

volvió á palidecer. Buscaba una salida de aquel compromiso, y al fin la encontró: "¡Ah!

—¿Qué?

—¿Dices que cómo lo sé, tontín?... Pues muy sencillo. Si lo traía el periódico... Tu tía lo leyó anoche. Mira, aquí está: que se cayó del caballo paseando por la Casa de Campo.

Y recobrando su serenidad, revolvió en la mesa y cogió *El Imparcial* que, en efecto, traía la noticia: "Mira... ¿lo ves?... convéncete."

Maxi, después de leer, siguió diciendo: "Le ví en el Saladero; allí debiera estar ese canalla toda su vida. Olmedo, que iba conmigo, me le enseñó. Fuí á ver á mi hermano; él iba á visitar á un tal Moreno Vallejo que también está preso por conspirar. ¡Y el tal Santa Cruz es de lo más cargante...!"

Fortunata se tapaba la cara con el periódico, fingiendo que leía. Maxi le arrebató el papel de un manotazo.

"Te has quedado así como... estupefacta.

—Déjame en paz—replicó ella con un despego que á su marido le llegó al alma.

—¡Qué modales, hija! Ya ni consideración.

Fortunata parecía que tenía sellada la boca. Comieron sin chistar; él se puso luégo á estudiar y ella á coser, sin que el fúnebre silencio se rompiera. Acostáronse, y lo mismo. Ella volvió la espalda á su marido, insensible á los suspiros que daba. Desvelados estuvieron am-

bos largo rato, cada cual por su lado, muy cerca materialmente uno de otro, pero en espíritu Fortunata se había ido á los antípodas.

Dos ó tres días después, volviendo del Saladero, á donde fué para decir á su hermano que pronto le soltarían, vió Maximiliano á Santa Cruz guiando un faetón por la calle de Santa Engracia arriba. Ya tenía el brazo bueno. Miró á Maxi, y éste le miró á él. Desde lejos, porque el coche iba bastante á prisa, observó Rubín que éste entraba por la calle de Raimundo Lulio. ¿Pasaría luégo á la de Sagunto? Nunca como en aquel momento sintió el exaltado chico ganas de tener alas. Apresuró el paso todo lo que pudo, y al llegar á su calle... ¡Dios!... lo que se temía... Fortunata en el balcón, mirando por la calle del Castillo hacia el paseo de la Habana, por donde seguramente había seguido el coche. Subió el jóven farmacéutico tan rápidamente la escalera, que al llegar arriba no podía respirar. Es que para ser celoso se necesitan buenos pulmones. Cayóse más bien que se sentó en una silla, y su mujer y Patricia acudieron á él creyendo que le daba algún accidente. No podía hablar y se golpeaba la cabeza con los puños. Cuando su mujer se quedó sola con él, sintió Rubín que aquella furibunda cólera se trocaba en un dolor cobarde. El alma se le desgajaba y sacudía resistiéndose á albergar en su seno la ira. Los ojos se le llenaron de lá-

grimas, las rodillas se le doblaron. Cayendo á los piés de su mujer, le besuqueó las manos. "Ten piedad de mí—le dijo con aflicción más de niño que de hombre.—Por tu vida... la verdad, la verdad. Ese señor... tú esperándole... él pasaba por verte. Tú no me quieres, tú me estás engañando... le quieres otra vez... le has visto en alguna parte. La verdad... Más quiero morirme de pena que de vergüenza. Fortunata, yo te saqué de las barreduras de la calle, y tú me cubres á mí de fango. Yo te dí mi honor limpio, y me lo devuelves sucio. Yo te dí mi nombre, y haces de él una caricatura. El último favor te pido... la verdad, díme la verdad.

IX

Fortunata movió la lengua y agitó los labios. En la punta de aquélla tenía la verdad, y por instantes dudó si soltarla ó meterla para adentro. La verdad quería salir. Las palabras se alinearon mudas y decían: "Sí, es cierto que te aborrezco. Vivir contigo es la muerte. Y á él le quiero más que á mi vida.„ La batalla fué breve, y Fortunata volvió la terrible verdad á los senos de su espíritu. La aflicción de Maxi exigía la mentira, y su mujer tuvo que decírsela... mentiras de esas que inspiran viva compasión al que las dice y consuelan poco al que

las oye. Echábalas de sí como enfermera que administra la inútil medicina al agonizante.

"Dímelo de otra manera y te creeré—manifestó Rubín.—Dílo con un poquito de calor, siquiera como me lo decías antes. Tú no sabes el daño que me haces. Me estás haciendo creer que no hay Dios, que portarse bien y portarse mal todo es lo mismo.

La compasión venció á la delincuente y se mostró tan afable aquella tarde y noche, que Maximiliano hubo de tranquilizarse. El pobrecito estaba destinado á no tener rato bueno, pues á punto que su espíritu recibia algún alivió, se le inició la jaqueca. La noche fué cruel, y Fortunata esmeróse en cuidarle. En medio de sus dolores cefalálgicos, el infortunado joven se caldeaba más la mente arbitrando remedios ó paliativos de la ansiedad que le dominaba. A poco de vomitar, dijo á su mujer: "Se me ocurre una idea que resolverá las dificultades... Nos iremos á Molina de Aragón, donde tengo mis fincas. Abandono la carrera y me dedico á labrador... Quieres, ¿sí ó no? Allí viviré con tranquilidad.„ Fortunata se mostró conforme, si bien recordaba lo que Mauricia le había dicho de la vida de los pueblos. Sólo descuartizada iría ella á vivir al campo; pero aquella noche no tenía más remedio que decir *sí* á todo.

En los siguientes días notaba el pobre Maxi que su descaecimiento aumentaba de una ma-

nera alarmante como si le sangraran, y asustadísimo fué á consultar con Augusto Miquis, el cual le dijo que hubiera sido mejor consultara antes de casarse, pues en tal caso le habría ordenado terminantemente el celibato. Esto redobló sus tristezas; mas cuando Miquis le propuso como único remedio de su mal la rusticación, cobró esperanzas, confirmándose en la idea de abandonar la corte y sepultarse para siempre en sus estados de Molina.

La segunda vez que habló de esto á su mujer, no la encontró tan bien dispuesta. "¿Y tus estudios, y tu carrera? Aconséjate con tu tía, y ella te dirá que lo que estás pensando es un disparate." Maxi estaba muy caviloso por ciertas cosas que en su mujer notaba. Hacía días que apenas levantaba ella los ojos del suelo y su mirar revelaba una gran pesadumbre. De repente, una tarde que volvía Rubín de la botica, al subir la escalera la oyó cantar. Entró, y la cara de Fortunata resplandecía de contento y animación. ¿Qué había pasado? Maxi no lo pudo penetrar, aunque sus celos, aguzadores de la inteligencia, le apuntaban presunciones que bien podrían contener la verdad. Esta era que la prójima había recibido, por conducto de Patria, una esquelita en que se le anunciaba la reapertura del curso amoroso, interrumpido durante una quincena. "Esta alegría—pensaba Maxi,—¿por qué será?" Y comprendiendo por

instinto de celoso que echaba un jarro de agua fría sobre aquel contento, dijo á Fortunata: "Ya está decidido que nos iremos al pueblo. Lo he consultado con mi tía y ella lo aprueba."

No era verdad que había consultado con doña Lupe, mas lo decía para dar á su proposición autoridad indiscutible.

"Te irás tú...—dijo ella sonriendo.

—No—agregó él conteniendo la amargura que de su alma se desbordaba,—los dos.

—Tú te has vuelto loco—observó Fortunata riendo con cierto descaro.—Yo creí... ¿Pero lo dices con formalidad?

—¡Toma!... ¿Y tú no me dijiste que irías también y que querías ser paleta?

—Sí; pero fué porque me pensé que era conversación. ¡Encerrarme yo en un pueblo! ¡Qué talento tienes!

De tal modo se demudó el rostro del joven, que Fortunata, que ya empezaba á decir algunas bromas sobre aquel asunto, se recogió en sí. Maxi no dijo una palabra, y de pronto salió disparado de la casa, cerró con estruendo la puerta y bajó la escalera de cuatro en cuatro peldaños. Asustóse Fortunata, y asomándose al balcón, vióle recorrer apresuradamente la calle de Sagunto y después tomar por la de Santa Engracia, hacia abajo. Ella salió después, tomando por la misma calle, pero hacia arriba, en dirección de Cuatro Caminos.

Las seis de la tarde serían cuando Rubín volvió á su casa. Estaba lívido, y de lívido pasó á verde, cuando Patricia le dijo que la señorita había salido á compras. Dejándose llevar de su insensato recelo, interrogó á la criada, tratando de averiguar por ella. . Pero á buena parte iba. Patria tenía la discreción del traidor, y cuanto dijo fué encaminado á introducir en el cerebro de Maxi el convencimiento de que su mujer era punto menos que canonizable. Cuando la criminal entró, el marido había mandado encender luz y estaba sentado junto á la mesa de la sala. "¿De dónde vienes? —le preguntó.—"Me parece—replicó ella,—haberte dicho que iba á comprar este retor.„ Mostró un envoltorio, después un paquetito, y otro. "¿Ves?... la sopa Juliana que tanto te gusta...„

—Yo también—dijo Maximiliano de una manera siniestra,—te he comprado á tí esta tarde un regalito... Mira.

Alargó el brazo para sacar de debajo de la mesa algo que ocultó al entrar. Era un objeto envuelto en papeles, que descubrió lentamente, cuando ella se inclinaba risueña para verlo.

"¿A ver... qué es?... ¡Ay! un revólver...

—Sí, para matarte y matarme...—dijo Maxi en un tono que no pudo ser tan lúgubre como él deseaba, pues el arma empezó á causarle miedo, á causa de que en su vida había tenido en las manos un chisme de tal clase...

—¡Qué cosas tienes!—dijo ella palideciendo. —Tú no sabes lo que te pescas... Pareces tonto... Matarme á mí, ¿y por qué?...

Le echó una mirada dulce y penetrante, el mismo mirar con que le había hecho su esclavo. El pobre chico sintió como si le pusieran un grillete en el alma.

"Vaya que se te ocurren unos disparates, hijo... Soy muy miedosa, y de sólo ver eso me pongo á temblar. Bonita manera tienes de hacer que yo te quiera, sí señor, bonita manera.

Acercó tímidamente su mano al mango del arma "Puedes cogerlo, está descargado—dijo Maxi, que de un salto se había dejado caer del furor á la piedad.

—Eres un niño—declaró ella, cogiendo el arma,—y como niño hay que tratarte. Venga acá ese chisme: lo guardaré para el caso de que entren ladrones en casa.

Y se lo llevó sin que él hiciese resistencia. Después de guardarlo con llave en un baul lleno de cosas viejas, volvió al lado de su marido, que se había quedado absorto, midiendo sin duda con azorado pensamiento la enorme distancia que en su sér había entre los arranques de la voluntad y la ineficacia de su desmayada acción.

Aquella noche no ocurrió nada; pero á la tarde siguiente, *Pseudo-Narcissus odoripherus*, fué á buscarle á la botica de Samaniego, y le

dijo que Fortunata tenía citas con un señor en una casa del paseo de Santa Engracia, un poquito más arriba de los almacenes de la Villa.

X

Tomó Maxi un coche para ir á Chamberí y á su casa. Después de entrar en ella é informarse de que la señorita no estaba, subió lentamente hacia la iglesia, y al pasar por delante de ella y ver una cruz de hierro que hay en el atrio, vínole al pensamiento la idea de que debía haberse traído el revólver. Retrocedió, y á mitad del camino acordóse de que su mujer había guardado el arma. ¡Qué tonto estuvo él en permitírselo! Volvió á tomar la dirección Norte, sintiendo en su alma el suplicio indecible que producía la conjunción de dos sentimientos tan opuestos como el anhelo de la verdad y el terror de ella. Al distinguir el motor de noria que se destacaba sobre la casa de las Micaelas, no pudo reprimir un ahogo de pena que le hizo sollozar. El disco no se movía.

Pasó el joven más allá de los Almacenes de la Villa y examinó las casas de un solo piso alto que allí existen. Como ignoraba cuál era la que servía de abrigo á los adúlteros, resolvió vigilarlas todas. La noche se venía encima y Maxi deseaba que viniese más aprisa para dejar de ver el disco, que le parecía el ojo de

un bufón testigo, expresando todo el sarcasmo del mundo. Maldición sacrílega escapóse de sus labios, y renegó de que hubieran venido á estar tan cerca su deshonra y el santuario donde le habían dorado la infame píldora de su ilusión. En otros términos: él había ido allí en busca de una hostia, y le habían dado una rueda de molino... y lo peor era que se la había tragado.

Después de mucho pasear vió el faetón de Santa Cruz, guiado por el lacayo, despacio, como para que no se enfriaran los caballos. Ya no quedaba duda. El coche le esperaba. Viólo subir hasta Cuatro Caminos, donde se detuvo para encender las luces. Después bajó, y al llegar á los Almacenes de la Villa, otra vez para arriba. Maxi no le perdía de vista. El cochero daba á conocer su aburrimiento é impaciencia. En una de las vueltas del vehículo, Rubín sorprendió en aquel hombre una mirada dirigida á una de las casas. "Aquí es... aquí está." Fijóse cerca de allí, reduciendo el espacio de su paseo vigilante. Eran las siete.

Por fin, en un momento en que Maxi iba de Sur á Norte vió, á bastante distancia, á un hombre que salía de la casa. Era él, Santa Cruz, el mismo, vestido de americana y hongo. Detúvose en la puerta buscando con la vista su carruaje. Las dos luces brillaban allá arriba. Dirigióse hacia Cuatro Caminos... Detrás, avivan-

do el paso, el odio personificado en Maximiliano.

La vía estaba solitaria. Pasaba muy poca gente, y hacía bastante frío. El Delfín sintió aquellos pasos detrás de sí, y una misteriosa aprensión, la conciencia tal vez, le dijo de quién eran. Volvióse á punto que la temblorosa voz del otro decía: "Oiga usted.„ Paróse en firme Santa Cruz, y aunque no le conocía bien, le tuvo por quien era sin dudar un momento.

"¿Qué se le ofrece á usted?

—¡Canalla!... ¡indecente! — exclamó Rubín con más fiereza en el tono que en la actitud.

No esperó Santa Cruz á oir más, ni su amor propio le permitía dar explicaciones, y con un movimiento vigoroso de su brazo derecho rechazó á su antagonista. Más que bofetada fué un empujón; pero el endeble esqueleto de Rubín no pudo resistirlo; puso un pié en falso al retroceder y se cayó al suelo, diciendo: "Te voy á matar... y á ella también.„ Revolcóse en la tierra; se le vió un instante pataleando á gatas, diciendo entre mujidos... "¡ladrón, ratero... verás!...„ Santa Cruz estuvo un rato contemplándole con la calma fría del ofuscado asesino, y cuando vió que al fin conseguía levantarse, se fué hacia él y le cogió por el pescuezo, apretándole sañudamente cual si quisiera ahogarle de veras... Reteniéndole contra el suelo, gritaba: "Estúpido... escuerzo... ¿quieres que te patee...?

De la oprimida garganta del desdichado

joven salía un gemido, estertor de asfixia. Sus ojos reventones se clavaban en su verdugo con un centelleo eléctrico de ojos de gato rabioso y moribundo. La única defensa del que estaba debajo era clavar sus uñas, afilándolas con el pensamiento, en los brazos, en las piernas, en todo lo que alcanzaba del vencedor; y logrando alzarse un poco con nervioso coraje, trató de hacerle molinete para derribarle. Derribados los dos, lucharían quizás más proporcionadamente. ¡Pobre razón aplastada por la soberbia! ¿Dónde está la justicia? ¿dónde está la vindicta del débil? En ninguna parte.

El furor del Delfín no fué tanto que se le ocultara el peligro de llegar á un homicidio, abusando de su superioridad. "Este al fin es un hombre, aunque parece un insecto—pensó. Y con desdén que tenía algo de lástima, hubo de soltar su presa, que cayó inerte á un lado del camino, en una especie de hoyo ó surco. Al verle como un bulto, Juan sintió algo de miedo. "Si le habré matado sin querer... Y en todo caso... ha sido en defensa propia.„ Pero la víctima exhaló un mujido, y revolcándose como los epilépticos, repitió: "Ladrón... asesino.„ El Delfín se acercó y poniéndole un pié sobre el pecho, cuidando de no apretar, dijo: "Si no te callas, cucaracha, te aplasto.„

Levantóse Rubín de un salto. Era todo uñas y todo dientes; sacaba las armas del débil; pero

con tanta fiereza, que si coje al otro le arranca la piel. Santa Cruz acudió pronto á la defensa. "Te digo que te pateo... si vuelves..." Le levantó como una pluma y le lanzó violentamente donde antes había caído. Era un solar ó campo mal labrado, más allá de la última casa. La víctima no daba acuerdo de sí, y aprovechando aquel momento el bárbaro señorito, que vió pasar su coche, lo detuvo, montóse en él de un salto y ¡hala! partieron los caballos á escape.

Un hombre se había detenido ante los combatientes en el último instante de la reyerta; acercóse á Maxi y le miró con recelo. Creyendo que estaba mortalmente herido, no quería meterse en líos con la justicia. Cuando le oyó hablar, acercóse más. "Buen hombre, ¿qué es eso?... ¡Pobre chico! Si no parece chico, sino un viejo... ¡Vaya, que pegar así á un pobre anciano!" Luégo llegó otro hombre, que se destacó de un grupo de obreros que subían. Auxiliado por éste, Maxi logró levantarse y corrió un buen trecho por el camino abajo, gritando: "¡Ladrón!... ¡á ese!... ¡al asesino!..." Pero el coche estaba ya más allá de la iglesia. Formóse en torno á la víctima un corro de cuatro, seis, diez personas de ambos sexos. Mirábales como si fueran amigos que habían de darle la razón reconociendo en él á la justicia pateada y á la humanidad escarnecida. Parecía un insensato. Su

descompuesto rostro daba miedo, y su ahilada voz excitaba la mayor extrañeza.

Porque el ardor de la lucha había determinado como una relajación de la laringe, en términos que la voz se le había vuelto enteramente de falsete. Salían de su garganta las palabras como el acento de un impúber. "¿En dónde se ha metido?... ¿en dónde?... ¿No es verdad, señores, que es un miserable?... un secuestrador?... Me ha quitado lo mío, me ha robado... El la arrojó á la basura... yo la recogí y la limpié... él me la quitó y la... volvió á arrojar... la volvió á arrojar. ¡Trasto infame!... Pero yo tengo que hacer dos muertes. Iré al patíbulo... no me importa ir al patíbulo, señores... digo que quiero ir al palo... pero ellos por delante, ellos por delante..."

Los que le rodeaban le tenían lástima. Desconociendo el motivo de la zaragata, cada cual decía lo que le parecía. "*Sobre vino* una pendencia."—"No, cuestión de faldas; ¿verdad?" —"¡Quita allá! ¿pero no ves que es marica?"

Las mujeres le miraban con más interés. "Tiene usted sangre en la frente" —le dijo una. Era una rozadura de que el joven no se había dado cuenta. Llevóse la mano á la cabeza y la retiró manchada de sangre. Notó que el brazo derecho le dolía horriblemente.

"Vamos, vamos—le dijo uno,—véngase usted á la Casa de Socorro.

—Gatera... miserable...

—Vamos; ya eso se acabó... ¿En dónde tiene usted el sombrero?

Maxi no dijo nada ni se cuidó del sombrero. De repente rompió en aullidos, pues no parecían otra cosa los esfuerzos de su voz para hablar á gritos. Los circunstantes podían oirle difícilmente estos conceptos: "Partirle el corazón es poco; es menester... machacárselo."

Dos hombres le llevaban calle abajo, cada cual agarrándole de un brazo, y él, mirando con estupidez á sus conductores, repetía:—¡machacárselo!—A ratos se paraba, prorrumpiendo en risas de demente. Ya cerca de la iglesia aparecieron dos individuos de Orden Público, que viendo á Maxi en aquel estado, le recibieron muy mal. Pensaron que era un pillete, y que los golpes que había recibido le estaban muy bien merecidos... Le cogieron por el cuello de la americana con esa paternal zarpa de la justicia callejera. "¿Qué tiene usted?"—le preguntó uno de ellos, mal humorado. Maxi contestó con la misma risa insana y delirante; viendo lo cual el polizonte, apretó la zarpa, como expresión de los rigores que la justicia humana debe emplear con los criminales.

"¿Y el agresor?

—¡Machacárselo!...

Llegó á la Casa de Socorro, ya con una procesión de gente tras sí. El médico de guar-

dia conocía á Maxi, y después de curarle la contusión de la cabeza, que no tenía importancia, le mandó á su casa al cuidado de los guardias de Orden Público.

XI

Cuando entró el malaventurado chico en su casa, Fortunata no había parecido aún. Lo mismo fué verle Patricia en aquel lastimoso estado, que correr á dar aviso á doña Lupe, la cual no tardó en presentarse alborotada y afligida. Lo primero que hizo, conforme á su gran carácter, fué sobreponerse á los sucesos, no amilanarse por la vista de la sangre y dictar atinadas órdenes preliminares, como acostar á Maximiliano, traer provisión de árnica, reconocerle bien las contusiones que tenía y llamar un médico.

"¿Pero y Fortunata?

—Salió á hacer unas compras—dijo Patricia.

—¡Es particular! Las ocho y media de la noche.

En vano intentó doña Lupe saber lo que había ocurrido de los propios labios del joven. Este no decía más que... "¡machacárselo!„ con aquella voz de falsete, que era otra novedad para su tía. Acostáronle con no poco trabajo, y le llenaron de bizmas. El médico de la Casa de Socorro vino y ordenó el reposo. Temía que

hubiese algo de conmoción cerebral; pero probablemente concluiría todo con una fuerte jaqueca. También propinó el bromuro potásico á fuertes dosis, y á la primera toma se adormeció el herido, pronunciando palabras sueltas, de las cuales nada pudo sacar en claro la señora de Jáuregui. ¡Y á todas estas la otra sin parecer!

Por fin, á eso de las nueve y media, cuando el médico se fué, sintió doña Lupe un rebullicio, luégo cuchicheos en el pasillo. Fortunata había entrado, y hablaba muy bajito con Patria. La mente de la viuda, en la cual hasta entonces todo era confusión y vaguedades, empezó á dar de sí los juicios más extraños, ideas de atrevido alcance y de un pesimismo aterrador. Salió paso á paso á la sala, deseosa de sorprender aquel secreteo. Fortunata entró, pálida como un cirio y con ojos aterrados; mas doña Lupe no le dijo nada. La vió que avanzaba hacia el gabinete, que daba algunos pasos hacia la alcoba deteniéndose en la puerta, y que desde allí alargaba el cuerpo para mirar á su marido. ¿Por qué no entró? ¿Qué temor la detenía? La alcoba estaba casi á oscuras, pues apenas llegaba á ella la claridad de la lámpara encendida en la sala. Doña Lupe llevó al gabinete la luz. Quería observar lo que hacía su sobrina, y por de pronto le llamó la atención su actitud extraña, no muy conforme con los sen-

timientos naturales en una esposa en situación tan aflictiva. Una vez que le miró bien de lejos, Fortunata, sin hacer maldito caso de persona tan respetable como su tía política, volvió á la sala, que ya estaba medio á oscuras, y se sentó en una silla. Todavía no se había quitado el manto, y parecía que iba á volver á la calle. Apoyada la mejilla en la mano, permaneció inmóvil como un cuarto de hora. El silencio que en las tres piezas reinaba sólo se interrumpía con tal cual palabra estropajosa pronunciada por Maxi, y con el paso gatuno de la sirviente que atravesaba la sala para ir á recibir órdenes de la única persona que aquella noche mandara en la casa. Si el estado del enfermo permitiera alzar la voz, ¡ay! doña Lupe haría retemblar la casa con el estruendo de su palabra autoritaria y fiscalizadora; pero no podía ser. ¡Qué cosas había de oir su sobrina! Resolvió, pues, la tía dejar la discusión para el día siguiente; mas tanto la apremiaron la curiosidad y el enojo, que no pudo menos de personarse, pasito á paso, en la sala, y decir á Fortunata, con voz oprimida: "Explícame esto.

—¿Esto?...—murmuró la prójima, alzando la cara, como quien despierta.

—Esto, sí... Maximiliano maltratado... tú entrando en casa tan tarde y con esos modos de traidora de melodrama.

Fortunata, después de mirar de hito en hito

á doña Lupe por espacio como de un minuto, volvió á apoyar la mejilla en el puño sin decir una palabra.

"Pues me he enterado... Me gusta...

Y fué á la alcoba, porque se oyó la voz de Maxi llamando. Poco después se le sintió vomitar. Fortunata prestó atención á lo que allí pasaba; pero sin abandonar su postura de esfinge.

Cuando la viuda volvió á la sala, ya eran más de las diez.

"¡Las diez dadas!—dijo con aquella voz tan severa que habría hecho extremecer á una piedra.—Y no te has quitado el manto. ¿Es que piensas volver... de compras? El pobre Maxi, al despertar hace un rato, me preguntó si habías venido, y le dije que no. Me dió vergüenza de decirle que sí, porque habría sido preciso añadir que sólo con la manera de entrar te declaras culpable... El dijo: "Más vale que no venga...„ ¿Y tú no conoces que así no se puede seguir?...¿que es preciso que me expliques esto? Habla, hija, habla ó yo veré lo que tengo que hacer.

Fortunata, después de mirarla con una emoción que doña Lupe no podría definir, volvió á apoyar la cara en la mejilla, y dando un gran suspiro, se acorazó dentro de aquel silencio lúgubre, que desesperaría á la misma paciencia.

"¡Esto es para volverse loca!...—expresó doña Lupe con un gesto iracundo.—Creerás tú,

creerá usted que conmigo valen marrullerías? Sepa usted que...

La ira se le desbordaba, y para contenerla volvió á la alcoba. Su mente acalorada revolvía estas ideas: "Salió lo que yo me temía... Si lo dije, si esta mujer nos había de dar al fin un disgusto... ¡Ay! qué ojo tengo! A mí no me entraba, no me entraba; y siempre lo dije: "ni con Micaelas ni sin Micaelas, podremos hacer de una mujer mala una esposa decente." Ahí está, ahí está, ahí la tienen. Vean si acerté; vean si eran preocupaciones mías..."

Lo que más ensoberbecía á doña Lupe era el chasco que se había llevado, pues aunque dijera otra cosa, ello es que había creído á Fortunata radicalmente reformada. No pudo contener su arranque, y volvió á la sala. "Pero se explica usted, ¿sí ó no?...

Reparó entonces que hablaba con una sombra. Fortunata no estaba allí. Salió doña Lupe al pasillo, y vió luz en un cuartito interior, donde la mujer de Maxi guardaba su ropa. Empujó la puerta. Allí estaba, ya sin mantilla, sacando ropa del armario y metiéndola en un mundo.

"¿Pero querrá usted al fin sacarme de dudas?—dijo sin recatarse ya de alzar la voz.—Esto es vergonzoso. Si usted se obstina en callarse, creeré que la causante de toda esta tragedia es usted y nada más que usted.

Fortunata se volvió hacia ella. Su palidéz era como la de un muerto.

"Vamos á ver—añadió la de Jáuregui manoteando.—Si mi sobrino me vuelve á preguntar si ha entrado usted, ¿qué le digo?

—Dígale usted—replicó la esposa en voz más baja y expresándose con mucha dificultad;—dígale usted que no he venido, porque me marcharé en cuanto sea de día.

—Yo no entiendo una palabra... ¡qué ha pasado, Santo Dios!... ¿Quién maltrató á Maxi?

Fortunata dió un gran suspiro.

"¡Qué farsa! Voy á dar parte á la justicia. Verémos si al juez le contesta de esa manera. Que usted es culpable, bien á la vista está. Si no, ¿por qué se marcha usted?

—Porque me debo ir—replicó la otra mirando al suelo.

No dijo más. Fuera de sí, doña Lupe le echó la zarpa á un brazo y sacudiéndola fuertemente, le soltó esta imprecación:

"¡Ah! maldita... bien claro se ve que es usted una bribona... una bribona en toda la extensión de la palabra... que lo ha sido siempre y lo será mientras viva... A todos engañó usted menos á mí... á mí no... Yo la ví venir.

Abrumada por su conciencia, Fortunata no pudo contestar nada. Si doña Lupe se hubiera abalanzado á ella para pegarle, se habría dejado castigar.

"Hace usted bien en largarse—añadió la otra ya en la puerta.—No seré yo quien la detenga... Viento fresco. ¡Qué casa esta y qué matrimonio! Nada me coge de nuevo... porque, lo repito, á todos engañó usted menos á mí.

Y era mentira, porque la primera engañada fué ella. ¡Valiente fiasco habían tenido sus facultades educatrices! La idea de este fracaso encendía su furor más que el delito mismo que en su sobrina sospechaba.

Volviendo á la sala, amparóse de la señora de Jáuregui el frenesí de las disposiciones. La primera fué que se quedaría allí aquella noche. Después mandó á Patricia á su casa con un recado, llamando á Nicolás, que aquel día había llegado de Toledo. "Que venga mi sobrino inmediatamente, y si está durmiendo, encargue usted á Papitos que le despierte."

Fortunata seguía en el cuarto de la ropa; mas adelantaba muy poco en el arreglo de su equipaje, porque á lo mejor se quedaba inmóvil, sentada sobre un baul, mirando al suelo ó á la vela, que ardía con pábilo muy larguilucho y negro, chorreando goterones de grasa. Desde que empezó á faltar, no había sentido remordimientos como los de aquella noche. El espectro de su maldad no había hecho antes más que presentarse como en broma, y érale á ella muy fácil espantarlo; pero ya no acontecía lo mismo. El espectro venía y se sentaba con

ella y con ella se levantaba; cuando se ponía á guardar ropa, la ayudaba; al suspirar, suspiraba; los ojos de ella eran los de él, y, en fin, la persona de ambos parecía una misma persona. Y la atormentaban, juntamente con los revuelcos de su conciencia, ansias de amor, deseos vivísimos de normalizar su vida dentro de la pasión que la dominaba. Acordóse de que su amante le había ofrecido ponerle casa, y establecer entre ambos una familiaridad regular dentro de la irrregularidad. ¿Pero esto podría ser? Las ansias amorosas se cruzaban en su espíritu con temores vagos, y al fin venía á considerarse la persona más desgraciada del mundo, no por culpa suya, sino por disposición superior, por aquella mecánica espiritual que la empujaba de un modo irresistible. No pensó en dormir aquella noche, y anhelaba que viniese el día para marcharse, porque el sentir la voz doliente de su marido producíale atróz martirio. Habría dado diez años de su vida porque lo que pasó no hubiera pasado. Pero ya que no lo podía remediar, ¡ojalá que las heridas de Maxi fuesen de poca importancia! Después de esto, su más vivo deseo era coger la puerta y huir para siempre de la casa aquella. Antes morir que continuar la farsa de un matrimonio imposible.

De estas meditaciones la sacó doña Lupe, que después de media noche volvió á entrar en

el cuarto. Envolvíase toda en una manta, lo que le daba cierto aspecto temeroso y lúgubre como de alma del otro mundo.

"Al pobre Maxi—dijo,—le da ahora por llorar... No cesa de preguntarme si ha venido usted... Francamente, no sé qué responderle.

—Dígale usted que me he muerto—replicó Fortunata.

—Y positivamente sería lo mejor... ¿Ha arreglado usted ya sus baules?

—Me falta poco... Mire, mire... no me llevo nada que no sea mío.

—¿Y sus alhajas?—preguntó la viuda que custodiaba en su casa las de más valor.

—¿Mis alhajas?—observó la otra vacilando primero y asegurándose al fin.—No son mías. Son de él, de Maxi, que las desempeñó. Se las dejo todas.

—¿De modo que no se lleva usted más que su ropa?

—Nada más. Hasta el portamonedas, con el último dinero que me dió, lo dejo aquí sobre la cómoda. Véalo usted.

Cogió la prudente señora el portamonedas que estaba aún bien repleto y se lo guardó.

XII

Hay motivos para creer que cuando Papitos entró á media noche en el cuarto de Nicolás

Rubín y le dijo sacudiéndole fuertemente: "Señor, señor, su tía que vaya allá ahora mismo,„ el santo varón soltó un bramido y dió media vuelta volviendo á caer en profundo sueño. Es probable que á la segunda acometida de Papitos, el clérigo se desperezara, y que ahuyentase á la mona con otro fuerte berrido, agasajando en su empañado cerebro la idea de que su tía debía esperar hasta la mañana siguiente. Y el fundamento de estas apreciaciones es que Nicolás no se presentó en la casa de su hermano Maxi hasta las siete dadas. Tanta pachorra sacaba de quicio á doña Lupe, que poniendo el grito en el Cielo, decía: "Estoy destinada á ser la víctima de estos tres idiotas... Cada uno por su lado me consume la vida, y entre los tres juntos van á acabar conmigo... ¡Qué familia, Señor, qué familia! Si me viviera mi Jáuregui, otro gallo me cantara. ¡Pero hombre de Dios, vaya que tienes una calma! No sé cómo con ella y lo que comes no estás más gordo... Te llamo á las once de la noche y esta es la hora en que te descuelgas por aquí... ¿Tú sabes lo que pasa?

Esto lo decía en la sala, al ver entrar á Nicolás, cuyos ojos tenían aún señales evidentes de lo bien que había dormido. Al sentir el coloquio, salió la pecadora de su escondite, y acercándose á la puerta de la sala trató de escuchar. Pero tía y sobrino siguieron hablando muy bajito, y nada pudo percibir. Después el clérigo

go, á instancias de su tía, salió al pasillo, y Fortunata metióse rápidamente en su escondite para esperarle allí.

El cuarto aquel estaba casi completamente á oscuras en las primeras horas del día. Los que entraban no veían á quien dentro estuviera. La vela, que ardió gran parte de la noche, se había consumido. Desde dentro, vió Fortunata al cura, sombra negra en el cuadro luminoso de la puerta, y esperó á que entrase ó á que dijese algo. Como el que recela penetrar en la madriguera de una bestia feróz, Nicolás permaneció en la puerta, y desde ella lanzó en medio de la oscuridad estas palabras: "Mujer, ¿está usted aquí?... No veo nada.

—Aquí estoy, sí señor—murmuró ella.

—Mi tía—añadió el clérigo,—me ha contado los horrores de esta noche... Mi hermano maltratado, herido; usted entrando en casa á deshora, y entrando para recoger su ropa y marcharse, rompiendo la armonía conyugal y dejándonos á todos en la mayor confusión. ¿Me querrá usted explicar á mí este turris-burris?

—Sí señor—replicó la voz con miedo y turbación indecibles.

—Y si ha tenido usted parte en esta infamia?

—Yo... en lo de los golpes no he tenido parte—apuntó con rápida frase la voz.

—Vamos á cuentas — dijo el clérigo avanzando un poco, precedido de sus manos que pal-

paban en las tinieblas.—Hace algunos días... lo he sabido ayer por casualidad... mi hermano sospechaba que usted no le era fiel; esta es la cosa. ¿Tenía fundamento esta sospecha?

La voz no dijo nada, y hubo un ratito de temerosa espectativa.

"¿Pero no contesta usted?—interrogó Nicolás con acento airado. — ¿Por quién me toma? Hágase usted cargo de que está en el confesonario. No hago la pregunta como persona de la familia ni como juez, sino como sacerdote. ¿Tenía fundamento la sospecha?

Después de otro ratito, que al cura se le hizo más largo que el primero, la voz respondió ténuemente:

"Sí señor.

—Ya veo—afirmó Rubín con ira,—que nos ha engañado usted á todos, á mí el primero, á las señoras Micaelas, á mi amigo Pintado y á toda mi familia después. Es usted indigna de ser nuestra hermana. Vea usted qué bonito papel hemos hecho. ¡Y yo que respondí...! En mi vida me ha pasado otra. La tuve á usted por extraviada, no por corrompida, y ahora veo que es usted lo que se llama un mónstruo.

Dió entonces un paso más, cerrando un poco la puerta, y tentó la pared por si hallaba silla ó banco en qué sentarse.

"Hablando en plata, usted no quiere á mi hermano... Abrete, conciencia.

—No señor—dijo la voz prontamente y sin hacer ningún esfuerzo.

—No le ha querido nunca... esta es la cosa.

—No señor.

—Pero usted me dijo que esperaba tomarle cariño conforme le fuera tratando.

—Sí lo dije.

—Pero no ha resultado... no ha resultado. ¡Chasco como este...! Se dan casos... De modo que nada.

—Nada.

—¡Perfectamente! Pero usted olvida que es casada y que Dios le manda querer á su marido, y si no le quiere, serle fiel de cuerpo y de pensamiento. ¡Bonita plancha, sí señor, bonita!... En mi vida me ha pasado otra. Y usted, pisoteando el honor y la ley de Dios, se ha prendado de cualquier pelagatos... ya se ve: su pasado licencioso le envenena el alma, y la purificación fué una pamema. ¡No haber visto esto, Señor, no haberlo visto!

Estaba tan furioso el cura por lo mal que le había salido aquella compostura, y su amor propio de arreglador padecía tanto, que no pudo menos de desahogar su despecho con estas coléricas razones: "Pues sépase usted que está condenada, y no le dé vueltas: condenada.

No se sabe si este procedimiento del terror hizo su efecto, porque Fortunata no contestó nada. La expresión de sus sentimientos acerca

del tremendo anatema perdióse en la oscuridad de aquella caverna.

"Al menos, desdichada, confiese usted su delito—dijo Rubín, que deslizándose en las tinieblas había encontrado un cajón en qué sentarse.—No me oculte usted nada. ¿Cuántas veces, cuántas veces ha faltado usted á su marido?

La contestación tardaba. Nicolás repitió la pregunta hasta tres veces suavizando el tono, y al fin oyó un susurro que decía: "Muchas."

Cuenta el padre Rubín que aquel *muchas* le dió escalofríos, y que le pareció el rumorcillo que hacen las correderas cuando en tropel se escurren por las paredes.

—¿Con cuántos hombres?

—Con uno solo...

—¡Con uno solo!... ¿De verás? ¿Le conoció usted después de casada?

—No señor. Le conozco hace mucho tiempo... le he querido siempre.

—¡Ah! ya... la historia vieja... perfectamente—dijo el cura, cuyo amor propio se erguía al encontrar un medio de aparecer previsor.—Eso ya me lo temía yo. ¡El amorcito primero...! ¿No lo dije, no se lo dije á usted? Por ahí está el peligro. He visto muchos casos. Bueno. ¿Y ese pelafustán es el de marras?

Fortunata contestó que sí, sin comprender lo que quería decir *de marras*.

"Y ese ha sido el miserable que abusando

de su fuerza maltrató al pobre Maxi, débil y enfermizo... ¡Ay, mundo amargo!

—El fué... pero Maxi le provocó...—dijo la voz.—Esas cosas vienen sin saber cómo... Yo lo presencié desde la ventana.

—¿Desde qué ventana?

—De la casa aquella.

—¿Casita tenemos?... Sí... sí, lo de siempre. Lo había previsto yo. No crea usted que me coge de nuevo. ¡Casita y todo!... ¡Cuánta infamia! ¿Y no siente usted remordimientos? Cualquier persona que tuviera alma estaría en tal caso llena de tribulación... pero usted tan fresca.

—Yo lo siento... lo siento... Quisiera que eso no hubiera pasado.

—Eso, que no hubiera pasado el lance, para continuar pecando á la calladita. Y siga el fandango. También esta clase de perversidad me la sé de memoria.

Fortunata se calló. Fuera que los ojos del clérigo se acostumbraran á la oscuridad, fuera que entrase en el cuarto más luz, ello es que Nicolás empezó á distinguir á su hermana política, sentada sobre el baul, con un pañuelo en la mano. A ratos se lo llevaba al rostro como para secar sus lágrimas. Cierto es que Fortunata lloraba, pero algunas veces la causa de la aproximación del pañuelo á la cara era la necesidad en que la joven se veía de resguardar su

olfato del olor desagradable que las ropas negras y muy usadas del clérigo despedían.

"Esas lágrimas que usted derrama, ¿son de arrepentimiento sincero? ¡A saber...! Si usted se nos arrepintiera de verdad, pero de verdad, con contrición ardiente, todavía esto podría arreglarse. Pero sería preciso que se nos sometiera á pruebas rudas y concluyentes... esta es la cosa. ¿Volvería usted á las Micaelas?

—¡Oh! no señor—replicó la pecadora con prontitud.

—Pues entonces, que se la lleve á usted el demonio—gritó el clérigo con gesto de menosprecio.

—Le diré á usted... yo me arrepiento; pero...

—Qué peros ni qué manzanas...—manifestó Rubín, manoteando con groseros modales.—Reniegue usted de su infame adulterio; reniegue también del hombre malo que la tiene endomoniada.

—Eso...

—¿Eso qué?... ¡Vaya con la muy...! Y me lo dice así, con ese cinismo.

Fortunata no sabía lo que quiere decir cinismo, y se calló.

"Todo induce á creer que usted se prepara á reincidir, y que no hay quien le quite de la cabeza esa maldita ilusión.

El gran suspiro que dió la otra confirmó esta suposición mejor que las palabras.

"De modo que, aun viéndose perdida y deshonrada por ese miserable, todavía le quiere usted. Buen provecho le haga.

—No lo puedo remediar. Ello está *entre* mí y no puedo vencerlo.

—Ya... la historia de siempre. Si me la sé de memoria... Que quieren sólo á aquél y no pueden desterrarlo del pensamiento, y que patatín y que patatán... En fin, todo ello no es más que falta de conciencia, podredumbre del corazón, subterfugios del pecado. ¡Ay, qué mujeres! Saben que es preciso vencer y desarraigar las pasiones; pues no señor, siempre aferradas á la ilusioncita... Tijeretas han de ser... En resumidas cuentas, que usted no quiere salvarse. La pusimos en el camino de la regeneración, y le ha faltado tiempo para echarse por los senderos de la cabra. ¡Al monte, hija, al monte! Bueno; allá se entenderá usted con Dios. Ya me estoy riendo del chasco que se va usted á llevar. Porque ahora, como si lo viera, se lanzará otra vez á la vida libre. Divertirse... ¡ea!... Por de pronto habrá un arreglito, y ese tunante le dará alguna protección; tendrá usted casa en que vivir... Y ahora que me acuerdo, ¿ese hombre es casado?

—Sí señor—dijo Fortunata con pena.

—¡Ave María Purísima!—exclamó el cura llevándose ambas manos á la cabeza.—¡Qué horror y qué sociedad! Otra víctima; la esposa de

ese señor... Y usted tan fresca, sembrando muertes y exterminios por donde quiera que va...

Esta frase de sermón aterró un poco á Fortunata.

“Tendrá usted su castigo y pronto. La historia de siempre... ¡Qué mujeres, Señor, qué mujeres! Váyase usted á correr aventuras, deshonre á su marido, perturbe dos matrimonios; ya vendrá, ya vendrá el estallido. No le arriendo la ganancia. El amancebamiento ahora, después la prostitución, el abismo. Sí, ahí lo tiene usted, mírelo abierto ya, con su boca negra, más fea que la boca de un dragón. Y no hay remedio, á él va usted de cabeza... porque ese hombre la abandonará á usted... Son habas contadas.

Fortunata tenía la cabeza próxima á las rodillas. Estaba hecha un ovillo, y sus sollozos declaraban la agitación de su alma.

“¡Ah, mujer infelíz!—añadió el clérigo con solemnidad, levantándose;—no sólo es usted una bribona, sino una idiota. Todas las enamoradas lo son porque se les seca el entendimiento. Las saca uno del purgatorio del deleite y allá se van otra vez. Tú te lo quieres, pues tú te lo ten. En el Infierno le ajustarán á usted las cuentas. Váyase usted luégo allá con sofismas y con zalamerías de amor... Esto se acabó. Ni yo tengo que hacer nada con usted, ni us-

ted tiene nada que hacer en esta casa. Cuenta concluída. Al arroyo, hija; divertirse; usted sale de aquí, y cuando se vaya, zahumarémos, sí, zahumarémos... Perfec... tamente.

Esto lo dijo en la puerta y luégo se retiró sin añadir una palabra más. Doña Lupe le aguardaba en la sala para saber si había sido más afortunado que ella en la averiguación de la verdad, y allí se estuvieron picoteando un buen rato. Después oyeron ruído, sintieron la voz de Fortunata que hablaba quedito con Patricia, diciéndole quizás cómo y cuándo mandaría á buscar su ropa. Tía y sobrino asomáronse luégo á los cristales del balcón y la vieron atravesar la calle presurosa, y doblar la esquina sin dirigir una mirada á la casa que abandonaba para siempre.

Nicolás repetía una figura de que estaba satisfecho: "Zahumar, zahumar y zahumar." Y apropósito de espliego, á él, físicamente, tampoco le vendría mal... esto sin ofender á nadie.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA

Madrid.—Mayo, de 1886.

ÍNDICE

